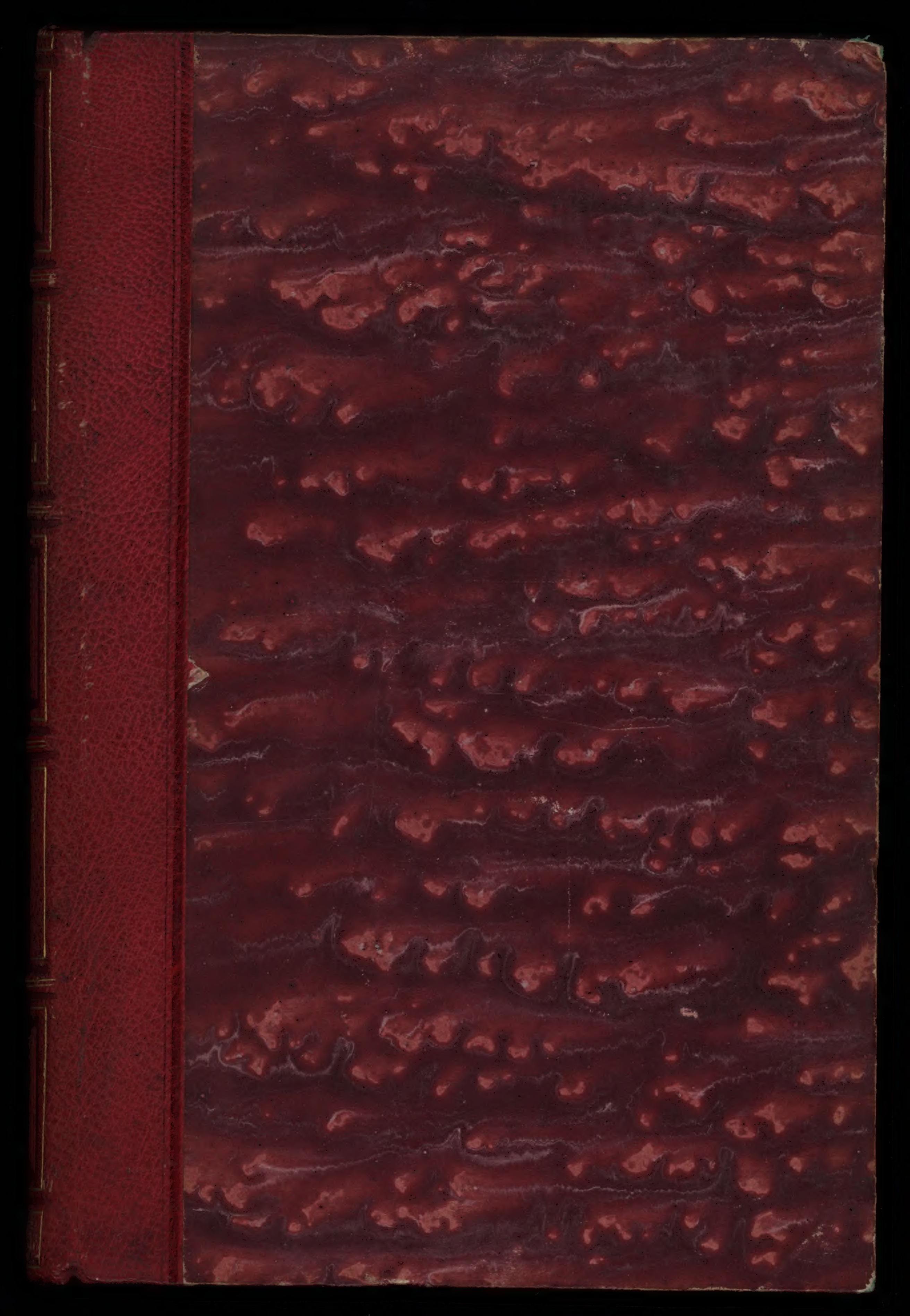
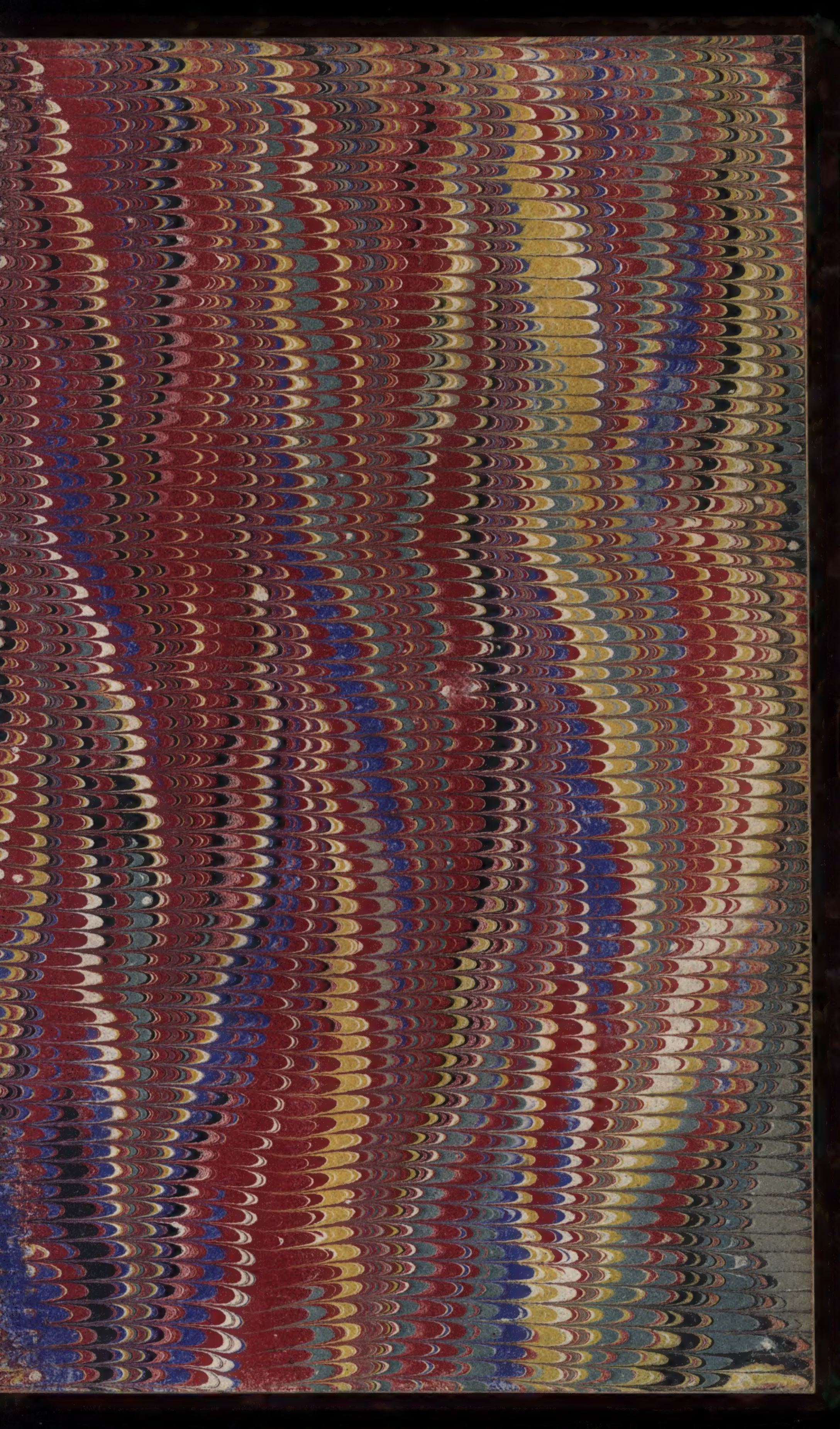
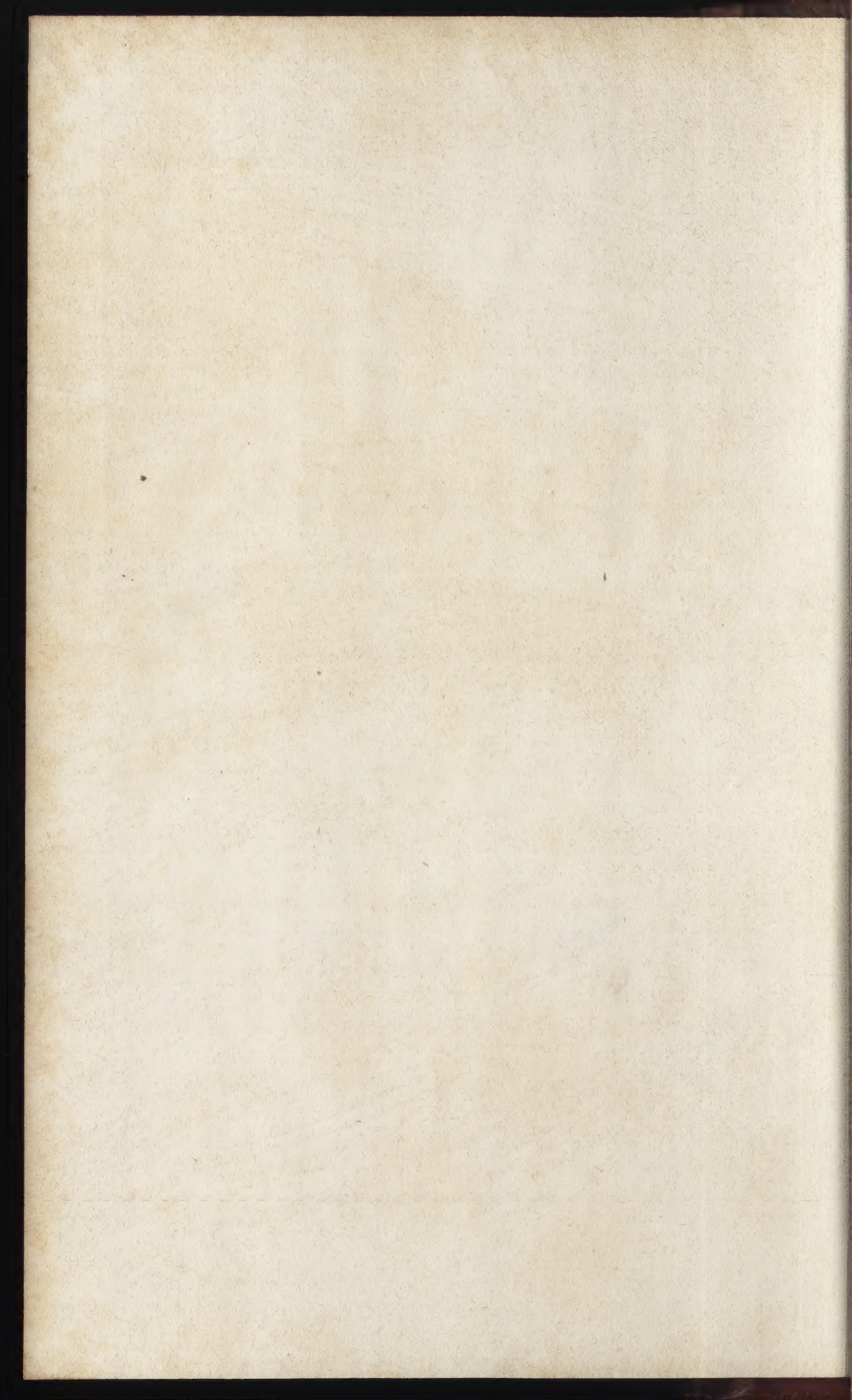
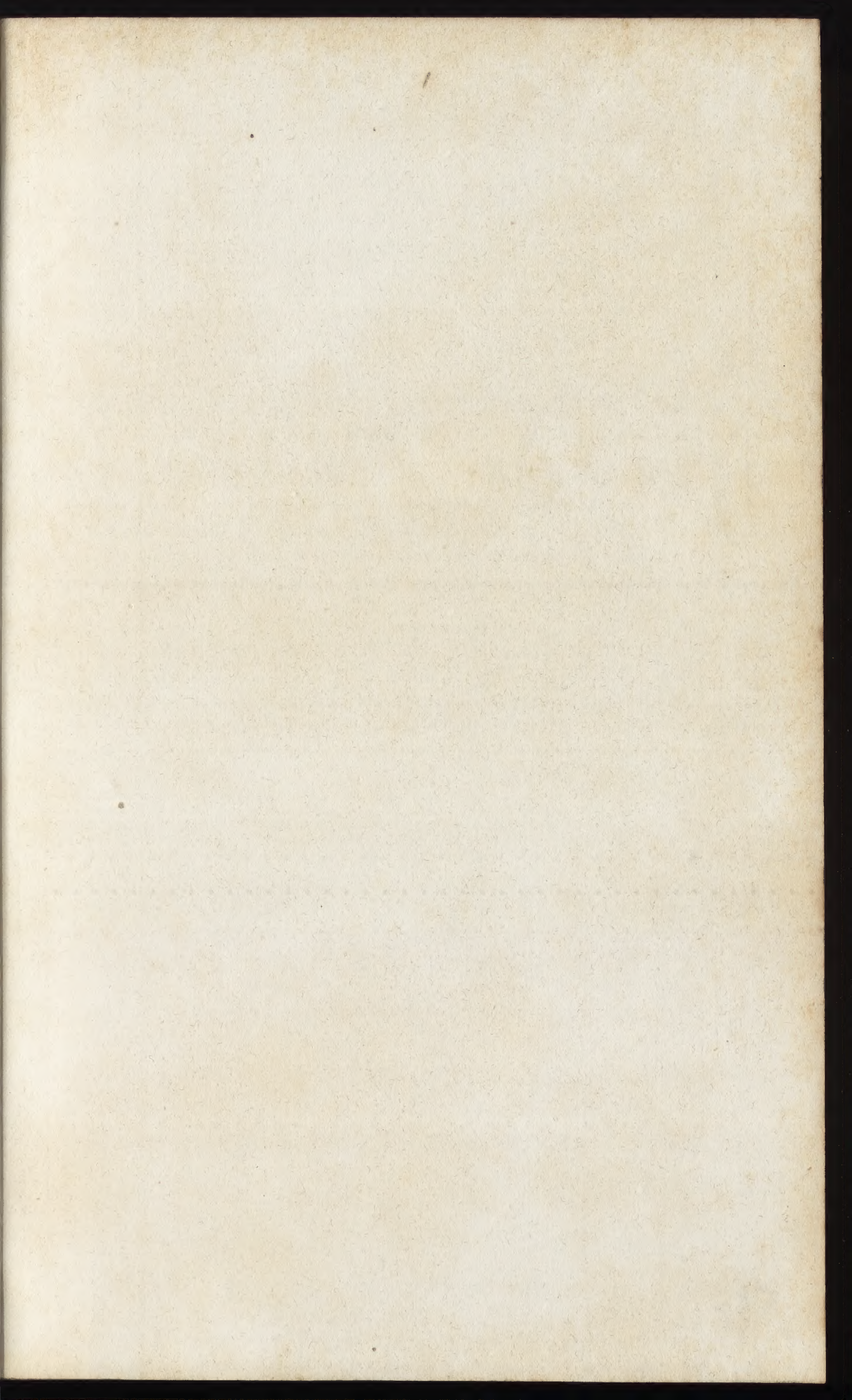
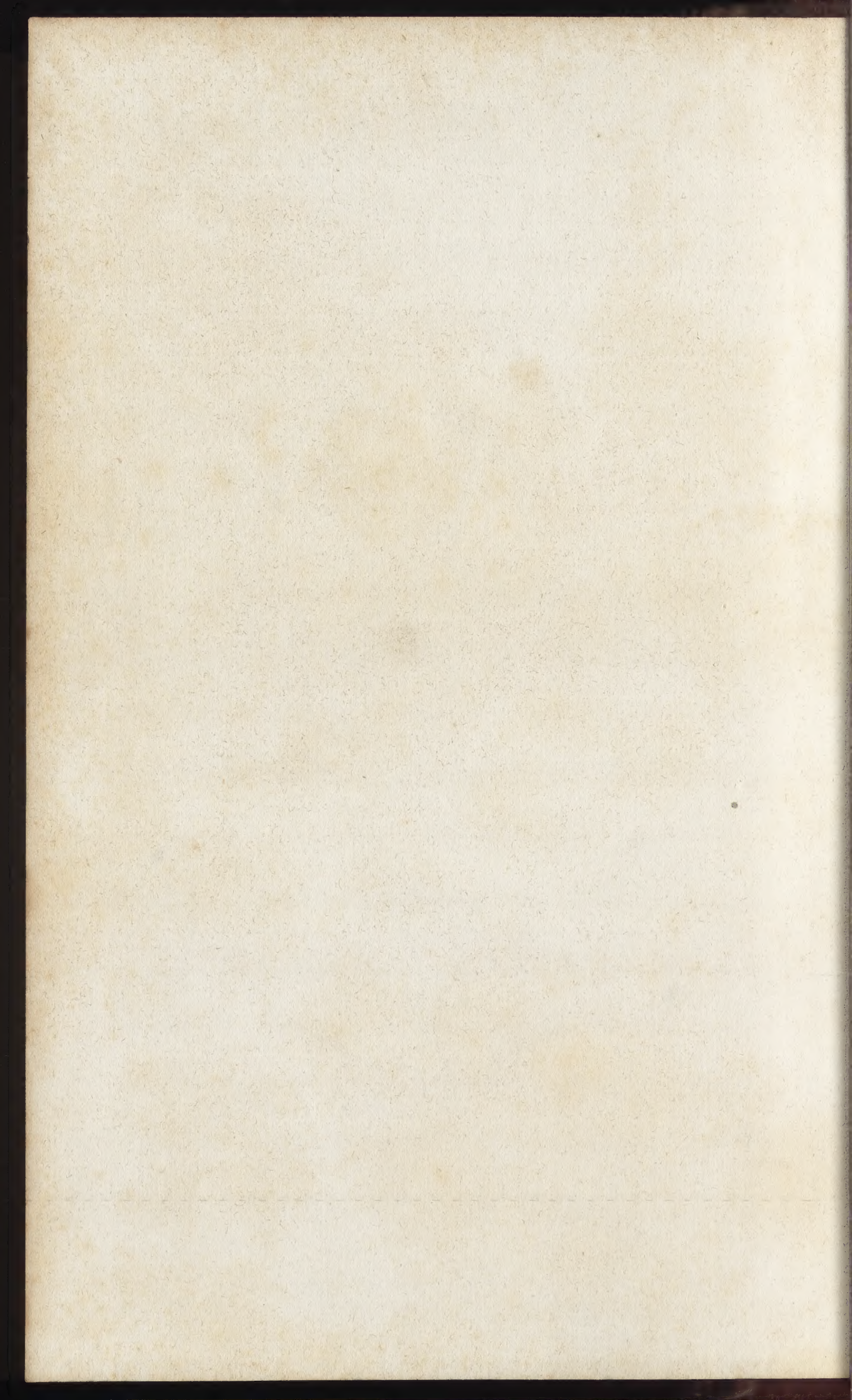












HISTORIA

FISICA Y POLITICA

DE CHILE.

HISTORIA.

—

TOMO QUINTO.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE E. THUNOT Y Cª,
calle Racine, 28, cerca del Odeon.

HISTORIA

FISICA Y POLITICA

DE CHILE

SEGUN DOCUMENTOS ADQUIRIDOS EN ESTA REPUBLICA
DURANTE DOCE AÑOS DE RESIDENCIA EN ELLA

Y PUBLICADA

BAJO LOS AUSPICIOS DEL SUPREMO GOBIERNO

POR CLAUDIO GAY

CIUDADANO CHILENO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES CIENTIFICAS NACIONALES Y ESTRANJERAS,
CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR.

HISTORIA.

—

TOMO QUINTO.



PARIS

EN CASA DEL AUTOR.

CHILE

EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE SANTIAGO.

—

MDCCCXLIX

PROLOGO.

La revolucion de Chile es, sin disputa, la parte la mas noble, la mas importante y la mas gloriosa de su historia, presentándose como emblema del gran movimiento social que ha sacado al país de sus pañales, y le ha hecho crecer de repente, comunicándole bastante fuerza para conquistar su nacionalidad, que el egoismo le habia negado hasta entonces.

Hija del espíritu y de las ideas del siglo, y envuelta, desde su nacimiento, en un torbellino de temores y dudas, esta revolucion se manifestó, al principio, humilde, débil é indecisa, y no adelantaba mas que á tirones, por decirlo así, bamboleándose bajo el enorme peso de su empresa; pero despues, fortificada por la sensacion moral que tenia de su causa, seducida por las verdades de sus principios, y confiada no menos en sus derechos que en los designios de la Providencia, desplegó con denuedo su estandarte, alistó bajo de él algunos espíritus adelantados, y, en un arranque, levantó la cabeza proclamando su independencia, título potente y orgulloso que rejeneró á la nacion, y derramó por todas las clases de la sociedad la benéfica claridad que pone de mani-

fiesto los derechos del hombre, vivifica su jenio y le prepara gloria y prosperidad.

No contenta con destruir la política absurda que avasallaba los Chilenos á un gobierno situado en sus antípodas, introdujo su suave influencia en todos los repliegues de la sociedad, no solo atrasada sino tambien paralizada por su sistema de aislamiento y por la privacion, casi absoluta, de todo principio de civilizacion. Sin colejios, sin industria y casi sin comercio, el pueblo se hallaba doblegado á una obediencia pasiva bajo el doble yugo de la preocupacion y del despotismo; seguia ciegamente el impulso que le daba un gobierno indiferente, y jemia al ver su nulidad política, que le sometia á los caprichos de sus jefes, y á la insolente altanería de casi cuantos tenian nombre de Español, hasta que, perdiendo el sufrimiento, salió de su letargo, y, en su desesperacion, algunos jenerosos Chilenos se arrojaron á ideas de revolucion, abrazándolas como un principio de deber y de necesidad.

La empresa de esta revolucion era tan delicada como difícil, puesto que tenia que desarraigar hábitos de tres siglos; que vencer preocupaciones alimentadas por principios de la fe mal interpretada, y que aclimatar en el país ideas enteramente estrañas y, en verdad, bastante temerarias para comprometer los intereses y la existencia de muchos. Pero la Providencia, que tiene bajo su amparo á toda la humanidad, conduce por la mano las naciones á sus altos fines por medio de la sabiduría y de la prevision de

algunas cabezas privilejiadas, y por la fuerza material de la nacion misma.

Los primeros síntomas de esta revolucion se manifestaron al principio del siglo 19°, época en la cual el espíritu de libertad ejercia una poderosa accion en las diferentes clases de la sociedad, introduciéndose, por todas partes, en las costumbres, en las artes y hasta en la relijion misma, y tendiendo á ponerse de acuerdo con la ley de progresos y de reformas que animaba á la mayor parte de la Europa. A la verdad, los Americanos se hallaban débiles, sin esperiencia, sin conocimientos estratéjicos, y, por la mayor parte, aun subyugados de un sentimiento arraigado de respeto y de fidelidad á su monarca, circunstancia que no podia menos de complicar mucho la cuestion, suscitando necesariamente ideas de guerra : sin embargo, habia la esperanza de que España no podria, sin grandes dificultades, hacer frente á una vasta insurreccion, hallándose exhausta por la depravacion de la corte, llena de disensiones; con su tesoro agotado y amenazada de una formidable invasion. Ademas, la grande distancia de la metrópoli, y la enorme estension que podia tomar el movimiento insurreccional presentaban ventajas aun mas ciertas que era muy fácil apreciar.

Por su lado, España no podia quedarse indiferente á las osadas ideas americanas, aun cuando su real erario se hallase agotado, y la nacion en una situacion casi desesperada. Acostumbrada á considerar las Américas como una de las mas ricas joyas de su corona,

no temió arriesgarse á los mas duros sacrificios para impedir un divorcio que arruinaba sus derechos y comprometia, en tan alto grado, su honor y su interes. Cadiz, sobretodo, como la mas interesada, por su monopolio comercial, puso en movimiento toda su actividad y su influjo para forzar la junta gobernadora á mostrarse imperiosa, amenazadora, y aun la obligó á armar muchas espediciones, cuyos gastos fueron costeados por la ciudad misma, en parte, y en parte cubiertos con el dinero que los mismos Americanos enviaban para sostener la guerra defensiva de la nacion española contra la Francia. Todos saben qué resultados tuvieron estas espediciones, y las reacciones violentas, monstruosas que ocasionaron, reacciones que duraron muchos años y no cesaron hasta que los Americanos, enteramente dueños del terreno, acabaron de destruir las insignias reales que quedaban, y escribieron en sus restos ensangrentados el acto solenne de su libertad y soberanía.

Los grandes acontecimientos políticos se hallan, lo mismo que los de la naturaleza, sujetos á crisis que el hombre egoista y nimio mira con espanto, al paso que un verdadero filósofo las desdeña, considerándolas como males naturales y pasajeros de un parto cuyo fruto los hará echar muy pronto en olvido. Tales son los signos que caracterizan las épocas de nuestros progresos, así como la superposicion admirable de diferentes terrenos indica la fecha relativa de los espantosos cataclismos que ha padecido nuestro planeta. Pero estas crisis y estos trastornos han debido

ser mas ó menos violentos, mas ó menos durables segun el estado de la sociedad. En Europa, en donde las revoluciones políticas son bastante frecuentes, en nuestra era, el equilibrio social solo se altera por cierto tiempo, porque la ciencia y la esperiencia imprimen, incontinenti, al movimiento una fuerza que lo pára y lo detiene; pero en América, en donde las ideas de independencia y de libertad eran tan poco conocidas y tan nuevas, y cuyos colonos existian bajo la tutela de la ignorancia y de preocupaciones, este movimiento no podia menos de tomar un aspecto muy diferente, y resentirse de la grande metamórfosis que se operaba en sus costumbres, principios é intereses. A la verdad, los que tenian el mando procuraron seguir las huellas de los Estados Unidos, tomando su forma de gobierno y sus instituciones por modelo; pero para eso les faltaba aquel espíritu de republicanismo democrático que tenian los Anglo-Americanos ya desde la llegada de los primeros colonos, espíritu que formaba la base de sus instituciones políticas y sociales. A pesar del grande acontecimiento que los acababa de separar de su madre patria, los Americanos del Norte habian conservado casi intactos sus hábitos privados y políticos, y su constitucion no habia variado sino muy poco; no habian tenido mas que rejuvenecer, por decirlo así, ideas tan antiguas como sus colonias, dándoles nueva vida y nuevo vigor, y aun este pequeño cambio fué imperceptible para ciertos estados, de suerte que apenas se hallaron en posesion de su libertad, que al

punto dejaron, pacíficamente y sin la menor repugnancia, las armas y la autoridad los que la habian ejercido, para volver á sus campos y labrantío, que solo habian abandonado momentáneamente á impulsos de su patriotismo. Lo que caracterizó mas admirablemente esta revolucion fué que no dejó tras sí la menor traza de sus violencias ni de sus escesos; el órden y la tranquilidad se restablecieron inmediatamente, como si la razon sola hubiese tomado las armas para sobreponerse al error y al capricho de un déspota.

Mas no sucedió lo mismo en las colonias españolas, cuyos habitantes, sin esperiencia, sin antecedentes semejantes y dominados por una infinidad de preocupaciones debidas á su educacion incompleta, se vieron de repente gobernados por leyes contrarias á sus creencias y á sus hábitos. Necesariamente aquellas provincias se habian de resentir de una transformacion tan súbita, y por el hecho mismo de haber sido el teatro de disensiones y de motin, sus habitantes no han podido menos de dejarse arrastrar por las pasiones rencorosas de partidos, que despiertan al egoismo é impelen á criminales reacciones, de las cuales surjieron guerras civiles, guerras que entregaron al país á la merced del despotismo militar, solo dueño, desde entonces, del poder.

Esta ha sido la suerte que una administracion egoista habia preparado á aquellas nuevas repúblicas, suerte dura, triste, deplorable, pero cuyos desastres fueron felizmente compensados por los infi-

nitos bienes que redundaron de ella en todas las clases de la sociedad. Para numerar estos bienes seria preciso analizar la historia de cada colon, desde la infancia cuando andaba andrajoso, con los piés descalzos, comiendo en la cocina con los criados, su sociedad favorita, hasta la muerte que terminaba su vida de indolencia, de ignorancia y de monotonía; y entonces se le hacian funerales los mas pomposos, como si el dia en que volvia á la nada de donde lo habia sacado el Creador fuese su verdadero dia de gloria (1).

En el dia de hoy, todo lo vemos cambiado. Vastas estensiones de tierra, que el aliento sofocante de la tiranía condenaba á la esterilidad, han sido labradas y sembradas, y ofrecen á la vista ricos y brillantes caseríos; el pueblo se ha hecho activo, social é infinitamente mas feliz. Las mares se ven surcadas por miles de velas que transportan, con el comercio, el espíritu, el jenio y los conocimientos de las diferentes naciones á que pertenecen; y si á estos manantiales de civilizacion añadimos el laudable celo de los hombres de estado por la propagacion de colejios y escuelas de primeras letras en toda la república, nos será fácil calcular los progresos inmensos que han hecho sus habitantes en todos los ramos de educacion y de instruccion.

Todos estos grandes movimientos políticos, sím-

(1) Aun se conserva la memoria de la loca vanidad que se veia en dichos entierros, á pesar de los decretos terminantes, y muchas veces repetidos, contra tan reprensible abuso.

bolo de la civilizacion progresiva que el 18° siglo habia legado á la Europa, y que los gobiernos absolutos enviaban involuntariamente de rebote á aquellas vastas y lejanas rejiones, ha llamado la atencion de los humanistas, los cuales vieron en ellos el jérmen feliz y fecundo de la rejeneracion social del nuevo mundo. Desde aquel mismo instante, sujetos de grandes luces y de profunda instruccion se esmeraron en recapitular todos estos hechos con el fin de formar con ellos un cuerpo de estudios atentos, y enriquecieron nuestras bibliotecas de diversas historias tan útiles como peregrinas. Así procedieron Restrepo, Lorenzo de Zavala, Bustamante, José Guerra y otros, para transmitirnos con certeza histórica, y en los mas mínimos detalles, las guerras heróicas y desesperadas que han ensangrentado las soledades de Colombia, Méjico y otras comarcas. Otros patriotas no menos hábiles han entrado en esta anchurosa lid de emulacion, y, tal vez, podria causar alguna sorpresa que Chile se haya mantenido, por tanto tiempo, estraño á este jénero de progresos, siendo así que la parte que le cupo en tan memorable lucha ha sido tan gloriosa para la nacion como útil en principios y lecciones.

En efecto, la revolucion de esta parte de la América aparece coronada de una aureola de gloria que, muy ciertamente, debe lisonjear sobre manera el amor propio de los habitantes. Dejando á parte algunos años de oscilaciones, ocasionadas por instituciones que podian no tener toda la autoridad ma-

dura de la esperiencia, y cuyo mecanismo, por la misma razon, debia de andar con dificultad é incertumbre, el país ha gozado de una tranquilidad satisfactoria, digna de ser envidiada por sus hermanas primojénitas. Esta preciosa ventaja la ha debido al espíritu de órden y de prudencia que caracteriza sus jefes, y que se ha manifestado constantemente en todos sus actos administrativos, influyéndose recíprocamente por el concurso simultáneo del honor, de la delicadeza y del patriotismo. Difícil seria hallar un país en donde los que mandan hayan abusado menos de su poder y autoridad; animados, al contrario, de las mejores intenciones, é imbuidos de la mas escrupulosa probidad, se han entregado constantemente al servicio público, procurando por todos los medios imajinables alcanzar sus fines, cuales eran el engrandecimiento y la prosperidad de la nacion que les debia el ser. Así sucede que, mientras sus vecinas gimen aun bajo el azote de la anarquía, Chile, fuerte y tranquilo, prosigue en su alta mision, esparciendo en los diferentes ramos de la prosperidad social las mejoras morales y materiales que parecen emanar directamente de un poder superior y absoluto.

Muchas veces he querido conocer la causa principal de esta diferencia, y desembrollar en el caos que forman tan infinitos y tan diversos hechos históricos por qué razon el jenio de la revolucion producida por ideas idénticas, y bajo los mismos principios en hombres de un mismo oríjen, y de costumbres

muy semejantes, habia soplado la discordia entre unos y el espíritu de prudencia y de prevision en otros; y, sin profundizar este problema de tan alta trascendencia para la historia jeneral de la rejeneracion americana, me há parecido que se podrian descubrir algunos elementos de esta cuestion, en primer lugar en la dignidad de porte de las personas pudientes que conservaron cierto color de una aristocracía, por ciertamente popular, y representada por el haber y por los bienes raices; despues, por la division de estos mismos bienes, division que ha desterrado la miseria, atrayendo las miras del pueblo á un verdadero centro de su interes, y, enfin, á la moralidad y buena educacion de los jefes militares y á la necesidad perentoria de prudencia y de economía que los ricos se impusieron para hacer frente honrosamente á los gastos considerables que la civilizacion, continuamente progresiva, les ocasionaba. Por este principio de necesidad, el rico se ha entregado menos al ocio, ha dado mas importancia al dinero y se ha visto obligado á pasar temporadas en su hacienda para entender en sus cosechas, sin mezclarse en asuntos políticos mas que cuando el interes del país lo exije verdaderamente. Tales son las consecuencias felices del amor al órden y á la ocupacion, consecuencias que, por desgracia, condenan muchos Americanos, dominados de la pasion del juego ó de la prodigalidad, confundiendo, bastante jeneralmente, la economía con la avaricia.

Durante mis largos viajes al sur de la República,

cuando visitaba con respeto relijioso los campos de batalla empapados aun de la sangre de tantas víctimas de la libertad chilena, no podia menos de esperimentar un sentimiento de admiracion por sus nobles y jenerosos hechos; pero, al mismo tiempo, otro sentimiento contrario me asaltaba al considerar la especie de indiferencia con que aquella jeneracion dejaba de recojer y compulsar tantos preciosos documentos para formar con ellos un cuerpo de historia, que seria un monumento de gloria y de justicia, y un verdadero cuadro nacional representando el heroismo, la fuerza de alma y las virtudes cívicas de sus actores. En aquella época, todas mis tareas se encerraban en el estudio de las ciencias naturales y jeográficas; lo que era perteneciente á las testimoniales, de las cuales la historia es uno de los principales vástagos, me era casi enteramente estraño, y, con todo eso, me habia penetrado tanto de la importancia de este drama, que insensiblemente, y como á pesar mio, procuré instruirme á fondo en él y en todos sus detalles, sin pararme en penas ni fastidio para consultar los antiguos periódicos de la época, y alimentar mi espíritu con el relato de todas aquellas heróicas acciones, bien que (me apresuro á decirlo) sin formar la pretension de erijirme nunca á ser su historiador, y, aun ménos, intérprete del pensamiento que habia dirijido aquel movimiento. En efecto, no pensé en esta temeraria empresa hasta mucho tiempo despues, que algunos grandes patriotas, á quienes se les figuró, por la naturaleza de la

mayor parte de mis ocupaciones, que mis publicaciones serian demasiado nuevas para el país, y, por consiguiente, poco apreciadas, me animaron á añadirles una historia civil, con el objeto de darles un interes jeneral que estuviese al alcance de la jeneralidad de lectores.

Estos fueron los motivos que me obligaron á poner á un lado mis favoritas tareas para emplearme en reunir con el mayor cuidado todos los materiales necesarios al nuevo edificio, materiales que tuve la dicha de hallar aun mas abundantes de lo que me prometia, y los cuales me permitieron emprender esta obra, completamente apoyada en documentos de la mas incontestable autenticidad, y en número mas que suficiente para colmar mis deseos en esta parte.

Concluido el primer tomo, que es casi enteramente obra mia, me vi en la precision de encargar la continuacion á otra persona, para poder dedicarme esclusivamente á la parte científica, que considero ser de mucho mayor utilidad para el país, y para nuestro propio conocimiento, y cedí todos los materiales arriba dichos, en primer lugar, al señor Martinez, y, muy luego despues, á don Francisco de Paula Noriega, personaje de mucho aprecio y mérito, el cual ha redactado la casi totalidad de los otros tres tomos. Resta ahora la parte relativa á la independencia, y tal vez deberia yo renunciar á escribirla, dejando esta tarea á la juventud chilena, que, en ningun caso, ya nadie se atreveria á acusar de indiferencia. Con

el establecimiento de la Universidad, y gracias al impulso que le han dado su digno é ilustre protector don Manuel Montt, y su sabio rector don Andres Bello, la mas noble emulacion reina entre sus doctos socios, y ha producido ya memoriales de la mayor importancia sobre diferentes ramos de la civilizacion chilena. Ciñéndome á la parte que me interesa en la actualidad, citaré un escrito muy estendido sobre los acontecimientos de la primera invasion española, por un testigo ocular el grande y juicioso patriota J. Benavente; el del señor Lastaria, esencialmente filosófico, sobre la influencia que ha tenido en el sistema social la conquista del país y su organizacion colonial, la memoria de don Man. Ant. Tocornal sobre el primer gobierno nacional, y el cuadro vivo y animado de la marina chilena, redactado por don Antonio García Reyes, jóven de las mayores esperanzas, y tan recomendable por su saber como por la suave modestia que le caracteriza.

Una vez dado este impulso, es probable que otros Chilenos se esmerarán en seguir estos bellos ejemplos, y que nuestros anales se enriquecerán de otros muchos escritos que escrupulosamente comentados, y en seguida encadenados con ilaciones y consecuencias precisas, permitirán á un hábil arquitecto regularizar armoniosamente este gran monumento, y aun, tal vez, vivificarlo de manera que se diseñen en sus contornos la solidaridad directa y mutua de los hombres, de sus épocas respectivas y de las circunstancias en que se hallaron, pues tal es la exijencia

actual del espíritu humano que ya los hombres no quedan satisfechos con el conocimiento de los trámites que han seguido los acontecimientos; ya las relaciones animadas de ellos, ni sus escenas llenas de vida y de movimiento, no les causan emocion alguna; semejante al águila, lo que el hombre pide ahora es tomar el vuelo y remontar á las mas altas rejiones para ver de bien alto y de una ojeada este inmenso cuadro, ó bien para escudriñar la esencia de todos estos hechos, careándolos y coordinándolos por afinidad y síntesis, en términos de componer un todo enteramente uniforme, que, al cabo, se reduciria á ser la consecuencia de una ley de progreso, ó, si se quiere, del dogma de accion y de reaccion, de decadencia y de rehabilitacion, proclamado por algunos jefes de escuela.

Pero este modo enteramente filosófico de tratar de la historia solo podria ser conveniente á una compuesta de jeneralidades; pues exije un estudio mucho mas profundo sobre la materia, y la intervencion de uno de aquellos entendimientos privilejiados y superiores, que reunen á un gran talento de apreciacion un juicio sano é imparcial y grandes conocimientos de detalle. No creo que sea aun tiempo de escribir bajo este aspecto la historia de la independencia chilena. Lo que es mas de desear por ahora es que cada cual contribuya con su piedra para la construccion de tan magnífico edificio, y en este sentido hemos creido poder continuar nuestra historia, á lo menos hasta la

época en que la República ha sido real y sólidamente constituida.

Sobretodo, en esto no hacemos mas que desempeñar la palabra que hemos dado antes de empezarla, y pensamos, sin presuncion, que no será sin resultado, bien que posterior á las publicaciones precitadas, pues hemos puesto tanto esmero, y tan constante, en descubrir los materiales que nos eran necesarios para esta parte de nuestras tareas, como en hallar los concernientes á las científicas. Así, no solo he compulsado los archivos de Santiago, de Concepcion y de otras muchas provincias de la República, sino que tambien he recorrido los de Lima, en donde hallé una gran parte de la correspondencia de Pareja, Osorio, Ordoñez y otros. En dicha capital fué en donde tuve la felicidad de ver á don Bernardo O'Higgins, poderoso atleta de la revolucion chilena, y con el cual he trabajado dos meses consecutivos sobre su larga carrera política y administrativa. De vuelta á Santiago, he adquirido todos los memoriales que han sido publicados sobre aquella brillante época, así como tambien una coleccion casi completa de todos los papeles y diarios de Chile, desde la *Aurora* de 1812, que, como su título lo anuncia, fué el rayo precursor de la clarísima luz que se acercaba para alumbrar é instruir á la sociedad, hasta el *Araucano*, diario oficial del actual gobierno.

Sin duda alguna, en el crecido número de estos periódicos, hay muchos que, nacidos en un momento de reaccion, descubren su oríjen y deben de ser lei-

dos con la desconfianza y el criterio que deben caracterizar á un historiador. Otros, aun mas adelantados y, por consiguiente, mucho mas sospechosos, habrian sido desechados si al lado de sus declamaciones apasionadas, y muchas veces calumniosas, no presentasen ciertos actos propios á corroborar ó á destruir un hecho poco conocido ó controvertido. Enfin, para completar en lo posible mis materiales, he podido penetrar en archivos particulares, y sacar del polvo en que yacian documentos de la mayor importancia, tales como un estracto de la correspondencia del célebre Miguel Carrera, y una copia entera de su diario, en el cual se ve, dia por dia, todo cuanto ha hecho y visto hacer, desde su llegada á Chile hasta el momento en que el desgraciado país recayó en el poder español, á consecuencia de la batalla de Rancagua. Poseo igualmente el del coronel G. Beauchef, que, como todos saben, ha dado tan bellas pruebas de talento y de valor en las acciones que ha tenido la honra de presenciar ó de mandar, y los no menos importantes de Manuel Salas, Camillo Henriquez, Bernardo Vera y otros, limitados, en jeneral, á los dias que precedieron y siguieron á la instalacion de la primera junta.

Pero á todos estos documentos, ya muy suficientes para entrar con entera confianza en el campo casi inculto de este memorable período de la historia de Chile, debemos añadir otros muchos que son el resultado de repetidas conversaciones que he tenido con testigos oculares, y con los jefes civiles y militares

de la revolucion, sin distincion del estandarte que su conciencia, sus preocupaciones ó su interes les hubiesen hecho enarbolar. De este mismo modo fueron escritos muchos memoriales bajo la dicta de Gaspar Marin, Francisco Menesés, Lorenzo Reyes, Miguel Infante, Joaquin Prieto, Santiago Aldunate, Manuel Salas, Agustin Vial, Clemente Lantaño, Juan de Dios Rivera, Juan Castellon, Juan Miguel Benavente y una infinidad de otros, igualmente prontos á favorecerme, y á responder á mis multiplicadas preguntas, y á cuya condescendencia soy deudor de cuanto pueda leerse de nuevo é interesante en esta relacion, la cual, en resúmen y en jeneral, será un rejistro de sus nobles y brillantes hechos.

Me tomo la libertad de manifestarles aquí mi profundo reconocimiento, así como tambien al ilustre libertador de Chile y del Perú, el jeneral San Martin, que el hado ha traido á Paris, como si la Providencia misma hubiese decretado que las mas interesantes pájinas de aquella brillante época fuesen escritas bajo la proteccion de uno de sus principales actores.

Paris y Enero 1848.

CL. GAY



HISTORIA

DE CHILE.

CAPITULO PRIMERO.

Situacion de la América en 1808. — Primeros síntomas de revolucion. — Influencia que tuvieron en ella las de Francia y de los Estados Unidos. — La Inglaterra procura darle impulso con socorros, y Napoleon por medio de sus emisarios.— Triste posicion de España, y su impotencia para exorcizar la tempestad que la amenaza.

Acabamos de recorrer cerca de tres siglos de la historia de Chile, durante los cuales hemos asistido á su conquista, á su organizacion política y á todos los eventos que son como consecuencia de un gobierno naciente y mal asegurado. Por el sur, hemos visto á los habitantes constantemente luchando con los fieros Araucanos, siempre atormentados por un vivo deseo de recobrar su libertad fuertemente comprometida por la proximidad de una nacion cúpida, poderosa y guerrera; en la costa, escuadrillas europeas ó simples corsarios atraidos por el atractivo del contrabando, que era tan fácil como ventajoso, y, en fin, en Santiago, residencia de las autoridades, y, por consiguiente, de la ilustracion, un espíritu de rivalidad que sembraba la discordia entre las corporaciones políticas, suscitándoles disputas pueriles, en ocasiones de preemi-

nencia, ó inclinándolas á la intriga y á la supercheria aun en el nombramiento de un simple provincial.

En este estado de cosas, la nacion habia quedado en una especie de nulidad que habia estampado una fisonomía muy particular á la sociedad, y la habia dejado casi estancada, á pesar de su jenio y de sus riquezas territoriales. La civilizacion estaba en pañales; la instruccion estremadamente limitada; la industria y el comercio eran nulos, ó poco mas ó menos; y los mandatarios, siempre imbuidos de su posicion y de sus prerogativas, habian tomado sobre el pueblo un prestijio que casi rayaba con los límites de un respeto relijioso. Aun hay memoria de la dificultad que habia y sumision que se necesitaba para hablar á un gobernador, á un rejénte, y aun tambien á un oidor, y de la afectada gravedad con que dichas autoridades se presentaban en públlco, frecuentando apenas la sociedad, y tolerando, en ciertas partes de la América, que el pueblo se postrase delante de su coche, como si las instituciones civiles se hubiesen identificado con las de la relijion.

Este gran prestijio que habian adquirido los empleados superiores era un producto de la política española para someter, por un medio moral, al pueblo á una especie de servidumbre que lo constituia esclavo de sus propias preocupaciones. Sin duda alguna, por respeto á las leyes y á la conservacion del órden y de la tranquilidad pública, es preciso que todo miembro de la sociedad sea subordinado á sus superiores, y obedezca con respeto á las órdenes que dimanen de su justicia; mas los Americanos habian llevado esta sumision á tal estremo de envilecimiento, que habian caido en una especie de apatía, la cual comprimia com-

pletamente sus facultades intelectuales y les impedia de aspirar á mejor suerte. Se habian hecho humildes, indolentes, resignados y tímidos como si hubiesen enajenado su libertad, y tan ciegamente apegados á sus principios, que, en las primeras guerras de la independencia, se alistaban bajo las banderas reales de preferencia á las de los defensores del país.

Por otro lado, las personas ricas y de distincion no estaban menos sometidas al influjo de sus hábitos. La mayor parte de ellos, reducida á una existencia frívola y de pura vanidad, no tomaban interés alguno en la política. Sin antecedentes ni ambicion, destituidos, en jeneral, de todo espíritu público, se hallaban satisfechos con sus títulos de nobleza, adquiridos, muchas veces, á fuerza de dinero; otros se contentaban con una condecoracion; otros no aspiraban mas que al grado puramente honorífico de capitan de una compañía de milicias, y si por casualidad alcanzaban el de coronel ó brigadier, se creian en el pináculo de la dignidad política.

Una condicion de esta naturaleza no podia ya prolongarse por mas tiempo, y tenia necesariamente que ceder al movimiento poderoso que habian dado al espíritu de aquel siglo los Montesquieu, Helvecio, Voltaire, Raynal, Rousseau y otros, y cuyas obras, traducidas, la mayor parte, al español, se habian introducido por contrabando en las mas pacíficas comarcas, y habian despertado los corazones de algunos atrevidos pensadores, los cuales se embibieron en ellas de un conocimiento íntimo de sus derechos y de sus deberes. Estos pensadores abrazaron algunas veces las cuestiones las mas arduas, bien que sin arriesgarse á proponerlas como dogmas al escrutinio de un libre exámen. Lejos de eso, como fieles y escrupu-

losos católicos, desdeñaban todo alarde de incredulidad, pero penetrándose ellos mismos con ansia de las doctrinas sociales de dichos filósofos, con esperanza de aprovecharse de ellas á su tiempo para la felicidad de su nacion. Así se preparaba una grande revolucion en aquella vasta comarca y ya fermentaba con cierto susurro para desarrollarse, tarde ó temprano, y mostrarse triunfante de preocupaciones y hábitos arraigados, favorecida por grandes acontecimientos que le sirvieron de auxiliares, no de causa esencial.

El primero de estos acontecimientos tuvo lugar en la América Inglesa con ocasion de un impuesto con que el gobierno quiso agravar las transacciones comerciales del país. En el primer momento, el pueblo hizo las mas calorosas representaciones contra aquel acto de arbitrariedad y de injusticia, pero viéndolas desechadas, y su orgullo nacional humillado, se propasó á escesos que muy luego tomaron un carácter de verdadero alzamiento. Muy luego, los gritos de libertad y de independencia resonaron en todas aquellas colonias británicas, y estos gritos, importados á Francia por los representantes Deane y Franklin, encontraron la mas jenerosa simpatía en una juventud educada segun el espíritu filosófico del 18° siglo. Es verdad que en aquella época ya la Europa entera miraba con zelos y desconfianza la ambicion invasora de la Inglaterra, y no se hallaba muy distante de abrazar la causa de aquel pronunciamiento, bien que fuese opuesto á los principios jeneralmente seguidos. La Francia, sobretodo, tenia el mayor interes en debilitar la preponderancia de su rival, aun tan orgullosa de la posesion del Canada que le acababa de quitar, y por lo mismo fué de las primeras que se apresuraron á trazar

un plan de conducta enteramente favorable á los Americanos. En el principio, obrando con prudencia y sijilosamente, procuró fomentar aun mas el entusiasmo del pueblo, hizo entrar en su liga al rey de España (que tambien tenia algunos antiguos rencores contra Inglaterra), y luego echó á un lado la circunspeccion y manifestó abiertamente sus proyectos, armando de concierto con su poderoso aliado una flota suficiente para sostener y sacar triunfantes las justas pretensiones de aquellos audaces colonos. Los buques de aquella flota fueron justamente los que, de arrivada á algunos puertos de la América meridional, sembraron y dejaron en ella las ideas de libertad que no podian menos de estenderse tanto mas, cuanto los sucesos militares iban á fundar, á su puerta misma, una nacion viril, vigorosa y llena de recursos, y, por lo tanto, capaz de tener un rango entre las potencias que se habian elevado al mas alto grado de civilizacion.

El segundo acontecimiento, relativo á la revolucion francesa, fué aun mas decisivo, puesto que este aniquiló, de un golpe, todas las condiciones morales y materiales del estado y de la sociedad, y esparció su benéfica claridad por las clases inferiores, enseñando á cada miembro de esta sociedad el verdadero valor de sus derechos y de su dignidad. En suma, era una revolucion social que interesaba la jeneralidad del pueblo, y bajo este aspecto todos debian tomar una parte activa en ella, sobretodo aquellos para quienes los privilejios habian sido tan humillantes y tan onerosos.

En la época de aquellas dos violentas revoluciones, habia en España, y en otras partes de la Europa, una infinidad de jóvenes Americanos educados, por decirlo así,

en la escuela de aquellos atrevidos reformadores, ó imbuidos, por lo menos, de algunas de sus máximas, los cuales, poniendo el pensamiento en el porvenir de su país, y previendo la influencia que aquel gran trastorno político podria tener en su suerte, miraban con ansia los progresos de esta última revolucion, siguiendo su retaguardia, y felicitándose mutuamente al verla ganar terreno, bien que lastimándose de las violencias rencorosas de las pasiones. De aquel gran número de jóvenes, unos se apresuraban á volver á su patria para comunicar á algunos de sus compatriotas las ideas de que ellos mismos estaban inspirados; otros, mas osados, se trasportaron en persona al foco del movimiento, y aun se atrevieron á alistarse bajo las banderas de los revolucionarios, á impulsos del entusiasmo que les inspiraban sus principios y su profunda conviccion.

Entre estos últimos, los habitantes de Venezuela se distinguieron por el apresuramiento con que adoptaron aquellas nuevas ideas, y al primer grito de la revolucion francesa algunos jóvenes insensatos osaron tremolar el estandarte de la rebelion; pero muchos de ellos pagaron con la vida un pronunciamiento tan prematurado é intempestivo. De los que se salvaron de los efectos de este primer sacrificio á la libertad americana, fué uno Nariño, jóven audaz é imprudente que osó presentarse en España, de donde, á la verdad, se fué muy pronto para ir á interesar en su noble causa los gobiernos frances é ingles. A poco tiempo despues, su fogoso compatriota Miranda se presentaba en la misma lid con las mismas intenciones, y con antecedentes que le eran mucho mas favorables. Entusiasta de la revolucion francesa, en correlacion y trato con sus jefes, y, lo que es mas, habiendo

alcanzado el grado de jeneral en sus ejércitos, Miranda ofrecia las mejores garantías de éxito á una espedicion que ya muchas veces habia emprendido, aunque sin resultados importantes. La Inglaterra, como muy interesada en aquella arriesgada tentativa, no se mostró sorda á sus solicitudes y le dió armas y dinero, con lo cual aquel ilustre Americano se vió muy luego á la cabeza de una nueva espedicion, que salió de los Estados-Unidos y se dirijió sobre Caracas, en donde, si no consiguió sus principales fines, alcanzó, por lo menos, el de propagar las ideas de libertad, y de ajitar y llenar los corazones de los habitantes de pasiones que los comprometieron lo bastante para proseguir en tiempo oportuno su gran pensamiento.

Ademas de los auxilios que daba á los apóstoles de la emancipacion americana, la Inglaterra procuraba dislocar directamente y por sí misma al gobierno español, sembrando el jérmen de la discordia en sus colonias, á las cuales inspiraba el amor de la independencia. En los resultados de esta importante cuestion, el gobierno británico hallaba, en primer lugar, una satisfaccion nacional; y, en segundo, una inmensa salida para los productos de su creadora industria, productos que en aquella época la América no tenia por causa del bloqueo continental.

Por consiguiente, todos los pensamientos de la Inglaterra se dirijian naturalmente á fomentar aquella revolucion, y ya, en 1797, el ministerio, por el órgano del célebre Pitt, habia mandado distribuir en la mayor parte de las colonias gran número de proclamas, asegurando socorros en dinero, armas y municiones á cuantos quisiesen intentar revolucionarlas. Todo esto no era mas que una consecuencia inevitable de la conducta que ha-

bia tenido el gobierno español en la insurreccion de los Anglo Americanos.

En cuanto á la Francia, es fácil concebir que teniendo el mayor interes en abatir el orgullo y el poder de su rival, hubiese entrado abiertamente en aquella liga, y procurase contribuir por todos sus medios al desarrollo de un acontecimiento que lisonjeaba su amor propio, y aumentaba su preponderancia política; pero no se comprende que España hubiese podido tomar cartas y protejer una revolucion, cuyo objeto era la emancipacion de una colonia tan vecina de las suyas, con el símbolo de libertad y de igualdad, en toda la acepcion de estas palabras. Los hombres esperimentados y de prevision vieron al punto la grande trascendencia de este yerro, y el mismo Carlos III lo confesaba francamente, refujiándose á la sombra de su malhadado pacto de familia. El ilustre conde de Aranda, despues de haber firmado en Paris el tratado de paz que obligaba á la Inglaterra á sancionar la independencia de los Estados Unidos, no pudo menos de manifestar á S. M. los temores que le asaltaban por la suerte futura de sus posesiones en América, y para precaver semejante acontecimiento opinaba cuan útil seria el llevar á ejecucion el plan presentado par Vauban á Felipe V, plan que consistia en ceder aquellas posesiones á tres infantes de su familia, los cuales reinarian en ellas con los títulos de rey de Méjico, del Perú y de Costa firme, y bajo su propia dependencia con el de emperador.

A todos estos elementos de fermentacion, que solos habrian bastado para dislocar el poder español en todo el Nuevo Mundo, se juntó muy pronto otro, aun mucho mas grave, y el cual provenia de la triste situacion de

la madre patria, á consecuencia de la corrupcion de la corte, de los desarreglos de la administracion, de la conducta política y privada de un grande de fortuna y de las miserables desavenencias del rey y del príncipe su hijo, desavenencias que dieron lugar á la revolucion de Aranjuez. Solicitado como mediador en la querella, Napoleon vió de una ojeada, y con su tino astucioso y sutil, una ocasion de espulsar á los Borbones de España, para su propio provecho, y por un maquiavelismo que la historia no le perdonará nunca consiguió la abdicacion de la corona, objeto del conflicto entre los dos monarcas, y la puso en la cabeza de su hermano José. Ademas, anteriormente á esta pérfida tramoya de estado, ya habia obtenido, en conformidad al tratado de Fontainebleau, el enviar al norte de la Europa las tropas españolas que mandaba el marques de la Romana, y ocupar con las francesas las principales plazas de la Península, por manera que la invasion de aquel vasto y jeneroso país no fué, en realidad, para su ejército mas que un paseo recreativo y de ovacion.

El prestijio de Napoleon, y, tal vez, algunos intereses particulares, atrajeron á aquel hombre estraordinario un partido bastante fuerte de Españoles de distincion y de influjo; pero el pueblo, penetrado de la máxima de considerar á los reyes como imájenes de la Divinidad, y como intérpretes de la voluntad del cielo, no pudo sufrir con paciencia y sangre fria un acto tan violento de vergüenza y de injusticia; el grito de alarma resonó como un trueno en toda España, y su eco produjo una insurreccion jeneral, pronta á sacrificarse para defender la dignidad y la independencia de aquella antigua monarquía, embriagada aun de vanagloria con la me-

moria de sus héroes y de sus valientes defensores.

Uno de los primeros deberes de los insurjentes fué atacar los arsenales para hacerse con armas y municiones, y su celo y valentía estaban sostenidos por la poderosa proteccion del clero, que, en aquel momento, gozaba de un doble influjo, á saber, el que le daba su carácter sacerdotal, y el de su ardoroso patriotismo. En seguida se formaron pequeños cuerpos de ejército; se organizaron montoneros, y se esparcieron hábiles ajitadores por todas partes para fomentar la conspiracion, dando pávulo á la pasion de los espíritus, y predicando guerra esterminadora contra los serviles instrumentos de la ambicion de un guerrero insensato. Los primeros encuentros fueron impetuosos y sostenidos, y llenaron de sorpresa á los Franceses, que, hasta entonces, habian desconocido enteramente el carácter denodado y enérjico del Español, y se vieron obligados á defender paso á paso el terreno tan vergonzosa y pérfidamente invadido y que el orgullo nacional se aprestaba á disputarles con tanta enerjía.

Durante aquellas guerras de esterminio, en las cuales el espíritu de patriotismo se elevó á lo mas alto y sublime de cuanto nos presenta la historia de la humanidad, la España se hallaba sin jefes, sin apoyo, desprovista de todo y enteramente dividida en su organizacion política. Cada provincia, reducida á su propia suerte é impelida, al mismo tiempo, por el sentimiento íntimo y aclarado de sus derechos, procuró formarse un gobierno provisional, cuyos fines fuesen vijilar por su propia conservacion. Las que se hallaban aun libres crearon juntas compuestas de ciudadanos los mas influyentes y animados todos del mismo espíritu patriótico. Todas aquellas juntas eran

iguales en poder y autoridad y no tenian mas que un objeto comun, que era la defensa de la patria, y se gobernaban independientes las unas de las otras; lo cual habia dado lugar, sin pensar en ello, á una especie de administracion federativa. Pero aquellos pequeños estados eran demasiado débiles para obrar por sí solos, y se hallaban en la necesidad de ayudarse mutuamente, multiplicando, de esta manera, sus fuerzas y sus recursos. Para conseguirlo, creyeron que lo mejor seria centralizar las operaciones en una sola junta, sin dejar de conservar la direccion política de su provincia.

Por desgracia, se abrigan en el corazon humano, así como tambien en el de la sociedad, pasiones que sofocan en él todos los sentimientos del deber, y los inclinan á escesos de amor propio ó de orgullo que, muchas veces, les hace obrar contra su propio interes; y esto fué lo que sucedió en España, cuando se trató de elejir aquella junta, en la que se debian centralizar todos los poderes. En aquella ocasion, muchos elevaron demasiado alto sus pretensiones, obraron con imprudencia, y, en su obstinacion, hubieran comprometido gravemente el país, sembrando en él la guerra y la anarquía, si los peligros de la patria no hubiesen atraido en su favor todos los partidos militantes.

Mas no sucedió lo mismo en América, en donde cada una de las provincias que se hallaban en desacuerdo habia enviado emisarios con el solo objeto de dar á reconocer su supremacia, con esclusion de las demas. Claro estaba que la animosidad que existia entre los enviados habia de perjudicar necesariamente á su mision, pues todos se decian representantes de la sola junta reconocida por España, y de allí se seguian contradicciones y

desmentidos que dejaron el espíritu americano en una situacion de incertidumbre, le hicieron dudar de la verdad de todas aquellas relaciones, tan tercamente controvertidas, y sospechar la posicion crítica en que estaba la madre patria.

Esta posicion era, en efecto, d las mas lamentables. El país se hallaba invadido casi por todas partes; habia jenerales que habian faltado á su deber, y violado su juramento; la anarquía, jenio de la ambicion, parecia tambien querer conspirar contra la nacion, y la junta de Sevilla, forzada á abandonar dicha ciudad, se habia refujiado, apresuradamente, en Cádiz, en donde se vió muy luego acosada por el ejército frances. Sospechada de estar de intelijencia con Napoleon, la misma junta habia sido el objeto de una animosidad sorda, pero jeneral, que se manifestó muy pronto en gritos amenazadores de las poblaciones por donde pasaba. El recibimiento que tuvo en Cádiz no fué menos ruidoso, y no atreviéndose á hacerle frente, se apresuró á disolverse y dispersarse, humillada y llena de confusion. Solo, algunos diputados permanecieron en la ciudad y se creyeron bastante autorizados para elejir entre ellos mismos cinco miembros que revistieron del poder soberano, bajo el título de rejencia suprema del reino.

Este fué el gobierno que, así improvisado, reconocido solamente en Cádiz, y cuya autoridad á penas se estendia á algunos cantones de la Galicia, confesó tan injenuamente en una proclama á los Americanos que hasta entonces habian sido tiranizados por España y por sus vireyes, y que, en lo sucesivo, ya libertados de su codicia, serian considerados al igual de los Españoles, y tendrian sus representantes en las cortes. Sin duda, esta

confesion tan sencilla era, tal vez, síncera, pero escesivamente tardía, puesto que llegaba en un momento en que la América, en su posicion embarazada, no podia ya confiar en mandatarios cuya legalidad habia sido contestada por la mayor parte de las provincias españolas, y aun tambien por el marques de la Romana. Por otra parte, la admision de estos diputados en las cortes era completamente ilusoria, puesto que no era posible que llegasen inmediatamente de las diferentes comarcas de la América, y, por de pronto, fué preciso contentarse con escojerlos á la ventura, por decirlo así, entre los Americanos establecidos en Cádiz. El número de los que se nombraron era, ademas, tan limitado, que no podian tener influjo alguno en el resultado de los votos. Por esta razon, las memorias de aquella época están llenas de representaciones y protestas de dichos diputados, y ponen de manifiesto con que audacia eran diferidas sus mociones, esperando poder anonadarlas, al cabo, si sobrevenian buenos sucesos militares.

Esta falta de consideracion habia necesariamente de producir impresiones desfavorables en pueblos ajados despues de tanto tiempo en su amor propio, y los cuales, en razon de la invasion de la madre patria, se creian amenazados del golpe que les darian todas aquellas desgracias. Por mucha confianza que tuviesen en la valentía y en el patriotismo españoles, y en los auxilios de su recien aliada la Inglaterra, no se disimulaban sus propios riesgos, y resolvieron no permanecer por mas tiempo en la indecision, siempre fatal en tiempos de trastornos políticos. El partido que les convenia abrazar les estaba indicado por la misma España, creando un gobierno provisional compuesto de un cierto

número de personas influyentes en el país, y capaces de obrar con enerjía á la primera señal de alarma.

Una mano guiada por la Providencia sobrevino para favorecer este plan tan nuevo para los Americanos. Los vireyes de Méjico y de Buenos-Aires, penetrados del poder de Napoleon y del estado crítico en que se hallaba España, habian convocado, casi en la misma época, algunos ciudadanos, con el objeto de participarles sus temores, y de persuadirles nombrasen legalmente una junta que tomase á su cargo el dar disposiciones las mas rigorosas y activas para la defensa del país, en caso de invasion. En cualesquiera otra época, habria sido conveniente y útil esta determinacion; mas, en aquel momento en el cual los espíritus estaban tan fuertemente ajitados, no solo por los peligros que amenazaban, sino tambien por las ideas del siglo, la misma determinacion daba pávulo á la ambicion, y favorecia las miras de los reformadores. Los Españoles dotados de perspicacia previeron de una ojeada sus consecuencias y se apresuraron á contrarrestarlas. En Méjico, en donde habia suficiente número de ellos, consiguieron deponer al virey poniendo en su lugar una junta compuesta de personas apegadas á sus intereses y á los de España; pero en Buenos-Aires el cabildo fué el que tuvo todo influjo en una creacion semejante, y, por esta razon, fué enteramente favorable al país. Cisneros quedó despojado de sus honores y títulos, y á poco tiempo despues le enviaron á las islas Canarias, acompañado de algunos oidores, y otras muchas personas contrarias al movimiento que acababa de ser ejecutado.

El 25 de mayo de 1810 fué el dia en que tuvo lugar aquella revolucion, la cual habia sido precedida de la de Caracas, que puede ser considerada como provocadora

y vanguardia de la lucha que iba á trabarse entre el despotismo y la libertad. Quito y la Paz se habian pronunciado ya en favor de estos gobiernos provisionales, y las demas capitanías jenerales procuraban seguir el mismo ejemplo, porque la fermentacion era tan jeneral como violenta, hallándose los espíritus alarmados con el temor de una iminente invasion, á la cual todos querian hacer frente á fin de conservarse para su amado rey Fernando VII. Fuera de algunos que habian soñado con una feliz suerte futura para el país, las intenciones de la jeneralidad eran puras y sínceras, y espresaban una fidelidad altamente probada por el empeño que ponian en sostener los esfuerzos que hacia la madre patria para resistir á la potencia estraordinaria de su ambicioso enemigo. En el espacio de tres ó cuatro años, salieron de la América para contribuir á los gastos de los ejércitos españoles mas de cien millones de pesos, producto de simples donativos patrióticos.

Entretanto, la rejencia y las cortes no se hicieron ilusion sobre el resultado final de aquellos movimientos, ni sobre el fin que se proponian alcanzar algunos miembros de aquellas juntas; y conociendo el gran inconveniente que habia en dejar subsistir en aquellas colonías asambleas revestidas del poder soberano, procuraron paralizar la coalicion, cosa que ofrecia tanta mayor dificultad cuanto esta se estendia por un espacio de mas de dos mil leguas. A pesar de su penuria en hombres y dinero, y de la lucha que sostenian contra un enemigo tan peligroso, se atrevieron á enviar, en la plenitud de su impotencia, una espedicion á Venezuela para bloquear los puertos é impedir la entrada de los estranjeros, que con mucha razon temian; y para conseguir mejor este fin,

anularon la órden que hacia un mes habia dado la rejencia en favor del comercio libre de la América ; rechazaron con desden la intervencion de la Inglaterra ; hicieron vijilar las costas para ponerlas al abrigo de la introduccion de las ideas de los anglo-americanos, y procuraron congraciarse con los diputados del nuevo mundo, oyendo con menos indiferencia sus discursos y sus peticiones.

Mientras el gobierno de Cádiz multiplicaba así sus esfuerzos para contener al jenio invasor de la revolucion americana, Napoleon se esmeraba en protejerla por su parte, enviando emisarios franceses y aun tambien españoles, con el encargo de impeler los Americanos á la independencia, en caso de que no consiguiesen someterlos á la autoridad del Rey José. La promesa que habian hecho estos emisarios de conservar á todos los empleados superiores sus derechos, honores y prerrogativas, les habian proporcionado la proteccion de algunos altos personajes; pero el pueblo, cada dia mas idólatra de su rey Fernando, que noobstante su cautiverio reinaba aun para ellos con el mayor esplendor, no quiso de ningun modo suscribir á un acto tan contrario á sus ideas de hábito, y, fuertemente irritado contra aquellos ajentes de la perfidia, tocó á rebato, sacrificó á algunos, ahuyentó á otros y quemó en un autodefe las proclamas infamantes para su honor y dignidad. Por otra parte, una nacion que habia abolido la relijion de Cristo, decretado la divinidad de la razon, encarcelado al papa, degollado á los sacerdotes y votado un ser supremo de la hechura de las ideas impías y desorganizadoras de la época, no podia, en aquel momento, ejercer la menor influencia con un pueblo imbuido de su relijion hasta el fanatismo, y

dominado por una milicia de curas y de frailes, que vertian á manos llenas el oprobio y el ridículo sobre la mision de aquellos nuevos apóstatas, considerados como los principales autores del desórden moral y físico de la época.

La persecucion que el cristianismo habia padecido en Francia durante los trastornos de la revolucion habian, en efecto, llenado de espanto las almas puras y tímidas de aquellos Americanos, acostumbrados á terminar obscura é indolentemente una vida de paz y tranquilidad. Enteramente estraños á movimientos revolucionarios, en los cuales la pasion llevada al mas alto grado de exaltacion y de delirio obra muchas veces como un verdadero asesino, y no pudiendo comprender que el Criador, en su bondad infinita, pudiese enviar remedios tan violentos para curar los males de la sociedad doliente, hablaban con horror de la revolucion francesa, despreciaban profundamente al pueblo que la habia enjendrado, y no podian menos de recibir con odio y mala voluntad á los emisarios turbulentos que las olas del mar acababan de arrojar sobre sus costas. Tal ha sido, sin duda alguna, la causa del poco éxito que tuvieron en América los enviados de Napoleon; pero sus ideas filosóficas, introducidas por contrabando, fueron pasto de algunos nuevos adeptos, que estaban ya iniciados en el misterio de aquella grande reaccion, y sirvieron á encender la antorcha de la razon y á alimentar el ardor de los corazones. En efecto, fué la época en que se empezaron á oir gritos de independencia, al principio limitados á algunas partes, pero que luego resonaron, sucesivamente, por todo el nuevo continente: Quito, Buenos-Aires, Méjico, Chile, etc. La historia de la revolucion de este último es la que vamos á narrar.

CAPITULO II.

Muerte del presidente Muñoz de Guzman. — Competencia de la Real Audiencia y de Carrasco sobre la sucesion. — Carrasco es nombrado por el ejército de la frontera. — Estado de Chile y de España á su entrada en el mando. — El capitan Luco viene á pedir nuevos recursos.

El 11 de febrero de 1808 se manifestó una grande ajitacion en Santiago; se habia esparcido un triste ruido en todos los barrios que habia conmovido toda la poblacion. Como por instinto, todo el mundo corria á la plaza mayor, se formaban corros á la puerta de palacio, y allí se oia la noticia de la muerte del ilustre y virtuoso gobernador Muñoz de Guzman.

Este fatal acontecimiento sumerjió la ciudad en la mas dolorosa afliccion. Era un dia de luto jeneral para todos los miembros de la sociedad, igualmente heridos en sus intereses y en sus afectos. El público perdia en Guzman un majistrado justo y laborioso, el pobre un protector jeneroso, y España un servidor íntegro, hábil y tan amado, que hubiera podido esconjurar, durante algunos años aun, la borrascosa tempestad que el viento de Buenos-Aires y los progresos de la civilizacion amontonaban encima de aquel leal país.

La Real Audiencia, como de costumbre, se reunió aquel mismo dia para nombrar un sujeto digno de remplazar provisionalmente al ínclito difunto gobernador. En una época poco anterior, el rejente del tribunal habria sido revestido del poder; pero desde que España habia declarado guerra á Inglaterra, tenia mucho que

temer de esta potencia para no imprimir un carácter militar á sus colonias, y por una real cédula de 23 de octubre de 1806 estaba mandado que en todos los vireynatos y gobiernos, aunque hubiese Real Audiencia, recayese el mando político y militar y la Presidencia (en caso de muerte, ausencia ó enfermedad del propietario) en el oficial de mayor graduacion, con tal que no fuese menos que coronel efectivo, y si S. M. no habia nombrado, por pliego de providencia ó de otro modo al que debia suceder; y que en el caso de no haber oficial de dicha ó mayor graduacion, recayese el mando en el Rejente ó en el oidor decano, y no en el Acuerdo.

Esta real cédula, tan clara y terminante, fué sin embargo interpretada en estraña manera por todos los oidores, que sostuvieron se limitaba su tenor á la capital, y de ningun modo á lo restante del país. Fundados en este falso raciocinio, se atrevieron á proclamar á su rejente por capitan jeneral y gobernador del reino, y el mismo dia, despues de haber sido reconocido como tal por el Ayuntamiento, que le entregó el baston de costumbre, se apresuraron á dar aviso á todas las administraciones, como tambien á los vireyes del Perú y de Buenos-Aires.

Este nombramiento era completamente ilegal y visiblemente contrario á las intenciones del gobierno que, en su delicada posicion, necesitaba mas de un militar que de un majistrado. Por esta razon, muchos jefes, entonces empleados en la provincia de Concepcion, se apresuraron á representar incontinente, protestando contra un acto evidente de mala fe y de injusticia. Dos de estos jefes tenian los títulos mas lejítimos, segun el

espíritu de la real cédula, siendo, como eran, ambos brigadieres; el uno, don Pedro Quijada, con despacho de 1795, y el otro, don Francisco García Carrasco, con fecha de dos años solamente.

Independientemente de esta protesta, Carrasco, como el mas interesado, habia enviado á llamar al intendente don Luis de Alava, que se hallaba reconociendo, con Rosas, el agua de vida, que acababa de ser descubierta junto á Yumbel, y al punto en que llegaron á Concepcion, sin miramiento por la Real Audiencia, se celebró un consejo de guerra, compuesto de todos los oficiales de la Frontera, con el fin de nombrar, segun la real cédula, un presidente encargado del gobierno del país. La antigüedad de Quijada le daba la preferencia, y ya el rejente le habia escrito en este sentido; pero hallándose en edad avanzada, y lleno de achaques que le obligaban á estarse en cama, tuvo que renunciar á ella (1), de suerte que Carrasco quedaba solo, y con todo eso aun tuvo por competidor á don Luis de Alava, bien que solo tuviese grado de coronel, el cual pretendia tener derecho á ser nombrado, como intendente que era de la provincia, comandante jeneral de las armas de la frontera y reconocido como segundo jefe del reino. En consecuencia, Alava escribió por este tenor á la Real

(1) « No hallándome capaz, por mi avanzada edad, y graves continuados achaques, de desempeñar mando alguno, he solicitado de la real piedad mi retiro, y habiéndolo representado así al señor capitan jeneral, Don Francisco García Carrasco, doy á V. S. y señores vocales de ese real tribunal las mas afectuosas gracias por el lugar preferente que me han considerado para la sustitucion del mando accidental de este reino, en su auto de 7 del corriente mes, de que V. S. me acompaña testimonio con fecha de 12 del mismo. »

Carta de don Pedro Quijada al Rejente don Juan Ballesteros, escrita en Concepcion, el 20 de marzo 1808.

Audiencia y se hizo apoyar en el consejo por don Luis Barragan; pero á pesar de todos los pasos que dió y de su actividad, tenia contra sí á la ley, y Carrasco fué nombrado (1).

El dia siguiente de esta deliberacion, es decir, el 5 de marzo de 1808, el nuevo presidente participó al rejente Ballesteros su nombramiento (2), y, poco tiempo despues, salió de Concepcion lleno de tristes presentimientos, como si previese su turbulenta suerte. En su compañía, iba don Juan Martinez Rosas, que debia de desempeñar el cargo de su asesor particular. Una misma fatalidad habia puesto al lado de Cisneros al hábil y audaz Moreno, y al de Carrasco al que iba á ser el alma de la emancipacion chilena, por donde se ve claramente que en aquella época la mano de la Providencia conducia aquellas desgraciadas colonias, desbastándolas de la fatal corteza que por tanto tiempo habia envuelto y sofocado su jenio y su capacidad.

La recepcion del nuevo presidente en Santiago, que

(1) Algun tiempo ántes de su muerte, Muñoz habia recibido órden de reunir la isla de Chiloe á su gobierno, separándola, por el hecho, del mando del Perú. Si esta órden hubiese sido ejecutada, Alvarez, que era gobernador de dicha isla, habria sucedido, de derecho, á Muñoz, y en razon de su talento, valentía y actividad, hubiera retardado por algun tiempo la ruina del poder español. (*Conversacion con don Manuel Salas.*)

(2) A este aviso, Carrasco añadia: «Me dispongo á pasar á la capital, á la mayor brevedad posible. Así es que no puedo reconocer á V. S. con otra representacion ni otro carácter que los de rejente de ese tribunal; cualesquiera que haya sido la resolucion del acuerdo, tomada sin mi conocimiento, siendo contraria á la suprema voluntad del Rey, es inobedecible. La responsabilidad á que estoy ligado, y la obligacion en que me hallo para con el soberano, por mi empleo y graduacion, en circunstancias que el reino se halla amenazado de enemigos, me estrechan á sostener el acuerdo de la junta, aunque no tengo ambicion ni deseo de mandar.»

Carta de don Francisco Antonio Garcia Carrasco al rejente don Juan Rodrigo Ballesteros, del 5 de marzo de 1808.

tuvo lugar el 22 de abril de 1808, fué fria y casi ignorada, por la razon de que habia sido precedida del descontento manifiesto de la Real Audiencia, bastante rencorosa para no olvidar tan pronto una decepcion que la habia desazonado en gran manera. Por consideraciones de pura conveniencia, algunas personas de distincion se habian dejado llevar de los mismos zelos de amor propio, y no se mostraban menos desdeñosas y circonspectas hácia él. Carrasco conocia que se hallaba bajo los auspicios los mas desfavorables. Sin consideracion y casi sin apoyo, se veia á la cabeza de un gobierno empeñadísimo (1), con muy cortos recursos en aquellas críticas circunstancias y amenazado, despues de algun tiempo, de una invasion inglesa (2). Este último pensamiento, sobretodo, parecia preocuparle mas; porque no tenia gran confianza en las milicias, y porque su limitado y estéril entendimiento estaba muy lejos de sujerirle ideas de prevision. Afortunadamente para el país, su predecesor habia provisto anchamente á todo lo que no alcanzaba su incapacidad, haciendo levantar planes de defensa por hábiles oficiales y administradores. Francisco

(1) La administracion de Guzman habia sido tan sabia y económica, que á fines de 1805 existia en las arcas reales una cantidad de 646,512 p., cantidad que no fué suficiente para cubrir las reparaciones de la tesorería, la fundacion de la Aduana y costo de los milicianos rejimentados despues que habian llegado noticias de guerra. Por esta razon, á la llegada de Carrasco, las rentas reales, que ascendian á 923,723 p., tenian un desfalco de 97,282 p., y, por otro lado, el Virey del Perú, en razon de las muchas y grandes cantidades que habia tenido que enviar á España, y de los gastos ocasionados por la defensa de la costa y el envío de tropas á Quito y á la Paz, escribia que ya no podia remitir los 100,000 p. del situado de Valdivia, y esto justamente en una época en que esta plaza se hallaba alcanzada en una bancarrota de 115,000 p. que acababan de hacer los ministros de la tesorería en perjuicio de aquel situado. (*V. mi parte estadística.*)

(2) En una carta de Windham al jeneral Crawford, se ve que la Inglaterra queria enviar una espedicion de 4272 hombres á las costas de Chile.

Xavier de Reina, Buenaventura Matute y Tadeo Reyes habian presentado memorias tan sabias como claramente esplicadas. La del último, especialmente, habia sido muy apreciada y merecido la preferencia como mas adaptable á los recursos del país y á la penosa situacion de la tesorería, pues se trataba de quitar la subsistencia al enemigo, dejando, á la primera señal de invasion, las costas enteramente desiertas; de instruir á los milicianos para que se mantuviesen firmes en los primeros fuegos, y de armarlos con machetes, arma que las jentes de la tierra estaban acostumbradas á manejar, y que preferian al sable (1). En efecto, apenas fabricados, se entregaron cuatromil de estos machetes, y los milicianos armados con ellos fueron llamados cuchilleros.

Todos estos preparativos habian ocasionado gastos estraordinarios, y aun exijian otros muchos, porque los temores de una invasion inglesa tomaban incremento y habian motivado el armamento de un número mayor de milicianos pagados al pié del ejército.

Muñoz de Guzman, gracias á su habilidad y á su prestijio, habia podido hacer frente á estos crecidos gastos, reduciendo mucho el sueldo de los empleados mayores, y de los empleos superiores al de teniente coronel, sometiéndose todos gustosos á esta reforma (2); pero cuando Carrasco quiso emplear los mismos medios, encontró una resistencia obstinada, y tan enérjica, que se vió obligado á renunciar á ellos, como tuvo tambien que desistirse del que le propusieron los tesoreros, el cual era

(1) Instrucciones del presidente Guzman para la defensa del país.

(2) Guzman habia conseguido dar cumplimiento á uno de los mas injustos reales decretos, casi sin que nadie se quejase, el cual despojaba á las obras pias de todos sus bienes, sin mas promesa que la de pagarles los intereses.

de aumentar el impuesto de jéneros y metales del país, por manera que desde el principio de su carrera se halló acosado por las primeras necesidades de la administracion, y ya mostraba la debilidad de carácter que debia, necesariamente, dejar presentir las desgracias que iban á caer sobre el país que gobernaba.

En tan penosas circunstancias, Carrasco procuró atraerse los favores del cabildo, á fin de tener en aquella corporacion, que á la sazon gozaba de bastante influjo, consejeros capaces de trazarle un plan de conducta, y de servirle de apoyo en caso de peligro. Por la noche reunia regularmente algunos en su salon; pero, al mismo tiempo, tambien recibia hombres oscuros, y aun de moralidad dudosa, particularidad que, desde luego, habia alejado algunos personajes de su tertulia. La conversacion, allí, era ajena de las circunstancias, pueril y trivial, recayendo siempre en cuentos de familia, y sobre el ridículo de algunos empleados, con intencion de desacreditarlos para poder quitarles sus empleos (1). Allí fué en donde se formó la sociedad de armadores, cuyo objeto era atacar bajo cualquier motivo, y bajo pretesto de servir al rey y á la patria, todos los buques estranjeros que se acercaban á la costa para contrabandear. La presa de la fragata el *Escorpion*, ejecutada por la perfidia la mas criminal, descubrió muy pronto sus bajas intenciones, y todo Santiago quedó escandalizado cuando supo la alevosía cometida contra el capitan de dicha fragata y contra algunos de sus marineros, que habian saltado en tierra sin armas, fiándose á la buena fe de los que los llamaban para asesinarlos. A la sazon, corrió la voz de que Carrasco habia tenido parte en aquella presa, y le

(1) Historia del Padre Guzman, p. 260.

habia acarreado un encono tan jeneral, que probablemente le habria sido fatal, si las felices nuevas que llegaron de España no hubiesen llevado á aquellos lejanos habitantes, llenos de zozobra por la madre patria, un consuelo que no esperaban.

Estas noticias, que llegaron á mediados del mes de agosto de 1808, eran relativas á la abdicacion del rey Carlos IV, y á la caida del favórito Godoy, considerado como autor principal de todos los males que, ya tantos años habia, atormentaban á la desgraciada España. Fernando VII, sucesor de Carlos IV, parecia presentar todas las garantías necesarias de prevision y de acierto. Las persecuciones que habia esperimentado le habian dado mucha popularidad y hecho interesantísimo á los ojos de los Españoles. Su advenimiento fué celebrado en todas partes con júbilo y alegría de que participó toda la América con la mayor sinceridad de sentimientos, y en Chile las funciones reales, en honra suya, se prolongaron por muchos dias con el mas cordial abandono. Mas, por desgracia, aquel entusiasmo fué de corta duracion, pues los acontecimientos de Bayona no tardaron en cambiar aquellos dias de la mas pura satisfaccion en dias de luto y duelo, sumirjiendo á los Americanos en un nuevo piélago de zozobras.

En efecto, por aquellos acontecimientos, la posicion, ya crítica, de la América, se hacia mucho mas grave, pues España, privada de su jefe, quedaba como un bajel sin timon, espuesta á ser juguete de la horrorosa tempestad que ya bramaba sobre su cabeza. No obstante, el pueblo español no podia mirar impasible una perfidia tan odiosa; la lealtad y la nobleza de su carácter le hicieron salir de su apática flojedad, é hirviendo con justísima indignacion se levantó en masa para sostener

con las armas su honor y su independencia nacional. Los primeros encuentros le fueron fatales, pues carecia de la unidad de voluntad militar y de disciplina que constituyen esencialmente la fuerza de los ejércitos; pero con su heróica perseverancia se hicieron esperimentados y aguerridos, y consiguieron verdaderos triunfos. El de Baylen, sobretodo, acabó de llenar de entusiasmo el corazon de los Americanos, ya bastante tranquilizados, luego que vieron á la Inglaterra en paz con España; pero, desgraciadamente, la infinidad de sacrificios diversos que tenia que hacer esta última se multiplicaban cada dia mas, y habian escedido ya, de mucho tiempo atras, los límites de todos sus recursos. Los ejércitos solo se mantenian, por decirlo así, con el oro y la plata de las dos Américas, y bien que aquellos jenerosos colonos hubiesen contribuido con cantidades inmensas, las urjentes necesidades que padecian aquellos exijian nuevos donativos, que se hacian raros despues que los emisarios enviados por las diferentes juntas que se disputaban la soberanía habian mostrado demasiado patentemente sus disensiones en el centro mismo de aquellas colonias, inspirando á sus habitantes grandes temores sobre la suerte de la madre patria.

Para dar nuevo estímulo á su noble y necesaria jenerosidad, la rejencia del reino habia creido oportuno enviar á algunos puntos de aquellas colonias hombres persuasivos que supiesen dar á entender á los Americanos el estado de incertidumbre de España, y el interes que tenian en tomar muy activamente parte en la santa causa que sostenia (1). El capitan don Santiago Luco, de oríjen

(1) Al principio, se habia formado en España el proyecto de crear algunas leves tasas que habian de cesar inmediatamente despues de la espulsion

Chileno, fué nombrado para ir á ejercer su influencia y su actividad en su propio país, á donde llegó por principios de 1808, presentándose, sin pérdida de tiempo, al presidente para darle parte de su mision. Carrasco se mostró tanto mas dispuesto á apoyar sus proyectos, cuanto el dinero que iba á solicitar no tenia que ver con la tesorería, y podia darle derecho á los favores de la rejencia, obteniendo de ella la propiedad del puesto que ocupaba solo interinamente. Por esta razon, hizo lo que pudo para estimular la liberalidad de oficiales, de empleados y de personas ricas é influyentes, de las cuales convocó muchas á su propio palacio, y el 29 de octubre formó una comision encargada de apresurar aquella urjente suscripcion (1).

Don José Santiago Luco estaba igualmente encargado de dar á reconocer en Chile la junta central, lo cual se verificó sin la menor dificultad; pero por la misma razon de haber presenciado todos los acontecimientos sucedidos en España, dicho capitan podia hablar de ellos con certeza, y añadir á lo que se decia sobre la triste situacion de la Península detalles aun mucho mas alarmantes, en vista de los cuales el cabildo juzgó conveniente el enviar á la junta central á don Joaquin Fernandez Leiva, Chileno tan recomendable por sus

de los Franceses de su territorio; pero algunos miembros de la rejencia recordaron, con mucha advertencia, que la insurreccion de los Anglo-Americanos no habia tenido mas orijen que un impuesto semejante, y el proyecto fué, incontinente, echado á un lado.

(1) « Los donativos se harán por suscripciones, no de cuerpos ni de fondos comunes, sino de lo que cada sujeto quiera ofrecer de sus rentas y bienes libres, para que no se retraigan los mas por los menos pudientes de manifestar su jenerosidad y patriotismo, como sucede cuando se mezclan unos con otros en comun. »

Oficio de Carrasco, 29 de noviembre 1808.

conocimientos como por las bellas cualidades que le adornaban. Todos saben con que ardor abrazó la causa de la América, en jeneral, y de Chile, en particular, en los debates del congreso, y que, gracias á su talento superior, como jurisconsulto y como orador, hizo, muchas veces, inclinar la balanza en su favor.

CAPITULO III.

Hombres marcantes de la revolucion.—Juan Martinez de Rosas.— José Antonio Prieto.—Bernardo O'Higgins.—Manuel Salas, etc.

Si Carrasco hubiese sido encargado del gobierno de Chile en una época algo anterior, es decir, cuando la América, desprovista de todo espíritu público, se hallaba aun sumerjida en el anonadamiento de intereses puramente materiales, es probable que con su carácter apacible y humano hubiese podido terminar su carrera administrativa con la paz y tranquilidad que caracterizaban en tan alto grado á los diferentes estados de aquel nuevo mundo; pero, por desgracia, le habia caido en suerte un período mucho mas difícil y turbulento, á saber, el de aquellos grandes acontecimientos que trastornan toda sociedad, dándole una direccion enteramente desconocida.

Las dos violentas revoluciones de Francia y de los Estados-Unidos habian dislocado, como ya se ha dicho, los tronos absolutos de la antigua Europa, y habian despertado los ánimos mostrándoles la importancia de los derechos y de la dignidad de pueblos por tantos años envilecidos. Este movimiento político-social propagó sus causas secretas, é inició en ellas á las Américas, en donde, ya habia algun tiempo, se manifestaban ideas liberales, atrevidas y de naturaleza que inquietaba al espíritu meticuloso de los gobernadores y de todos los que tenian apego á la monarquía española.

Una sorda ajitacion empezaba á comunicarse á todas

las colonias. Se oian opiniones enteramente estrañas al país, espresadas sin rebozo, por manera que se puede asegurar que si Nueva Granada fué la primera que levantó el estandarte de la insurreccion, no hizo realmente mas que preceder el movimiento espontáneo que iba á poner en problema la vida ó la muerte de aquel vasto continente, su nueva servidumbre ó su emancipacion.

A Chile no le fué estraño este ruido, aun confuso, de reforma, ni fué uno de los últimos á aderir á ella. Aunque muy atrasado, en puntos de instruccion y de derecho, poseia, sin embargo, algunas cabezas privilejiadas que no tardaron en identificarse con aquellas benéficas ideas y se apresuraron á esparcerlas y cultivarlas. La provincia de Concepcion fué endonde se empezó á notar la ajitacion de los espíritus, y allí tambien se produjo el principal fermento simbólico de la libertad, el cual se alzó y creció á influjo de don Juan Martinez de Rosas, que puede ser mirado como alma de aquella grande revolucion.

Nacido en Mendoza de padres bastante ricos, Martinez de Rosas habia ido á Córdova á estudiar, y habia pasado á acabar su carrera en Santiago, en donde se recibió de bachiller y de doctor en leyes. Poco tiempo despues, fué á establecerse en la ciudad de Concepcion, y por sus grandes conocimientos, el intendente le nombró su asesor, empleo muy delicado que le ocasionaba continuamente choques con los enemigos del buen órden y de la justicia, y que, noobstante, supo desempeñar con una habilidad consumada. Afecto á la provincia que habia adoptado por inclinacion natural y por deber, procuró serle útil dirijiendo sus miras y su autoridad á objetos de primera necesidad. La limpieza de la ciudad

fué uno de sus principales y constantes cuidados, y así consiguió desterrar la insalubridad de su clima secando las lagunas que la avecindaban. Tambien contribuyó mucho á poner los caminos en buen estado.

Pero en lo que se distinguió sobremanera fué en la guerra que declaró á los ladrones que infestaban aquella provincia, y que por su perseverancia y enerjía consiguió aniquilar ó espulsar. Su estatura alta y robusta le constituia atleta de la justicia antes de serlo de la libertad pública. Su cabeza, proporcionada á su cuerpo, era grande; su rostro, espresivo y blanco, respiraba una estremada animacion, debida á la mucha viveza de sus ojos, que parecian siempre irritados; de suerte que su mirar no tenia nada de halagueño, y, en efecto, era rígido, austero, y anunciaba una fuerza y una voluntad, relevadas tambien por la voz sonora, verdadero trueno, con que la naturaleza le habia dotado. Su carácter afable y sensible daba, noobstante, un desmentido á este esterior, y le valió la simpatía de una de las mas ricas y mas recomendables familias de la ciudad, y, á consecuencia, la de la señorita doña María de las Nieves Mendiburu, con quien tuvo la dicha de casarse.

Este casamiento y la reputacion de hombre de tanto mérito le hicieron consejero confidencial de una numerosa parentela, rica y poderosa, cuyos miembros procuró iniciar en sus sueños de glorioso porvenir, inculcándoles sus ideas, y demostrándoles cuan absurda é injusta era la administracion española; en una palabra, haciendo cuanto podia para comunicarles el jenio revolucionario que lo devoraba. Ademas de estos, otros muchos sujetos habian tambien adoptado las ideas luminosas de aquel gallardo Americano, y se habian confiado

con celo y perseverancia á la suerte política que él les profetizaba (1). Siempre le acompañaban á paseo, iban á sus tertulias y oian con gusto y satisfaccion las felices profecías que su profunda penetracion le dictaba acerca de la rejeneracion de su hermoso país.

Entre estos sujetos, figuraba el jóven José Antonio Prieto, abogado muy hábil, y fuertemente imbuido de las ideas de aquella época. Su imajinacion viva y fecunda le hacia olvidar muchas veces las máximas de la prudencia, y se mostraba intolerante en sus opiniones, aun delante de empleados los mas disimulados. A pesar de los avisos del intendente, no tenia reparo en hablar públicamente de la decadencia del poder español, y, mas de una vez, se espuso á ser desterrado á la isla de Juan Fernandez, debiendo el no haberlo sido al grande influjo de su familia. Sus primeras ideas le habian venido de D. Juan Rosas, y las exajeraba con exaltacion; pero á la arribada del *Guampu* fué encargado de la defensa de aquel buque anglo-americano, apresado como contrabandista, y este negocio lo puso en relacion con el sobrecargo Hœvel, que se hizo uno de sus mas íntimos amigos. Esta amistad no solo fué debida al carácter franco y social de aquel estimable sueco, sino tambien á la conformidad de opiniones y principios de los dos nuevos amigos. La mansion que habia hecho Hœvel en la cuna de la libertad le habia dado una idea exacta de aquel gobierno demo-

(1) « Es notorio que para la seduccion, perdicion, y ruina de la ciudad y » provincia de Concepcion, contribuyó mucho la doctrina impía del doctor » Rosas á una partida de jóvenes de distincion de dicha ciudad, que se jun- » taban en su casa con el objeto de instruirse, y esparcian aquellas semillas » entre sus amigos y compañeros. »

Informe de Fr. Juan Ramon sobre las causas de la revolucion de Chile. Mss.

crático, y se complacia en instruir á su jóven amigo, que cada dia se mostraba mas atento á sus lecciones, porque cada dia se aumentaba el interes de sus conversaciones, sumamente instructivas. Estas conversaciones se componian de preguntas de Prieto y de respuestas claras y convincentes de su preceptor, preguntas y respuestas de las cuales resultaban para ellos presentimientos felices para aquel rico país, que, en la prevision de Hœvel, iba á ser su segunda patria.

Desgraciadamente, no quiso la Providencia que aquel jóven Chileno pusiese en práctica los principios de filosofía social, muy bien meditados por él, y estudiados, ademas, en el Contrato social de Rousseau, que su amigo le habia dado con mucho sijilo; atormentado, ya mucho tiempo habia por una enfermedad complicada, y que parecia incurable, se vió obligado á ir á buscar fuera de su clima natal su salud, tan interesante para su patria. Su digno hermano don Joaquin Prieto, que acababa de llegar de un largo viaje á Pampas y á Buenos-Aires, hecho bajo la conducta del jeneral Cruz, se fué á reunir con él en Piura, y le halló en un estado desesperanzado, pero siempre imbuido de sus ideas de una suerte risueña, invectivando, en el delirio, á la despótica España, y regocijándose con los últimos acontecimientos revolucionarios que acababan de estallar en Quito, y que él consideraba como preludio de la grande rejeneracion, con que soñaba continuamente, despues de tanto tiempo.

Mas á pocos dias le abandonó su hermosa alma entre los brazos de su hermano, el cual recibió sus últimas inspiraciones, y se sirvió de ellas para tomar una parte tan activa como brillante en todas las guerras de la independencia y llenar una de las mas bellas pájinas de su

historia, con la felicidad de hallarse á la cabeza de una administracion, gracias á la que el país se vió verdaderamente constituido, cortando de raiz las cabezas de la hidra de la anarquía.

Otro personaje que tomó una parte infinita en aquella revolucion, y que contribuyó mas que nadie á llevarla á buen fin, fué don Bernardo O'Higgins, hijo del ilustre presidente de este nombre con que se honra Chile, y que, por sus eminentes cualidades, se elevó de la nada á la alta dignidad de virey del Perú. Enviado muy jóven á Inglaterra para adquirir una instruccion sólida, estrechó amistad con algunos Americanos que, por sus ideas demasiado liberales, habian sido desterrados de su país natal, ó habian ido á la capital británica para interesar aquellos ministros en su causa. Miranda, que era uno de los principales jefes de ella, se habia prendado de la exactitud y precision con que espresaba sus opiniones, y lo habia recibido en su mas íntima sociedad, porque preveia que seria un celoso partidario de la libertad americana, y uno de sus mas acérrimos defensores. Siendo, como era, hombre esperimentado, Miranda procuraba trazarle un plan de conducta, dándole consejos sabios y prudentes, que mas parecian máximas de un diplomático consumado que de un caudillo militar.

De Londres, O'Higgins pasó á España, y, en Cádiz, fué miembro del club americano, en donde se trataba seriamente de la emancipacion del Nuevo Mundo, y, gracias á su exactitud en asistir á él, adquirió nociones sumamente justas sobre los derechos del hombre, y sobre todas las ideas de libertad esparcidas ya por una gran parte de la Europa, ideas que importó á su propio país.

Su mansion en la provincia de Concepcion le daba

ocasiones frecuentes de ver y hablar á Rosas, y, en sus conversaciones, discutian sobre los medios mas convenientes para hacer entrar al pueblo por las inovaciones á que aspiraban; porque en razon de las luces que tenian uno y otro, y de su rango, podian prometerse felices resultados, aun cuando sus intentos fuesen contrarrestados por la influencia del ejército, escalonado por toda la frontera, y enteramente adicto á la monarquía. El entusiasmo de O'Higgins era tal, que tuvo la paciencia de traducir la constitucion inglesa, como tambien los comentarios que habian sido hechos sobre ella, y mandó sacar muchas copias para darlas á sus amigos, que deseaban, tanto como él, que se esparciesen por todas partes aquellos rayos de luz, tan propios á rejenerar la sociedad. Enfin, para no omitir nada de cuanto podia favorecer su jeneroso pensamiento, seguia una correspondencia tirada con Santiago, y escribia, á menudo, á Buenos-Aires, en donde se habia formado un gran club bastante semejante al de Cádiz.

Mientras que los patriotas del Sur trabajaban así bajo de mano en propagar una idea que ellos mismos habian de proclamar á su tiempo, sosteniéndola con las armas en la mano, los de Santiago trabajaban igualmente en preparar los espíritus á aquel movimiento social; porque allí tambien la fuerza de las cosas habia emancipado algunas cabezas, y desarraigado muchas preocupaciones. Entre estos espíritus fuertes se hallaba el canónigo Fletes de Buenos-Aires, que correspondia directamente con su sobrino el jeneral Terrara, uno de los grandes patriotas de aquella capital, y comunicaba con mucha puntualidad á O'Higgins todas las nuevas que recibia de él, favorables al cumplimiento de sus deseos.

Tambien empezaban á figurar Agustin Eyzaguirre, Miguel Infante, Argomedo, Marin, Egaña y algunos otros patriotas, aunque, en jeneral, fuesen bastante raros; y, sobretodo, el jeneroso Manuel Salas, tan benéfico y virtuoso, que no se puede pronunciar su nombre sino con el mayor respeto, y que abrazando la causa del país con el mas admirable desinteres, conservó la noble ambicion de servirle hasta el último momento de su larga y gloriosa carrera. Hallándose dotado de una grande capacidad, y habiendo recibido de sus padres, tan ricos como honrados, una completa educacion, habia ido muy jóven á España, en donde aun estaba cuando los Anglo-Americanos asombraban á toda la Europa con la audacia y el éxito de sus ideas reformadoras. Allí habia tambien algunos Americanos Españoles, que muy luego se hicieron sus amigos y compañeros inseparables, y todos juntos se regocijaban al ver los progresos y las victorias de los Americanos del Norte, previendo, sin grandes esfuerzos de imajinacion, la influencia que aquella revolucion iba á tener necesariamente en las cosas de su propio país.

Con este pensamiento, se apresuró á regresar á Chile, impaciente por esparcer allí las ricas semillas de libertad, tan desconocidas y tan seductoras, y poner en práctica los conocimientos útiles que su ardiente patriotismo le habia hecho adquirir en sus viajes. Pero es preciso advertir que la Providencia no lo habia hecho para ser caudillo de un partido, ni menos un político refinado, y sí un jenio benéfico de la civilizacion, propagador de sus luces y consuelo de la humanidad, remediando sus miserias, fomentando hospitales y hospicios, y aun tambien creando escuelas y colejios científicos en donde se profesaban matemáticas, y otras ciencias y artes liberales,

descuidadas hasta entonces en aquellos modestos establecimientos de enseñanza pública.

Pero lo que llevaba mas su atencion era la aplicacion de las artes y de la industria á las producciones de la tierra y de la agricultura ; porque, como sabio economista, conocia que estos ramos sin salida, y solo propios al consumo local, no tenian verdaderamente influencia alguna civilizadora, y que para dotarlas de esta poderosa ventaja se necesitaba añadirles el poder del entendimiento aclarado, que sabe como se descomponen dichas producciones, modificándolas y transformándolas segun las necesidades de la sociedad. Tambien queria estender el comercio mas allá de Lima, solo punto que las vejantes leyes de la madre patria le habian concedido, sobre cuya materia, así como tambien sobre otras muchas, ha dejado memorias que serán por muchos años objeto de admiracion para todo buen patriota. Pero es preciso confesarlo y repetir que este inmortal Chileno no era hombre de accion ni de partido. Su educacion, enteramente interior y privada, le habia hecho demasiado tímido, le habia apocado el ánimo dejándole poco apto á despreciar riesgos, ó á acaudillar un movimiento que exijiese denuedo. Su carácter, en este particular, era muy distinto del de Rosas y del de O'Higgins, vivos emblemas de la política peligrosa que se preparaban á proclamar, formando ya una filiacion, y mostrándose llenos de entusiasmo, de decision y de convencimiento para llevar á buen fin, y contra viento y marea, si fuese necesario, los pensamientos liberales que los dominaban.

Es verdad que por la reunion de estos tres ilustres patriotas la rejeneracion social del país adquiria triple influencia, fundada en los mejores y mas seguros ele-

mentos de civilizacion : Rosas representaba la política y la organizacion administrativa ; O'Higgins era el hombre de accion , verdadero defensor de los derechos nacionales ; y Salas , el gran propagador de ideas liberales , demostrando con ciencia y constancia las preciosas ventajas que se conseguian esparciendo y cultivando el amor á las ciencias , á las artes y á la industria, en todas las clases de la sociedad (1).

Al norte de Chile, las ideas de libertad y de reforma eran totalmente nulas. La grande conmocion eléctrica que, partiendo de Concepcion, habia alterado sensiblemente la fidelidad de algunas personas de Santiago, se habia, en cierto modo, neutralizado con las preocupaciones aun tenaces de los habitantes de Coquimbo, que tenian un apego sincero á la monarquía. Este apego, en algunas circunstancias, lo llevaron algunos empleados á estremos frenéticos; así es que al advenimiento de Fernando VII á la corona de España, Coquimbo recibió su retrato con una pompa que casi dejeneró en culto. Construyeron un carro triunfal para ir á buscarlo al puerto, y, despues de haberlo desembarcado con salvas de artillería, lo colocaron en una especie de anfiteatro para llevarlo en triunfo á la ciudad, tirado por catorce

(1) Su patriotismo era tal que en un memorial presentado, en 1796, al ministro Gardoqui, le pedia personas hábiles para fomentar la industria del país, diciéndole : « Mientras se envian estos sujetos, puede empezarse aquí á hacer algun ensayo; estoy, por ejemplo, tan seguro del buen éxito que tendrá la cultura del lino, y el envio de esta materia á España, que no dudo hacer el sacrificio, á la comun felicidad, de los primeros gastos, que serán los que únicamente deberán perderse, y, para esto, franqueo lo que puedo, esto es, la gratificacion de 700 p. que se me acaban de asignar para la intendencia de obras públicas, el salario de síndico del consulado, las tierras que se quieran emplear en estas siembras, con los utensilios, bueyes, y oficinas necesarias en las inmediaciones de esta ciudad, para que, espuestas á vista de todos, las esperiencias esciten á su imitacion. »

soldados, y acompañado de los habitantes de distincion con tambores y música á la cabeza. Tras de los habitantes, iban dos hileras de doncellitas cantando himnos á aquel nuevo dios, al que otras mujeres, que le rodeaban, incensaban con el incienso de la iglesia. Las autoridades cerraban la marcha, presididas por el sarjento mayor D. M. Uriondo, autor y maestro de ceremonias de aquella notable ovacion. En la Serena, la procesion entró por medio de un jentío á cuyo júbilo se mezclaba cierto recojimiento relijioso que recordaba los tiempos antiguos de idolatría, pues en algunas calles se vieron individuos tan doblegados á la servidumbre que se arrodillaban, y sin duda alguna adoraban el retrato (1). A su tiempo veremos como la primera junta se vió en la necesidad de emplear fuerza y autoridad para darse á reconocer, por donde se ve cuan poco dispuestos estaban á admitir un cambio de gobierno; es verdad que aquella ridícula ostinacion no fué de larga duracion, y que se rindió muy luego á la evidente claridad de sus derechos, que vieron los habitantes, así como tambien de la bajeza de su existencia anterior. Conformes, desde entonces, con las nuevas ideas de aquella época, no solo las propagaron, sino que tambien las defendieron con no menor teson que sus valientes denodados compatriotas.

(1) Informe del sarjento mayor D. M. Uriondo.

CAPITULO IV.

Posibilidad de retardar la revolucion. — El doctor Campos y la real Audiencia. — Proclama de la infanta Carlota Joaquina de Borbon. — Progresos de la revolucion. — Como los patriotas de Buenos-Aires le dieron fomento. — Muchos miembros del Ayuntamiento la adoptan y la sirven. — Orden de Carrasco para aumentar el número de diputados al Cabildo con doce rejidores, órden anulada pocos dias despues. — Proyectos de los realistas para contener la insurreccion. — Consejos de Cisneros á Carrasco, y medidas violentas adoptadas por este último contra los estranjeros. — Destitucion del asesor Valdes, y reclamacion de la real audiencia sobre este particular. — Campos es nombrado asesor, y José Santiago Rodriguez vicario capitular.

Este era el estado de cosas en el país cuando Carrasco fué ascendido á su gobierno, y por un muy particular capricho de su malhadada suerte se habia acompañado, como ya lo hemos dicho, para su consejo privado, de un hombre lleno de prestijio, gran promotor de ideas de reforma, y que por sí solo era una verdadera personificacion de ellas. Bien que algunas personas le hubiesen advertido de ello, y que otras le hubiesen asegurado seguia una correspondencia activa con Buenos-Aires, que se hallaba ya entonces en plena revolucion, todo esto fué inútil, porque Rosas le habia ganado su afecto, su estimacion y confianza, en términos que se burló de aquellas insinuaciones, y pudo preparar, sin dificultades mayores, sus grandes proyectos de reforma, por los cuales hizo entrar algunas personas de la capital, que tenian bastante influjo para favorecer sus designios, y asegurar sus resultados.

Noobstante, la revolucion hubiera podido quedar parada aun por algun tiempo, si el país hubiese sido go-

bernado por un militar de carácter diferente del que tenia Carrasco, pues le faltaba mucho para estar enteramente organizada; pocos sabian cuales eran sus fines, y el mismo Rosas no tenia todavía un plan bien trazado para poder apoyarla en un centro de operaciones que le diesen un buen impulso (1). Un hombre activo, determinado, dotado de una voluntad firme é imperiosa, la hubiera aceptado con serenidad y con tino, hasta que, dominándola, hubiese podido darle una direccion en un sentido que fuese conveniente á los intereses de la monarquía. Era este, á la verdad, un papel muy difícil de desempeñar, es preciso confesarlo, pero no imposible, en atencion á la situacion del país. El gobierno podia contar con el mantenimiento del buen órden por la parte del sur, pues tenia allí bastantes tropas para protejer la frontera; el norte gozaba de la mayor tranquilidad, sin que se hubiesen manifestado por allí sintomas algunos alarmantes; en el centro, es decir en Valparaiso y en la capital, habia algunas compañías de veteranos, muchos empleados, interesados en la causa del rey, y muchos Españoles, que no lo estaban menos, y que se hallaban naturalmente coligados por un sentimiento comun de desconfianza; enfin, la mayor parte de los chilenos que ocupaban altos puestos eran contrarios á todo espíritu de reforma, como tambien lo era la clase mediana, sometida enteramente al clero, y jeneralmente afecta á la monarquía. Ademas, las nuevas ideas que empezaban á propagarse eran diversas, en su espíritu, y no podian influir de un modo uniforme en los ánimos que las adoptaban; circunstancia que, necesariamente, daba lugar á opiniones contrarias y á desavenencias mas

(1) Conversacion con el canónigo Francisco Meneses.

ó menos enconadas. Un gobernador hábil hubiera podido, por todas estas razones, sujerir una transaccion entre los dos partidos y constituirse vínculo para unirlos entre sí; pero el hado feliz de aquel noble país no quiso diferir la realizacion de la suerte que le preparaba, y, en la plenitud de su poderío, llenó de confusion la cabeza de aquel gobernador, y le hizo cometer yerros los mas chocantes y los mas impolíticos.

Para esto, un personaje, hombre de mérito, don Juan José Campos, sobrevino para cooperar, en estraña manera, á su malhadada suerte. A las calidades de rector de la Universidad y de sujeto de mucha distincion, reunia Campos mucho saber, y una ambicion desmesurada, turbulenta, capaz de hacerle caer en injusticias por satisfacerla. La amistad que le tenia Rosas, y la no menos afectuosa que le profesaba Carrasco, le llenaban de confianza y de temeridad, y se atrevió á pedir le fuese prorogada la direccion de la Universidad, que tenia que ceder á otro miembro de ella, al concluir sus dos años. Los estatutos, aprobados por el rey, prohibian del modo el mas terminante semejante abuso, y no concedian, á lo sumo, mas que un año de próroga, en casos estraordinarios; pero no obstante esta prohibicion el presidente no tuvo el menor escrúpulo en violar dichos estatutos, y, motu propio, prorogó su nombramiento por cuatro años, es decir, dos años mas de los que se hubieran debido conceder á un nuevo rector. Este acto, tan arbitrario como imprudente, hirió el amor propio de todos los miembros de aquel claustro, los cuales protestaron de un modo tan ruidoso, que hubo que enviar tropas para comprimir el desórden, al cual ya el pueblo empezaba á tomar parte, y todos aquellos doctores de

la Universidad chilena fueron espulsados por la fuerza armada. Sinembargo, lejos de desanimarse, enviaron al doctor don I. G. Tocornal al presidente para que obtuviese de su justicia la revocacion de un decreto tan contrario á lo que prescribian los estatutos, y aquel majistrado oyó con favor su solicitud, presentada en términos muy respetuosos, y despojó á Campos del título que habia obtenido injustamente (1).

Este conflicto, de poca importancia en sí mismo, tenia una muy grande en circunstancias en que los espíritus empezaban á exaltarse, y no solo descontentó á los miembros de una corporacion la mas ilustre y la mas considerada, como lo era la Universidad, sino que tambien favoreció los planes de los conjurados, que estaban siempre á la mira para aprovecharse de los menores pretestos de criticar los actos de las autoridades, y acabó de arruinar la del presidente, ya bastante poco afianzada. Hubo, ademas, en dicho conflicto la fatalidad de que sucedió casi al mismo tiempo que llegaron pliegos de la infanta de España doña Carlota-Joaquina de Borbon, princesa del Brasil, en la fragata inglesa Higginson. Entre estos pliegos, se hallaban muchas proclamas del embajador de España en Rio-Janeiro, y una de la misma infanta, que protestaba altamente en ella contra la inicua usurpacion del emperador de los Franceses, y contra la abdicacion forzada de su padre y otros parientes suyos; aconsejando con ahinco la conservacion del buen órden y la tranquilidad del país, endonde pedia ser reconocida como señora de todas las Américas, afin de conservarlas integralmente para su amado padre.

Carrasco se apresuró á comunicar á todo su gobierno

(1) Archivos de la Universidad.

dicha proclama, considerándola muy propia á tranquilizar los ánimos sobre la suerte de la madre patria; pero, en lugar de eso, produjo un efecto enteramente contrario. Lejos de creer en la sinceridad de los sentimientos que manifestaba la princesa, todo el mundo pensó que sus verdaderas intenciones eran el apropiarse aquellos dominios, tal vez, con perjuicio de sus augustos padres; y en despecho de la junta central, de cuyo poder se desentendia, bien que reconocido por todas las autoridades chilenas. Los patriotas, con esta persuasion, esparcieron la voz de que Carrasco tramaba un complot, de concierto con algunos realistas que iban todas las noches á su tertulia, y para dar mas fuerza á esta insinuacion se sirvieron del arma del ridículo, dando á estos realistas el apodo de *Carlotinos*, título que no justificaron haber merecido; pero sabido es que en grandes comociones políticas se emplean todos los medios imajinables de éxito, y era ya mucha fortuna que aquel fuese tan moderado y tan inocente.

Es cierto, á la verdad, que ya la revolucion empezaba á tomar en Santiago un carácter desenvuelto y aun tambien audaz. Despues de haberse mostrado tímida, disimulada é irresoluta, por falta de suficiente apoyo, parecia, entonces, querer salir de sus pañales, y manifestar su virilidad y su denuedo. Sinembargo, aun no habia plan bien concertado, y los conjurados no habian reconocido jefe alguno; pero se notaba bastante á las claras que la fermentacion crecia y se propagaba cada dia mas, comunicándose ya á hombres de capacidad y de influjo. Ya los motores no tenian reparo en hablar públicamente de las cosas de España, considerándolas como perdidas sin recurso, y del disgusto que ocasio-

naban los actos del gobierno de Carrasco, cuyo carácter criticaban, hasta en las cosas mas privadas é interiores de familia, tachándole de tener inclinaciones ridículas, tales como las peleas de gallos á que era muy aficionado. El talento satírico y mordaz de Manuel Salas y de Bernardo de Vera, discípulo y amigo de don Ramon Martinez de Rosas, daba á todas estas relaciones un chiste y una sal que seducian á todos sus auditores, ridiculizando sobre manera la conducta de Carrasco y de sus satélites. Los golpes que daban aquellos ilustres Chilenos al presidente y á su gobierno eran inevitables, y se hacian mortáles, con ayuda de los pasquines que amanecian en las principales calles de la ciudad, y la mayor de los cuales llegaban de Buenos-Aires por el conducto de Alvarez y, principalmente, del canónigo Fretes, último anillo de la cadena revolucionaria de la Plata, para atar y atraer á este pueblo á su santa causa.

En efecto, en aquella hermosa capital, considerada entonces como la Atenas del Nuevo Mundo, fué en donde se habia organizado con deliberado teson el movimiento que tendia á los grandes fines sociales. Algunos bizarros patriotas habian formado allí un club cuyas ideas fraternizaban con las de muchos miembros del ayuntamiento. Las deliberaciones de aquella reunion patriótica respiraban firmeza y convencimiento, y no podian tardar en mostrarse á las claras en actos manifiestos, tales como proclamas incendiarias que se esparcian por todo el territorio de aquella vasta comarca, y pasaban, muchas veces, por encima de las jigantescas Cordilleras para llevar ánimos y esperanza á los iniciados de Santiago, y, al mismo tiempo, á los de Concepcion. Algunas veces, aquellos patriotas no se contentaban con

escritos y despachaban ajentes de tino y de actividad, con el encargo de avivar el espíritu de insurreccion, y atraer á ella los que, por demasiado irresolutos, se mantenian arredrados.

Entre estos ajentes, don Manuel Barañao, desgraciadamente tan célebre, despues, en el partido realista, se encargó de ir á tratar de la época en que Chile habia de levantar su estandarte, y marchó á Santiago con este objeto. Al cabo de algunas semanas de mansion en esta capital, en donde tuvo frecuentes conferencias con sus compatriotas, pasó á los Anjeles, desde donde fué á verse con O'Higgins, que se hallaba, á la sazon, en su hacienda de las Canteras (1), y al cual presentó las credenciales que llevaba del jeneral Florencio Terrada para iniciarlo en todos los detalles de la conjuracion de Buenos-Aires; añadiendo que los conjurados, de unánime acuerdo, no esperaban mas que la primera señal de Chile para seguir desde luego su ejemplo. Pero, desafortunadamente, el país no se hallaba aun en disposicion de tomar iniciativa alguna. A pesar de la grande actividad con que los patriotas procuraban esparcer sus ideas afin de ponerlas en ejecucion, aun no habian podido hallar una persona que gozase de bastante poder popular, y el número de los verdaderos conjurados de convencimiento, capaces de sostener con las armas una causa tan estraña y tan contraria á las preocupaciones de los habitantes del país, no era suficiente para hacer frente á todos los elementos de destruccion que poseia el gobierno. Las luces de la razon y de la justicia no habian disipado aun enteramente las tinieblas en que los tenia envueltos, y los mas de los afiliados estaban

(1) Conversaciones con O'Higgins.

indecisos y sobrecojidos de una pueril timidez, que solo el tiempo y la esperiencia podian quitarles. Por otra parte, tenian que temer á los ejércitos de Mendoza y de Cordova, cuya adesion al partido real era conocida, y Santiago se hallaba dominado por la impresion que le habia causado un bando que el presidente acababa de publicar con gran ruido de cajas, y á instigacion de José Manuel de Goyeneche, enviado por Cisneros y por el fiscal Sanchez, sobre la derrota y el arresto de la junta revolucionaria del alto Perú, y de su presidente don Pedro Murillo (1).

Tales fueron las causas que sobrevinieron y apagaron el ardor de O'Higgins, forzándolo á someterse á los consejos de la prudencia en aquel crítico momento en que se trataba de la suerte futura é irrevocable de la patria. Rosas mismo, que no era menos resuelto y decidido, fué de este parecer, y ambos, en su correspondencia, convinieron en que era forzoso seguir los consejos del jeneral Miranda, que eran el aguardar una ocasion propicia para lejitimar, si era posible, un levantamiento de tanta trascendencia. Mientras tanto, continuaron su trama, sembrando la discordia hasta entre los empleados mismos del gobierno, y reclutando partidarios, como siempre, en la clase de distincion. A ejemplo de Buenos-Aires, á cuya revolucion habia dado mucha realce la adesion de los miembros del Ayuntamiento, Rosas intentó atraerse la de los cabildantes de Santiago, cuyo influjo no podia menos de obrar directa é inmediatamente en los habitantes, haciéndolos favorables á la causa jeneral. Ya se sabe que aquel cabildo era una corporacion paternal, que habia gozado siempre de una confianza sin

(1) Archivos del gobierno.

límites, por parte de sus administrados, y se trataba de aumentar aun mas, si era posible, dicha confianza, con detrimento de la que inspiraba el gobierno.

Entre los miembros del cabildo habia algunos Españoles, como de razon, que eran conservadores, y cuyos votos, contrarios á las nuevas decisiones que se proponian en él, desconcertaban los proyectos de sus sospechosos colegas. Para obtener la mayoría, en despecho de estos votos, Rosas demostró á Carrasco cuan útil seria el aumentar los rejidores en circunstancias tan críticas, y, á pesar de la oposicion del fiscal, consiguió que se nombrasen otros doce, escojidos, casi todos, entre sus partidarios; de suerte que, desde aquel instante, aquel cabildo fué como un reflejo del de Buenos-Aires, con el cual llevaba ya una correspondencia tirada y secreta. Sus reuniones eran mucho mas frecuentes, se verificaban indistintamente de noche ó de dia y duraban eternidades. Los partidarios del Rey combatian con ánimo y teson los designios hostiles de los nuevos nombrados, y protestaban en medio de un verdadero tumulto, hasta que, ya apurados, mostraron tal obstinacion, que las sesiones semejaban á tempestades y que Carrasco se vió obligado á anular la impolítica órden que habia dado.

A pesar de este buen éxito, los realistas no podian disimularse que la revolucion avanzaba á pasos apresurados, y que no tardaria en envolver en sus redes enmarañadas á todos los que, hasta entonces, se habian mantenido fieles á las máximas y doctrinas de sus antepasados. Aflijidos de estos justos temores, y probablemente, tambien, de su propio desaliento, empezaron á tener conferencias para tratar de los medios

mas eficaces de hacer frente á aquel inminente peligro. Estos medios no podian menos de ser violentos y decisivos, tales como la fuerza contra la impotencia, argumentos materiales contra argumentos morales, arbitrariedad é injusticia contra derecho y razon. Lo que querian era dar armas á todos los Españoles y á todos los partidarios de su causa, nombrar un consejo de vijilancia y fortificar el carro de Santa Lucia, estableciendo en él una batería que, dominando á la ciudad, mantuviese en respeto á sus habitantes.

Desgraciadamente para ellos, el solo hombre en posicion de dar ejecucion á este proyecto era completamente nulo, impotente, sin enerjía ni actividad, y veia con apática indolencia los consejos que aquellos conservadores le daban continuamente; en vista de lo cual acudieron, con sijilo, al virey de Buenos-Aires, manifestándole la conducta ridícula de Carrasco, y su incapacidad para calmar la ajitacion progresiva del partido liberal. Pero la posicion de Cisneros no era tampoco de las mejores; tambien él esperimentaba los efectos de una ajitacion análoga que le daba grandes temores por la tranquilidad del país, y le tenia consternado. Las cosas de España lo llenaban de zozobra, no veia salvacion mas que en el éxito de sus ejércitos, y, entre el temor y la esperanza, hacia cuanto podia para prolongar por algunos meses mas la agonía del poder español, que estaba ya á los últimos, acosado por tantas causas de disolucion que lo roian.

Noobstante, escribió incontinenti á Carrasco, empeñándole á que obrase con mas enerjía con respecto á aquellos novadores, sirviéndose de un medio que él mismo habia empleado para conservar la tranquilidad,

á saber, de nombrar una junta de vijilancia pública compuesta de las personas mas influyentes, y, sobretodo, mas afectas á la monarquía.

Un poco ántes que recibiese esta carta, Carrasco habia recibido de la junta central de Cádiz pliegos en que se le prescribia el mas inflexible rigor contra todos cuantos trabajasen en romper la unidad del poder español, y aun tambien que desterrase á los que, por su influjo ó por sus acciones, pudiesen cooperar al triunfo de ideas contrarias á los intereses de la monarquía. En aquellos mismos pliegos, se le daban esperanzas de obtener en propiedad el alto puesto que solo llenaba interinamente.

Por lijera que fuese esta promesa, colmó, no obstante, de satisfaccion al ambicioso gobernador, le tendió su fibra muelle y floja, y le llenó de un entusiasmo capaz de cambiar enteramente su moral. Si hasta entonces su política se habia reducido á temporizar y á mostrarse débil, se proponia, en lo sucesivo, seguir los consejos de la junta, que se anunciaba como protectora suya, y obrar con rigor contra todo novador; como si fuese posible que un carácter naturalmente flojo se hiciese súbitamente sereno, firme y justo, sin cometer yerros fatales, en la violencia de arrebatos facticios.

Así sucedió. Carrasco empezó su propósito de la enmienda espulsando del país á algunos estranjeros, comerciantes ú obreros; mandó se retirasen á lo interior del territorio muchos que ejercian profesiones útiles en el litoral y exijió que los pocos franceses que habia jurasen obediencia al rey y odio eterno á Napoleon y á sus emisarios, que en los pliegos, arriba dichos, se anun-

ciaba debian llegar, si no habian llegado ya. Para corroborar estos actos tan hostiles, se rodeó de personas de confianza, y nombró de asesor público al hombre fatal, que fué Campos, el mismo autor de los desórdenes de la Universidad de que hemos hablado.

Don Pedro Diaz Valdes, que llenaba aquel puesto, bien que fuese un sujeto de distincion, de mucha probidad, y perteneciese á una numerosa familia de grande influjo, tenia pocos medios, si le hemos de juzgar por documentos escritos por él, y que tenemos á la vista : pero, enfin, tenia nombramiento real, y, por consiguiente, en aquella circunstancia, siendo víctima de una pura arbitrariedad, recurrió á la real audiencia para obtener justicia. Aquel supremo tribunal, tal vez movido por un espíritu de pasion, vió, en aquel asunto, una ocasion oportuna para vengarse del que se habia tan completamente burlado de él, y convencido, por otra parte, de la justicia de la demanda, envió una exortacion al presidente, haciéndole ver claramente la ilegalidad del acto de haber depuesto al asesor con nombramiento real, y su incompetencia para nombrar á otro en su lugar. Ya poco satisfecho de los procederes de la real audiencia, Carrasco le respondió con altanería, y resultó una correspondencia llena de acritud y de piques, y aun, algunas veces, trivial, circunstancia que solo sirvió á enconar á las dos primeras autoridades una contra otra, sin efecto alguno para la causa, la cual fué remitida á España y sometida al real consejo.

Muy luego se presentó otro motivo de discordia para Carrasco, cual fué el nombramiento de un vicario capitular, puesto vacante, hacia algun tiempo, en la catedral

de Santiago, y postulado por dos personas de mérito y de virtud. En este asunto, los miembros del cabildo eclesiástico se mostraron, á pesar de los preceptos del Evanjelio, poco conciliantes, y apoyaron con igual ahinco al sujeto que les convenia; de suerte que sus reuniones, al principio decorosas, se hicieron poco á poco turbulentas, en términos que el presidente se vió obligado á mediar con su autoridad para poner término á tan ridículos debates; pero, por otro lado, influia en el nombramiento, cuyo resultado, por el hecho, no podia ser dudoso, y el partido contrario no se lo perdonó, bien que hubiese recaido en don José Santiago Rodriguez, eclesiástico que por su vida ejemplar, su virtud y su mérito, tenia el mayor derecho á él. En la edad juvenil, regularmente frívola é insustancial, este eclesiástico poseia ya conocimientos sólidos sobre los dogmas de nuestra santa iglesia, y sobre todas las materias concernientes al derecho comun y canónico, y, por lo tanto, se habia hecho el hombre indispensable para el obispo Alday, el cual le tenia muchísimo afecto, y le daba siempre los cariñosos nombres de discípulo y de hijo suyo. Por la misma razon, el reverendo obispo le hizo su familiar, lo llevó en su compañía al concilio provincial de Lima, le nombró su mayordomo y limosnero, y, finalmente, su secretario de Cámara, empleo que llenó á la completa satisfaccion de su ilustrísima, bien que se hallase casi solo para despachar los negocios atrasados ó contenciosos del obispado. Sobrino y Maran, sucesores de Alday, mostraron el mismo empeño en cultivar el apego de aquel sabio y laborioso sacerdote, que, mas de una vez, tuvo que argüir con los mas profundos jurisperitos de la real audiencia, convenciéndolos por la fuerza de sus ar-

gumentos, y aun tambien humillándolos cuando quisieron oponerle su orgullosa autoridad, en lugar de buenos raciocinios. Pero noobstante todas estas bellas prendas, los lectores le verán, á su tiempo, acosado de persecuciones que le acarreó su fidelidad, síncera y desinteresada, á la infeliz y desamparada monarquía española (1).

(1) Noticia sacada de una biografía de este sabio prelado, escrita de la pluma del ilustre arzobispo de Santiago, don Rafael Valdivieso.

CAPITULO V.

Las ideas revolucionarias se comunican al ayuntamiento mismo. — Nombramiento de nuevos cabildantes muy favorables á dichas ideas. — Carrasco nombra á Campos presidente del cabildo.— Sumo descontento que este nombramiento causó á los miembros de aquella corporacion, que desamparan á Carrasco. — Instalacion de una junta de vijilancia. — Rogativas en todo el país por el éxito de los ejércitos de España y contra las ideas suversivas de los revolucionarios de Chile.— Arresto de Fr. Rosauro Acuña y del coronel don Pedro Ramon Arriagada. — Arresto de Ovalle, Rosas y Vera. — Ruido que ocasiona.—Argomedo nombrado procurador de la ciudad.— Instalacion de una junta en Buenos-Aires.

Mientras que Carrasco procuraba sofocar la revolucion, tomando, por sistema mas bien que por carácter, medidas de rigor, sin discernimiento, los principales motores trabajaban aun con mas celo y actividad en sacar partido de sus pueriles violencias, aprovechándose diestramente de ellas; para lo cual tenian sus miras en el Cabildo, cuyas reuniones podian llegar á ser un centro de accion susceptible de oponer contrapeso, aun legalmente, á los actos del gobierno, y de llevar adelante sus ideas de justicia y de libertad. Es verdad que en este punto, como en otros, no tenian mas que seguir el buen ejemplo del de Buenos-Aires, que se hallaba revestido de un poder suficiente para resistir al del virey Cisneros, sirviéndose de la mayoría de los habitantes, de cuya adesion estaba cierto y seguro. Mas, siendo compuesto el cabildo de Santiago de personas que, por la mayor parte, eran afectas al órden de cosas monárquico, era necesario, ante todas cosas, reformarlo, y, para esto, se presentó muy pronto una ocasion en tres vacantes de

rejidores á las cuales se habia de proveer. Informados de esta particularidad y del intento de los patriotas, los realistas quisieron anticiparse á sacar provecho de ella; pero eran mucho menos activos, y sus enemigos ganaron la ventaja consiguiendo que las tres vacantes fuesen compradas por personajes de la mayor distincion, que fueron: el conde de Quinta Alegre, el mayorazgo Cerda y don Fernando Errazuri.

Poco tiempo despues, llegó la eleccion de los alcaldes y procurador, y, gracias al influjo hábil de estos nuevos miembros, los nombramientos recayeron en otros tres liberales, tambien sujetos de mucha distincion, animados de los mismos sentimientos y no menos influyentes por su mérito y por su posicion social; que fueron: el director don Francisco Perez García, abogado de mucho crédito y de grande habilidad; por alcalde, don Agustin Eizaguirre, que contaba en su partido con su noble y numerosa familia; y por procurador, don Juan Antonio Ovalle, sujeto de no mucha entereza, y antiguo amigo y consejero de Carrasco, pero que muy luego pasó al partido de los liberales y fué uno de sus mas firmes apoyos.

Con semejante formacion, el Cabildo no podia menos de tomar una grande preponderancia en los asuntos políticos del país, asegurándose de la opinion pública, no solo por el mérito personal de sus miembros, sino tambien por sus numerosas y opulentas familias. La oposicion realista, constantemente alerta, buscaba elementos de resistencia al rededor de sí; pero no hallaba ninguno que no fuese débil é impotente. Orgullosa con sus memorias de tres siglos, se habia figurado, por un momento, poder combatir los nuevos principios sociales; pero hizo

inútiles esfuerzos para conseguirlo, y le fué necesario atacarlos por medios sordos y falaces, intrigando igualmente al partido realista y al liberal y soplando la discordia entre los miembros del Ayuntamiento. En sus deliberaciones, los patriotas ya no reparaban en decir en alta voz su parecer sobre las cosas de España, y hablaban con desmesurada libertad de su pérdida inevitable, y de la necesidad en que estaban de seguir el ejemplo dado por sus provincias, instalando una junta gobernadora capaz de parar el golpe de rechazo que les amenazaba. En este punto, sus discusiones eran, mas que animadas, tumultuosas, motivo por el cual resolvieron reunirse en un pequeño club afin de preparar en él con tranquilidad y sijilo el potente mobil que debia romper finalmente su cadena. Estas reuniones tenian lugar, muchas veces, fuera de la ciudad, y, muy á menudo, á horas desusadas de la noche, tan pronto en la quinta del conde de Quinta Alegre, tan luego en casa de Eizaguirre, ó en la de Larrain. Tambien recibian á personas que no eran del Ayuntamiento, y Fretes, Alvarez Jontes, Hipólito Villegas y otros, dejaban raravez de asistir á dichas reuniones.

Carrasco, cuya vijilancia se habia hecho mas minuciosa y molesta, sabia muy bien lo que se trataba en ellas, y se quejó al cabildo. Los miembros de aquella corporacion paternal, que eran de su partido, suscitaron sobre el particular una larga y reñida discusion; pero ¿qué podia una minoridad de ideas ya muy pasadas contra una coalicion llena de convencimiento y de virilidad y que aspiraba á gozar de nueva vida social? Nada, en efecto, mas que reconocerse impotente, y someterse con resignacion al prestijio que reinaba y que era una

necesidad imperiosa de las circunstancias. No obstante, aquella minoridad aun quiso hacer un esfuerzo, protestando abiertamente, y pidió al gobernador pusiese á la cabeza del cabildo, para presidirlo, un hombre de talento y firmeza y, sobre todo, afecto á la monarquía española. Carrasco adoptó sin dificultad este nuevo proyecto, y, por la misma fatalidad inseparable de su flaqueza, nombró al mismo Campos, que le habia ocasionado tantas desazones con la Universidad, acarreado la enemistad de la real audiencia, y que iba, en aquella ocasion, á quitarle el único apoyo que le quedaba en todos los cuerpos políticos de su gobierno.

Claro estaba que los miembros del cabildo, que habian solicitado de él aquella medida, verian con sumo disgusto un nombramiento que, en cierto modo, los ponia bajo la dependencia de un presidente, ya malquisto de ellos, y estraño á la corporacion. Así sucedió, y se quejaron amargamente á Carrasco, arguyéndole con dificultades ilusorias, y, lo que fué peor, altaneras, y propias á producir su efecto ordinario, á saber, una negativa terca y obstinada. De allí se siguió una correspondencia agria, enconada, insultante, que concluyó haciendo odiosas á entrambas partes, y desuniéndolas de un modo deplorable para los realistas; porque desde aquel instante el presidente se quedaba aislado de toda corporacion política, y reducido á sus débiles medios de resistencia contra una faccion que se reforzaba cada dia mas, y que anhelaba por vengar sus derechos ultrajados.

En semejante situacion, ya no puede un hombre hacerse ilusiones sobre el peligro que le amenaza, y presiente de antemano su ruina por la diminucion de su fuerza moral, que le abandona y le hace incapaz de

pensar con juicio ni fruto. Sin embargo, no le medió así á Carrasco, el cual hizo como el avaro, cuando en el momento de perder su tesoro arrastra los mayores peligros para conservarlo, y quiso imposibles para defender su agonizante autoridad, bien que no tuviese mas apoyo que algunos empleados y las tropas que guarnecian la capital y la frontera. Con esto contaba, sin reflexionar que en casos tales un jefe debe apoyarse en la fuerza moral y no en la material; y, recordando los consejos que le habia dado Cisneros, resolvió seguirlos y convocó á la Real Audiencia para nombrar una junta de vijilancia, capaz de favorecer sus proyectos. Esta junta fué compuesta de siete miembros (1), de la clase mas distinguida de la sociedad, pero muchos de los cuales estaban ya imbuidos de las nuevas ideas. Al mismo tiempo escribió á los gobernadores, prescribiéndoles rigores contra los revolucionarios, y, para darles mas vigor, empleó las amonestaciones de la relijion, ordenando rogativas y sermones para que Dios se dignase preservar á los fieles de las armas francesas y de las seducciones de los novadores.

El clero se apresuró á ejecutar aquella órden con su fervor acostumbrado, pidiendo á Dios con fe viva y con esperanza firme se dignase poner paz en aquellos conflictos políticos. Al mismo tiempo, tronaban los púlpitos y fulminaban anatemas contra los impíos enemigos de la relijion y del rey. Por la parte del Sur, especialmente, los misioneros, que eran casi todos españoles, ejecutaron con fanático celo las órdenes de Carrasco. En Osorno, un relijioso que predicaba con la mayor vehemencia contra

(1) Los SS. marques de la Plata, Irrigoyen, Olaguer, Ugarte, Prado, Bravo del Rivero y Jerónimo Pizana.

las ideas del siglo, aseguró, con la mayor candidez, que Napoleon profanaba los mas divinos misterios, dando á comulgar á sus caballos (1). Otro, en Valdivia, creyéndose inspirado, profetizaba la próxima venida del antecristo y el fin del mundo. En Chillan, en donde habia un número mayor de misioneros, procuraban estos fanatizar á sus oyentes, y, tal vez, exaltar sus pasiones, con sermones de la misma naturaleza irritante y con devociones de cada dia. Durante muchos, hubo misas cantadas con su divina Majestad espuesta, y seguidas de oraciones sobre *tempore belli*, etc. En fin, se hicieron novenas que se concluian con procesiones de la mayor solemnidad y siempre en favor de las armas de España y contra las ideas subversivas de los revolucionarios chilenos (2).

El pueblo, penetrado de sentimientos relijiosos, y atraido por la majestad imponente del templo, oia, sobrecojido, la palabra amenazadora de aquellos misioneros, convertidos en apóstoles de una política ya ajada y pasada, bien que aun tuviese raices en el corazon de la multitud. La devocion produjo una pronta exaltacion, y, en cualquiera otra parte, habria, tal vez, ocasionado persecuciones relijiosas ó de partido; pero en aquellas pequeñas poblaciones, tan inocentes y pacíficas, solo

(1) Archivos del gobierno.

(2) «Primero, se retocó el sagrario comulgatorio para trasladar á él al Señor; se cantó una misa solenne con el mismo Señor patente, y con su respectivo sermon. Por la tarde, salió por los calles una procesion solennísima, llevando yo el tesoro del cielo y de la tierra, y el palio, seis sacerdotes revestidos con los ornamentos mas vistosos de albas y casullas que se hallaron. Se vistieron de ánjeles tres niños para decir en honra del sacramento tres loas; á todo lo cua acompañó la música de una arpa encordada, para realzar su armonía, con cuerdas de clave, y canto de una letra relativa al sacramento, etc., etc.»

Informes del reverentísimo comisario jeneral, Fr. Pablo de Mayo, en el colejio de Chillan.

crearon, bien que fuese, tal vez, peor, y muy ciertamente mas bajo, hipócritas y espías. Todos se miraban con temor y desconfianza; ya nadie se atrevia á hablar de política por miedo de dar que pensar, pues hasta el pensamiento mas secreto no se creia seguro en el seno de la amistad; por donde se ve cuanto mas injenioso es el hombre para engañarse que para desengañarse.

Los primeros golpes del espionaje cayeron sobre los amigos que O'Higgins tenia en Chillan, Fr. Rosauro Acuña, prior del hospital de San Juan de Dios, y el coronel de milicias don Pedro Ramon Arriagada, sujeto muy rico y muy estimado de Mendíburu, suegro del doctor don Juan Rosas, los cuales, en el acaloramiento de una discusion, que se habia manifestado muy pacífica en el principio, olvidaron los consejos de la prudencia, y se atrevieron á decir que España estaba perdida; que la junta central no podia arrogarse derecho alguno sobre el país y que este no tardaria en ser gobernado por sus propios hijos. Habiendo llegado esta discusion á oidos de Alava, intendente de la provincia de Concepcion, hombre tan débil como de limitado entendimiento, este dió aviso inmediatamente del caso á Carrasco, el cual mandó al comandante de la frontera, don Pedro Benavente, fuese, incontinenti, con veinte y cinco dragones, á arrestarlos y enviarlos á Santiago, en donde, efectivamente, fueron entregados á la justicia de Irigoyen. La causa que se les formó fué muy larga, y, sobretodo, muy costosa para Arriagada; pero Irigoyen procuró que su situacion fuese soportable, en cuanto era posible, pues ya presentia, con su tino y perspicacia bien conocidos, que no tardaria en haber

una reaccion, y, por otra parte, Rosas vijilaba con todo su influjo y poder aquellas dos primeras víctimas de la revolucion chilena.

Otro acto de severidad, mucho mas grave, y que influyó muchísimo en los progresos de la revolucion, y en la ruina de Carrasco, fué el arresto de otras tres personas de distincion : J. A. Ovalle, don Bernardo Vera y don José Antonio Reyes, el primero de los cuales se hallaba en los baños de Cauquenes con algunos parientes y amigos. En aquella época de borrascas políticas, todos respiraban un ambiente de presentimientos y temores, y, naturalmente, caia la conversacion sobre tan importante materia y sobre las consecuencias que se habia de esperimentar muy pronto. En aquella reunion, todos hablaban con un desahogo que dejaba creer que los pareceres y opiniones eran unánimes, y sus discusiones se hacian acaloradas, atrevidas y tanto mas frecuentes, cuanto no podian tener otra distraccion en medio de las cordilleras. El punto sobre el que se hallaban casi todos de acuerdo era que España no podria resistir á un enemigo tan hábil y tan poderoso como lo era Napoleon ; pero tan pronto como se trataba de sacar partido de la ruina de la madre patria en provecho de la libertad chilena, las opiniones se manifestaban opuestas y obstinadas. Unos, encojidos y temerosos de perder lo que tenian, temblaban al pensar en las consecuencias del rechazo de una invasion ; otros, que resistian aun á toda idea de reforma social, condenaban con rigor los principios turbulentos de las facciones, cuyo fin principal, segun ellos creian, era aprovecharse de las acciones revolucionarias de las masas para satisfacer sus propias pasiones.

Entre los que daban este parecer, se hallaba don José María Villareal, abogado de mérito, pero cuyo carácter vengativo le impelió á la bajeza de hablar al presidente del hecho de aquellas reuniones, delatándole Ovalle como autor de las proposiciones las mas peligrosas contra la monarquía Española. Las órdenes que habia recibido Carrasco de proceder contra los llamados perturbadores del órden público eran demasiado rigorosas y terminantes para desentenderse de ellas, ó, por mejor decir, para no fundar en ellas la determinacion que iba á tomar contra aquel personaje, en despecho de su distincion y de su título de procurador de la ciudad; y tanto mas cuanto la revolucion hacia rápidos progresos. En aquel estado de cosas era de absoluta necesidad el obrar, para lo cual se presentaban dos medios, uno de conciliacion, y otro de violencia, y este último fué el que le aconsejaron la mayor parte de los afiliados, opinando por el arresto del procurador, opinion que Carrasco adoptó con su acostumbrada imprudencia. Sinembargo, para dar á su resolucion un semblante de legalidad, envió al escribano de cámara don Francisco Menesés á Rancagua para pedir informes á Valenzuela, que tambien habia oido las palabras sediciosas de que se trataba. Con el escribano de cámara iba el jóven Centeno, con órden de pasar por los baños mismos de Cauquenes, en caso necesario.

Bien que los informes que estos dos enviados tomaron fuesen de poca importancia, el gobernador los halló muy suficientes para llevar adelante su determinacion, y Ovalle fué arrestado, al mismo tiempo que algunos empleados de la policía iban á visitar los papeles de ciertos patriotas, de cuyos papeles resultó tambien el arresto

de don José Antonio Rojas (1) y de don Bernardo Vera.

Este monstruoso atentado se ejecutó el 25 de mayo de 1810, por la noche, y sus inocentes víctimas no tuvieron ni el tiempo necesario para arreglar sus asuntos, pues una órden á rajatabla prescribia al sarjento mayor don Juan de Dios Vial los condujese con sus doce dragones á Valparaiso, en cuyo puerto fueron entregados, tan pronto como llegaron, á bordo de la fragata Astrea. Al cabo de algunos dias, fué el oidor don Félix Basso á tomarles declaracion, y, desde luego, pudieron saltar en tierra é ir á alojarse en casas de amigos que tenian allí y que se presentaron al punto para salir por fiadores de ellos.

Bien que ya lo hayamos dicho, lo volvemos á decir : la suerte de las sociedades depende, esencialmente, de una ley de necesidad, instituida por la providencia, y en virtud de la cual el espíritu humano hace progresos reales y verdaderos, constantes y universales. La fuerza que quiere oponerse á estos progresos, lejos de detenerlos, les da impulso; pero, desgraciadamente, los medios violentos y estremados, al producir este resultado, irritan la llaga de que jime la sociedad, y esto fué precisamente lo que le sucedió al partido realista, cuando se supo el arresto de aquellos tres honrados patriotas. Sumamente irritado de aquel acto de rigor,

(1) Don José Antonio Rojas no era un sujeto de mucha instruccion, pero sumamente curioso. Al tiempo de la revolucion de los Estados Unidos se hallaba en España, y, en las peripecias de aquella lucha, se habia imbuido de ideas de libertad, que queria introducir en Chile, á pesar de las amonestaciones del presidente, que tenia órdenes de la corte para vijilar su conducta y rejistrar los muchos libros, demasiado liberales, que tenia. Rojas comunicó sus ideas de libertad á muchos jóvenes, y, entre ellos, al doctor Vera, que le hacia frecuentes visitas. GASPAR MARIN.

el pueblo de Santiago se puso en un estado de efervescencia en que no se le habia visto nunca, y corrió en tumulto al ayuntamiento á pedirle su intercesion para que fuese revocada aquella irritante, injusta órden. Pero aun no habia llegado el caso de obrar de un modo decisivo; la prudencia aconsejaba el que no se intentase nada á la ventura y que se aguardase el momento en que la revolucion llegase por sus pasos contados á sus fines. Este era, en efecto, el mejor medio de que no se derramase sangre, que podria no producir mas que sentimiento tardío y lágrimas, como sucede tan á menudo en combates políticos.

La ausencia de Ovalle dejaba un vacío en el ayuntamiento que causaba á la administracion cierto embarazo, al cual Carrasco quiso remediar pasando un oficio á sus miembros para rogarles se sirviesen elejir una persona de celo y probidad que llenase el puesto de procurador de la ciudad. Así se hizo y la eleccion recayó en don Gregorio Argomedo, con mucho descontento del gobernador, y de todos los realistas, que veian en dicho nombramiento una venganza de los liberales, y un formidable enemigo de mas; porque Argomedo era uno de los Chilenos patriotas mas fanáticos y exaltados. Era un hombre arrojado y de mucho talento, un verdadero tribuno capaz de vengar á la patria de la afrenta que acababa de recibir con el atropellamiento de sus tres defensores. Honrado, siendo aun muy jóven, con un puesto en el ayuntamiento; dotado de una grande elocuencia, que su aire grave y elevado y su voz sonora y flexible realzaban, mostró, desde un principio, mucha decision en llenar sú papel, que se anunciaba esencialmente popular. Pero penetrado de sus deberes, y que-

riendo dar á todas sus acciones un carácter uniforme de justicia, voluntad y firmeza, creyó conveniente el aguardar por una ocasion favorable para interpelar al presidente sobre las causas del hecho que habia conmovido las espíritus.

Mientras el poder real hacia inútiles esfuerzos en Chile para desasirse de otra potencia invisible, pero real y verdadera, que lo arrastraba á su pérdida, el mismo poder sucumbia, en Buenos-Aires, á los tremendos golpes que le daban algunos bizarros patriotas, bastante resueltos para levantar el estandante de la insurreccion, y tan audaces, que quitaron toda esperanza de poder resistirles. Ya el virey Cisneros habia depositado su autoridad y el mando en una junta, reduciéndose al nombre sencillo de simple ciudadano, el dia 25 de mayo, el mismo dia, justamente, en que el hado de Carrasco le daba el último golpe.

Un mes despues, esta noticia salvaba las cumbres heladas de las Cordilleras, y penetraba en Chile con pasos atentados, temerosa y desconfiada, como una descubierta que se aventura demasiado. El encargado de llevarla allí fué don Gregorio Gomez, el cual, pareciendo sospechoso al resguardo de la Cordillera, fué arrestado, y enviado con buena escolta á Santiago, en donde Carrasco lo mandó encerrar en la caserna de San Pablo. Sin embargo, pasados algunos dias, pudo ir á vivir en casa de un realista para el cual llevaba cartas de recomendacion; de suerte que noobstante estuviese privado de una entera libertad, aun pudo comunicar con algunos liberales, en el mayor secreto, declarándoles reservadamente que era portador de un escrito del jeneral Belgrano para don Juan Martinez Rosas. Aquel

escrito, que se habia escapado milagrosamente de manos de los del resguardo, fué inmediatamente remitido á don Juan Rosas, que se hallaba en Concepcion, afin de que sirviese, como en efecto sirvió, á preparar aquel la provincia para sostener la lucha. En cuanto á Gomez, se quedó en Santiago, instruyendo á los denodados patriotas de esta capital de los acontecimientos de Buenos-Aires al tiempo de la deposicion de Cisneros.

CAPITULO VI.

Carrasco procura ocultar la noticia de la revolucion de Buenos-Aires.— Asunto de Ovalle, Rosas y Vera.— Los dos primeros son embarcados para el Perú, y el último queda en Valparaiso, enfermo.— Ruido que esta noticia ocasiona en Santiago.— El ayuntamiento toma partido por los desterrados y envia una diputacion á Carrasco.— La real Audiencia se junta al cabildo para pedir una contraórden de desembarco. — Carrasco se presenta en la real Audiencia. — Mala acojida que recibe. — Adiere á la voluntad del pueblo, y, á peticion de Argomedo, quita el empleo á sus amigos y empleados, Campo, Meneses y Tadeo Reyes.

Carrasco sabia, desde el 24 de junio, la revolucion de Buenos-Aires, pero habia creido oportuno ocultar la noticia, bien que ya se susurrase en la ciudad. El interes que tenia en ocultar aquellas noticias era tanto mayor, cuanto en los mismos pliegos habia recibido comunicacion de la firmeza con que el gobernador de Cordoba, Concha, habia sostenido los intereses de la monarquía contra la injusticia y la ambicion de los facciosos. Dos personajes de la mayor influencia le apoyaban en su temeraria empresa, el obispo Orellana, que representaba el poder real, y Santiago Liniers, que gozaba aun del prestijio que le habian dado sus victorias sobre los Ingleses.

Esta última noticia habia infundido algunos ánimos á los realistas de Santiago, los cuales volvian los ojos con alguna esperanza hácia aquella coalicion, que parecia querer reconquistar el poder perdido, y aun algunos aconsejaron con calor á Carrasco diese al público las proclamas contenidas en los citados pliegos, así como tambien las que acababa de recibir del embajador del

Brasil. Era, en verdad, un medio muy inocente de contrapesar en la opinion la noticia de la caida de Cisneros, de cortar al mismo tiempo el contajio de las ideas revolucionarias, ya prontas á introducirse en todas las clases de la sociedad, y á reducir casi á la nada la autoridad y el prestijio de los leales representantes de la monarquía española. Pero para eso habria sido necesario que Carrasco se pusiese de acuerdo con la real audiencia, y tenia demasiado puntillo para someterse á semejante condescendencia. En lugar de esto, prefirió perseverar en su mala política y oponer el disimulo y la astucia á las incesantes pretensiones de sus enemigos, cuyo número crecia, y cuya actividad se desplegaba cada dia mas.

Justamente, en aquella coyuntura, las cabezas no soñaban mas que con una idea de justicia, y veian con despecho eternizarse la detencion de los tres infelices presos en Valparaiso, pidiendo con instancias su regreso á la capital. Sobre este objeto, el gobernador recibió muchísimas peticiones por conducto del cabildo, en las cuales se le daban alabanzas y, para ablandar su corazon, se le trazaba un cuadro de los males físicos y morales que aquellos tres sujetos de distincion habian tenido que sufrir. Al mismo tiempo, los principales habitantes se ofrecian por fiadores de ellos y de su conducta para en adelante, y aun se adelantaban hasta prometer la pacificacion de la ciudad. Como procurador de esta, se encargó de presentar la peticion Don Gregorio Argomado, y lo cumplió con mucho tino, y con un tono de afabilidad que contrastaba con su carácter austero é impetuoso. Sus palabras respetuosas habian ya casi rendido al presidente; pero la mansion de los

tres celosos apóstoles de la revolucion en Santiago le parecia tan peligrosa, sobretodo despues que la opinion pública se habia manifestado tan á las claras en favor de ellos, que se vió obligado á disimular sus verdaderas intenciones, y á emplear una superchería, solo recurso que parecia conveniente á la debilidad de su carácter, y á la decadencia de su poder. Por esta razon, sin duda alguna, se contentó con dar una respuesta insidiosa, prometiendo, bajo su palabra, que muy pronto aquellos tres ilustres ciudadanos volverian al seno de sus familias, por un lado, y dando órden, por otro, á Valparaiso, para que aquel gobernador los trasportase á bordo de la nave que iba á dar la vela para Lima.

Apenas hubo recibido el oficio del gobernador del reino con esta ultima órden, el de Valparaiso envió á llamar á Ovalle, Rosas y Vera, y se la comunicó, advirtiéndoles que hiciesen inmediatamente sus preparativos para aprovecharse del pequeño buque mercante la *Miontina*, que estaba aparejando para salir dentro de algunas horas del puerto. Al oir una órden tan cruel, aquellos infelices ancianos quedaron consternados, sintiéndose ya aflijidos por su edad, sus achaques y males que habian padecido. Sinembargo, esperando aun enternecer al gobernador, le pidieron con candor les concediese algunos dias para implorar la compasion del presidente, afin de obtener de él, por lo menos, los dejase allí hasta la entrada del verano, época en que no habia borrascas que correr en el mar. Algunas personas, atraidas allí por el ruido de su marcha, y presentes á esta escena, procuraban interceder por ellos con todo el influjo que tenian; pero la órden era terminante y el gobernador tenia que darle cumplimiento.

Convencidas, desde luego, aquellas personas de que dicha órden habia sido dictada por una pasion de encono, y que seria inútil insistir, despacharon un propio á Santiago dando parte de un acto tan injusto y tan arbitrario. Las infelices víctimas de él no tuvieron tiempo para saber el resultado, pues aquel mismo dia tuvieron que embarcarse para Lima, dejando su patria, su familia é intereses, y angustiados por un triste presentimiento, muy natural en un septuajenario, al emprender tan largo viaje y en tales circunstancias. Uno de ellos, Don Bernardo Vera, se quedó en Valparaiso, enfermo, con certificado del doctor Zapata, y, jeneralmente, se ha creido que habia sido un pretesto para evitar el destierro y, sobretodo, el resentimiento del virey Abascal, que, muchas veces, habia ridiculizado, y que lo consideraba como uno de los mas peligrosos patriotas de Chile.

La noticia de aquella tropelía llegó á Santiago el 11 de julio á las seis de la mañana, y se esparció como una centella eléctrica por toda la ciudad, llenando de estupor á todos los habitantes, y, como sucede siempre en semejantes casos, el pueblo se amontonó en tumulto en la plaza mayor para saber los pormenores de aquel desgraciado suceso. Al principio, sinembargo, habia moderacion; pero muy luego se exaltaron las cabezas, discutiendo, y concluyeron con un rapto furioso. Empezaron algunos gritos con amenazas, que fueron repetidos por la masa del pueblo, que pedia *cabildo abierto* con la unanimidad que demuestra la existencia de un resintimiento universal y que se presenta inaccesible á negativas bajo ningun pretesto. Es verdad que el Ayuntamiento mismo tenia sumo interes en que el pueblo

participase de sus propios sentimientos, afin de poder organizar y dirijir sus acciones y operar una revolucion sin sangre ni convulsiones.

Con este pensamiento, el cabildo oyó sus quejas y se puso á su disposicion. Se discutió con claridad y sin discursos difusos, es decir, neta y claramente. Se hizo una protesta firme y digna contra la injusticia de Carrasco, y contra su odioso maquiavelismo, decidiendo que una diputacion del cabildo se presentase inmediatamente á él para pedirle, en nombre del pueblo, una órden de desembarco, y libertad. Eizaguirre y Argomedo fueron á llenar esta mision con el mas profundo convencimiento de que era la cosa mas justa, mas prudente y necesaria para la tranquilidad de la ciudad, ya muy comprometida.

Advertido de este paso que iba á dar el cabildo, Carrasco habia reunido algunos partidarios en su gabinete para que presenciasen su temeraria firmeza. En efecto, recibió la diputacion con una desdeñosa frialdad, que impone siempre un poco á los que van á pedir justicia; pero en aquel corto silencio Argomedo tuvo tiempo de reflexionar, y, tomando la palabra, empezó manifestándole la sorpresa que habia causado su falta de palabra; continuó echándole en cara su doblez, su injusticia y la increible irreflexion con que administraba, y concluyó pidiéndole una órden que revocase la que habia dado, con advertencia de que el negársela podria serle fatal, en atencion á la efervescencia que se manifestaba ya con síntomas alarmantes de un verdadero alzamiento.

Los caractéres débiles y, sobretodo, de poca reflexion, tienen muchas veces arranques desesperados. Cierta-

mente, Carrasco no era inhumano; pero, en sus actos, se dejaba llevar de una falsa conciencia, que le imponia una conducta sistemática, contraria á la justicia, y que le hacia sostener, á todo trance, los derechos de un poder que se caia de vetusted y de oprobio. Como primer majistrado tenia derecho al respeto de todos, respeto que ya ciertas autoridades subalternas empezaban á rehusarle, y ya se veia abandonado de la real audiencia, siempre pronta á adoptar una neutralidad insultante para su honor, y peligrosa para su gobierno. Todo esto, junto con el aislamiento en que se hallaba de todo apoyo, y con los progresos de la revolucion, le llenaba de disgusto y de melancolía, y no era muy estraño que viéndose humillado por el tono altanero y casi imperioso de la diputacion, respondiese con otro desdeñoso y lleno de resentimiento. Obrando así, pensaba vengarse de aquella afrenta; pero obraba impolíticamente, en vista de la fermentacion que habia por toda la ciudad, cuyo pueblo se entregaba al tumulto porque tenia la conciencia de su derecho, y no podia impedirse de perseverar en su demanda.

Así sucedió que tan pronto como se supo el mal resultado de la diputacion, muchos quisieron ir ellos mismismos, en persona, á palacio para pedir justicia, y fué preciso todo el talento del procurador para oponerse á ello, prometiéndoles que se iba á acudir á la real audiencia, como, en efecto, lo ejecutaron los alcaldes y el procurador, yendo á esponer á aquel supremo tribunal las respuestas insultantes que les habia dado el presidente, y la necesidad de que se presentase para discutir un asunto tan interesante para la tranquilidad pública, y para particular de los habitantes.

En cualquier otra circunstancia, la real audiencia habia desoido los clamores del pueblo, siempre exajerado en sus demandas, y, muchas veces, injusto en sus pretensiones; porque, como majistrados, querian sostener el dogma de obediencia pasiva á las autoridades, afin de conservar su propio prestijio, que no podria menos de menoscabarse con semejantes concesiones; pero desde algun tiempo á aquella parte, se hallaban bajo el influjo de ideas revolucionarias, y veian que la máquina se desquiciaba, en vista de lo cual muchas veces habian pensado poner remedio al mal, persuadiendo al presidente cuan meritorio le seria el dejar un puesto en donde ya no le era posible mantenerse con decoro. Por esta razon, las proposiciones del cabildo, en aquella sazon, tenian dos ventajas : la de lisonjear la vanidad del tribunal, y la de favorecer sus propios proyectos, los cuales eran muy propios á humillar al mismo presidente, motivo por el que la real audiencia dió buena acojida á la demanda, y nombró inmediatamente al oidor Irigoyen para ir á ejecutarla, acompañado del escribano de cámara, afin de darle un carácter mas legal.

Fundándose en la etiqueta que le imponia su superioridad, Carrasco se negó, al principio, á suscribir á aquel acto de humillacion; pero reflexionando en los inconvenientes que podria tener su resistencia, se resolvió, y tuvo que soportar los gritos de mofa de una multitud reunida en el primer zaguan de la cárcel sobre la que daban algunas ventanas de la audiencia.

Luego que el rejente Ballesteros hubo espuesto los motivos de aquella reunion, el procurador Argomedo renovó, en presencia de todos los oidores, las razones

ya dichas anteriormente á Carrasco, y exijió una órden perentoria para el regreso á Santiago de las tres víctimas atropelladas, añadiendo, despues de haber dado una mirada á Eyzaguirre, que nadie saldria de la sala hasta que dicha órden fuese debidamente firmada y legalizada. Mientras habló el representante del pueblo, hubo un profundo silencio en el zaguan; pero apenas se hubo oido su conclusion, estalló una aclamacion unánime pidiendo la libertad de los ilustres Chilenos, y aun algunos se propasaron á pedir la deposicion del presidente, que en aquel instante se hallaba exaltado por el resentimiento, y por las últimas palabras de Argomedo, las cuales le habian, por decirlo así, embriagado de pasion y de orgullo, dejándolo incapaz de ningun jénero de temor. Sintiéndose, pues, herido en tal manera, y contando con la poca tropa que tenia en la plaza, preguntó, á su vez, y en tono amenazador, si estaban ellos mismos seguros de salir de la sala? Fanfarronada á la cual respondió Argomedo diciendo que cuatro mil personas se hallaban reunidas en la plaza, prontas á apoyar su demanda. Esta respuesta hizo callar al presidente, cuyo carácter era demasiado débil para perseverar en el arranque que le habia sujerido su despecho. Es verdad que, al mismo tiempo, sus amigos le daban aviso de que los oficiales, sobre los cuales contaba, fraternizaban con el pueblo y le manifestaban sus disposiciones amicales.

El éxito de la diputacion en la real audiencia, y el pronunciamento arrogante de la multitud, habian entusiasmado á Argomedo en términos, que no se contentó con pedir el regreso de los desterrados, sino que tambien pidió la destitucion de tres empleados mayores, que eran: Campo, Menesés y Tadeo Reyes, como principa-

les consejeros de Carrasco. Los dos primeros habian aceptado su nombramiento á consecuencia de una destitucion brutal y caprichosa, y se hacian muy bien cargo de que, á pesar de su talento y habilidad, una reaccion, que no podia tardar mucho, se lo quitaria; pero el último contaba mas de veinte años de servicio en la administracion principal, y siempre se habia distinguido por su talento y exactitud. Ya habia sido, aun muy jóven, secretario de O'Higgins, y le habia acompañado en las muchas visitas que aquel ilustre presidente habia hecho por toda la república. En la parte del Sur habia asistido al parlamento de Negrete, cuyo historiador habia sido tambien (1). Por el Norte, habia contribuido eficazmente al fomento de las ciudades de Illapel, Coquimbo, Copiapo y otras, y al aumento de escuelas, que consideraba, con mucha razon, como principales elementos de civilizacion. Los sucesores de O'Higgins lo habian considerado como igual á un asesor; lo admitian en sus consejos y reuniones, y seguian su opinion, de preferencia á otras, en las cuestiones mas delicadas, porque hallaban en ella la fuerza y el convencimiento de buen raciocinio. Su mérito, como empleado, no era menos brillante. Su jenio era laborioso, y no se contentaba con desempeñar puramente sus deberes, sino que tambien pasaba las noches en escribir sobre los diferentes ramos de la administracion. Los documentos que aun existen en manos de su digno hijo, don Pedro Reyes, bastarian para dar una alta idea de su talento y capacidad de prevision, si los archivos del gobierno, hasta

(1) En nuestro atlas se halla este parlamento, que he dibujado segun un plano que él mismo habia levantado, y que obra en poder de su digno hijo, don Pedro Reyes.

entonces en bastante confusion, y desparramados, no los confirmasen por el buen órden en que los ha puesto. Todos los que han tenido ocasion de recorrerlos no cesan de admirar la paciencia y el saber del que los ha dispuesto de un modo tan bien arreglado. Mas, con todos estos bellos antecedentes, aquel mismo sujeto estaba tildado como peligroso para el país; porque, siendo un realista juicioso, recto y convencido, y hallándose dotado de sentimientos vivos de relijion, consideraba bajo un aspecto fatal toda inovacion que dimanase de los principios que habian sumerjido la Francia en una horrible anarquía, desterrando de ella sus dogmas relijiosos, y contaminando hasta las antiguas instituciones de la mayor parte de Europa, cuyos estremos se hallaban aun, en aquel mismo tiempo, ensangrentadas por las espantosas guerras producidas por dichos principios.

La nueva demanda del procurador ponia á Carrasco en el mayor embarazo, no tanto por la contra órden pedida para el regreso de los desterrados, puesto que tenia motivos para pensar que el barco que los llevaba cinglaba ya á Lima, sino por lo penoso que le era el quitar el empleo á sus tres amigos, y tanto mas cuanto eran las solas personas que le quedaban afectas á su gobierno, y sobre las cuales pudiese aun contar. Persuadido de que la real audiencia no cometeria la imprudencia de rehusarle su apoyo en circunstancias tan críticas para la monarquía, pidió permiso para entrar en consejo con ella; pero la deliberacion ruló en un sentido favorable al pueblo. Los oidores le aconsejaron se rindiese á sus instancias, añadiendo que en ello no haria prueba de jenerosidad, sino mas bien un acto de necesidad, en atencion á la fermentacion de las cabezas, y á la poca confianza

que podian inspirarle sus tropas, las cuales parecian unidas con el pueblo, como verdaderos hermanos.

En consecuencia, Carrasco se decidió á formar las deposiciones del asesor interino, don Juan José Campos, del escribano, sustituto de cámara, don Francisco Menesés, y, con mucho mayor sentimiento, la del secretario don Juan Tadeo Reyes, lo cual fué considerado por la jeneralidad de los habitantes como una de las mayores injusticias. Pero ya se sabe que las revoluciones son un verdadero océano de bonanzas y tempestades, alternativamente, y que en medio de rasgos heróicos se presentan manchadas con acciones indignas, y aun tambien criminales, como si la Providencia hubiese dispuesto que nada fuese perfecto en este mundo mísero y orgulloso. Finalmente, por colmo de humillacion y de vergüenza para el presidente, el supremo tribunal le quitó estos tres empleados, y puso á su lado al oidor decano don José Santiago Concha, sin cuyo consentimiento era condicion espresa no se tomase determinacion alguna.

El cabildo recibió, á la una y media, el decreto que devolvia la libertad á los ilustres prisioneros, con estrepitosas aclamaciones del populacho, que, ya mucho mas numeroso y ajitado, esperaba nada menos que la caida del presidente. El alferez real don Pedro Larrain se ofreció para ser portador de la voluntad del pueblo, y salió, acompañado de doce personas de la mayor distincion, con el decreto para Valparaiso, á donde le habian precedido otras muchas que habian marchado apresuradamente por la mañana, con el fin de llegar á tiempo para impedir la salida del trasporte que los llevaba, si, por ventura, se hallaba aun en el puerto.

Por desgracia, llegaron demasiado tarde. El *Miontino*

habia dado la vela al viento el dia anterior, y, por mayor desgracia, no habia quedado un solo barco en el puerto para correrle en pos, y entregarle los pliegos de Carrasco para el virey del Perú, con la órden de la libertad de los presos infelices que llevaba.

En vista de este contratiempo, Larrain puso inmediatamente en conocimiento de sus familias aquel suceso, y aun les remitió los mismos pliegos, con lo cual la mujer de uno de ellos, doña Mercedes Salas de Rojas, tuvo la valiente resolucion de enviarlo por tierra con un propio, á espensa suya, *pias expensas*, propio ó correo que anduvo, en un mes, mas de seiscientas leguas, atravesando el inmenso, árido desierto de Atacama, cuyo camino hacia mas de dos siglos estaba abandonado.

Mientras que el público se lamentaba de aquella fatalidad, Carrasco, aun halucinado por su terca inclinacion, habia convidado algunos de los pocos amigos que le quedaban á un concierto que daba aquella noche en su casa, bien que no pudiese quedarle duda de que cuanto le decian, y él mismo veia, no era cuento sino la pura verdad espresada altamente y á gritos por el espíritu público, y que, insultando á este mismo espíritu, como lo hacia, aumentaba el disgusto jeneral y daba nueva materia de triunfo á los descontentos. Así sucedió en efecto. Las murmuraciones y sátiras á que habia dado lugar se renovaron con mas saña; sus enemigos lo acusaban de soborno y de proyectos violentos contra la ciudad, y una visita que hizo, el dia siguiente, al cuartel de artillería, bastó para alarmar á todos los habitantes, que, desde luego, juzgaron que era del mayor interes para ellos el ponerse en actitud de defensa. El mismo dia, se esparció la voz de que el procurador Argomedo y los dos

alcaldes Eizaguirre y Cerda, así como tambien algunas otras personas de influjo, que habian figurado mucho en las precedentes reuniones, estaban seriamente amenazadas de una venganza del presidente, para lavarse de su vergüenza y humillacion. Es verdad que muchos creyeron que aquellos ruidos eran una pura y astuta invencion de las cabezas de motin para exasperar al pueblo contra Carrasco; pero bien que las consecuencias no los hayan ni confirmado ni desmentido, todo era de temer de su parte, y tal fué la aprension del público, que mas de mil hombres, armados por la mayor parte, se reunieron aquella noche en la plaza, como de reten. Desde allí, enviaron patrullas por diferentes partes de la ciudad, y mientras unos protejian con su presencia las casas de los patriotas amenazados, otros se mantenian vijilantes observando si no habia movimiento de tropas y de artillería. Estas precauciones duraron toda la noche, á pesar de los rigores de la estacion de invierno, y se repitieron, talvez con mas celo, los dias siguientes; porque las imajinaciones del pueblo estaban exaltadas con el recuerdo de los actos arbitrarios cometidos contra Rojas, Ovalle y Vera, y aumentaban con su propia exajeracion la verosimilitud del riesgo que corrian los ilustres representantes.

Por todo esto, se echa de ver con que carácter grave é imponente avanzaba la revolucion, que cada dia se mostraba inminente. Todos aguardaban, á cada instante, verla aparecer á las claras manifestando todas sus pretensiones, pues los pronunciamientos á mano armada se componian de una tal masa de fuerzas, que quitaba, virtualmente, toda especie de independencia á las autoridades españolas. Sin embargo, pocos patriotas, ni

aun de aquellos en quienes se hallaba, por decirlo así, personificada, preveian con claro discernimiento toda la trascendencia que tendria, pues muchos de los que anhelaban por una reforma social no pretendian por eso emanciparse de la madre patria, y se hacian la estraña ilusion de poder formar un gobierno enteramente nacional, sobre el cual el rey Fernando, á quien se sentian sinceramente sometidos, no tendria mas que un simulacro de autoridad. Otros, al contrario, sobre todo los Españoles, trataban de mantener íntegros todos los derechos de la corona; y los mas timoratos, por no decir, pusilánimes, esponian todas sus aprensiones, escoltadas de muchos y diversos consejos, á la real audiencia, la cual, por el canal del oidor Concha, tenia parte deliberativa en las resoluciones y actos del gobierno. Es verdad que ya dicho tribunal tenia muchas zozobras, en razon de la fermentacion que tambien se habia estendido á las provincias, y se reunia, muy á menudo, en consejo para tratar de cortar sus progresos; porque tenia correspondencias confidenciales en que se le daba parte de las muchas sociedades que se formaban en las casas de patriotas exaltados, y en las cuales se proyectaba derribar al gobierno existente, y poner, en su lugar, una junta compuesta, principalmente, de miembros del país.

Por legal que fuese la ejecucion de dicho proyecto, como reflejo de la política de la misma España, tenia el inconveniente grave de poner alerta los derechos del hombre, y de emancipar el pensamiento en favor de la libertad y de la justicia, obligando á dicho tribunal, por el hecho mismo, á abrazar todas aquellas ideas, y á someterse á ellas hasta que fuese posible dominarlas para que

redundasen en favor del rey y de sus intereses. Lo que querian, ante todas cosas, era conservar el mismo gobierno sin mas alteracion que el remplazo del gobernador, que mandaba por una persona del país de bastante influjo para el mantenimiento del órden y de la misma especie de administracion (1). El que reunia todas las circunstancias y cualidades que requeria el papel de gobernador, tal como lo ideaban, era el conde de la Conquista, don Mateo de Toro y Zambrano; porque era sumamente rico, de una de las cunas mas ilustres del país, y tenia muchos parientes muy considerados, no solo en la capital sino tambien en muchas provincias del reino. En cuanto á él mismo, ya habia llenado los primeros empleos y tenia despacho de brigadier con fecha del 13 de setiembre de 1809, despacho que le daba un derecho incontestable á la presidencia, si llegaba á vacar. Por consiguiente, se trataba de preconizar aquel personaje, ensalzando sus méritos, servicios y calidades, por un lado, y, por otro, de poner patente la necesidad de destituir á Carrasco, ó, á lo menos, de urjirle á que diese su demision, en obsequio del interes jeneral.

Esta idea fué encomendada á ajentes secretos y discretos para que la esparciesen por la ciudad, y la inculcasen á sus habitantes, y, en efecto, lo ejecutaron con tanta sagacidad, que los patriotas la adoptaron como si fuese parto de su propio entendimiento. Es verdad que todos tenian interes en propagarla en un sentido, á saber, que el ejemplar de una destitucion de aquella naturaleza era, no solo una novedad immensa para el país, sino que tambien desquiciaba el poder español,

(1) Conversacion con Gaspar Marin.

ponia en claro el derecho que tenian los notables del país de tener arte ó parte en el nombramiento del presidente y hacia presentir el principio de una nueva era administrativa y social.

Una vez decretada, en dichos términos, la deposicion de Carrasco por el pueblo, restaba que la real audiencia llenase el penoso y difícil encargo de sujerirle su aceptacion, para lo cual se necesitaba la mediacion de un hombre de influjo y de persuasion que lo indujese á dicho consentimiento; en atencion á que su carácter era terco é interesado, como todos sabian. Por estas razones se pusieron todas las miras en el R. P. Cano, confesor del mismo gobernador, depositario, naturalmente, de su confianza, y dotado de todas las santas virtudes de su ministerio. La real audiencia le pasó recado, y le dió á entender, sin dificultad, la situacion crítica del país, situacion que llenaba ya de tribulaciones al mismo padre, poco mas ó menos, como á todos los realistas, y aceptó, sin reparo, aquella delicada mision, á la cual preparó al gobernador con palabras halagüeñas.

Pero sus flores de retórica quedaron sin efecto. Carrasco rechazó desdeñosamente la proposicion como vergonzosa pa a él y contraria á los intereses del estado. Bien que ya se sintiese interiormente desamparado de toda su fuerza moral, aun creia poder contar sobre las tropas, y su negativa final fué acompañada de un jesto convulsivo de impaciencia, en vista de lo cual Cano vió claramente que era inútil perder tiempo en querer persuadirlo, y se fué á dar parte de su mal suceso á la real audiencia.

Justamente, á la sazon, aquel tribunal acababa de recibir de un miembro del Cabildo el parte mas alar-

mante sobre la actitud del pueblo, actitud que denotaba indubitablemente que se acercaba la crisis tan temida, y por la cual su propia existencia iba á hallarse comprometida. En consecuencia, resolvió condenar al ostracismo al hombre que era la causa principal del desórden que crecia visiblemente, y se trasportó, en cuerpo, al palacio del gobernador.

El rejente, tomando la palabra, puso á la vista de Carrasco las imájenes mas espantosas, como resultado infalible de su resistencia á la voluntad jeneral. Los clamores que se oyen, le dijo, la conmocion que todos vemos, no son una pueril ficcion y sí el estremecimiento de una fuerza potente, irresistible, que se prepara á arrancar por la raiz todos los elementos del poder de la corona, empezando por el de V.

Lejos de rendirse á estas razones, Carrasco entamó una discusion sobre el objeto de la demanda, á la que no podia oponer mas que la conciencia de su inviolabilidad; pero contra esta objecion, que seria de mucho peso en diferentes circunstancias, el rejente le puso argumentos sin réplica que lo acosaron, y tuvo que decidirse á dejar un puesto en el que se habia visto perpetuamente juguete de todos los partidos; pero, afin de poner su grave responsabilidad á cubierto, pidió hacerlo en presencias de todos los cuerpos políticos reunidos.

En efecto, se reunió aquella memorable asamblea el dia 16 de julio de 1810, asamblea que se redujo á una junta de guerra, con la real audiencia y el Cabildo por acompañados. Despues de haber pedido á la asamblea su consentimiento, que le fué concedido, Carrasco espuso que su salud, sumamente debilitada, no le permi-

tia entregarse al cuidado de los asuntos administrativos con la eficacia que pedian las circunstancias críticas del país, y que exijiéndolo, como lo exijian el interes de la monarquía y la tranquilidad del país, creia oportuno el desistirse del título de presidente en favor de otra persona propia á calmar la fermentacion de los espíritus. Pidió, en seguida, para ejecutarlo sin conflictos, el beneplácito de los militares que por su graduacion y antigüedad tenian derecho á la sucesion del mando; á lo cual le fué respondido que aquel derecho pertenecia al conde de la Conquista, como brigadier el mas antiguo, pues lo era, en efecto, de algunos meses mas que el intendente de Concepcion, don Luis de Alava, el único de su grado. En consecuencia, se dieron votos y todos recayeron en el conde de la Conquista, en vista de lo cual Carrasco pronunció con voz alterada su abdicacion, pasando, al mismo tiempo, el baston á manos de don Mateo de Toro Zambrano, con grande satisfaccion de la asamblea, y aplauso de una multitud de habitantes que aguardaban con ansia por este resultado delante de palacio.

Así se terminó la carrera política de aquel personaje, que la ventura sola habia ensalzado á la suprema dignidad del estado, dignidad que habria podido sostener en tiempos de buen órden y de regularidad, pero que en aquellas circunstancias, muy ciertamente, no podia menos de comprometer. Sin embargo, sin querer hacer la apolojía de ciertos actos de rigor y de injusticia que hubo en su gobierno, no se puede negar que Carrasco era humano y tenia probidad; pero débil y limitado, la cortedad de sus luces y la prontitud con que se acaloraba lo precipitaban á providencias las mas impolíticas y opuestas á lo que exijian las circunstancias.

Tan pronto se dejaba llevar indolentemente mirando con indiferencia el progreso de las ideas, tan pronto tomaba medidas exajeradas de rigor contra ellas, y así siempre acababa por proporcionar alguna ventaja á los partidarios de la revolucion. La suprema junta de España le habia espedido el despacho de gobernador en propiedad de Chile, con fecha de 10 de febrero de 1809; pero el virey del Perú, Abascal, que habia recibido diferentes informes sobre su incapacidad, no le habia dado curso. Es verdad que, por informes de la misma naturaleza, la rejencia misma de Cádiz se lo quitó un año despues, temblando de que pusiese las cosas en peor estado, y lo habia traspasado á la real audiencia, que no tuvo tiempo para disfrutarlo. En resúmen, el dia de su caida fué para Carrasco y sus partidarios un dia de duelo, como lo fué de esperanza para los demas partidos, de los cuales unos contaban sobre el influjo de los numerosos deudos y aliados del nuevo presidente en la tranquilidad pública; y otros, por el contrario, presentian, y casi creian ver la revolucion realizada y dando nacimiento á una nueva era social. En cuanto al goberdador caido, su desgracia no le quitó del pensamiento sus intereses, y aun tuvo la mala suerte de inspirar una especie de desprecio final reclamando la totalidad de los 10,000 pesos de su sueldo de presidente.

CAPITULO VII.

Don Gaspar Marin es nombrado asesor del presidente, y don Gregorio Argomedo secretario. — Pronunciamiento de los liberales, á consecuencia de un banquete en casa del conde de la Conquista.— Mal éxito de los miembros del cabildo en su proyecto de aumentar el número de rejidores. — Medidas que toma don José Antonio Rodriguez para impedir la instalacion de la junta de que se trataba. — Su cita para comparecer en casa del presidente y su enérjica respuesta. —Dificultades que encuentra la real Audiencia para hacer jurar obediencia á la rejencia de España.— Interpelacion del ayuntamiento contra don José María Romo, por causa de sus sermones sediciosos.

La caida de Carrasco era, plena y completamente, obra de la real audiencia. Esta fué quien la proyectó, quien esparció su utilidad, y, finalmente, quien salió con ella. Lo que resta, ahora, á saber, es si consiguió lo que queria con esta especie de éxito, es decir, si aquella suprema corporacion pudo atajar la reforma encerrando el movimiento en un cuadro de estrechos límites, ó mediano, conforme, en fin, con los deseos y los intereses de la monarquía.

Ya se sabe que en una revolucion social apoyada en principios de derecho, de justicia y de libertad, todo impedimento se hace ilusorio, aun cuando el pronunciamiento se hiciese por una minoría débil é impotente. El carácter de estas revoluciones es el obedecer á las inspiraciones y á las necesidades de la época, y de adelantar sin volver nunca la cara. Es cierto que los progresos son lentos, casi imperceptibles y nunca jamas uniformes; pero todo esto no les impide el ser continuos, y, por lo tanto, suficientes para llegar á los límites que les señala el desarrollo proporcional de las ideas y de las luces de

la nacion. Esta es la marcha progresiva de toda civilizacion, y esta misma marcha estaba reservada para las diferentes comarcas de la América, dominada durante tres siglos por un verdadero espíritu de debilidad y de sumision.

La real audiencia, al hacer nombrar el conde de la Conquista presidente del país, habia querido hacer creer que cedia á los deseos del pueblo y del partido reformista. Era este un medio que le habria asegurado una cooperacion jeneral, en caso de necesidad; pero tenia por fatal consecuencia el dar mas atrevimiento y mas pretensiones al mismo partido; porque, en las grandes conmociones populares, en las cuales los espíritus se hallan tan violentamente ajitados, las concesiones son sumamente peligrosas; á la primera se sigue la segunda, y de debilidad en debilidad la autoridad pierde muy luego su derecho, y, por consiguiente, su fuerza moral. Toro Zambrano era, sin duda alguna, un personaje que por su nacimiento y sus bienes de fortuna podia ejercer el mayor influjo en el país, que lo amaba y lo consideraba. Su apego á la monarquía era franco y síncero, y, con respecto á su carácter, era brillante en virtudes y cualidades; pero ya de edad de ochenta y seis años, ya se comprende que tambien tenia las que da la decrepitud. Sus alcances eran muy limitados; no tenia enerjía ni voluntad propia, y sus ideas, ya bastante mudables, dependian del último que le hablaba. Así lo vamos á ver, durante su corta administracion, en una fluctuacion continua de pensamientos y de acciones; acosado, alternativamente, por los dos partidos, y, alternativamente, sometido á sus diversos caprichos, mudando á cada instante de opinion, y concluyendo, como

era de prever, por adoptar aquella cuyo símbolo era : actividad, vigor, penetracion y ciencia.

El primer pensamiento de este nuevo gobernador, al entrar en el mando, fué puramente y altamente moral, manifestando la voluntad firme de reconciliar los espíritus, y de reunirlos en un mismo centro de sentimientos de afecto y de adesion á Fernando VII. Este pensamiento podia, tal vez, haberle sido sujerido por la real audiencia, que tenia sumo interes en restablecer el órden, con olvido de todo lo pasado; pues afin de hacer variar el influjo popular, atrayendóselo á su propio favor, habia mandado celebrar el nombramiento de aquel presidente con solennes funciones, durante las cuales se esparcieron proclamas que respiraban una paz y beatitud muy propias á serenar los espíritus apocados, pero no menos opuestas á la enerjía necesaria para sostener debates acalorados y vehementes de progresos. De que los Chilenos se hubiesen sometido, sin murmurar, á una obediencia pasiva, durante tres siglos, no se seguia que hubiesen de permanecer para siempre en aquel triste y vergonzoso servilismo. El conde de la Conquista no era para ellos el paladion de la monarquía y de su eterno sistema de imobilidad. Lejos de eso, su título le imponia una mision mucho mas importante y noble, cual era la de constituirse, como instrumento de transicion, el representante de una era de fin y de renovacion que tendia á dejar en olvido y borrar enteramente lo pasado, preludiando á lo venidero. Era, por consiguiente, preciso, por decirlo así, apropiarse este influyente personaje, imbuyéndolo de ideas del siglo, ó bien llevarlo por la mano, como á un ciego, é insensiblemente, al fin á que lo destinaba la Providencia.

Entre los hombres de talento de la época, figuraba D. S. Gaspar Marin, aun jóven y natural de la Serena, y avecindado, desde su niñez, en Santiago, en donde por su mucha capacidad habia ganado, en concurso, la cátedra de Leyes en la Universidad, la presidencia del colejio de abogados y, finalmente, el título de asesor del consulado. Pero en lo que se distinguia sobremanera era en la elocuencia brillante con que le habia dotado la naturaleza. Hablaba con admirable pureza; tenia una memoria prodijiosa, á la cual debia su grande erudicion, y, resumiendo en sí todas las eminentes cualidades del orador, tenia un ascendiente de persuasion tal, que ninguna opinion contraria le resistia. Amigo y consejero, ya mucho tiempo habia, del conde Toro, este lo llamó á su lado, tan pronto como ascendió al gobierno, para que fuese su asesor, con gran disgusto de los realistas, los cuales tenian demasiada prevision para no temerle, por la escesiva travesura de su talento. A poco tiempo despues se le asoció, como secretario del presidente, el impetuoso y audaz Argomedo; de suerte que estos dos ilustres patriotas eran las dos colunas de gobierno del conde de la Conquista.

La real audiencia no tardó en conocer que se habia dado chasco á sí misma, y en sentir amargamente el haber tenido arte y parte en aquella mudanza de gobierno, adquiriendo, en breves dias, el convencimiento de que el jefe que habia juzgado conveniente oponer á las ideas destructoras de la revolucion era un sujeto crédulo, débil, fácil de engañar, y, por consiguiente, propio á comprometer, involuntariamente, los derechos de la monarquía. Este temor, ya bastante fundado, se hizo mucho mas inquietante aun á consecuencia de un ban-

quete que el presidente dió á los S. S. de aquel supremo tribunal, y al cual fueron tambien convidados el cabildo, los jefes militares y otras muchas personas de distincion. Todos creian (y sin duda alguna tales eran las intenciones del presidente) que aquella reunion ofreceria una coyuntura favorable para reconciliar algun tanto los partidos; pero, lejos de eso, solo sirvió á hacerlos, recíprocamente, mas desconfiados y odiosos. En el número de los convidados habia muchos que eran exaltados, y entre los cuales el doctor Vera, que acababa de llegar de Valparaiso, y que, por esta razon, se presentaba adornado de la aureola de gloria, ganada en su injusto destierro.

Al principio de la comida, sin embargo, su lenguaje era puramente jovial, alegre, agudo y picante, pero, muy pronto, animado por las miradas espresivas de los patriotas, y el recuerdo de las persecuciones que acababa de padecer, su agudeza se cambió en indirectas mordaces contra la monarquía, y en sátiras contra los corifeos del partido realista. Su vervosidad seductora no tardó en cautivar la mayor parte de los convidados, y, desde luego, la conversacion dejeneró en discusiones políticas las mas ruidosas, y casi tumultuosas. Por mas que el presidente y algunos oidores manifestaban su desagrado, se rompieron los diques de la circunspeccion, y todos hablaban en términos y de manera que no se oian ya mas que pullas é invectivas contra la administracion (1) colonial y contra las injustas pretensiones del gobierno.

Don Francisco Antonio Perez, especialmente, las ridiculizaba con la mas salada agudeza.

(1) Conversacion con don Miguel Infantes.

Marin, sabio y purísimo lójico, demonstraba cuan absurdas eran, y vencia todas las opiniones contrarias, á medida que hablaba.

Fern. Errazuris no reparaba en predecir claramente la ruina total de España, y aseguraba que al dejar el trono Fernando VII se habia llevado tras sí, y para siempre, á toda su posteridad.

Eizaguirre, respirando convencimiento, hacia la apolojía del movimiento revolucionario de Buenos-Aires, y sostenia con calor y obstinacion el derecho que habian tenido aquellos habitantes de constituir una junta gobernadora. En este particular, el que mas lo apoyaba era Miguel Infante, hábil abogado, el cual, aunque jóven, ya dejaba ver, en sus jestos y lenguaje, el carácter audaz y firme de un verdadero tribuno.

En vista de un pronunciamiento semejante, que manifestaba tan á las claras las miras secretas y la ambicion de los revolucionarios, la real audiencia comprendió que la presidencia de aquel gobernador no seria mas que un campo de batalla que iban á disputarse los dos influjos contrarios, como un estribo para subir al poder; y, asaltada de tristes presentimientos, no vió mas recurso contra tamaño mal que el que podia ofrecer la firmeza inflexible de sus propios actos. En consecuencia, usó de todos los medios que estaban á su alcance para contraminar las asechanzas del partido novador.

Justamente, en aquel mismo momento el Ayuntamiento pedia se nombrasen seis rejidores mas, so pretesto de que eran necesarios para desempeñar todas las tareas que las circunstancias imponian; y los oidores, no viendo en aquella demanda mas que un medio disi-

mulado de alcanzar una mayoría para sus fines, consiguieron, por medio del fiscal, que fuese desechada, como tambien que se impidiese una grande reunion que los descontentos habian proyectado con el objeto de protestar enérjicamente contra aquellos impedimentos, y aun de pedir con osada determinacion la instalacion de una verdadera junta.

En efecto, Miguel Infante decia públicamente que dicha instalacion se verificaria muy pronto, y su asercion se acreditaba tanto mas, cuanto ocupaba el puesto de procurador de la ciudad que acababa de dejar Argomedo. Con su entusiasmo patriótico, Infante no sabia hablar de otra cosa, no tenia mas conversacion que aquella, y cuando oia decir que algunos miembros del clero intrigaban en favor de la monarquía, no podia impedirse de mezclar en sus coloquios palabras insultantes para los que, en su opinion, debian su poder y el temor que inspiraban á la ignorancia y á la credulidad de un pueblo acostumbrado á dejarse engañar durante muchos siglos. Indirectamente, semejantes palabras eran dirijidas contra nuestra santa relijion, y no podian menos de sobresaltar al clero, que ya se sentia bastante desasosegado con las ideas impías de que hacia alarde la juventud. Este fué, sin duda, el motivo por el cual don José Santiago Rodriguez juzgó muy conveniente el tomar, como vicario capitular, la defensa de la relijion misma, en la persona de Fernando. Bien que fuese un acendrado realista, solo pensaba, en aquel instante, en los riesgos que corria el catolicismo en América, que se hallaba casi amenazado por un verdadero cisma, debido á las ideas desorganizadoras de la época, y su conciencia le dictaba que el

monarca solo podia detenerlo al borde del precipicio.

Con este convencimiento, y con ayuda de algunas personas pias y timoratas como él, escribió á todos los curas de su diócesis una circular llena de exortaciones á la fidelidad y apego debidos á la monarquía, mandándoles, al mismo tiempo, que empleasen todo su poder para que cada uno hiciese firmar la suya por el sudelegado, y por el mayor número posible de habitantes del campo, los cuales prestaban aun entera obediencia á los ministros del culto.

El cabildo, que tuvo noticia de dicha circular, y de la clausula especial contenida en ella, recomendando no cambiasen nunca, ni bajo pretesto alguno, de gobierno, no vió en ellas mas que un abuso del ministerio sacerdotal, y una invasion de la influencia relijiosa en el interes esclusivo de un partido político. Alarmados por la perspectiva de los resultados que podia tener aquel plan de resistencia, los cabildantes resolvieron pedir al gobernador su mediacion para oponerse á él, y nombraron, sin pérdida de un momento, cuatro diputados (1) para ir á citar ante la autoridad de aquel primer majistrado al imprudente sacerdote que les inspiraba aquellos temores.

Fué la diputacion á palacio, y Miguel Infante, como procurador de la ciudad, tomó la palabra y espuso los graves inconvenientes y riesgos que podrian surjir para la tranquilidad pública de permitir circulasen escritos que, para él, no podian tener mas objeto que el entregar el país á la princesa Carlota, como era fácil averiguarlo rejistrando la correspondencia y papeles del vicario.

(1) Los SS. Larrain, Perez, Errazuris é Infante.

Bien que estas palabras hubiesen sido dichas con modo respetuoso, Rodriguez respondió en términos que denotaban la irritacion que le habian causado, espresando con indignacion su estrañeza de verse acusado de conspiracion en favor de una princesa, ya, por decirlo así, considerada como estranjera á España; y, sobretodo, de que se quisiesen profanar con mano sacrílega escritos inviolables, por la santidad de su ministerio. Finalmente, apurado por lo odioso de aquellas suposiciones, y fiándose á su inocencia, pidió, él mismo, la ejecucion de aquel acto arbitrario, y el permiso de someter al juicio de la opinion pública algunas cartas que acababa de recibir, y en las cuales se veria si los habitantes de Rancagua, y de otras muchas partes, eran del mismo bando que el cabildo, siempre dispuesto, á lo que parecia (añadió él), á sacrificar el bien público á novedades tan quiméricas como fatales al mantenimiento universal de la fe.

Esta respuesta, tan enérjica como espresiva, y debida probablemente al estado de exasperacion en que se hallaban el clero y los realistas, dió buenas esperanzas á los señores de la Real Audiencia, que, justamente, deliberaban, á la sazon, sobre los términos en que debia ser reconocida la rejencia de Cádiz, ya reconocida, segun anunciaban los pliegos que acababan de llegar, por casi todas las provincias de España. El rejente opinaba que aquel reconocimiento debia de hacerse con funciones y regocijos públicos, tan propios á entusiasmar al pueblo, y el presidente, previo el parecer del fiscal, habia adoptado la misma opinion. Pero alarmado por ruidos inquietantes que el viento del cabildo le susurraba, no tardó en retractarse, ó, lo que es lo mismo,

quiso diferir hasta el dia 21 para recibir en su propia casa, y sin ninguna especie de aparato ceremonial, el juramento que los miembros del cabildo querian evitar á toda costa. No reflexionaba el presidente que, por el hecho de ceder tan fácilmente á las sujestiones de los partidos patriotas, mostraba un cáracter débil y versatil, que muy pronto le haria mudar de parecer dejándole caer en un sistema penoso de variaciones, de alternativas y de incertidumbre, segun se fiase en las apariencias de un interes lejítimo y posible de cada partido.

De esta retractacion se siguieron pretestos mas ó menos vanos, y, por la misma razon de la grande importancia de la discusion, la indecision del presidente se hizo mas difícil de vencer. Durante muchos dias, le fué imposible el fijarse en una idea racional. Tan pronto inclinaba á un lado, tan pronto á la parte opuesta, y, en medio de estas oscilaciones de su espíritu, las corporaciones eclesiástica, lejislativa y militar, reunidas en su casa el 23, le hicieron salir al son de cajas, y le llevaron, casi por fuerza, á la plaza mayor, en donde fué finalmente proclamado el supremo congreso de la rejencia de España. Si se ha de dar crédito á los ruidos que corrieron sobre aquel acto solenne, el presidente habia obedecido tan maquinalmente al impulso forzado que habia recibido, que su indecision habia sido la misma en todo el tránsito de su casa á la plaza.

Pero, lejos de dar fuerza y vigor á los realistas, aquel nuevo triunfo de la Real Audiencia no sirvió, al contrario, mas que á apresurar el momento de su caida, escitar á los patriotas á emplear todos los medios de salir avante, y á luchar para conseguirlo, puesto que no les quedaba mas recurso. Ademas, desde que la relijion se

habia hecho el elemento moral del partido contrario, la cuestion de la junta era mucho mas difícil de resolver, porque esta circunstancia embarazaba tanto mas su política, cuanto los principios relijiosos, que servian de principal apoyo á la política opuesta, ejercian un poderoso influjo, y la forzaban á rebatir los argumentos, de difícil réplica, de que se servia el clero, sobretodo el regular, cuyos relijiosos predicaban en los púlpitos, no solo con apasionada desenvoltura, sino tambien con temeridad, contra el movimiento revolucionario. No contentos con inculcar á sus oyentes la fidelidad al monarca, como defensor de la relijion cristiana contra los peligros que la amenazaban, llenaban de espanto y terror su débil credulidad con odiosas calumnias contra sus enemigos, ó, como ellos los llamaban, contra los visionarios cuyas ideas turbulentas tendian necesariamente á sumerjir el país en un caos de ruinas, por medio de la anarquía y de la impiedad.

Al cabo, el Ayuntamiento, juzgando que aquellos sermones, demasiado frecuentes, eran no solo contrarios al buen órden sino tambien al verdadero espíritu de la Iglesia, pidió que el P. José María Romo, uno de los mas diestros y osados predicadores, compareciese ante el presidente para responder á los cargos que se le hiciesen. A la cabeza de la diputacion encargada de esta demanda se hallaba el procurador de la ciudad, que era el mismo Miguel Infante, el cual desarrolló, en aquella ocasion, su carácter distintivo de rígido tribuno. Despues de algunas palabras de puro preámbulo con el presidente, Infante entró en materia, demostrando, con la gallarda elocuencia de que estaba adornado, los graves inconvenientes que habia en tolerar se

introdujesen discusiones políticas en el santuario de la relijion; y luego, volviéndose al padre, le manifestó que en lugar de llenar el corazon de sus oyentes de sentimientos de odio, tan contrarios á la ley de su santo ministerio, deberia seguir los preceptos de caridad del evanjelio, procurando calmar las pasiones, apaciguar animosidades y atenuar toda causa de discordia; porque (añadió él) la mision de un ministro de paz es rogar al Espíritu Santo se digne alumbrar al pueblo para que conozca sus verdaderos deberes de union, de amor y de libertad; y, al pronunciar la última palabra, se espresó con mucha mas fuerza, dando á entender que aquel derecho, inerente al cristianismo, seria, de allí en adelante, inseparable de todos sus pensamientos y acciones (1).

Por su edad, el presidente se inclinaba de corazon al partido del clero; porque, al llegar al término de la vida, el hombre se hace naturalmente timorato, prudente y, sobretodo, enemigo de todo conflicto propio á comprometer el fin de su carrera. Los patriotas, que conocian su debilidad y la inconstancia de sus ideas, convinieron en que era preciso dar, sin pérdida de tiempo, el último golpe, puesto que habian empezado á descubrir la cara, y obrar decididamente. Este era el pensamiento de la junta de Buenos-Aires, siempre perseverante en llevarlos por aquel camino, como tambien lo era de don Antonio Helminda, don Ignacio de la Carrera, don Juan Henriquez Rosales y de otros muchos, tanto miembros del Ayuntamiento como de fuera de esta corporacion, los cuales se hallaban imbuidos de los debates que habia en sus reuniones, principalmente

(1) Conversaciones con don Miguel Infante.

en las que tenian en casa de Manuel Cotapos, Agustin Eizaguirre, Diego Larrain y otras, que eran verdaderos clubs de la revolucion chilena. Por otra parte, el movimiento que intentaban operar se apoyaba en los mas bellos principios de derecho y de justicia, y no podia menos de cautivar los ánimos de todas las clases. Hasta el mismo presidente, rodeado, como lo estaba, de patriotas los mas entusiasmados y convencidos, se sentia seducido, y, en su familia, que era numerosa, solo doña Josefa Doummont, nuera suya, pensaba con afecto á la monarquía, porque era oriunda Española, y, por consiguiente, del partido de sus compatriotas. Pero ¿si sostenia con celo y teson el interes de este partido, qué podia hacer contra las fuerzas poderosas que precipitaban el movimiento? Nada, y así sucedió que no tardó en tener que alejarse para no presenciar sus inevitables resultados.

CAPITULO VIII.

Desesperacion de los realistas al ver los progresos de la revolucion. —Procuran levantar algunas tropas á sus espensas. — Pasos que dan para ganar al presidente á su partido.— Indecision de este jefe é inconstancia de sus opiniones. — Al fin, toma partido por los liberales, y al anuncio de la llegada del jeneral Elio de Montevideo á Chile, como presidente, se decide por la instalacion de una junta suprema. —Competencia que tiene con la real Audiencia. — Desasosiego de los diferentes partidos.— El ayuntamiento reune en los arrabales casi todas las milicias de los contornos de la ciudad. — Ultimo esfuerzo de la real Audiencia para impedir la convocacion de una junta.

La determinacion irrevocable de los patriotas era el suplantar, por una junta nacional, el gobierno absurdo que los habia avasallado hasta entonces, y aniquilar, de una vez, la triple resistencia representada por la ostentacion de poder, la sumision y el interes; ó, en otros términos, por la Real Audiencia, el clero y los Españoles. Ya muy debilitados por la corriente impetuosa de las ideas revolucionarias, y reducidos, por la pérdida de su influjo, á una minoría impotente, los realistas quisieron, sin embargo, hacer un esfuerzo, procurando rechazar todo pronunciamiento insurreccional por la fuerza de las armas. Desgraciadamente para ellos, el número de los soldados, con que creian poder contar, habia disminuido mucho, y, por colmo de desgracia, tambien temian que hubiese insubordinacion en la compañía de artilleros, considerada, hasta entonces, como batallon sagrado, áncora de esperanza y de salvacion.

En efecto, el comandante Reyna, en cuya fuerza descansaban todas las esperanzas, manifestaba, sobre el particular, los mas inquietantes presentimientos; lle-

vado, por una parte, de sentimientos racionales de libertad, y temiendo, por la otra, que se introdujese la desmoralizacion en sus tropas, no cesaba de quejarse de la impotencia de las milicias, que, por su corto número (segun él decia), nunca podrian resistir á la terrible tempestad que se preparaba. Este fué el motivo por el cual Manuel Antonio Talavera persuadió á los jenerosos patriotas, defensores de la causa real, á que pusiesen en pié, á sus espensas, algunas compañías con las cuales pudiesen contar, como lo hicieron con el mayor entusiasmo, prestándose noble y voluntariamente todos los realistas á cuantos sacrificios fueron necesarios. En muy pocos dias, se contaban mas de sesenta suscriptores, unos por tres soldados, otros por cinco, y hubo suscriptores que suscribieron por diez, que habian de ser equipados y sostenidos por ellos. Nadie puede saber en que hubiera parado aquel arranque, si el presidente, por instigacion del cabildo, no se hubiese opuesto abiertamente á él, amenazando con severas providencias á don Roque Allende, que era uno de los comisarios de la suscripcion.

Los preparativos de armamento y de defensa, juntos al estado de ajitacion de los ánimos, no podian menos de turbarlos y de darles materia á serias reflexiones, sobretodo en una ciudad, en donde, desde el principio de la conquista, no se habia oido un tiro, á no ser en regocijos públicos, y, las mas veces, en honra del advenimiento de un monarca, ó de la llegada de un gobernador. Todos se preguntaban á sí mismos en que vendria á parar, cual seria el fin final de una libertad que pocos comprendian, rechazada imperiosamente por el clero, y, por otro lado, proclamada como aurora de los

progresos, y como precursora de prosperidad y de felicidad futuras. Los entendimientos cortos, subyugados por el prestijio de la fe, y por sentimientos de temor, de indiferencia y de moderacion, veian aquel tumulto con grande zozobra, al paso que las clases inferiores, naturalmente inclinadas á la licencia y al desórden, hallaban en él toda su existencia, y todos los elementos de desarreglo que convenian á sus vulgares sensaciones. Los motores de la insurreccion sabian muy bien que, favoreciendo la inclinacion de las masas, tendrian en ellas un poderoso auxiliar para conseguir, por medio de la fuerza, cuanto era negado á la razon; pero habia, en esta conducta, algun riesgo, y algo de demagójico, que era indispensable evitar, ó, á lo menos, moderar con bastante vigor para no verse arrojados afuera de los límites de sus sínceras intenciones. Al mismo tiempo, era de su deber el dar un semblante de legalidad al movimiento, haciendo cómplice de él al mismo presidente, de modo que aprobase ciegamente y sin censura todas las resoluciones que saliesen de su club. Por este medio, evitaban convulsiones violentas, y la revolucion se realizaba bajo el patronato, casi directo, del jefe del estado.

Pero los realistas que vijilaban, siempre alerta, los pasos de los patriotas, comprendieron muy luego que su propio interes exijia que tambien ellos atrajesen á su partido al presidente, á pesar de la especie de repulsion que les causaba; porque, en efecto, lo consideraban, en cierto modo, como una ciudadela que era preciso atacar sin descanso y hacerle brecha para que no cayese en poder de sus enemigos, porque, dirijiendo así sus tiros, agotarian los cortos restos de fuerza y de actividad que les quedaban.

Justamente á la sazon, llegó una noticia que no podia menos de decidir la cuestion, en atencion á que suscitaba grandes debates entre los dos partidos. Carrasco, como lo hemos dicho ya, habia sido denunciado en Cádiz como un hombre sin enerjía, sin talento y totalmente incapaz de resistir á las ideas turbulentas del siglo. Uno de los primeros cuidados de la Rejencia gobernadora fué llamarlo á España remplazándolo por el jeneral don Francisco Xavier Elio, militar de nervio y de resolucion, y, por consiguiente, dispuesto á cortar, á toda costa, los vuelos á los enemigos de la monarquía. Su viaje por Buenos-Aires daba lugar á los patriotas para operar la revolucion, pero al mismo tiempo los obligaba á anticipar su plazo, y se aprovecharon de la ajitacion que reinaba, despues de algunos dias, en diferentes barrios de la ciudad, para dar á entender al presidente cuan inoportuno y peligroso seria el desistirse del poder en favor de un estraño que no ofrecia garantía alguna á la tranquilidad del país. Y, luego, lisonjeando su vanidad y orgullo, le aconsejaban hiciese avortar todos aquellos fatales proyectos, y proclamase la instalacion de una junta gobernadora, cuyo presidente perpetuo seria él mismo, de derecho.

Estas insinuaciones, hechas con reserva en momento oportuno, se manifestaron al público el dia 12 de setiembre, dia en que los desórdenes, que iban creciendo, exijieron una reunion de las primeras corporaciones en casa del presidente. En presencia de la Real Audiencia, y de los comandantes militares, no dudó el alcalde don Agustin Eizaguirre asentar que ya habia llegado el momento de seguir el ejemplo de España, nombrando una junta capaz de adoptar medidas enérjicas para re-

chazar toda invasion, en caso de ataque, á fin de conservar el país á su amado Fernando VII. Probó, en seguida, que el derecho de propia conservacion era el mas justo, y aun tambien un deber el mas solenne que tuviesen que llenar; y, en este particular, el alcalde estaba apoyado, con vivo teson, por todos los demas miembros del cabildo, principalmente por don Fernando Errazuris, el cual añadió que escluyendo aquel sistema de gobierno, de hecho, al brigadier Elio de la presidencia, como tambien á su asesor don Antonio Garfias, era un deber para ellos el escribirles á Montevideo para ahorrarles la fatiga de un largo é inútil viaje.

Esta proposicion fué aceptada, sin dificultad, por el conde de la Conquista; pero su indecision no le permitió resistir á las respuestas diestras del rejente, el cual trató de probar que por la misma razon de haber jurado obediencia y fidelidad al supremo consejo de rejencia no tenia especie alguna de derecho para alterar sus decretos, y, por consiguiente, no podia negarse á recibir la persona que habia sido nombrada para ir á dirijir los asuntos, tan delicados como enredados, de aquella capitanía jeneral; y que, en cuanto á la constitucion del país, la responsabilidad que habia tomado de conservarla en toda su integridad era tanto mas grave, cuanto la habia jurado delante de Dios sobre los santos evanjelios. En seguida, el rejente pasó á probarle que el público tenia mucha mas aprension de las vanas y quiméricas especulaciones de los patriotas, que de una invasion enemiga, á la sazon, sobretodo, que la reina de los mares, la Inglaterra, combatia en favor de la madre patria; y que, para tranquilizarlo completamente, bastaria publicar un bando anunciando la firme resolucion de no ha-

cer mudanza alguna que pudiese causar el menor perjuicio á los intereses del rey, y dejando entrar, sin oposicion, al valiente y sabio jeneral que España les enviaba para su bienestar y reposo (1).

Los principios de derecho, de justicia y de relijion en que el rejente se apoyaba, y los hábiles comentarios con que los oidores corroboraban sus razones, pusieron al gobernador en un nuevo conflicto de dudas y temores, y lo echaron otra vez á la banda de la real audiencia, pues aceptó la publicacion del bando que le proponian, y que el oidor Concha se encargó de estender aquella misma noche.

Bien que los miembros del ayuntamiento fuesen muy opuestos á este nuevo rasgo de versatilidad del presidente, noobstante no tuvieron por conveniente empeñarse en disputas, en presencia de la real audiencia, por temor de molestar demasiado al que, en resumidas cuentas, habia de aplanarles el camino para llegar á sus fines, y prefirieron diferir hasta el dia siguiente el hablarle con ánimo sereno, y bajo el influjo de algunos canónigos dignos de su mayor aprecio, y, por lo tanto, capaces de quitarle el temor que tenia de faltar á sus deberes de relijion y de fidelidad. Despues de haberle preparado, por medio de algunas personas de su confianza, obtuvieron de él para aquel dia, 13, una nueva reunion, á la cual asistieron, ademas de los miembros del ayuntamiento, dos canónigos, otros dos sacerdotes y cuatro habitantes de distincion, á saber, dos Españoles, don Fernando, marques de la Plata, del supremo consejo de S. M., y el prior del consulado don Celedino Villota, y dos Chilenos, el coronel de milicias don

(1) Archivos del gobierno, etc.

Ignacio de la Carrera, y el consul don Joaquin Gandarillas. En cuanto á los coroneles Olaguer y Reyna, que, igualmente, habian sido convocados, fueron tambien, pero luego se retiraron.

Despues de algunas discusiones sobre los peligros, cada dia mas inminentes, de la patria, y sobre los desórdenes continuos de la ciudad, don Celedino Villota, ya animado de un puro espíritu de libertad, demostró la necesidad de cortar el mal de raiz, y en su oríjen, porque, de otro modo, no podia asegurarse la deseada paz, y que siendo esta la cuestion : si podria ó no hacerse junta de gobierno arreglada á las que han celebrado las provincias de España para mejor defensa de la patria, sujeta al superior gobierno de rejencia, sin innovacion de las leyes, ni de las autoridades constituidas, debia tratarse y decidirse este punto, y que su resolucion seria lo que aquietaria al pueblo, que solo por la diversidad de opiniones se halla tan desorganizado.

Todas las personas presentes fueron del mismo parecer, y el procurador de la ciudad añadió que aquella medida muy legal, puesto que las provincias españolas habian dado el ejemplo de ella, debia de llevarse á cabo con la mayor formalidad y brevedad, á no ser que se considerase á Chile como un país absolutamente esclavo, é indigno ó incapaz de gobernarse á sí mismo. Dichas estas palabras, tomó el bando, que el rejente acababa de enviar á la firma del presidente, é indicó en él artículos que no podian obtener su aprobacion, entre otros uno que imponia pena de la vida á cualesquiera que se atreviese á proponer ó insinuar la menor innovacion en la organizacion política del país.

Este discurso, hecho con firmeza, y que no tuvo opo-

sicion seria, produjo el mejor efecto, cortando el hilo de que pendia la voluntad del presidente, y quitando á este la especie de repugnancia que habia manifestado siempre, cuando se habia tratado de tomar una determinacion. Decidido, en fin, á seguir los consejos de sus compatriotas, mucho mas interesados en la suerte del país, declaró solennemente que no solo el bando no seria publicado, sino que tambien estaba resuelto á convocar cabildo abierto para tratar con la mayor solennidad posible, en una asamblea imponente, compuesta de los habitantes de mas influjo, en lo civil, eclesiástico y militar, un asunto tan grave y de tanta importancia. Al efecto, se resolvió enviar á las personas convocadas una esquela de convite, del tenor siguiente :

« Para el dia diez y ocho del corriente espera á V. el muy ilustre señor presidente, con el ilustre ayuntamiento, en la sala del real tribunal del consulado, á tratar de los medios de seguridad pública, *discutiéndose* allí que sistema de gobierno debe adoptarse para conservar siempre estos dominios al señor Fernando VII°. »

Esta nueva, que se esparció muy pronto por la ciudad, tal vez exajerada por el temor de una resistencia armada, produjo una grande sensacion en ambos partidos, particularmente en el de los realistas y españoles los mas interesados en el mantenimiento del órden. En cuanto á la real audiencia, esta no pudo ver sin estremecerse todos sus planes de salvacion anonadados, y la imposibilidad en que se hallaba de reconquistar el favor del presidente, tan fuertemente influido, en vísperas de un pronunciamiento que amenazaba con cambios y desorganizacion. En la última entrevista habian hecho el mayor esfuerzo para ganarlo, pero habia sido el último,

puesto que habian tocado el terrible rejistro de las penas de sacrilejio contra cuantos desobedeciesen á su rey, como jefe temporal, cuyos poderes segun ellos emanaban directamente de Dios. Por consiguiente, seria inútil cuanto quisiesen hacer despues; pero noobstante, atemorizados por aquella grande crisis, resolvieron pasar un oficio al presidente, en el cual renovaban cuanto le habian dicho ya, tan pronto en lenguaje amical é insinuante, tan luego amenazándole con las terribles consecuencias del conflicto que iba á levantarse entre los partidos, y protestando altamente, protesta en que hicieron entrar á los padres de la Merced y de San Agustin, los cuales no habian podido conseguir, por mas que lo habian pedido, el asistir á aquella asamblea. Todos aquellos oficios y protestas no produjeron efecto alguno en el espíritu, ya determinado, del presidente, bien que, á la verdad, por prueba de que no obraba por obstinacion sistemática, mandó mudar la cláusula de la esquela que parecia haber dado mas que pensar á la real audiencia, por manera, que borrando en dicha esquela todo lo que tenia relacion con el sistema de gobierno, quedó su tenor reducido y se imprimió en los términos siguientes:

« Para el dia diez y ocho del corriente á las nueve de la mañana, espera á V. el muy ilustre señor presidente, con el ilustre ayuntamiento, en las salas del real consulado, á consultar y decidir los medios mas oportunos á la defensa del reino y pública tranquilidad. »

Mientras que el presidente y la real audiencia discutian de esta manera la necesidad y los riesgos de una grande asamblea, embozándose cada uno, á su modo, en el manto de Cesar, como pretesto ó de buena fe, de una entera sumision á su amado Fernando, el pueblo se

hallaba en la mayor conmocion. En la plaza, como en los diferentes barrios, se veia una ansiosa ajitacion, y ya las pasiones de los turbulentos empezaban á manifestarse y á infundir temores y zozobra en los corazones pacíficos. Santiago parecia atormentado por el jenio de la maldad. Todos salian de sus casas armados con sables, puñales ó pistolas, llenos de desconfianza unos de otros, y dispuestos á defenderse ó á atacar. Por la noche, habia muchos mas corros y mucho mas turbulentos. Los patriotas se reunian en casa de Larrain, de Eizaguirre, y los realistas principalmente en la de Aldunate. En estas especies de clubs no se trataba mas que del estado crítico del país. Algunas veces, habia mociones para evitar sus consecuencias, y, de una y otra parte, se enviaban parlamentarios á proponer una junta de reconciliacion; pero las condiciones que proponian unos, y la mala voluntad de otros, no permitian el concluir nada de bueno. ¿ Como era posible que la razon ejerciese su santo ministerio, cuando los corazones se hallaban envueltos en una atmósfera de tempestades morales, consecuencia del último aliento de una vida de vasallaje, que iba á espirar sofocado por una nueva civilizacion ? Lejos de eso, muchas veces procuraban dañarse, intimidarse y aun engañarse, pues en medio de estas proposiciones los Europeos tuvieron el atrevimiento de tramar un complot con el objeto de apoderarse del parque de artillería, para dirijir sus tiros contra el consulado, si realmente se verificaba la instalacion de una junta. Este complot, lo que es mas, habia ya empezado á ejecutarse por mas de doscientos realistas, y, probablemente, habria llegado á sus fines, si el ayuntamiento no hubiese recibido

aviso, á tiempo, del riesgo, por dos de sus espías, lo cual lo puso en la rigorosa necesidad de tomar medidas de represion, y de multiplicar patrullas por la noche, mandadas por dos principales personajes, Carrera, y Rosales. Con cincuenta hombres montados cada uno, estos recorrian todos los barrios y arrestaban todos cuantos eran sospechosos, de cualquiera clase ó condicion que fuesen, y los enviaban al cuartel, de donde no salian hasta que se tomaban informes sobre su conducta é intenciones. Gracias á este buen servicio, el desórden no llegó á los límites estremos que se temian, y, realmente, no hubo ni violencias ni escesos; pero á medida que el 18 de setiembre se acercaba, la fermentacion crecia, y el ayuntamiento tuvo que redoblar de vijilancia, valiéndose del derecho de policía, que le daba su constitucion. En consecuencia, y de acuerdo con el presidente, mandó venir á Santiago el mayor número posible de milicianos, los acampó en los arrabales, nombró de ayudante mayor de la plaza al capitan de injenieros Makena y se hicieron trasportar los cañones al cuartel de San Pablo, escoltados por ciento y cincuenta hombres. Dos piezas, cargadas á metralla, fueron puestas en batería en la plaza, y las demas en el zaguan.

La real audiencia, sintiéndose desmayar á la vista de aquel aparato de fuerzas y de resolucion, aun quiso hacer un esfuerzo por medio de otro oficio que pasó al presidente, prediciéndole todas las desgracias que iban á caer sobre el país, y de las cuales él solo seria responsable á los ojos de Dios y de su Rey. Ademas le persuadia á que no hiciese novedad alguna, de ínterin su desgraciada patria estaba en lucha contra el tirano

de la Europa. «Así lo desean, decia la real audiencia, la mayor parte de los habitantes de la poblacion, como con demostracion lo verá V. S. si saliese un señor alcalde de cuartel con un individuo del ilustre ayuntamiento, el cura párroco y un ministro de la fe, á exijir los votos de los padres de familia. Son muchos los que jimen, lloran y se lamentan de los males que amenazan á la patria, y sienten ver solos y desamparados á los ministros que componen este tribunal, de su presidente, protector, padre y compañero, sujetos á innumerables calumnias, ultrajes y desprecios. No los intimidan por un instante los males de que se ven amenazados, y si V. S. cree que con abandonar sus cargos y retirarse de la capital se remedian las desgracias públicas, sin pérdida de un instante hagaselo V. S. saber para ejecutarlo: será la primera vez que en materias pertenecientes al bien del estado se apartan las reales audiencias de sus jefes, pues cualquiera desconformidad en materias tan sagradas cubre á alguno de horribles manchas y enormes delitos, porque deben ser los espejos de la fidelidad en los deberes al Rey, que representan, y sus pueblos. Por último, señor, ya no tiene recurso que apurar este tribunal; reitera sus protestas y clamores; espera que V. S. tomará aquellas providencias que sean del agrado de Dios y del Rey; y si nada de lo espuesto alcanza, y ha de celebrarse el congreso, presídalo V. S., no permita establecimientos de junta y dé órden á los jefes militares que no obedezcan á esta nueva autoridad, si se establece (1).»

El presidente no participó de los temores de la real audiencia, y convencido de que la fermentacion de la ciudad no tenia mas oríjen que la dilacion del estableci-

(1) Véanse los documentos.

miento de aquella grande asamblea, y de que no cesaria hasta que estuviese finalmente instalada, pensó en convocarla á la mayor brevedad posible, antes que el ruido que corria de la arrivada de algunos buques estranjeros al mar del sur se realizase. Habiéndose mantenido siempre fiel al Rey, y no habiendo manifestado nunca la menor tendencia en favor de la independencia del país, el presidente obraba á cara descubierta firmando con verdadera hombría de bien las respuestas y oficios que se pasaban al rejente, sin sospechar en manera alguna que desquiciaba el poder absoluto. Se puede decir con verdad que en la conciencia con que obraba habia mas sentimientos que razon, pues tenia su oríjen en su mismo corazon, y este, en todos tiempos, se hallaba exento de remordimientos de injusticia ó de ingratitud. Bien que en sus frecuentes reuniones se tratase á menudo de la prosperidad futura del país, para él esta cuestion no era mas que un sueño, ó mas bien un misterio que la providencia cubria de un velo impenetrable. Por consiguiente, si abrazó la causa de la libertad, fué mas por persuasiones que se le hacian que por propio convencimiento, ofreciéndole un ausilio poderoso y cierto, á pesar de la inconstancia fatal de sus opiniones. Es verdad que á su lado habia hombres del mayor mérito, que no cesaban de infundirle sus ideas y que le impelian, á pesar suyo, en el sentido que se necesitaba para alcanzar sus fines. Estos eran Gaspar Marin, Argomedo, Eizaguirre, Infante y otros muchos grandes patriotas, que interpretaban el movimiento bajo un punto de vista distinto, considerándolo como un acontecimiento que emanaba de la Providencia y no como parto de una pura casualidad.

En efecto, como ya lo hemos visto, esta revolucion databa solo de un año, y á su nacimiento habia precedido una de estas grandes conmociones que ponen en accion al entendimiento, á la reflexion y al interes, y animada, muy luego despues, por sus primojénitas las repúblicas de Venezuela y de Buenos-Aires, se puso en movimiento, aunque lentamente y con pasos poco firmes. Los principios que proclamaba eran demasiado opuestos á las costumbres del país para no ser objeto de ataques y repulsas. La real audiencia, como se ha visto, se presentó armada de todo su prestijio, de su ciencia y de sus leyes tan antiguas como inmudables. En el punto en que vió la sociedad chilena ajitada por peligrosos novadores, empleó todo su conato en descubrir sus fines y hacerles imposible el que los consiguiesen. Para esto, invocó, alternativamente, la autoridad suprema de reales cédulas, y luego el honor, la responsabilidad personal, las amenazas, protestas y, finalmente, los santos Evanjelios, que están siempre á la disposicion de los que tienen la imprudencia de servirse de ellos para sus miras particulares, llenando de temores el espíritu crédulo de la multitud. En este punto, los realistas se sirvieron de ellos, sobretodo al principio, con un juicio digno de una época menos adelantada (1). En toda la república el clero, los regulares y los misioneros estuvieron constantemente encargados de intervenir con su santo ministerio para cortar el vuelo á las ideas liberales; y, en Santiago, habian alarmado á las

(1) En un documento que tenemos á la vista, vemos que el solo colejio de Chillan anunciaba, durante estas conmociones y en los principios de la guerra, cincuenta y dos misas cantadas, muchas de ellas con sermones, dos procesiones enerales, ciento y treinta misas rezadas y muchos novenarios públicos, etc.

apacibles relijiosas en tales términos, que el gobierno se vió en la necesidad de ir á tranquilizarlas convenciéndolas de la verdad, sin finjimientos.

Por fin, todos estos gritos y ruidos, tan tumultuosos al principio, se apaciguaron poco á poco, y tomaron el carácter de puro susurro y de melancolía denotando el estado de desmayo de un poder agonizante que da el último suspiro de su existencia.

CAPITULO IX.

Reunion electoral en el consulado.— El conde de Toro entrega las insignias de gobernador al pueblo soberano.— Discursos de su secretario y del procurador de la ciudad. — Instalacion de la junta soberana, y personas que la compusieron. — Regocijos públicos. — La real Audiencia forzada á jurar obediencia á la junta, y sus circulares á los sudelegados de las provincias. — Principios de fusion entre los partidos; tendencia del clero y de los realistas á adoptar las ideas de la revolucion.

Apenas los primeros albores anunciaron la venida del dia 18 de setiembre, cuando ya se manifestó en todos los barrios de Santiago una grande ajitacion. La llamada de cajas de guerra, á la que los soldados y milicianos acudian de todas partes, parecia tambien querer despertar á los ciudadanos para que se preparasen á asistir, unos como espectadores, y otros como actores, al gran drama que iba á emancipar el país, dar soberanía y nuevo ser á sus habitantes y asociarlos á todos los actos lejislativos, como miembros de una nacion libre é independiente.

Por órden del presidente, las tropas habian ocupado muy de mañana sus respectivos puestos. El rejimiento de la princesa, bajo las órdenes de Don Pedro Prado, ocupó toda la estension de la cañada, comprendida entre San Diego y San Lázaro; el del Príncipe, mandado por el Marques de Montepio, fué dividido por compañías, tres de las cuales ocuparon las cuatro avenidas del consulado, mientras las demas se encargaban simultáneamente de mantener la tranquilidad en la ciudad, y de la guardia del cuartel de San Pablo. En la

plaza mayor, habia tomado posicion el rejimiento del Rey, en comunicacion, por medio de la compañía de línea de dragones de la Reina, con la de dragones de la frontera, establecida en la plazuela del consulado, al mando de don Juan Miguel Benavente, plazuela en donde se hallaban el comandante jeneral de las armas don Juan de Dios Vial Santelices y sus dos ayudantes, con órden de contener al populacho, y, sobretodo, de vijilar los facciosos para impedirles de turbar el órden de aquella solenne y augusta funcion (1).

Las personas con papeleta de convite eran las solas que podian atravesar los dos cordones de tropas que guardaban las cercanías del consulado, y entrar en la sala donde iba á tener lugar la ceremonia. Allí, llegaban separadamente, y muy pronto se hallaron reunidas cuatrocientas, las tres cuartas partes de las cuales, á lo menos, estaban imbuidas de los mas vivos sentimientos de patriotismo y afecto al Ayuntamiento, considerado como el jenio de la razon y del progreso. Cerca de las once, se presentó el conde de Toro con su asesor y su secretario, y precedido de las corporaciones eclesiástica, civil y militar. Solo la Real Audiencia tuvo por conveniente el no asistir, protestando, por el hecho de abstenerse, contra un acto supuesto de legalidad, con la esperanza de tener, tarde ó temprano, una ocasion favorable de satisfacer su venganza y sus resentimientos.

Bien que, segun el tenor de la esquela de convite, la reunion no tuviese mas objeto que el tomar medidas oportunas para poner el país á cubierto de la invasion de que estaba amenazado, sin pensar, ni remotamente, en mudar la forma de gobierno, el primer acto del pre-

(1) Historia manuscrita de don Melchor Martinez.—Diario del doctor Vera.

sidente probó, noobstante, y desde luego, lo contrario. Apenas hubo ocupado el puesto que le habian preparado, declaró en alta voz que se despojaba del poder de que estaba revestido y lo depositaba en manos del pueblo soberano. Estas fueron las solas palabras que pronunció (1); pero su secretario Argomedo se encargó de esplicar los motivos, con el tono de convencimiento propio á penetrar una grande asamblea, y, en la viveza de su discurso, no pudo contenerse sin hacer la apolojía de las brillantes cualidades del gobernador, que, por el interes solo de la tranquilidad pública, habia tenido la suma jenerosidad de desistirse de un mando que desempeñaba tan gloriosa como felizmente.

Tras este discurso, el procurador de la ciudad don Miguel Infante pronunció otro mucho mas largo, en el cual empezó motivando el objeto de la reunion, y prosiguió hablando de España, de cuya situacion hizo la mas lastimosa pintura, considerándola ya á la merced de un conquistador tan feliz como ambicioso; recapitulando las turpitudes de Carrasco y sus injustas persecuciones contra los tres ilustres Chilenos, y quejándose de la ajitacion que desde algun tiempo á aquella parte reinaba en la ciudad, y que no provenia, á su parecer, mas que de la dilacion que habia habido en nombrar una junta reclamada con ansia por los deseos del público. Al tocar esta clausula, que era de su especial conocimiento, demostró la grande utilidad de semejante gobierno, sobretodo en circunstancias en que el país necesitaba obrar con mucha actividad y enerjía. « Es cierto, añadió él, que muchos, ya sea por temor, ó, mas bien, por ignorancia, se oponen á esta grande reforma;

(1) Historia de don Melchor Martinez.

pero si estas personas ojeasen nuestros compendios de leyes, verian que hay muchas sumamente favorables á ella. » Y diciendo y haciendo, el orador ponia cuidado en citarlas, y aun de leer ciertos puntos al apoyo, sin olvidar el ejemplo que España les daba en aquel mismo instante, dejándose gobernar por una junta que no cesaba de aconsejar á las Américas formasen otras semejantes por el mismo modelo.

En este discurso, brillante todo de tino y de habilidad, el orador Infante pedia, con intencion, que la junta no pudiese gobernar mas que en nombre de Fernando VII; porque si era cierto que sus miras sobre la suerte de su país se estendian mucho mas allá, tambien lo era que conocia la necesidad de acortar el vuelo patriotico á su propio corazon, y de emplear un lenguaje que diese satisfaccion á todos los partidos, sin esceptuar la Real Audiencia (1). Esto, porque sabia con certeza que si chocaba la opinion del pueblo, que aun tenia un síncero afecto á su jóven y desgraciado rey, se espondria á encontrar una fatal oposicion; y era, justamente, lo que él queria evitar. Por eso tenia que hacer violencia á su carácter y á sus sentimientos, procurando hacerse propio á la opinion de progreso, para que adquiriese influjo hasta en los negocios de estado, é imbuyéndolo, casi á pesar suyo, de sentimientos de amor propio y de interes público.

Es verdad que tal ha sido el carácter de las revoluciones de la América española, en donde todas fueron hechas en nombre y en favor del monarca amado, sin que se haya pretendido darles un movimiento mas independiente; de modo que todas parecian haber sido

(1) Conversacion con Miguel Infante.

trazadas por un mismo modelo, con el mismo objeto; y, en este particular, Chile se presentaba con principios absolutamente idénticos. Dejando á parte un cortísimo número de opiniones mas estremadas, todas las demas, con inclusion de muchas que se hallaban á la cabeza del movimiento, pensaban firmemente mantenerse bajo la dominacion española, y no deseaban mas que algunas reformas, tales como mejorar las instituciones, proporcionar fomentos, establecer las relaciones de la metrópoli y de las colonias sobre las verdaderas bases de la justicia, y quitar algunos abusos que se introducian, de tiempo en tiempo, en la sociedad, en despecho de la moralidad ejemplar de los presidentes. Tal era el pensamiento dominante de la nacion y de casi todas las personas reunidas en esta asamblea, las cuales aceptaron con universal aclamacion el nuevo sistema de gobierno, persuadidos de que su fidelidad no seria de modo alguno comprometida (1). Solamente, dos ó tres españoles, mas desconfiados ó mas avisados, quisieron oponerse á él; pero su débil voz no encontró eco, se apagó y se desvaneció al instante con el ruido del triunfo.

Despues que la instalacion de la junta hubo sido unánimemente aprobada, fué necesario buscar personas que por su probidad, posicion y conocimiento del manejo de asuntos administrativos, fuesen dignas de desempeñar aquel cargo elevado, y, gracias á una reunion que habia habido la víspera en casa de uno de los hijos del

(1) Al ver en el diario del ilustre patriota don Manuel Salas, escrito de su mano: « *Los habitantes, sin esceptuar uno solo (esta es la verdad y la escribo delante del dios de la verdad), sin esceptuar uno, volvieron los ojos á su buen rey, y á la nacion de que nacieron y dependen*, etc. » Al leer, este pasaje de un hombre tan virtuoso y uno de los caudillos de la revolucion, no puedo persuadirme que hubiese en aquella época muchos Chilenos que tuviesen ideas ciertas y seguras tocante á sus proyectos de independencia.

presidente, don Domingo de Toro, la eleccion no fué ni dudosa ni larga; pero lo que ofreció cierta dificultad fué el desacuerdo que se suscitó sobre el número de miembros que debian componer la junta (1). Algunos querian multiplicarlos, esperando obtener de este modo mejor garantía de la conservacion de sus derechos; otros, al contrario, fundándose en las leyes de partida, sostenian que no podia haber mas que tres ó cinco; pero, siguiendo el ejemplo de Buenos-Aires, se decidió que habria siete, y el procurador de la ciudad recibió el cargo de proponerlos. Los cinco primeros nombres, de los cuales dos estaban ausentes, obtuvieron los sufrajios de la multitud y fueron recibidos á la mas completa unanimidad; pero no sucedió lo mismo con los restantes, los cuales hallaron mucha resistencia de parte de los electores. La lucha se empeñó especialmente entre don Francisco Cisterna, que queria nombrar á Infante, por sus grandes conocimientos, y Henriquez Rosales, apoyado por sus numerosos parientes, y aun mas por los de la grande familia de los Larrain, particularidad que no podia menos de influir mucho en su eleccion (2), y, en efecto, fué nombrado á votos reservados, juntamente con Francisco Xavier de Reyna.

Levantado este pequeño obstáculo, la junta fué finalmente proclamada con el título de : Junta provisional gubernativa, y conservadora de los derechos del Rey, durante su cautiverio, y compuesta de los miembros que siguen :

El escelentísimo señor don Mateo de Toro Zambrano, nombrado presidente, de derecho;

(1) Conversacion con don Miguel Infante.
(2) Miguel Infante.

El ilustrísimo señor don José Antonio Martinez de Aldunate, obispo de Santiago, vice presidente.

Vocales, los señores:

Don Fernando Marquez de La Plata, consejero de Indias;
Doctor don Juan Martinez de Rosas;
Don Ignacio de la Carrera, coronel de milicias;
Don Xavier de Reyna, coronel de artillería;
Don Juan Henriquez Rosales, maestre de campo.

Despues de los gritos de alegría conque fueron acojidos estos nombramientos, el alcalde Eyzaguirre proclamó por secretarios á don José Gaspar Marin, y á don José Gregorio Argomedo, y, en seguida, todas las corporaciones prestaron juramento, manifestando la mayor satisfaccion por las elecciones (1).

Tal fué la conclusion de aquella memorable asamblea, que proporcionó un brillante dia de gloria á la patria, dia que el pueblo celebra, y celebrará aun por muchos años, en homenaje rendido á la libertad y á los primeros apóstoles de la nacionalidad chilena. Al salir de la sala, casi todos los miembros que componian la escelentísima junta fueron acompañados hasta palacio con gritos de aplauso del pueblo y de la tropa, gritos que repetia con no menos entusiasmo la clase inferior, que, por medida de prudencia, la caballería habia contenido sobre el cerro de Santa Lucia (2). Por la noche, hubo iluminacion

(1) Algunos pidieron que la real Audiencia fuese tambien llamada á prestar juramento inmediatamente; pero Infante les advirtió que era ya tarde (las cuatro). Noobstante esta advertencia, los mismos persistieron en su demanda, hasta que Marquez de la Plata les prometió que el dia siguiente se cumpliria aquella indispensable formalidad, y entonces cedieron por miramiento particular al ilustre personaje que les hacia esta promesa.

(2) Se esparció mucho dinero á la plebe que, el dia anterior (18 de setiem-

jeneral y regocijos públicos con música, hasta ser de dia.

Estos regocijos duraron muchos dias consecutivos, en los que hubo ceremonias á las cuales asistieron, ocupando el primer lugar, las autoridades. El 19, todo el cabildo á caballo, y acompañado de mas de quinientos soldados, publicó por toda la ciudad la instalacion de la suprema junta, afin de dar á aquel acto toda la solennidad que requeria, tirando dinero á la plebe, y divirtiéndola por la noche con iluminaciones y fuegos.

El veinte, se levantó un tablado en la plaza mayor, guardado por la tropa, y allí subió la suprema junta para recibir, previa lectura de la acta de su instalacion, juramento de obediencia que prestaron las corporaciones civiles y eclesiásticas, y, en seguida, el de banderas de todos los rejimientos, al son de la música, salvas de artillería, y aclamaciones del pueblo, al cual hicieron una nueva distribucion de dinero (1).

Mientras que el pueblo manifestaba de este modo la alegría que le causaba un acontecimiento cuyo objeto ni cuyas consecuencias no podia apreciar, la real audiencia tenia consejo para deliberar sobre los medios de salvarse de aquella borrasca; porque todavía, altiva y orgullosa, aun en su soledad, queria conservar la independencia absoluta de sus opiniones, y solo cedió á las amenazas que se le hicieron, yendo á jurar obediencia al nuevo poder, bien que protestando contra él (2).

bre), no pudo participar de nuestros goces, porque se fué arrinconada y custodiada de la caballería en el cerro de Santa Lucia, para que no perturbase la serenidad y órden inimitable de aquella funcion. (*Diario nº 11, de B. Vera.*)

(1) Diario de B. Vera é historia manuscrita de Martinez.

(2) « Se le respondió categóricamente que la junta estaba resuelta á hacerse obedecer, y esperando al tribunal. Este apenas se demoró lo necesario para leer respuesta tan precisa, y corrió á palacio con el ajente que hace de fiscal, el

El prestijio que tenia aun la real audiencia era tal, que á su entrada en la sala los miembros del gobierno se pusieron en pié, y ofrecieron, como por instinto, sus puestos á los que ya eran sus subordinados, como si un servilismo de tres siglos los hubiese dejado en la ignorancia de las mas sencillas leyes de la jerarquía (1).

Pero esta baja demostracion de miramientos no duró mucho, pues penetrados, al fin, de sus derechos, y cansados de tolerar sus intrigas, tomaron una actitud digna, y escribió la junta :

« Que queria el gobierno arrancar de raiz toda desavenencia escandalosa, para pensar solo en el desempeño de los nobles, fieles, y justos fines encargados por el voto jeneral á su cuidado, y que juró cumplir, » añadiendo :

« Convido á V. S. con la paz y union siempre que V. S. la acepte de un modo que todo el reino la entienda. Mas si V. S. se niega á tan necesaria demostracion, corra al momento la cortina, y signifique V. S., individualmente, cual es la protesta, para que pueda surtir su efecto ; porque si ella abraza todas las cláusulas ó espresiones de los oficios y pareceres de V. S., en el ante dicho espediente, previene á V. S. la junta, por última prueba de sus deseos de la concordia, que, en tal caso, se verá necesitada (aunque con dolor) á tomar por sí la satisfaccion que V. S. resiste á darle. V. S. sabe que es la

señor Sanchez, quien empezó á hablar como protestando y deseando imponerse de las causas y efectos del establecimiento. El señor Plata le satisfizo con la misma acta, que se leyó, con los fundamentos irrefragables que movieron á la instalacion, en que desde luego, convino el ajente, y sucesivamente todos los oidores que prestaron los juramentos, aunque con protesta, llenos de respeto y ternura, derramando por los ojos algunas gotas de aquel humor que no siempre ha de significar tristeza ó colera. » (*Diario de Bernardo Vera.*)

(1) Miguel Infante.

primera obligacion del majistrado no permitir se profane su autoridad, y que esta obligacion tanto mas crece cuanto es mayor la dignidad que constituye á aquella (1). »

Algunos dias despues, la junta exijia que la real audiencia retractase su protesta, y que, ademas, pasase una circular á todos los partidos, induciendo á los sudelegados y gobernadores á que reconociesen la lejitimidad de la junta, y á ayudarle en sus tareas.

Esta severidad era, en cierto modo, necesaria para poner fin á la activa rivalidad de un poder, que ya no era mas que secundario. A pesar del acto de sumision que tan solemnemente habian jurado, habia pruebas de la falsedad de su adesion, que ponian patentes sus secretas tendencias contrarevolucionarias, y bien que la junta conociese sus proyectos, aun no podia tomar medidas violentas, porque altivos con su importancia aun reciente, y sostenidos por el clero, y por algunas personas de distincion, los ministros de aquel tribunal habrian podido, tal vez, luchar con alguna ventaja, y hacer problemática la existencia de un gobierno, que empezaba solo, y por decirlo así, á ensayarse, y por esta razon aun débil, bien que fuese un resultado de la voluntad nacional.

Por esta razon, la junta prefirió dejar al tiempo el cuidado de vencer aquella resistencia y de minar el prestijio de aquel tribunal, atacando la parte mas tenaz de ella, que consistia principalmente en importancia y en orgullo, para lo cual no le faltaban ocasiones tan favorables como frecuentes.

En las ceremonias que tenian lugar á menudo y á las

(1) Véase en los documentos de 18.

que tenian que asistir, los ministros pretendian el primer lugar, despues del presidente, fundándose en reales cédulas, que no podian en manera alguna servir de regla, y, demonstrándolo así los miembros de la junta, se seguia una correspondencia pueril, ridícula, que dejeneraba luego en resentimientos de amor propio, bien que impotentes.

Por otra parte, muchos realistas, que antes de la reunion habrian sido fieles á las voluntades de la real Audiencia, la desampararon despues, inducidos á ello por deseos de la tranquilidad, primera condicion de existencia del hombre de razon y moderado. Lo mismo sucedió tambien con muchos relijiosos, los cuales, en sus sermones, ya se atrevian á predicar que el nuevo gobierno emanaba de Dios mismo, lo que era admirablemente útil y necesario en aquellas circunstancias (1).

Este pronunciamiento de los realistas no era precisamente ocasionado por pensamientos de ambicion, culpables y reflexionados, sino que provenia de la satisfaccion que resiente el individuo apacible y sin opinion de tener por superiores á hombres de probidad y virtud, dignos de su confianza. Bajo este aspecto, los miembros del nuevo gobierno tenian títulos que ningun Chileno podia contestar. Dejando á parte las flaquezas de la naturaleza humana, y de las que nadie nace exento, los antecedentes de dichos miembros eran los mas honrosos, y presentaban las mejores garantías de la buena suerte del país, pues representaban todas las clases, todos los partidos : clero, ejército, España, progresos, y, enfin, todos los intereses.

Sin duda era penoso el no ver entre ellos miembro

(1) Historia manuscrita de Melch. Martinez.

alguno del ayuntamiento, verdadera cuna de la libertad chilena; pero esta ausencia no provenia de olvido, ni de falta de miramiento, sino de las protestas que ellos mismos hicieron de no aceptar empleo alguno, ni para ellos ni para los suyos; y esto con el solo objeto de confundir las murmuraciones de sus enemigos, que les imputaban miras de vanidad y de ambicion (1).

(1) Memoria de Man. Ant. Tocornal.

CAPITULO X.

Las provincias reciben con júbilo la noticia de la instalacion del nuevo gobierno. —Solo la de Coquimbo se niega á reconocerlo. — La junta pasa notificacion de su advenimiento á diferentes potencias. — Nuevos esfuerzos de Buenos-Aires para revolucionar á Chile. — Idea de un congreso jeneral americano. — Pedido de sables y fusiles, y leva de nuevas tropas. — Suspensiones de las sudelegaciones. — Regreso de los desterrados Rojas y Ovalle. — Recibimiento en Santiago de don Juan Rosas. — Su política. — Sombra que causa al ayuntamiento. — Convocacion de un congreso nacional para el 15 de abril.

La revolucion de Chile estaba hecha. Inquieta y turbulenta la víspera, firmó, el dia siguiente, su acta de instalacion en medio de vivos trasportes de entusiasmo, y fué proclamada por la porcion mas noble y mas influyente de la sociedad chilena. Su aparicion no causó ni esceso ni violencia. El buen órden no padeció la menor alteracion. Los empleados conservaron sus empleos, y todos los intereses quedaron protejidos bajo la salvaguardia de un poder que se apresuró á desmentir el espíritu de desmoralizacion que sus enemigos le atribuian.

Pasados los primeros dias de regocijos, la junta gubernativa pensó en enviar circulares anunciando aquel grande acontecimiento, y manifestando sus leales intenciones hácia su amado monarca. Las provincias ocuparon sus primeras atenciones, por ser las mas interesadas en aquella metamórfosis y tener la mejor parte en ella. Para llenar aquel encargo, fueron escojidos los sujetos de la primera distincion. El rejidor Errazuris marchó á Valparaiso; don Gabriel Valdivieso, Borja Irarrazabal y don Bernardo del Solar se dirijieron á la parte del norte, y

don Anselmo de la Cruz y José María Rosas al sur. Este último llegó hácia el 10 de octubre á Concepcion, la víspera de la huida del intendente Alava, que se embarcó en el buque *la Europa*, á la sazon de partida para el Perú.

El recibimiento que le hicieron allí fué tan brillante como espresivo y prometia las mas cordiales simpatías con un gobierno que las autoridades civiles se apresuraron á reconocer, dos dias despues, y á proclamar con música y salvas de artillería (1).

El juramento de las tropas de Concepcion no se verificó hasta el dia 17, y lo prestaron bajo la direccion de don Tomas de Figueroa, teniente coronel graduado y comandante interino de batallon, el cual desempeñó su papel con el mas loable celo dando parte de aquella jura al nuevo gobierno, con espresiones de la mas acendrada adesion. Las demas tropas acantonadas en lo interior de la provincia prestaron juramento ante el comandante de la frontera, don Pedro Benavente (2).

En las demas provincias, el entusiasmo y las demostraciones de alegría no fueron menos ruidosos. Talca, Chillan, Valdivia y Quillota mostraron la mas sincera adesion. San Fernando se distinguió en funciones que, gracias al patriotismo de su sudelegado, don José María Vivar, se prolongaron desde el 29 de setiembre hasta el 1° de octubre. En la plaza, levantaron un gran anfiteatro rodeado de arcos de triunfo sobre los cuales se leian muchos versos en honra de Fernando VII, de Rosas, Carrera, Rosales y otros miembros de la junta (3).

(1) Archivos del gobierno.
(2) *Idem.*
(3) *Idem.*

En los Anjeles, los oficiales catequizados por O'Higgins se prestaron á aquel acto de obediencia espontáneamente todos, menos don José Antonio Salcedo, que no se sometió á él sin haber manifestado antes una grande repugnancia (1).

Los mismos indicios de oposicion se reprodujeron en algunas otras partes; pero, en jeneral, sin carácter ni eficacia. Solo presentaron cierta gravedad en la ciudad de la Serena, en donde el sudelegado y otras varias personas de la mayor distincion se tomaron la libertad de protestar contra la junta, rehusándole obediencia, y aun tambien jurando de no vivir jamas bajo otras leyes ni respetar otras autoridades que las de su desgraciado rey Fernando VII, cuyos fieles vasallos querian permanecer. Esta protesta, entregada al párroco de Santiago por el vicario capitular, pasó á manos de la suprema junta, que escribió enérjica y perentoriamente al enviado don Bernardo Solar, dándole órden para que inmediatamente exijiese, bajo su responsabilidad, el juramento del sudelegado y del cabildo. Fué el único punto del país en donde el nuevo gobierno se vió obligado á emplear su autoridad, y aun esto se redujo á la simple amenaza, pues al cabo de algunas contestaciones el cabildo obedeció, y el 8 de octubre se publicó por bando en aquella ciudad el acto de instalacion.

Despues de haber llenado este deber de interes y de conveniencia política, la junta escribió á las diferentes cortes de la América del Sur, remitiendo circulares, para su conocimiento, de cuanto habia sucedido en favor de la monarquía española. Escribió por el mismo tenor á Abascal, virey del Perú; á la princesa del Brasil, Car-

(1) Bernardo O'Higgins.

lota Joaquina de Borbon; al embajador español en la misma corte, marques de Casa Irujo, y al de Inglaterra, lord Strangford. Despachó circulares en el mismo sentido á la junta de Cádiz y á la de Buenos-Aires, en donde fueron recibidas con el mayor entusiasmo, persuadidos sus miembros de que aquella hermana se aprestaba á entrar por los principios democráticos que muy luego habian de introducirse en todo el nuevo continente.

En este punto, es preciso confesar que la república de Buenos-Aires ha tenido grande influjo en la suerte de la de Chile, pues, bien que esta última se haya elevado por su misma inspiracion, casi espontáneamente y en razon de las circunstancias en que se hallaba, no se puede negar, sin embargo, que los patriotas de Buenos-Aires han contribuido con eficaz perseverancia á determinarla á obrar con arranque y decision. En efecto, vemos, desde el principio, á dichos patriotas seguir una correspondencia tirada con los pocos Chilenos iniciados en el secreto de la santa causa, persuadiéndoles, aconsejándoles, dándoles ánimos y aun enviándoles emisarios. Finalmente, vemos que escribieron directamente al presidente ofreciéndole socorros, en caso de un ataque del Perú (1), y aun le despacharon tambien un represen-

(1) « La junta no duda que se atrevan, en Lima á atentar contra la respetable persona de V. S., y para tal caso, si no bastasen los recursos de ese reino (que el despotismo antiguo habrá debilitado diestramente), podrá Buenos-Aires partir con él los abundantes auxilios que la poderosa nacion inglesa franquea con mano pródiga á los pueblos fieles del rey Fernando, que sostiene, etc. »

Oficio de la junta de Buenos-Aires al presidente de Chile, del 1ro de setiembre 1810.

En otro oficio del 31 de octubre, aquella misma junta persuade á la de Chile se ligue muy estrechamente con la Gran Bretaña (*como el mejor apoyo de nuestra causa*), descubriendo así tristemente el fatal principio de alianza con grandes potencias, muchas veces injustas, casi siempre imperiosas y que han ocasionado frecuentemente anarquía durable, y siempre por causa del carácter inconsecuente é imprudente de los enviados.

tante, que salió de allí el 18 de setiembre, y, por consiguiente, el dia mismo del movimiento de Chile, que no podia saberse en Buenos-Aires, con órden de establecer relaciones de interes y de alianza con la junta, si sus previsiones se realizaban, y, en caso contrario, secretamente con el ayuntamiento, foco político de la suerte del país.

El encargado de esta importante mision fué Albarez Jonte, el cual la llenó con tanto tino como habilidad, y desde aquel momento se establecieron entre las dos partes relaciones íntimas y tiradas, con el objeto de fundar en bases sólidas las máximas políticas que habian de servirles de regla para proveer á los medios de defensa contra ataques esternos, prometiéndose recíprocamente union y prudencia en sus proyectos, union y perseverancia en sus acciones.

Al recorrer la correspondencia de aquella época, se ve con que esmero estas dos repúblicas procuraban prestarse mutuamente auxilio para asegurar la conquista de sus derechos y preparar todo cuanto podia ser principalmente útil á los intereses comunes de su patria. Pero lo que se nota de mas particular es que ya en aquella época se dejaba presentir la grande necesidad de un congreso jeneral de todas las repúblicas de la América meridional para formar en él una alianza firme y duradera.

« Esta junta (dice un oficio de 26 de noviembre) conoce que la base de nuestra seguridad esterior, y aun interior, consiste esencialmente en la union de la América, y por lo mismo desea que, en consecuencia de los principios de V. E., proponga á los demas gobiernos (siquiera de la América del Sur) un plan de congreso para

establecer la defensa jeneral de todos sus puntos, y aun refrenar las arbitrariedades y ambiciosas disensiones que promuevan los mandatarios; y cuando algunas circunstancias, acaso, no hagan asequible este pensamiento en el dia, por lo menos lo tendrá V. E. presente para la primera oportunidad, que se divisa muy de cerca. »

Este pensamiento, debido al gran patriota don Juan de Rosas y sostenido hábilmente por don Juan Egaña, fué claramente esplicado en un diario que escribia el primero á la sazon, y que, por no haber imprenta, salia á luz manuscrito, con el título de *Despertador americano*, en el cual aparecia como idea primitiva del congreso de Panama (1).

Por la misma correspondencia se ve que lo que mas preocupaba á la junta era la necesidad de armarse contra tantos enemigos esternos, pues se aparentaba temer continuamente una invasion europea, y muchos la creian con tanta mas razon cuanto las cartas de España hacian una pintura espantosa del estado del país, que ya se hallaba, ó poco mas ó menos, á la merced de su ambicioso conquistador. Es verdad que los oficios de la junta de Cádiz y los del embajador Casa Irujo tendian á persuadir lo contrario, ó, á lo menos, parecian predecir mejores dias y la próxima espulsion de los Franceses; pero como las malas nuevas causan siempre mucha mas impresion, estas habian obtenido de preferencia crédito en el vulgo, el cual daba por cierta la ruina total de España. Así, todos hablaban de ella sin rebozo y como

(1) Man. Tocornal, *Memoria sobre el primer gobierno nacional*, p. 128. No hemos oido nunca mencionar este diario manuscrito, bien que tengamos en nuestro poder algunos otros de la misma especie, aun despues de la introduccion de la imprenta en la República, tales como el de *Aconcagua*, el *Valdiviano federal*, que, en el principio, salió manuscrito en Valdivia, y otros.

de cosa indudable. La junta gubernativa parecia estar en la misma creencia, y so pretexto de prudencia procuraba organizar una resistencia armada, que los vocales de buena fe pensaban emplear contra los enemigos de España, pero que las opiniones adelantadas consideraban, al contrario, como verdadero auxiliar y defensor de los derechos que acababan de conquistar.

El país, en aquel tiempo, se hallaba sumamente atrasado en todos los ramos de la industria, sin maestranzas y sin fábricas de armas, y solo se veian algunos armeros pertenecientes á los rejimientos para componer las que no estaban en buen estado de servicio. En tal estado de penuria, don José Antonio Rosas fué encargado de pedir de afuera armeros intelijentes y hábiles para fabricar fusiles y sables, de que habia suma falta; pero esto pedia tiempo, y no se podia esperar, por lo que se hubo de recurrir á un Ingles, llamado Diego Wintiguen, con el cual se pasó una contrata para encargarlos á Inglaterra; y como este país ardia en guerra y podia negarlos, por esta razon se tomó la precaucion de pedirlos directamente al marques de Welesley, y tambien se escribió á la junta de Buenos-Aires, suplicándole se sirviese tratar con un Ingles ó Americano del Norte para conseguir aquellas armas, destinadas al armamento de los cuerpos que se iban á formar (1).

Con este fin, se habia apelado á los sentimientos patrióticos de los Chilenos. Se despacharon oficiales á las provincias para instruir y disciplinar á los milicianos. En Santiago, se organizaron un rejimiento de grana-

(1) *Archivos del gobierno.* Las armas que se pedian eran 6,000 fusiles, 1,000 pares de pistolas, 3,000 sables y 62,000 piedras de chispa; y, posteriormente, á Valdivia, seis cañones de á 24, dos de á 16, cuatro de á 8 y dos de á 6, todos de bronce y con suficiente cantidad de valerios.

deros de setecientas plazas, dándole por coronel á don Santiago Lucos, y por sarjento mayor á don Juan José de la Carrera; dos escuadrones de trescientas plazas cada uno, al mando de don José Joaquin Toro, con don Joaquin Guzman de sarjento mayor, y una brigada de artillería compuesta de piezas pedidas posteriormente á Valdivia. La mayor parte de estas tropas fueron acuarteladas en el edificio de los espósitos, dispuesto como cuartel, traspasando las doce ó catorce criaturas que habia en él á la casa de recojidas.

En vista de esta actividad, la revolucion podia contar con una fuerza numérica ofensiva, á la vez, y defensiva, y condicion precisa de existencia en medio de enemigos humillados y activos. Los dos grandes poderes (la junta suprema y el cabildo) parecian rivalizar de celo y de ambicion para el sustento de tan bella causa; pero bien que sus principios fuesen absolutamente los mismos, muchas veces no estaban de acuerdo, porque cada uno queria el bien segun lo entendia, sin miramiento al amor propio y á las pretensiones individuales. Por lo mismo, hubo algunas veces zelos de supuestas usurpaciones de derecho y de autoridad. Afortunadamente, estas pequeñas desavenencias duraron poco, y las dos ilustres corporaciones pudieron continuar, en la parte respectiva de cada una, llenando sus deberes con grande satisfaccion de la nacion, orgullosa de verse gobernada por sus propios hijos.

Pero en medio de esta grande dilatacion de una actividad belicosa, los ilustres mandatarios no descuidaban los negocios administrativos. A pesar de que su posicion precaria y su título provisional no les permitiesen emprender grandes reformas, suprimieron, noobstante, las

sudelegaciones, como fuentes de abusos, de arbitrariedad y de injusticias, y pasaron su poder al alcalde de primer voto, que despues fué remplazado por los gobernadores de los partidos. En seguida, estendieron reglamentos para su conducta y gobierno en el manejo de los negocios, y el lugar que debian ocupar en las ceremonias y funciones públicas, resabio que habia quedado de la vana ostentacion, tan profundamente arraigada en las costumbres españolas; y, enfin, procuraron dar á sus acciones el espíritu de utilidad y de entusiasmo que conduce á la organizacion de las voluntades, como principal ajente del buen éxito en conseguir los fines sociales.

Mientras que la junta gubernativa procuraba, de este modo, dejar tras sí honrosas huellas de su paso por el poder, los ilustres desterrados, Rojas y Ovalle, llegaban del Perú al seno de sus familias y de sus amigos. Su recibimiento fué tan brillante como cordial, espresion simple y sencilla del sentimiento del público, en jeneral, por los males morales y físicos que habian debido padecer aquellas primeras víctimas de la libertad chilena.

Diez dias despues, la llegada de don Juan Rosas dió lugar á otro recibimiento aun mucho mas brillante. El gobernador le envió al conventillo, á donde fué á apearse, una guardia de honor de veinte y cinco dragones, y, al dia siguiente por la mañana, hizo su entrada acompañado de otros miembros de la junta, de la real Audiencia, del cabildo y de todas las corporaciones. El acompañamiento pasó entre dos filas de soldados, formados allí para que la ceremonia fuese de las mas solennes, al son de música, salvas de artillería, repique de campanas y aplauso universal del pueblo. El mismo dia prestó su

juramento de costumbre, y hubo por la noche iluminacion y fuegos.

Esta marca de distincion en honra de este miembro de la junta era una prueba elocuente del espíritu revolucionario que reinaba, en aquella época, en la capital de la República, y de la importancia que se daba á los servicios del que, en resumidas cuentas, habia dado el primer impulso al movimiento y lo dirijia aun. Rosas era, en efecto, para todos los patriotas el hombre de inteligencia y de accion, que sacaba su fuerza de un sentimiento casi fanático de patriotismo, y sabia comunicar sus pensamientos y su entusiasmo á los que tenian la felicidad de ponerse en contacto con él.

Con todo eso, no ejercia un poder ilimitado sobre la multitud, porque una cierta mezcla de temor y de prudencia lo contenia casi involuntariamente, y se servia de él como de un movimiento de táctica para llegar mejor á sus fines. Sabia que el pueblo era aun idólatra de su rey, y querer chocar este respeto y pretender dirijir su opinion habria sido obrar con poca maña y querer una cosa imposible. Por lo mismo, preferia disimular, aun con algunos de sus colegas, y obrar como si sus pretensiones políticas no hubiesen nunca de esceder la profesion de fe contenida en el acta de instalacion, pues tenia que emplear estos leves medios de astucia para no despertar la peligrosa susceptibilidad de algunos de sus compatriotas y ponerse al abrigo de persecuciones ocultas de sus enemigos, que al cabo de algunos meses le echaban ya en cara su orgullosa ambicion, y se propasaban á poner pasquines á su puerta denunciándolo como aspirante al poder absoluto (1).

(1) En uno de estos pasquines habia pintado un baston atravesado por una

Afortunadamente, su conciencia y su carácter austero le hacian muy superior á todas estas calumnias, que despreciaba como producto de intereses heridos, y apoyándose en sus antecedentes continuaba sirviendo con teson á su segunda patria, como le habria hecho por una verdadera madre. Toda su actividad y todo su saber se empleaban en esto. Él fué quien tuvo la primera idea de una leva de soldados pertenecientes á la revolucion, y que habian de ser, por consiguiente, su apoyo y sus defensores; pero para subvenir á sus gastos era preciso disponer de un dinero que la tesorería estaba lejos de poder suministrar. Levantar un impuesto habria sido impolítico y se guardaron bien de proponerlo, prefiriendo hacer una llamada á los sentimientos jenerosos de personas pudientes, dejando á su libre voluntad la suma de los donativos, de manera que no pudiesen causar perjuicio al nuevo poder, ni á su prestijio de administrador prudente y sin tacha. Igualmente, se pensó en hacer un descuento á los empleados y aumentar el precio del tabaco, lo cual producia un rédito de 80,000 pesos de aumento, y como estas medidas no eran suficientes, se juzgó oportuno el aprovecharse, en calidad de empréstito, de las existencias en las cajas de ciertas administraciones. Todas estas medidas, exijidas por los acontecimientos y las circunstancias, desagradaron á algunas personas. Los miembros del cabildo pensaron oponerse á ellas, ó, á lo menos, se les figuró que constituian un atentado contra su autoridad y se quejaron de él; pero en vano, pues pesando la responsabilidad enteramente sobre la junta suprema, debia de ser esta señora de todas

espada ensangrentada y superado de una corona real; por inscripcion tenia: *Chilenos, abrid los ojos, cuidado con Juan I.* Martinez, *Hist. mss.*

sus acciones, en cuanto emanaban de sus atributos.

Otro proyecto de que se ocupó, desde luego, Rosas fué el enviar á buscar una imprenta con todos sus enseres. Hasta entonces, Chile, sumerjido en las espesas tinieblas del absolutismo y del abandono, no habia podido elevarse á las altas rejiones de la intelijencia, y estaba encharcado en el estado de nulidad que un gobierno egoista le habia impuesto. Una imprenta muy pequeña con algunos pocos caractéres ya gastados componian la oficina tipográfica del gobierno, y solo servia para esquelas, papeles sellados y, algunas veces, recibos de induljencias (1).

Don Manuel Salas, que aparece en todas partes siempre que se trata de progresos y de ilustracion, se habia quejado muchas veces de tan reprensible indolencia, y á ruegos suyos, por proposicion de Rosas, la junta pidió una á la de Buenos-Aires, la cual dió el encargo á Moreno, su encargado de negocios en Londres. Desgraciadamente, la muerte de aquel grande y hábil patriota sobrevino para impedir la realizacion del envío, de suerte que Chile se vió privado hasta en 1812 de este admirable instrumento de progresos, de libertad y de civilizacion. Tambien se habia pensado en fomentar la enseñanza públíca, y don Juan Egaña fué encargado de formar un plan de estudios. Igualmente se pensó en abrir las puertas al comercio estranjero, proposicion que chocó mil intereses diversos, y que, por esto mismo, no tuvo desde su principio toda la aceptacion que merecia. Los Espa-

(1) El 21 de marzo de 1809, la Universidad, humillada de no ver ninguna en el país, decidió, *por su propia honra*, que se enviase á buscar una á Buenos-Aires ó á España, y que, por falta de fondos, se tomase la cantidad necesaria á interes, hipotecando los fondos de la Universidad.

Archivos de la Universidad.

ñoles, sobretodo, como comerciantes los mas ricos y los mas numerosos, fueron los que emplearon todo el influjo que les quedaba en hacer avortar dicho proyecto.

Pero habia una cuestion que, por el momento, era de una importancia mucho mayor aun, puesto que se trataba de lejitimar un gobierno sobre la apreciacion de un voto jeneral.

La junta no habia sido nombrada mas que por los habitantes de Santiago, y, por consiguiente, no era mas que la espresion de una sola ciudad, y, tal vez, de un solo partido. Por esta razon, se presentaba bajo el título modesto de provisional, y desde su instalacion habia tenido cuidado de prometer que su existencia duraria solo hasta el momento de la reunion de un congreso jeneral; pero el momento de esta reunion habia llegado despues de mucho tiempo, y la junta no cumplia su promesa.

Esto ocasionó algunas quejas por parte de las provincias, de las cuales algunas habian ya nombrado sus diputados sin preocuparse de la forma en que estos nombramientos debian hacerse para que fuesen legales. En Santiago, el cabildo, que desde el 13 habia pasado sus instrucciones é indicado el 1° de marzo 1811 para la reunion de los diputados, tampoco veia con indiferencia el retardo contrario á la soberanía del pueblo, y á la regularidad de todo gobierno popular y representativo. Sobre este particular, ya muchas veces habia hecho estas observaciones, tanto verbalmente como por escrito, á la junta suprema, y, el 14 de diciembre, el procurador de ciudad le pasaba una representacion en la cual terminaba diciéndole que:

« Evacuando aquel importante negocio con la breve-

dad y en los términos propuestos, será de la mayor satisfaccion para todo el pueblo, y calmará, consiguientemente, la crítica inquietud en que está, desde el momento en que V. SS. puedan cerciorarle de haber quedado ya espedito (1). »

Al dia siguiente, la junta gubernativa llenaba los deseos del ayuntamiento y de la nacion pasando un acto por el cual esponia los motivos que habian inducido á la capital á formar un gobierno provisional, y daba reglas para la convocacion de un congreso nacional, cuyo mandato era :

« Acordar el sistema que mas conviene á su réjimen, seguridad y prosperidad durante la ausencia del rey;

» Discutir, examinar y resolver, tranquila y pacíficamente, qué jénero de gobierno es apropósito para el país en las presentes circunstancias;

» Dictar reglas á las diferentes autoridades, determinar su duracion y facultades (2). »

El país, entonces, estaba dividido en veinte y cinco partidos, que debian nombrar, á lo menos, un diputado cada uno; pero algunas veces dos ó tres, segun la poblacion que tenian. Santiago, como ciudad principal, y la mas populosa, debia elejir seis.

Se necesitó tambien un reglamento de eleccion, y, por falta de todo poder lejislativo, el cabildo se encargó de formular uno, que la junta provisional adoptó y añadió á su proclama al pueblo de la República.

Este reglamento era sencillo, moderado y tambien bastante liberal para las provincias, en aquellas circunstancias; pero, noobstante, algunos que no consideraban

(1) Véanse los documentos.
(2) Véanse los documentos.

en los actos políticos mas que la voluntad del pueblo, pretendieron que era dar un desmentido al principio, y que todo Chileno debia votar, pues cada uno tenia el derecho imprescriptible de nombrar su diputado, sin escluir mas que aquellos que no lo mereciesen por su moralidad.

Miguel Infante, que era el alma de este partido, lo pedia con la fuerza de conviccion que le daban sus opiniones eminentemente democráticas y exijia el sufrajio universal, convirtiendo así una cuestion de derecho político en un acto de puro y sencillo ejercicio de una facultad.

Afortunadamente, la mayoría, mucho mas próvida, combatió este principio, porque comprendia que seria un grave yerro el querer que votasen hombres sin antecedentes, sin intelijencia, y, las mas veces, bastante infelices para ponerse á la merced del primero que les pagase, lo que seria, para en adelante, un ejemplo fatal. Así, en el artículo 4 del reglamento, la junta tuvo cuidado de decir que para las elecciones : « Se debia citar al cabildo, por medio de esquelas, á los jefes de todas las administraciones, prelados de las comunidades y vecinos nobles de la capital. »

Queriendo, de este modo, limitar el derecho de voto, no al número, sino á la parte sana y arreglada de la sociedad.

Lo mismo sucedió en la eleccion que se debia de hacer de los diputados, que era preciso escojer entre las personas pudientes, porque el título era gratúito; y, sobretodo, que fuesen de edad de veinte y cinco años, « de buena opinion y fama, aunque sean eclesiásticos seculares, » decia el reglamento.

Los curas, los subdelegados y oficiales veteranos eran escluidos, porque por sus obligaciones no podian àusentarse de sus destinos.

Igualmente, lo eran los estranjeros, los quebrados, los acreedores de la real hacienda y los que habian tenido alguna condena infamante.

En cuanto al dia de la reunion en Santiago, debia de ser el 15 de abril, y las sesiones habian de empezar el 1° de mayo.

CAPITULO XI.

Tropas enviadas á Valparaiso. — Juan Makena gobernador de esta ciudad, en remplazo de Joaquin de Alos, depuesto de su empleo.— Suscripcion á favor de España. — Muerte del conde de la Conquista. — Destitucion del provisor don Santiago Rodriguez.— Apertura de los puertos al comercio estranjero. — Ruidos de guerra.— Enganches voluntarios.— La junta pide instrumentos y maestros para organizar una música militar.

Con el sistema electoral, comienza una era enteramente nueva para Chile. El pueblo, hasta entonces sumerjido en una nulidad administrativa casi absoluta, va á aparecer de aquí en adelante en el teatro de la política, y á penetrarse del espíritu de reflexion que influye tan eficazmente en la suerte de un país, desarrollando sus intelijencias, despertando su patriotismo y esparciendo por todas partes los elementos democráticos, cuyo fin es el interes jeneral.

Pero de ínterin llegaba el plazo de las elecciones, el gobierno provisional tenia que obrar con enerjía y actividad para precaver toda contrarevolucion é impedir el desmayo de accion en el público. La real Audiencia levantaba de tiempo en tiempo su cabeza venerable, y no aun despojada de prestijio, sostenida por el comercio, que era casi enteramente español. Bajo este punto de vista los comerciantes de Valparaiso imitaban á Santiago, en opiniones y proyectos. El gobernador de aquel puerto, don Joaquin de Alos, si se habia sometido á la junta, lo habia hecho con repugnancia y por fuerza, y parecia favorecer los numerosos pasquines que se ponian todas las noches en las esquinas de la ciudad, en todas

formas y con colores que pintaban casi terrorismo. Don Agustin Vial, uno de los primeros y mas celosos patriotas, se habia quejado de él, como muy peligroso para el sistema proclamado y como causa de desórdenes bastante graves. En vista de esto, la junta habria obrado con poca prudencia si hubiese continuado impasible al frente de un enemigo, casi agresor, y envió allí ciento y diez dragones al mando del valiente patriota don Miguel Benavente, el cual quitó el empleo al gobernador Alos, poniendo en su lugar al capitan de injenieros don Juan Makena, jóven resuelto y de talento, partidario de los progresos de su nueva patria, é imbuido ya del espíritu de libertad y de reformas, que empezaba á ejercer su suave influjo en las ideas de la juventud chilena.

Se pensó tambien en dar al movimiento una fuerza militar, en primer lugar, para poder resistir á toda invasion estranjera, y, en segundo, á las tentativas que el Perú quisiese hacer contra el nuevo sistema de gobierno.

Pero aquí los dos grandes cuerpos políticos del momento se hallaron aun en desacuerdo. La junta, no teniendo mucha confianza en los cuerpos de milicias, queria tropas regladas que fuesen bien disciplinadas, y en las cuales, por consiguiente, la patria descansaria confiada.

El cabildo, como imájen pura y viva de la democracia, no veia en un ejército, así compuesto, mas que un elemento de despotismo, que, muchas veces, era peligroso introducir en los gobiernos. Por lo mismo, el cabildo pidió la formacion de una guardia nacional siempre dispuesta, por la naturaleza de sus instituciones, á constituirse fuerza popular, á obrar y contrapesar el poder ejecutivo.

En principio, el ayuntamiento tenia razon. Una guardia nacional es el verdadero emblema de la democracia armada, y susceptible, en razon de su fuerza, que puede doblar con la disciplina, de conservar á la masa su poder y su autoridad. Pero en el estado en que se hallaba el país, no era fácil sacar de ella un partido bastante satisfactorio. Dejando á parte las ciudades, villas y aldeas, toda la poblacion se hallaba esparcida por los campos, y estaba, ademas, subyugada por el clero, enteramente partidario del antiguo gobierno, y aun se conservaba la memoria de las grandes dificultades que se habian encontrado, en tiempo del presidente Guzman, para reunir y disciplinar un cierto número (1).

No debe, pues, causar sorpresa que la junta persistiese en sus proyectos, con tanta mas razon cuanto el virey Abascal la amenazaba con todo su poder, y que se susurraba el ruido, unas veces confirmado y otras desmentido, de la llegada del jeneral español Elio á Montevideo con un ejército de seis mil hombres.

Pero aquí se ofrece una contradiccion muy particular entre las ideas y los hechos : mientras que la junta organizaba con enerjía una resistencia armada contra los verdaderos partidarios de la monarquía y contra toda invasion que pudiese tener lugar aun en nombre del gobierno español, la misma junta procuraba, por otro lado, ser útil á este mismo gobierno, suscribiendo con garbo y jenerosidad á una llamada de fondos que le pedia el consejo de rejencia para sostener la guerra contra el guerrero feliz de aquella época.

(1) En la citada época, Mata Linares habia hecho todos sus esfuerzos para instruir á los milicianos, que, con los ejercicios de fuego, se habituaban un poco al ruido de las armas; pero, noobstante, Linares escribia que no habia que contar con ellos. *Archivos del gobierno.*

El 19 de enero, el conde de la Conquista reunia, en efecto, en su casa, las personas de mas influjo de la ciudad, para comunicarles la circular de don Nicolas María de Sierra, ministro de gracia y justicia, é interino de hacienda, y las exhortaba á fomentar, ya individualmente ya en cuerpo, á dicha suscripcion, prometiendo á los particulares, aun de parte del consejo de rejencia: « Que el rey oiria con particular agrado las solicitudes de los que se distinguiesen por su jenerosidad (1). »

Este fué el último acto político de don Mateo de Toro Zambrano, conde de la Conquista. El 27 de febrero, pasó á mejor vida, siendo ya de edad de ochenta y seis años, despues de haber esperimentado en esta todas las vicisitudes del hado y de la fortuna. Nacido de padres pobres, bien que emparentados con las mejores familias, y no habiendo querido seguir los consejos de su tio, obispo de Concepcion, que queria entrase en las órdenes, se habia entregado, muy jóven, al comercio, y, con una muy módica cantidad, se habia establecido en una de las tiendecitas de la casa Tagles, en la plaza mayor, en donde, gracias á su probidad y á su jenio activo, adquirió muy luego un gran crédito y un capital suficiente para empresas mayores, y, al efecto, se trasladó á una tienda de la plaza de la Merced, en la cual ganó uno de los mas ricos capitales del país.

Desde aquel instante, pudo hacerse útil á la administracion, como lo fué, ocupando los primeros empleos. Fué capitan de caballería del rejimiento real de Santiago, correjidor y justicia mayor de la misma ciudad; lugarteniente de mar y tierra, y primer superintendente de la moneda, cuando, en 1770, fué incorporada

(1) Correspondencia del consejo de rejencia, en los *Archivos del gobierno.*

con la corona. Bien que llenase todos estos cargos gratúitamente, y contra sus propios intereses, aun dejaba traslucir, por todas partes, su noble jenerosidad, y en el alzamiento de los Indios, en 1768, se adelantó á levantar y á mantener en pié, á sus espensas, la compañía del príncipe de Asturias, mandada por su hijo primojénito don José Gregorio, y destinada á ir á acampar en el corazon de las cordilleras para defender el camino del Portillo (1). Habiendo muerto el 27 de febrero, fué enterrado al tercer dia en la iglesia de la Merced, y hasta el 15 del mes de marzo no se le hicieron las exequias correspondientes á su rango y á su mérito. El relijioso mercedario Fray Miguel Ovalle hizo en ellas la panejírica del difunto, en términos los mas lisonjeros para su memoria, y enteramente favorables á la revolucion (2).

La pérdida de este ilustre personaje, muy sensible, sin duda, no tuvo influjo alguno en los asuntos políticos. Hallándose ya, como se hallaba, en un estado de decrepitud, no podia ser útil á la causa liberal, que para su última evolucion pedia hombres activos, audaces y emprendedores. Bienque los progresos de esta causa fuesen visibles, aun tenia que obrar sobre las masas y que apropiarse, sobretodo, el poder espiritual, siempre muy peligroso por la oposicion que podia hacer á los principios. La ocasion de dominar este poder era su-

(1) Relacion de los méritos y servicios de don Mateo de Toro Zambrano, conde de la Conquista, impresa en Madrid, y existente en la biblioteca de don Francisco de Huidobro.

(2) « Persuadió, ó quiso persuadir que España se hallaba enteramente subyugada del tirano; que el pequeño rincon de Cádiz se conservaba inconquistado por miras políticas de los Franceses, que lo conservaban como punto de reunion del comercio y caudales que iban de América. »

Hist. mss. de la Revol., por Melch. Martinez.

mamente favorable. El obispo Aldunate, promovido por los votos de sus conciudadanos al obispado de Santiago, habia dejado el de Guamanga para venir á su nuevo destino, y, á su llegada, habia creido oportuno habitar una quinta de la Cañadilla, para curar sus achaques, y pasar una vida tranquila y pacífica. Una vez allí, se vió muy pronto rodeado de sus parientes y amigos, los cuales, siendo partidarios, en jeneral, de las ideas de la época, procuraron atraerle á su partido, y consiguieron firmase escritos, que, ciertamente, no hubiese firmado, si su voluntad, ya inconstante, por su edad, no hubiera sido juguete de espíritus activos y traviesos. Don Santiago Rodriguez continuaba siendo un objeto de aprension para los liberales. Sus vastos conocimientos, el renombre de que gozaba y su posicion como administrador de los asuntos eclesiásticos, le daban un grande ascendiente sobre todo el clero, al paso que los realistas le consideraban casi como jefe de su partido. Ya muchas veces la junta del gobierno habia querido quitarle su empleo de provisor, y si entonces no habia podido conseguirlo, hoy se hallaba en posicion muy favorable por la presencia de don José Errazuris en la secretaría del obispado, siendo este pariente cercano de don Domingo Errazuris, que querian elevar á aquella dignidad. Ademas, don Miguel Infante favorecia con todo su talento y toda su audacia esta mutacion, y aun se cree que fué su principal apoyo, puesto que inmediatamente despues le nombraron asesor del Juzgado eclesiástico, título de la mayor importancia para su partido, y propio á darle un gran ascendiente sobre el clero, poniéndose continuamente en contacto con sus intereses.

Con esta nueva conquista, los liberales acaban de ad-

quirir un poder casi májico en atencion al influjo que les podia dar sobre la masa del pueblo. Ya se podia esperar, en adelante, que de lo alto de los púlpitos no volverian á descender palabras indiscretas, y que el nuevo provisor hallaria medios para contrastar los actos contrarevolucionarios de don Santiago Rodriguez, ó de otras dignidades de su partido, sabiendo granjearse estimacion, y disponer de la opinion del clero provincial, demasiado sumiso y timorato.

Así se aprovechaban de los mas pequeños acontecimientos para obrar con resolucion, despojando á los conservadores de su autoridad para apropiársela, y poniéndolos en la imposibilidad de dañar. Tal es el carácter de todo movimiento de renovacion, que, comprendido solamente de algunos pocos privilejiados, necesita manifestarse, desde el principio, resuelto y determinado, al paso que la mayoría, confiada en sus propias fuerzas, se mantiene en la inaccion, y no se despierta hasta que la tempestad ha hinchado el torrente. Entonces, la lucha se hace desigual y da la ventaja al partido progresista, por mas activo y resuelto, y concluye por atraer la multitud de los que no tienen una opinion fija y viven en la incertidumbre, como parte fluctuante de la poblacion.

Pero independientemente de este sistema de aislamiento y de esclusion, adoptado por los liberales para apoderarse de los primeros empleos, meditaban igualmente los medios propios á absorber lo pasado en el órden presente, acabando de arrancar el poder español por los cimientos, y quitándole el ultimo aliento de vida. Entre estos medios, habia uno que llamaba mas particularmente la atencion de los mas celosos patriotas, y

este medio era entregar al comercio estranjero los puertos del país, y la jenerosa hospitalidad de los habitantes, haciendo, por consiguiente, cesar el bloqueo universal, que el egoismo habia mantenido durante tres siglos por toda la estension de la costa. Este proyecto, ya propuesto y desechado por el comercio español, que aun gozaba de cierto influjo en aquella época, fué de nuevo puesto en discusion, y todos los miembros de la junta se apresuraron á adoptarlo, porque ofrecia la ocasion la mas favorable para atraer á los estranjeros y aprovecharse de su injenio, de sus invenciones y de su antigua industria.

Este decreto, que fué, incontestablemente, uno de los mas favorables á la propagacion de las luces y de la civilizacion, fué firmado el 21 de febrero de 1811 (1), y estaba estendido sobre bases demasiado liberales paraque no fuese necesario añadir, despues, algunos artículos restrictivos; porque no solamente abria al comercio estranjero el puerto de Valparaiso, sino tambien los de Valdivia, Concepcion y Coquimbo, circunstancia que acarreaba mucho embarazo á la administracion jeneral, por la razon de que exijia un número mayor de empleados, mucha mas vijilancia, y descentralizaba el comercio por mayor, lo cual hacia las ventas mas difíciles (2); prometia ayuda y proteccion á los estranjeros, bienque solo se les permitiese vender por mayor y

(1) Esta libertad de comercio tuvo tambien grandes ventajas para la tesorería. En 1811, la aduana de Valparaiso no producia mas que 12,075 p., y seis meses despues, es decir en agosto, habia mas que doblado este rédito, puesto que producia 24,814. En nuestra estadística, haremos patente con que prontitud se aumentó aun mas, pues que, en el dia, da hasta 2,000,000 de p.

Notas sacadas de los archivos del consulado de Santiago.

(2) En aquella época, habia tal escasez de dinero, en las provincias sobre-

en los puertos precitados : por lo demas, los votantes, como hombres ansiosos de progresos y de instruccion, habian declarado de libre entrada todo cuanto era concerniente á las ciencias y artes liberales, como libros, instrumentos, mecánicas y máquinas propias al trabajo de lanas y de plantas textiles.

Por aquí se ve la tendencia de aquellos dignos patriotas á una política de progresos, y cuan sinceramente deseaban el amejoramiento moral y material del país; uno, por la cultura de las ideas, y el otro, por la introduccion de la industria, siempre favorable á las clases inferiores. Pero como si tuviesen un presentimiento de desórdenes venideros, decretaron igualmente la franquicia de fusiles, cañones, sables, y, en jeneral, de todas armas militares, verdaderos instrumentos de circunstancia propios á preservar el santo suelo de la patria de una invasion que quisiese imponerle, por segunda vez, el vergonzoso yugo del absolutismo, privándola de la libertad que acababa de conquistar.

Es verdad que ya habia dias se susurraba mucho que habria guerra. La noticia de la llegada del jeneral Elio á Montevideo acababa de confirmarse por una reclamacion de la Junta de Buenos-Aires á la de Santiago de los auxilios que se habia servido ofrecerle (1), y el

todo, que en Coquimbo mismo el buque *Colt*, anglo-americano, que fué el primero que arribó allí, no pudo vender casi nada.

Exámen del reglamento del comercio libre, por don Manuel Manso.

(1) « Con este motivo, ha pasado este gobierno las mas estrechas órdenes á las provincias, á efecto de que le auxilien con jente y armas para escarmentar al jeneral Elio, y V. E., que ha entendido esta necesidad urjente, se le ofrece con una jenerosidad sin ejemplo por su oficio del 6 del corriente á prestar los poderosos auxilios de sus mejores tropas regladas, etc.... y que, sin pérdida de momento, se pongan en camino para la ciudad de Mendoza, y todas armadas. »

Documentos de la historia manuscrita de Fray Melch. Martinez.

virey del Perú, con necia arrogancia, se atrevia á amenazar con furor á los liberales de Chile, añadiendo que iria á atacarlos hasta en las mas altas cumbres de las cordilleras. A este efecto, habia levantado el rejimiento de la concordia, compuesto de los principales Peruanos y Españoles, y de los cuales se habia declarado coronel, y el arzobispo, de capellan. El objeto especial de este rejimiento era la guardia de la ciudad, y debia, por consiguiente, mantenerse sedentario; pero levantaban, al mismo tiempo, otras tropas que debian marchar sobre el alto Perú para reforzar el ejército de Goyeneche, y otras, destinadas á Chile, debian de ser disciplinadas por los veteranos de la guarnicion.

En vista de estas noticias que corrian y eran la materia de todas las conversaciones, el poder ejecutivo tenia que tomar medidas las mas prudentes para conciliar, en medio de todo, la susceptibilidad de los realistas con la suerte del país. Así, mientras que, por un lado, simulaba una entera sumision al virey del Perú, el poder escribia, por otro, á Concepcion, mandando embarcar las tropas pedidas, y permitia al diputado Alvarez Jonte levantar la bandera en el país para alistar bajo de ella un cierto número de voluntarios. Pero, ántes de pasar estos decretos, habia tenido que superar todas las dificultades que le suscitaba el cabildo, el cual era enteramente opuesto al envío de tropas; y, posteriormente, encontró nuevos obstáculos por parte del de Concepcion, que estaba alarmado de ver sus fronteras á la merced de irrupciones de los Indios.

Este temor no carecia de fundamento, pues los Araucanos y, sobretodo, los Pehuenches, escitados por la pasion del pillaje, solo se mantenian contenidos en sus

montañas por la presencia de las tropas que acampaban en sus vecindades, y, ápesar de eso, estaban siempre en acecho para aprovecharse de un descuido y precipitarse como torrentes sobre los llanos vecinos. Las cercanías de los Anjeles acababan de esperimentar una de estas invasiones, y los habitantes, que se hallaban aun sobrecojidos del peligro, veian con tristes presentimientos la marcha de una parte de las tropas, sola fuerza defensiva sobre la cual podian contar. Por otra parte, los militares no estaban muy deseosos de alejarse de sus bellas comarcas, de sus parientes y amigos para emprender un viaje tan largo y de tanta fatiga, y se reunian á la poblacion para manifestar su descontento, que, por el conducto del Ayuntamiento, llegaba á conocimiento de la junta, poco dispuesta á darle buena acojida; porque la causa que esta defendia no era solo la de Chile sino tambien la de toda la América, y sus pensamientos eran demasiado elevados para que no reconociese las consecuencias materiales y morales de aquella intervencion, por débil que fuese. Hasta aquel instante, la junta no habia podido hacer mas que dar bordadas en un mar nebuloso é incierto, y ya era tiempo de dar al navío un rumbo seguro por medio de los escollos que lo rodeaban, escollos que consistian en las fuerzas que amenazaban á las repúblicas vecinas. A estas fuerzas era indispensable oponer otras fuerzas, ya como centinelas avanzadas y en calidad de auxiliares, ya concentrándolas en diferentes puntos, manteniéndolas de reserva para operar al primer peligro.

Todas estas disposiciones, debidas principalmente al injenio de don Juan Rosas, despertaron en los corazones de la juventud chilena sentimientos de gloria militar

que decidieron á muchos á alistarse con los dignos defensores de su país, é indujeron á la junta á tomar las mejores medidas para su organizacion y bienestar. No teniendo Santiago casi casernas, se trasladaron los presos de San Pablo al juego de pelota de la plaza del Vasural, y despues de haber hecho las mejoras necesarias se acuartelaron allí trescientos hombres con sus oficiales respectivos. Al mismo tiempo, para dar ánimos y ardor marcial á las tropas, se sustituyó á los timbales y violines una verdadera música guerrera, y, al efecto, se pidieron á la junta de Buenos-Aires los instrumentos necesarios, así como tambien maestros profesores de música. Esta peticion se hizo el 29 de marzo de 1811, y, poco tiempo despues, los rejimientos marchaban ya al son de tocatas guerreras que animan el paso, divierten la fatiga del soldado y le hacen despreciar peligros, en defensa de su patria.

CAPITULO XII.

Preparativos para las elecciones. — Conspiracion de Tomas Figueroa, y accion del 1°. de abril. — Prision y muerte del caudillo de los amotinados. — Disolucion de la Real Audiencia. — Destierro de sus miembros. — Muerte del obispo don José Antonio Aldunate. — Don Domingo Errazuris nombrado vicario jeneral.

La venida de la instalacion del congreso, decretada por la junta suprema, daba al país una nueva animacion. En las provincias, ya las elecciones eran conocidas, y se continuaban sin indicios de desórden ni de ajitacion. Menos algunos distritos del sur en donde los realistas habian podido organizar un leve triunfo, en todas partes el escrutinio era bastante favorable á los principios establecidos por la revolucion, y aparecian como espresion de una política de recomposicion y de progresos.

En Santiago, en donde las cabezas de partido se hallaban cara á cara, los resultados fueron muy diferentes. La real audiencia tenia aun mucha influencia, y su actividad, suspensa y no apagada, acababa de avivarse de nuevo al soplo de esta inovacion. En aquel momento, se hallaba en la ciudad Tomas Figueroa, que los Españoles, segun se decia, habian hecho venir de Concepcion para hacer una tentativa de contrarevolucion en favor de la real audiencia. Este Figueroa, muy descontento porque Juan Rosas no le concedia la proteccion que le habia prometido, se mostró, desde luego, enemigo del gobierno, y enemigo tanto mas peligroso, cuanto era hombre de accion, ambicioso, y, sobretodo, de muchos recursos. Antiguo guardia de cors, y acusado

de un delito bastante grave, habia sido enviado al presidio de Valdivia, de donde, por un medio sumamente injenioso, habia conseguido escaparse. Cojido de nuevo en las costas de Nueva-Granada, habia sido enviado á su antiguo destino, y, algun tiempo despues, por haber tomado parte muy activa contra un alzamiento de indios, obtuvo gracia y entró de oficial en el ejército. En 1810, tenia ya grado de teniente coronel, y era comandante interino de un batallon, y él fué quien recibió de las tropas el juramento de obediencia al nuevo gobierno, encargo que llenó con un celo verdaderamente republicano (1).

La mayor parte de las tropas que se hallaban en Santiago habian servido bajo sus órdenes, y como estaban aun imbuidas del prestijio de su rey, no le fué difícil sobornarlas y hacerlas entrar en un complot, lo que se hizo con tanta prudencia como habilidad. Hasta ahora, no hemos visto documento alguno que pudiese instruirnos sobre la naturaleza y las disposiciones de este complot; pero es cierto que ya estaba organizado, y que, probablemente, debia tener ramificaciones en los realistas, y, sobretodo, en la real audiencia.

Los liberales, por su lado, no se mantenian impasibles con las manos cruzadas en presencia de la augusta mision que los habitantes iban á llenar. Reunidos en comisiones preparatorias, procuraban inspirar la vida política á estos mismos habitantes iniciándolos en el principio de su fuerza, autoridad y derecho; instruyéndolos en el sistema electoral seguido por los Anglo-americanos, que habian tomado por modelo; y escluyendo del derecho de votar á los Españoles y Chilenos demasiado afectos al antiguo réjimen. Así preparaban una

(1) Archivos del gobierno.

mayoría decisiva, sin pensar, ni remotamente, que una conspiracion armada se estaba urdiendo para destruir de un solo golpe las conquistas que siete meses de trabajo y de ajitacion les habian hecho obtener.

Los electores habian sido convocados el 1° de Abril al consulado para nombrar sus diputados. Desde por la mañana, Miguel Benavente habia ido á buscar la compañía de dragones de la frontera para llevarla á la plaza del consulado. Antes de salir de San Pablo, en donde estaba acuartelada, algunos soldados habian pedido que la otra compañía veterana los acompañase; pero negándoselo el capitan, no insistieron y continuaron su marcha. Esto no era mas que el preludio.

El sarjento Saez fué quien, tomando la iniciativa, mostró un espíritu insubordinado, con palabras y jestos que muy luego indicaron el papel sedicioso que estaba encargado de desempeñar. Miguel Benavente quiso muchas veces llamarlo al órden; al principio, con palabras de paz, y al fin, con amenazas; pero viendo que su autoridad era, en cierto modo, desconocida, se tomó la libertad de pegarle con la hoja del sable, lo cual fué la señal, ó el motivo de la rebelion, y desde luego toda la compañía se desordenó. Viendo que toda pacificacion era ya imposible, Miguel Benavente renunció á ella, y el comandante jeneral de las armas, don Juan de Dios Vial, no pudiendo conseguirla tampoco, se vió forzado á enviar los soldados á su cuartel.

Apenas entraron en él, Tomas Figueroa, hasta entonces simple espectador del acontecimiento, fué allá y lo recibieron con gritos repetidos de: ¡ Viva el rey! ¡ Viva la relijion (1)!

(1) Hallo en mis notas, redactadas, segun creo, despues de una conversa-

Figueroa, como jefe, los felicitó de su honrada fidelidad, aceptó las buenas intenciones de que estaban penetrados y mandó se les abriesen las puertas de los almacenes para armar su bizarro denuedo. Luego que tuvieron armas y municiones, se puso á la cabeza de este pequeño ejército, reforzado con muchos husares que se le incorporaron por fuerza, y los condujo todos, en número poco mas ó menos de seiscientos (1), al lugar de la reunion. Su primera intencion habia sido el apoderarse de los cañones montados junto á la Moneda; pero habiendo sabido, en camino, que aquellas piezas habian caido en poder de los granaderos, que las habian puesto en batería en la misma calle, se dirijió á la plaza del consulado para dispersar los electores y disolver la suprema junta.

La sala de la asamblea estaba casi vacía; Figueroa no se tomó ni siquiera la molestia de entrar en ella, y, persuadido de que su deber era ir á ponerse á las órdenes de la real audiencia, se trasladó allí con su falanje; la formó en batalla en la plaza, y aun delante de las cajas reales, y, hecho esto, se presentó al rejente, que estaba rodeado de todos los oidores. La conversacion que tuvo con ellos ha quedado ignorada (2); pero fué bastante larga para dar tiempo á los granaderos, man-

cion con el jeneral Aldunate, que no fué Saez sino, mas bien, el cabo Molina quien tomó la iniciativa de este acto de insubordinacion, y que, de vuelta al cuartel, se trasladó, con dos ó tres dragones, á casa de Marquez de la Plata, en donde se hallaba la junta, con intencion de asesinar los que la componian; pero en aquel momento habia muchas personas, y, en lugar de ejecutar su atroz proyecto, fueron arrestados Molina y sus compañeros, que depositados en un patio consiguieron escaparse por los tejados. Esta version se halla confirmada, con poca diferencia, en el diario mss. de Miguel Carrera.

(1) Los manuscritos hacen subir el número á cerca de 600; pero creo que hay exajeracion.

(2) Segun el padre Martinez, la real Audiencia se descartó de esta accion de

dados por don Santiago Luco, y los artilleros, que mandaba don Luis Carrera, para trasladarse á la plaza y formarse en frente de los rebeldes, del lado de los portales.

Prevenido de lo que se pasaba, Figueroa se despidió de la real audiencia; se apresuró á volver á su puesto; mandó avanzar su tropa hasta cerca de la Pila, y á la distancia de medio tiro de pistola de los granaderos de Luco, y luego entabló con don Juan de Dios Vial una discusion sobre la superioridad del mando. El uno pretendia que le pertenecia por su grado y antigüedad de servicios, y el otro por el derecho que tenia la junta suprema de depositarlo en manos del que mas merecia su confianza. Sus pretensiones tomaron un tal carácter de tenacidad, que juzgando, uno y otro, inútil prolongar la discusion, se decidieron á referirse á la decision de la fuerza, y se cuenta que Figueroa dió la señal de hacer fuego con su pañuelo. A lo menos, fué cierto que al punto sus tropas hicieron fuego, echándose muchos luego á tierra, para evitar las balas de sus adversarios aun poco hábiles en el manejo de las armas.

Cincuenta y cuatro cayeron, entre muertos y heridos (1). Los amotinados huyeron sin pensar en aprovecharse de su ventaja. De los soldados de la patria, tambien hubo muchos que hicieron lo mismo; pero la mayor parte se mantuvieron firmes y fieles, y el oficial Santiago Guerras persiguió al enemigo hasta la calle del puente.

Figueroa, y aun tambien le respondió que no tenia órdenes que dar, personalmente, y que, ante todas cosas, era preciso informar á la suprema junta.

Mss. de la revolucion de Chilé.

(1) *Historia del padre Guzman.*

Tal fué el resultado de aquella fatal jornada, para siempre memorable en la historia de la independencia. La revolucion, que, desde un principio, se habia manifestado prudente, noble y jenerosa, acababa de recibir, á pesar suyo, manchas de vergüenza y de sangre, y esta especie de bautismo no podia menos de ser fatal á su porvenir. Los dos partidos, en lo sucesivo, van á tener sentimientos recíprocos de odio y de venganza, y á verse dominados por el espíritu de anarquía, que por fuerza habia de ensangrentar las pájinas de la historia nacional. Ya se habia esparcido un terror pánico por toda la ciudad; todos corrian á sus casas; las puertas se cerraban, y la plaza mayor, ocupada militarmente, de un lado, por los granaderos, del otro, por los artilleros al pié de los cañones, anunciaba patentemente que habia llegado la era de las armas, y que estas iban á decidir la suerte de la patria.

Los dragones de la frontera, huyendo del campo de batalla, se habian dirijido á su cuartel, y Tomas Figueroa fué á refujiarse en el convento de Santo Domingo, bajo la proteccion de algunos relijiosos. Allí ocultaba, escondido detras de una parra, su cabeza y su vergüenza de haber sucumbido en tan bella causa. Las ventajas, en efecto, estaban todas de su parte. Sus antecedentes probaban que era sujeto de enerjía, de accion y de talento. Independientemente de los realistas que habia en Santiago, podia contar con tres ó cuatrocientos veteranos, en jeneral, animados de un fanático afecto á su rey, y á los que, ademas, habia podido inspirar entera confianza, con decirles que los enemigos eran simples reclutas sin esperiencia. Pero la Providencia, que velaba por la salvacion de la patria, le privó de conocimiento y

de prevision, dejándolo cobarde é irresoluto, y permitiendo olvidase que, en el término de dos ó tres dias, podia ver sus cortas fuerzas aumentadas con los trescientos auxiliares que habian salido, de muy mala gana, de Concepcion para ir al socorro de Buenos-Aires (1).

La junta suprema, reunida, en parte, en casa de Marquez de la Plata, se trasladó inmediatamente á la plaza mayor, y, mientras algunos miembros se concertaban con los jefes militares para tomar las medidas necesarias á la tranquilidad y al buen órden, Juan Rosas subió á la Real Audiencia para manifestar su descontento á los S. S. de aquel tribunal, que él consideraba como cómplices de la conspiracion. En seguida, tomó un caballo, se fué, con algunos soldados, á descubrir el jefe de la rebelion, y, por las señas que le dieron, se dirijió al convento de Santo-Domingo, de donde iba ya á salir, despues de inútiles pesquisas, cuando un mozuelo se le ofreció para enseñarle el escondite del que buscaba.

Cojido por los soldados de Rosas, Tom. Figueroa se dejó llevar sin resistencia, en primer lugar, al cuartel, y, en seguida, á la cárcel, en donde muy luego se presentaron tres jueces de conocida integridad, que fueron: el vocal don Juan Henriquez Rosales, el asesor don Francisco Perez y el secretario Gregorio Argomedo.

Las circunstancias y las pruebas irrecusables de un crímen, siempre grave á los ojos de un partido político

(1) Es de presumir que Tom. Figueroa fué llamado á Santiago por los Españoles, con el objeto de suscitar una reaccion en favor del rey. Lo cierto es que se puso en camino algunos dias antes del embarco de los 300 auxiliares, prometiéndoles hacer cuanto pudiese para que no se verificase. A su llegada á Santiago, animado por los realistas, no creyó necesario esperar llegasen aquellas tropas para hacer la revolucion, persuadido de que el dia de las elecciones era el mas favorable para sus proyectos. Si, por el contrario, hubiese aguardado aquel primer refuerzo, es probable que los patriotas hubiesen sido dispersados. *Conversacion con el jeneral Bernardo O'Higgins.*

victorioso, exijian que la causa se sustanciase sin dilacion, y pocas horas bastaron para interrogar al acusado, oir á los testigos y pronunciar la fatal sentencia, que lo condenaba á la pena de muerte.

El confesor que le dieron fué el padre *de la Buena Muerte*, Fray Camilo Henriquez, que muy pronto veremos como una de las brillantes estrellas de la revolucion. Penetrado de su santo ministerio, este confesor puso á un lado todo pensamiento político, y se presentó como el ánjel de la guarda de un alma, cuya fidelidad, mal entendida, ó, tal vez, cuya ambicion la hacia salir de esta vida para la otra. Hasta las cuatro de la mañana, se mantuvo auxiliando al paciente, y solo se separó de él cuando la justicia humana hizo ya superfluos sus consuelos espirituales.

Dicen que antes de morir, Figueroa protestó contra la irregularidad de la causa que le hicieron, y aun contra el rehuso de darle un confesor de su agrado.

Por la mañana, el pueblo iba de tropel á ver aquella primera víctima del tribunal revolucionario, sentada en una poltrona á la entrada de los arcos de la cárcel, en donde permaneció, lo mas del dia, espuesta á la vergüenza.

Esta esposicion no fué la sola que haya aflijido á la República. Entre los amotinados que se hallaron muertos en el sitio de la accion, se tomaron los cadáveres de Saez y de tres compañeros suyos, y fueron colgados á una horca levantada en la plaza mayor; ejemplo que sin duda contristaba las costumbres del país, pero necesario para intimidar á los facciosos, tranquilizar á los habitantes é impedir que el movimiento dejenerase en un gran alzamiento.

Los demas facciosos fueron declarados traidores á la patria, al paso que todos los militares que defendieron la causa legal recibieron una recompensa individual, proporcionada á su grado, y un escudo, para poner en la manga de la casaca, con el exergo : Yo salvé la patria (1).

El jóven Juan de Dios Vial, hijo del comandante de las armas, se distinguió, en aquella ocasion, por su serenidad y presencia de ánimo. Así como recibió la descarga, sacó una pistola y corrió á descargarla, á quemaropa, contra Figueroa; pero erró el tiro.

La junta suprema, para darle una prueba de su satisfaccion, decretó que pudiese llevar siempre la pistola á su lado, ó bien bordada en la manga de su vestido.

Por donde se echa de ver que las costumbres democráticas, que, al ejemplo de los Estados Unidos, se querian introducir, no podian preservarse de cierta tendencia involuntaria al espíritu de vanidad y de ostentacion, tan propio del carácter español, bienque, por otra parte, tan útil para dar entusiasmo, y avivar la ambicion.

Tan pronto como el buen órden pareció un poco restablecido, y que el acontecimiento hubo sido encadenado en provecho de la libertad, los miembros de la junta pensaron en sacar partido de la victoria para precaver otra revolucion. La primera sangre que esta lucha acababa de hacer derramar les daba una fuerza legal de que pudieron servirse contra los ajitadores, é informados de que los dragones de la frontera habian marchado por el camino de Valparaiso con intencion de reunirse

(1) Los oficiales fueron ascendidos. Los sarjentos recibieron tres pesos fuertes, los cabos veinte reales, y los soldados dos pesos.

Las viudas recibieron tambien una recompensa proporcionada á los grados de sus difuntos maridos. *Archivos del gobierno.*

á los auxiliares, que venian de Concepcion, para organizar una resistencia simultánea, enviaron contra ellos una compañía de dragones á las órdenes de Henrique Campino, el cual los alcanzó en la cuesta de Prado, y los hizo casi á todos prisioneros, gracia al socorro que le ofrecieron los mismos auxiliares que querian sobornar y con los cuales fueron incorporados haciendo parte de la espedicion de Buenos-Aires.

Despues de esto, persuadidos los miembros del Gobierno de que las circunstancias los habian puesto en una altura desde la cual se desvanecen todas las consideraciones para no dejar dominar mas que la política que interesa á la tranquilidad del país, creyeron oportuno pensar, pero sin odio ni pasion, en todas las personas que, por su posicion ó su influjo, habian tenido parte, mas ó menos directa, en aquella contrarevolucion.

El ex-presidente Carrasco, retirado, despues de su caida, en una casa de la Chimba, fué una de las primeras víctimas de este sistema de suspicion. Acusado de ser uno de los cómplices del complot, fué arrestado y traido al palacio con su amigo don Julian Celleruelo, en casa del cual vivia, y ambos fueron puestos en la cárcel.

Igualmente fueron arrestados algunos Chilenos enemigos del gobierno establecido, y muchos Españoles, puestos, á poco tiempo despues, en libertad por órden del licenciado Correa de Saa, encargado de su interrogatorio.

Pero lo que mas preocupaba la junta era el deseo que todos tenian de destruir, de una vez y para siempre, el poder de la Real Audiencia, que, como cuerpo sabio y respetable, podia, tan pronto como sus heridas estuviesen cicatrizadas, recobrar bastantes fuerzas para po-

ner nuevas trabas á la marcha de una idea, tan diametralmente opuesta al juramento y á los intereses de sus miembros. Era esto una especie de nudo gordiano que no se podia deshacer mas que por violencia, y que el carácter serio y fuerte de Rosas podia solo, en aquel momento, tener el arte de desanudar. Para ello, la junta tenia que hacer, sino una cuestion de derecho, á lo menos una de urjencia y de necesidad, fundada en los acontecimientos que acababan de suceder, y en la necesidad de evitar animosidades.

Los oidores por otra parte protestaron de su inocencia y procuraron temporizar con el nuevo poder; pero cansados del papel humillante de una obediencia pasiva, cuando, poco antes, eran tan vanos y orgullosos, concluyeron separándose y dispersándose ellos mismos. El 6 de abril, don José Santiago Aldunate dió el primer ejemplar de una completa abnegacion de sus derechos, renunciando á su título de oidor, y, dos dias despues, pidió su pasaporte para Lima.

Este ejemplar fué muy luego seguido por Irrigoyen y Baso y Berri, que el gobierno mandó detener en Valparaiso, con órden, al primero, de volver á Europa por la via de Buenos-Aires.

Enfin, el 26 del mismo mes, la Real Audiencia se halló enteramente disuelta, y los dos miembros que quedaban fueron desterrados, con sueldo de 150 pesos, uno, Rodriguez, á San Fernando, y el otro, el dean Concha, á la Ligua; pero á este, como pariente de José Nicolas Cerda, se le permitió permanecer en la chacra de su primo, en Nuñoa con su mujer y sus diez hijos, y de allí pasó á la hacienda del Injenio (1).

(1) Este Concha habia sido sumamente útil al país. En tiempo de su presi-

Así terminó aquel célebre tribunal, que gozaba en América de la mas alta consideracion, como primera corporacion, y cuyos miembros, escojidos, en jeneral, entre los sujetos mas notables, por su ciencia é integridad, recibian continuamente testimonios de respeto y de sumision, que dejeneraban algunas veces en una especie de culto; consecuencia de la política diestra del gobierno español, que por medio de leyes esclusivas, y de aislamiento, queria dar á sus empleados un gran prestijio, y, sobre todo, poner á los majistrados á cubierto de todo atentado contra su santo ministerio. Por esta especie de contraccion, la posicion de los oidores era tan penosa como ridícula, pues no podian contraer matrimonio en el país, ni asistir á casamientos ni á entierros, ni siquiera ser padrinos de un niño, en el bautismo. Igualmente, les era prohibido adquirir bienes raices, especular, recibir regalos de gran lujo, y el número de casas á donde podian ir de visita era tanto mas limitado, cuanto les estaban prohibidas las de los negociantes y abogados, y, sobretodo, las de personas que tuviesen alguna causa ó proceso.

De este modo, las leyes cuyos intérpretes eran, á la vez, y columnas, seguian con su influencia natural y á

dencia interina en la real Audiencia, habia mandado desembarcar del buque estranjero, *Warren*, todo el hierro y acero que llevaba, para distribuirlo entre los agricultores y los mineros, que carecian enteramente de ellos; creó en Santiago una sociedad de beneficencia, de la cual fué nombrado presidente y director. Enriqueció con muchas obras la academia de matemáticas, formada por el gran patriota Salas, y habia hecho instancia al rey enviase profesores de mineralojía para fundar una escuela de minas. La humanidad de sus sentimientos no era menos recomendable. Hizo grandes amejoramientos en el hospital de San Juan de Dios, y promovió una suscripcion, que produjo 200 pesos, para subvenir á sus necesidades. Nombrado, en 1801, director de dicho establecimiento, obró con tanto celo y economía, que halló posibilidad de admitir cien enfermos cuando la dotacion era solo de 53 camas.

Archivos del gobierno.

cubierto de fraudes, vijilando las acciones de los ciudadanos que faltaban á sus deberes, sin distincion de rangos, y por elevados que fuesen, pues entre aquellos jueces la injusticia era desconocida.

El porte de sus mujeres no estaba menos sujeto á una rigorosa vijilancia del rejente y del presidente. En efecto, estaban sometidas á la misma etiqueta y á las mismas prohibiciones, y obligadas á participar de las privaciones sociales de sus maridos, que por este modo de vida se hacian necesariamente graves y taciturnos.

En vista de una existencia tan particular, llena de misterios y tan diferente de las demas existencias sociales, ¿ que se podia hallar de estraño en el prestijio de que gozaban aquellos anacoretas políticos? ¿ Los tan alabados agüeros de la crédula antigüedad llevaban por acaso otra clase de vida?

La Real Audiencia no fué la sola que tuvo que sufrir su mala suerte, pues la misma cupo á algunos militares y á todos los empleados que por su rango podian aun ejercer algun influjo en la suerte política del país. Ya se ve que despues del sangriento acontecimiento del 1° de abril, la revolucion ya no estaba obligada á miramientos; el velo se habia rasgado, y se hallaba, mas bien, en la precision de echar á un lado toda irresolucion y de avanzar francamente y con denuedo á sus fines, si queria elevarse á la altura que estos pedian. Los medios de que debia disponer eran la justicia, el derecho y la fuerza; porque despues de las reuniones electorales el principio de la revolucion ya no se hallaba concentrado solamente en la capital, sino que se habia estendido á casi todas las provincias, y habia encerrado en su círculo de accion á una infinidad de personas que, hasta

entonces, se habian mantenido estrañas é indiferentes al movimiento, y que ahora estaban muy dispuestas á entrar en él.

Por otra parte, era de temer que el virey Abascal no quisiese tolerar principios cuyas máximas escritas en las banderas de la Plata eran combatidas por sus tropas en el alto Perú, y que, al fin, se decidiese á enviar al país un ejército de invasion considerable. Tal era la opinion de muchos hombres de prevision, opinion tan pronto justificada, tan luego desmentida por las cartas de Lima; y aun parece que en los papeles de Tomas Figueroa se hallaron pruebas de aquella intencion, y el aviso de la salida del buque *San* JUAN, fletado con armas para los que intentasen la primera insurreccion.

Todas estas noticias sujirieron á la junta suprema el dar su principal atencion al ejército nacional, y mandar disciplinar las milicias, á pesar de los grandes gastos que estas medidas podian ocasionar. Al mismo tiempo, se procuró que la relijion contribuyese á aumentar el entusiasmo del pueblo, y al efecto mandaron venir al eminente patriota Andreu, obispo auxiliar, que, el 7 de abril, principió á predicar en la plaza mayor, en favor de aquella noble causa, aconsejando al pueblo :

« De respetar, obedecer y amar al gobierno, como fundador de un sistema el mas conforme á la razon y á la relijion, y el mas á propósito para librarnos de las intrigas y ambicion de Bonaparte. »

Andreu llevó su celo hasta el punto de sujerir la delacion al gobierno de cuantos fuesen opuestos á dicho sistema, y pudiesen, por consiguiente, serle perjudiciales.

El dia siguiente de este sermon, que causó, como era natural, grande sensacion á los realistas Chilenos y á los Españoles, murió el digno y virtuoso prelado don José Antonio Martinez, obispo de Santiago. Esta muerte fué en estremo sensible, en razon de la ciencia, de las virtudes y bellas prendas que ádornaban aquel ilustre Chileno, cuya estremada jenerosidad le habia hecho el verdadero padre de los pobres. Esta jenerosidad era tal, que antes de salir para el obispado de Guamanga se habia desprendido de su inmensa fortuna para darla á sus parientes y á necesitados, quedándose él reducido á una modestísima existencia. Los achaques de que adolecia despues de su vuelta y su avanzada edad le impedieron de tomar parte en las deliberaciones de la junta, y así murió libre de todo acto político, y casi sin que el gobierno lo supiese. Su cuerpo, despues de haber recibido los honores debidos á su rango y á su mérito, fué enterrado en la catedral.

Pero si esta pérdida pasó como sin sentirse para la junta, no sucedió lo mismo con respecto al clero, cuyas antiguas pasiones se despertaron con la ocasion del nombramiento de un vicario jeneral, empleo que, por la muerte del obispo, tuvo que abandonar el canónigo don Domingo Errazuris. Los realistas querian poner, en lugar de este, al sabio Rodriguez. El cabildo, al contrario, queria al canónigo Fretes de Buenos-Aires, hombre de mucho talento y actividad, y uno de los mas eminentes patriotas; pero su calidad de estranjero, en una época en que el amor nacional queria que la revolucion chilena no perteneciese á nadie mas que á sí misma, fué la causa de que dicho nombramiento recayese en el mismo Errazuris. Sin duda alguna, ignoraban que en aquel mismo

instante, un Chileno, tambien canónigo, el doctor don José Cortés Madariaga, ocupaba un alto puesto y tomaba una parte la mas activa y gloriosa en la revolucion de Caracas, con grande satisfaccion de un pueblo que no era menos celoso de su nacionalidad y patriotismo.

CAPITULO XIII.

Aplazamiento de las elecciones de Santiago. —Llegada de los diputados de las provincias. — O'Higgins. — Proclama de la junta. — Tendencia de Rosas á alcanzar la presidencia. —Rivalidad entre Rosas y el ayuntamiento. —Instalacion del tribunal de apelacion, y del de seguridad pública.— Reconocimiento de la junta por el marques de Casa Irujo.— El marques de Medina no admitido como presidente de Chile.

El triste acontecimiento que acababa de suceder habia producido dos grandes efectos; el de desmoralizar el partido realista, reducido, en lo sucesivo, á una nulidad casi completa, y el de adelantar á los liberales en términos, que ya no podian ni hacer alto, ni volver atras. Ya no podian menos, aunque no quisiesen, de dejarse llevar de la pendiente que los conducia al punto marcado por la Providencia, y de ayudar al movimiento en su propia fuerza de accion y de progresion.

El pueblo de Santiago se hallaba aun conmovido por la sensacion que le habia causado la sangre derramada; porque no estando acostumbrado á estas insurrecciones armadas, y no habiendo participado nunca á luchas políticas, le eran aun enteramente estraños los sentimientos de pasion y de odio que enjendran jeneralmente las guerras de partido. Por lo mismo, su emocion, en aquella circunstancia, era por las infelices víctimas, que su sencillez natural les hacia considerar como un objeto pasivo de una disputa de intereses. Las personas de distincion, dominadas por los mismos sentimientos, no estaban menos conmovidas; se habian puesto casi indiferentes á la suerte de la República, y habian diferido casi indefini-

damente las elecciones interrumpidas por el acontecimiento.

Entretanto, las provincias habian nombrado ya sus diputados, y todos los dias se veian llegar algunos á Santiago. Entre los que estaban presentes se hallaba O'Higgins, que Rosas habia llamado con la mas premurosa solicitud.

Cuando habia sabido la rebelion de Figueroa, se encontraba cerca de Curico, y su primera intencion habia sido de continuar aceleradamente su marcha para tomar parte en las consecuencias del suceso. El 5 de abril, llegó á Santiago, y apenas se apeó corrió al palacio, embozado aun en su poncho de camino, para ponerse á la disposicion de la suprema junta, ofreciéndole su espada para contribuir á calmar los pocos temores que pudiesen tenerse todavía.

Pero si habia temores, ya no eran de que hubiese una nueva rebelion, y la inaccion provenia solamente de la consternacion que habia paralizado todo movimiento, y llenado de amargura los corazones de los habitantes. De todos los miembros de la junta, no hubo verdaderamente mas que Rosas que se hubiese mostrado superior al acontecimiento, y mantenido á la altura de su mision. Sin participarlo á los demas miembros, habia escrito una proclama, en la que, despues de haber dado algunos detalles sobre el suceso del 1° de abril, y sobre la conducta del pérfido Figueroa, decia, para tranquilizar los ánimos, que se haria justicia equitativa pero rigorosa :

« No hay medio (añadia). Es preciso llenar dignamente esta obligacion del gobierno. Chile no debe alimentar en su seno á los monstruos que han proyectado

devorarlo, y aunque la humanidad se resienta del escarmiento, la patria imperiosamente lo manda. Su muerte evitará la de tantos inocentes que han estado á punto de ser víctimas del furor de los asesinos del dia primero (1). »

Rosas habia manifestado muchas veces el deseo de ver á O'Higgins á su lado, porque sabia que con su carácter decidido y denodado conseguiria mas fácilmente romper el último eslabon de la cadena que sujetaba el país á la monarquía española. Las grandes revoluciones (decia él) no se hacen sin conmociones ni sin violencias, y el ejemplo del 1° de abril le convencia de que debia imprimir al movimiento un carácter esencialmente militar, afin de contener por la fuerza el espíritu de traicion; pero estaba lejos de ser él mismo soldado, y la ambicion de O'Higgins no se habia aun puesto en evidencia, ya fuese por respetos á su ínclito maestro, ya porque sus inclinaciones guerreras estaban aun comprimidas por la fuerza de la subordinacion.

De todo esto nacia la necesidad de ceñirse aun á los consejos de una política diestra y astuta, por los que el hombre obra con prudencia, y, muchas veces, contra su propio modo de sentir. En efecto, habia pocos dias que Rosas y los demas miembros de la junta habian firmado una proclama alentando á los Chilenos á que se elevasen á la esfera de independencia que les habia señalado el autor de la naturaleza, y á presentar á los estranjeros el espectáculo de un pueblo instruido y laborioso; á nuestros hermanos, los valientes, leales y desgraciados Españoles Europeos, abriéndoles un asilo que mitigue el dolor de haber perdido sus hogares; á

(1) Obra en mi poder una copia de esta proclama, debida, segun me dijo B. O'Higgins, á la sola pluma de J. Rosas.

nuestro buen rey, conservándole este último reducto de la fidelidad, mejorado, si es posible, hasta el punto de hacerlo digno de su morada (1). »

Tal era aun el lenguaje de la junta en el momento de las elecciones, lenguaje que para tranquilizar los ánimos, y temporizar con el enemigo, tenia la fatalidad de paralizar el arranque de la libertad nacional, y de esterilizar la ventaja que acababa de obtener sobre el absolutismo. Al mismo tiempo, alentaba las pasiones, aun ardientes, del partido vencido, le autorizaba á levantar la cabeza y lo impelia, por decirlo así, á disputar el éxito, procurando introducir legalmente en el congreso miembros enemigos del movimiento, y afectos con alma y vida á la monarquía española. Este era, en resumidas cuentas, el resultado de la política tímida, débil, sin prevision, y, muchas veces, contradictoria, que subyugaba á la mayor parte de los miembros del nuevo gobierno.

Las elecciones de las provincias, que habian parecido ser favorables á los liberales, acabaron por resentirse de esta organizacion viciosa. Algunos realistas habian conseguido ser nombrados diputados, y tan luego como llegaron á Santiago se pusieron en relacion con los Españoles y Chilenos enemigos del gobierno. Rosas no los perdia de vista, y procuraba adivinar, con su tino infalible, el papel que cada uno de ellos pensaba desempeñar. Analizaba el talento y la conciencia de todos. Calculaba el influjo que tenian, y despues, en sus reuniones, nunca dejaba de insinuar la oposicion que iban á causar en la asamblea, y cuan urjente era adoptar medidas propias á desbaratar sus arterias.

(1) Esta proclama se halla en el diario mss. de don Manuel Salas.

Era esta una astucia de aquel gran político, que previendo se pondrian trabas á sus miras de interes y de ambicion, se preparaba con tiempo á romperlas. Porque no puede menos de verse, en todas las acciones de Rosas, un vivo deseo de dominar al país, y de llegar á ser su presidente. Desgraciadamente, tenia por concurrente á Ignacio de la Carrera, que pretendia lo mismo, y con mas derecho, no por su talento sino porque era Chileno, y representaba el ayuntamiento, siempre deseoso de introducirse en el poder supremo.

De estas dos opuestas pretensiones surjió un espíritu de rivalidad que separó los miembros de la junta en dos campos, siempre dispuestos á hacerse una verdadera guerra sordamente. Por consiguiente, era muy importante para el fiero republicano el aumentar el número de sus partidarios en el poder ejecutivo, y, al efecto, propuso la necesidad de reunir todos los diputados que se hallaban en Santiago, y de incorporarlos en la junta para tener parte en sus sesiones. Esta proposicion fué hecha por el diputado de Valparaiso, Agustin Vial, que citaba los ejemplos de Buenos-Aires, Quito y otras partes, para que pareciese mas conforme á lo que pedian las circunstancias. Rosas, Rosales y Marquez de la Plata la apoyaron con todo su poder, y fué combatida por los demas miembros, reunidos á una diputacion del ayuntamiento, á la cabeza de la cual se hallaba el procurador de ciudad, el ríjido Miguel Infante.

Desde luego, se levantó una discusion, tan viva como terca de ambas partes, pero que se terminó en favor de Rosas; porque los Chilenos presentes en la reunion, fastidiados de vivir en incertidumbre, y deseando tener un gobierno laborioso, se habian manifestado altamente

inclinados á ella, y con mormullos bastante ruidosos habian conseguido intimidar á Miguel Infante, y obligarlo á retractar, ó, á lo menos, á modificar su discurso tocante á aquel plan (1).

Este nuevo contratiempo le fué muy sensible al ayuntamiento. Desde algun tiempo á aquella parte, su participacion en los asuntos públicos se hacia ilusoria, y se hallaba tanto mas descontento en aquella circunstancia, cuanto la cuestion, ya bastante grave por su naturaleza, presentaba un interes capital de existencia para aquella grande corporacion. Como la solucion dependia mucho de los diputados, el ayuntamiento se creia el derecho, á lo menos, de retardar y diferir la ejecucion del proyecto hasta la eleccion de los vocales de Santiago, que debian ser nombrados á principios del mes de mayo.

Así lo pidieron los cabildantes con mucha instancia; pero se les negó como contrario al plan de Rosas, y, desde aquel instante, trabajaron con mucho mas ahinco en contrarrestar el proyecto de aquel gran patriota, para lo cual emplearon todo su influjo afin de que se nombrasen diputados favorables á su competidor Carrera.

Las elecciones, que debian tener lugar el primero de mayo, fueron diferidas hasta el 6, por causa de algunos desórdenes que sucedieron. De parte y de otra hubo actos de agresion y de resistencia. Rosas empleó todos los recursos de su injenio para alcanzar sus fines. Tan pronto intentaba ganar las tropas, nombrando, de su propia autoridad, un jefe afecto, tan pronto llamaba á las elecciones los mulatos que podian votar legalmente; pero burlado enteramente por el Ayuntamiento, y por una porcion de la junta, vió su prestijio debilitarse por

(1) Conversacion con don Miguel Infante.

esta táctica electoral, y, en efecto, el escrutinio dió diputados contrarios, en jeneral, á sus miras.

Y sinembargo no se puede decir con certeza que Rosas no tuviese en sus acciones mas móvil que el de su interes propio. Es verdad que se le echaban en cara algunos antecedentes que autorizaban en cierto modo á suponerlo, ya fuese en Concepcion, ya por haber participado mucho del lucro vergonzoso del asunto del buque *Escorpion;* pero en este momento daba muchas pruebas de desinteres, tanto para sí como para los suyos en el hecho de no querer aceptar para ellos ningun empleo de oficial en los rejimientos que se formaban; conducta que estaban lejanos de seguir los demas miembros de la junta; y ademas de esto, ¿ porqué no se habia de tomar en cuenta el estado moral de la revolucion, cuando él visaba á la presidencia? La revolucion, siempre débil é incierta, sin tener mas que el apoyo pasivo de un partido en el que, menos algunos, todos querian paz y tranquilidad, no tenia verdaderamente por sí mas que á él, y él solo podia, por sus jenerosos arranques, y sus principios democráticos, darle la fuerza y eficacia de que era capaz, y conducirla pronta y noblemente á su verdadero fin.

Sobre este punto, la propia conciencia de Rosas le dictaba lo mucho que podia hacer en favor de un pueblo que tenia tanto trabajo en sacudir el yugo de la esclavitud, de cuyos hábitos tanto adolecia; y así, animado por sus compatriotas los diputados del sur, y por muchos habitantes de Santiago, entre los cuales se hallaban la numerosa familia de Larrains, la de Salas, Rojas y otras, no desesperó de su éxito, y esperó ocasion mas oportuna para renovar pretensiones justificadas por su

patriotismo y su capacidad, y que él sabia serian sumamente útiles para el país, demasiado imbuido aun de ideas monárquicas, y para el cual la consolidacion de la República era aun un problema.

El 9 de mayo, se celebró en Santiago la eleccion de sus diputados y el triunfo del Ayuntamiento con grandes demostraciones de júbilo. Hubo misa en accion de gracias, á la cual asistieron las diferentes corporaciones. Se entonó el *Te Deum* con gran repique de campanas y salvas de artillería, y se prolongaron las funciones hasta el 11, dia en que los nuevos diputados se reunieron con los demas para tener parte en las sesiones.

Una de las primeras operaciones fué nombrar ocho alcaldes y rejidores para reemplazar á los que la cámara se habia apropiado como diputados. En seguida, se procedió con premura á la reorganizacion del tribunal de justicia, el cual, desde la caida de la Real Audiencia, no habia podido asentar decreto alguno, ni en la justicia civil, ni en la de Alzadas, relativa al ramo de consulado y minería.

Habria podido ser esta coyuntura sumamente feliz para introducir en aquella administracion una parte de las reformas que, desde algun tiempo, el carácter nacional, la naturaleza del país y los principios de la nueva existencia social reclamaban; pero á pesar del espíritu eminentemente lejislativo de algunos Chilenos, e tos no podian emprender aun tamaña tarea. Las leyes españolas no podian ofrecerles todos los elementos uniformes y mecánicos que constituyen un código conveniente para un país. Eran ellos mismos demasiado novicios, y necesitaban, ante todas cosas, penetrarse de la lejislacion estranjera, casi desconocida en

Chile, y tan rica de toda especie de cuestiones jurídicas.

En consecuencia, no hicieron innovacion alguna en la lejislacion, y continuaron sirviéndose de la inmensa coleccion de leyes coordinadas de un modo indijesto y sin método, verdadero caos que la mas admirable paciencia podria á penas desenmarañar.

Noobstante, se mudó el nombre del tribunal en el de apelacion, formado de tres juiciosos y sabios abogados y presidido por otro, que no tenia mas facultades que la del gobierno económico y distributivo en el despacho de los negocios (1).

Estos actos, que no exijian ninguna contraccion meditativa, ni podian dar materia á oposicion, pasaron sin tardanza y sin dificultad; pero no sucedió lo mismo cuando fué preciso entrar en todos los pormenores de la administracion jeneral y particular. Entonces, el poder, fraccionado entre treinta y seis miembros, se hizo una especie de juguete de las ideas las mas vanas é insustanciales. Cada cual queria dar á la discusion su voto de censura, y de allí se orijinaron disputas acaloradas y ridículas, que muy pronto dejeneraron en personalidades, resultado que les sujirió el dividirse en secciones, segun su gusto, sus conocimientos y capacidad. De este modo, hubo la seccion de hacienda, la de estado, la de guerra, la de policía. Cada una de ellas tenia sus reuniones diarias y particulares, y en las jenerales, presididas por la junta, daban una idea de sus operaciones, que eran discutidas antes de ser adoptadas (2).

(1) Estos jueces, á quienes se confirió el título de colegas, eran: Juan de Dios Gacitua, don Francisco Perez García y don Lorenzo Villalon. El presidente fué don Francisco Cisternas. El sueldo que tenian era de 2500 p. al año.
Martinez, *Historia mss. de la revolucion de Chile.*

(2) *Conversacion con Bernardo O'Higgins.*

Es verdad que estas operaciones no tenian gran importancia para las administraciones, y, las mas de las veces, eran relativas á la forma y al reglamento que se habian de dar al Congreso que iba á ser instalado. En este punto, Rosas hacia cuanto podia para que prevaleciesen sus opiniones, que los diputados de Santiago conseguian siempre modificar, y aun desechar.

Desde la entrada de estos nuevos miembros en la asamblea, las discusiones se habian presentado mas apasionadas; se habia formado una verdadera oposicion contra J. Rosas, oposicion que los partidarios de este llamaban la oposicion de los Godos. Rosas procuró deshacerse de esta oposicion, atacando la legalidad de las elecciones de Santiago, que no debia dar mas que seis diputados, en lugar de doce, y procurando probar que semejante mayoría en una ciudad violaba las condiciones de la igualdad electoral, y que era una espoliacion política que daria nacimiento á privilejios, que era preciso evitar, en cuanto fuese posible.

O'Higgins sostenia con todo su poder la mocion de su maestro, demostrando que aquella representacion nacional era absolutamente contraria á la letra y al espíritu del decreto de 15 de diciembre de 1810, y que su protesta no era, en el fondo, mas que la espresion de la voluntad de todos sus electores; lo cual probó por el tenor de su mandato.

Otros doce diputados protestaron igualmente contra aquella desigualdad electoral (1).

Algunos dias antes, el partido de Rosas habia querido formar un rejimiento de patriotas, hombres de influjo,

(1) *Conversacion con B. O'Higgins.*

en jeneral, y los mas afectos al sistema revolucionario. El obispo auxiliar Andreu se habia ofrecido de capellan, y los SS. Mendíburu y Recavarren debian de ser los jefes. Este rejimiento, organizado sobre el pié de los de la Concordia de Cádiz y de Lima, habia de ser el Paladion de la república naciente, pero tenia el inconveniente de presentarse como parto del pensamiento de una faccion representada por los dos jefes, el uno de ellos suegro, y el otro íntimo amigo de Rosas. El partido del ayuntamiento se apresuró á arruinar dicho proyecto, al cual sustituyó el de un tribunal de seguridad pública, que, en efecto, fué instalado el 1° de junio, teniendo, por presidente, á Martin Calvo Encelada, y, por asesores, á los dos honrados patriotas Agustin Eyzaguirre y Gabriel Tocornal.

El objeto de este tribunal era vijilar los enemigos de la revolucion, y particularmente los Españoles, que, si veian el poder monárquico trastornado, no lo veian aun enteramente aniquilado. Ciertamente, hubo en aquella circunstancia algunos actos arbitrarios, y aun, tal vez, injustos; pero ¿quien se atreveria á pretender poner, en tiempos de revolucion, en un cuadro regular los diferentes actos de dos partidos?

En aquella época fué, poco mas ó menos, cuando llegó á Valparaiso la fragata *Bigarrena*, proveniente de Montevideo con pliegos para el gobierno chileno, entre los cuales habia un oficio del gobernador español en la corte de Rio Janeiro, el marques de Casa Iruyo, aprobando en todo su tenor el acta de instalacion de la junta y los motivos que le habian dado oríjen. Era este un documento sumamente importante para el partido republicano, que se apresuró á mandarlo publicar en todas las

ciudades, como propio á atraer á sus principios las personas tímidas y timoratas.

Con el mismo oficio, habia otro del marques de Medina, nombrado gobernador de Chile y presidente de la real audiencia por la junta gubernativa de Sevilla, el cual se hallaba, á la sazon, en Montevideo, y pedia pasar á Chile para llenar el puesto á que estaba destinado; pero casi unánimemente la asamblea votó su esclusion, y, pocos dias despues, se le contestó:

« Que Chile, á ejemplo de otros vireynatos y presidencias de la América, estaba resuelto á gobernarse por sí mismo hasta la completa pacificacion de España, y regreso de su amado rey Fernando VII, y que, por consiguiente, se sirviese quedarse en Montevideo. »

Al mismo tiempo, se escribió á la junta de Buenos-Aires, rogándole se opusiese por todos sus medios á su salida (1).

(1) *Archivos del gobierno.*

CAPITULO XIV.

Apertura del congreso.—Discurso de Rosas.—Organizacion de la mesa de la presidencia.—Tentativa de los radicales para que Rosas fuese nombrado presidente.—Protesta de la provincia de Concepcion contra el número de diputados de Santiago.—Segunda tentativa en favor de Rosas.—Arrivada del navío ingles *Standart*, y objeto de su viaje.—Tumulto en Santiago y nuevo chasco de los partidarios de Rosas.—Separacion de treee diputados de la Asamblea.—Ultimo esfuerzo en favor de Rosas, y salida de este para Concepcion.—Reflexiones sobre este acontecimiento.

La apertura del congreso habia sido fijada, finalmente, para el 14 de julio.

Los miembros del poder ejecutivo, queriendo dar á aquella augusta ceremonia la mayor solemnidad, pidieron el concurso majestuoso de la relijion, y á la apertura del congreso precedieron, en todas las iglesias, tres dias de rogativas, que el clero hizo con muchísimo fervor.

Sinembargo, los hombres mas eminentes estaban con zozobra sobre el resultado de aquella instalacion; porque tenian demasiado presente el acontecimiento del primero de abril, para no temer que se repitiese la misma trajedia, y con tanta mas razon, cuanto se sabian los pasos que acababan de dar los amigos de Rosas para poder asistir á las sesiones de la asamblea, como usando de un derecho inerente á la libertad y á la soberanía del pueblo. El fin, sabido de todos, que se proponian en esto, era el dar impulso á su corifeo para que alcanzase la presidencia, y, sin duda alguna, el partido contrario tomó por pretesto la solemnidad de aquella imponente ceremonia para desplegar, en aquel dia, todas las fuer-

zas de que podia disponer, á fin de mejor comprimir todo pensamiento de violencia.

El coronel Reina, que, en despecho de Rosas, habia sido nombrado Comandante jeneral de las armas, fué encargado de tomar todas las medidas militares convenientes, y el 14, de madrugada, habia mandado ocupar militarmente los principales puntos de la ciudad por las tropas milicianas y veteranas, en la forma siguiente :

« En la plaza mayor formaban el rejimiento del rey al costado del S. y O. ; el batallon de Pardos al este ; el batallon de granaderos y la compañía de la Reina tendian al norte, estendiendo su línea hasta la puerta del costado de la catedral, por donde debia entrar y salir el gobierno, y todas las cuadras inmediatas á la plaza estaban guarnecidas de los rejimientos de caballería príncipe y princesa, teniendo órden todas las tropas de no permitir tránsito á persona alguna que llevase poncho, si capa. No se olvidará de asegurar bien el parque de artillería con dobles centinelas y varios cañones cargados á metralla ; y, asimismo, la sala de armas, etc.

» Como á las nueve y media, entraron en la plaza todos los que componian el cuerpo del gobierno ; la junta, con todos los diputados; el nuevo tribunal de apelaciones ; el cabildo con muchos jefes militares y algunos vecinos principales.

» La tropa presentó las armas, y entre el estruendo marcial de una salva de artillería se dirijió el pomposo congreso á la santa Iglesia catedral, en donde, prevenido el cabildo eclesiástico, se dió principio á la misa, que celebró el vicario capitular.

» Acabado el evanjelio, se les dió incienso y á besar el misal á los vocales de la junta.

» Dijo la oracion el célebre padre Camilo Henriquez de la buena muerte, quien, despues de haber dado una breve noticia del oríjen, progresos y fin de los principales imperios del mundo, esplicó que los pueblos, usando de sus derechos imprescriptibles, habian variado á su voluntad la forma de los gobiernos; y de esta doctrina intentó deducir y probar los tres puntos en que dividió su arenga.

» El 1° decia que la mutacion del gobierno de Chile era autorizado por nuestra santa relijion católica;

» El 2°, que era conforme y sostenida por la razon en que se fundaban los derechos del hombre; y

» El 3°, que entre el gobierno y el pueblo existia una recíproca obligacion, con el primero,

» De promover la felicidad y libertad del segundo; y con este,

» La de someterse, con entera obediencia y confianza, al gobierno.

» Habló de la tiranía y despotismo de los gobiernos monárquicos, que, con la fuerza, tenian usurpados y comprimidos los derechos con que Dios crió al hombre libre para elijir gobierno que mas le acomodase, pues por principio natural inconcuso todos tenemos derecho de proporcionarnos un estado que nos libre de los males, y nos atraiga la felicidad posible; que la esclavitud en que nos tenian debíamos repelerla con el sacrificio de todos nuestros esfuerzos, y aun de nuestra misma vida, y que, por dirijirse á este heróico empeño, la instalacion del congreso nos debia ser tan recomendable, como respetado y obedecido este cuerpo, y su suprema autoridad, pues en él depositaba toda su confianza, sus

innegables derechos y la esperanza de su libertad y felicidad todo el reino de Chile.

» Concluido el sermon, se levantó el secretario Argomedo, y, puesto al frente del congreso, exijió el juramento de todos los diputados, en la forma siguiente :

» *¿ Jurais por Dios nuestro Señor, y sobre los santos Evanjelios, defender la relijion católica, apostólica romana?*

» *¿ Jurais obedecer á Fernando VII de Borbon, nuestro católico monarca?*

» *¿ Jurais defender el reino de todos sus enemigos interiores y esteriores, cumpliendo fielmente con el cargo?*

» Entonces respondieron todos en clara voz :

» *Sí juramos.*

» Dicho esto, se levantaron los diputados, y, pasando de dos en dos, hincaron la rodilla ante la imájen del crucificado, que estaba sobre una mesa, en el presbiterio, y tocaron el libro de los SS. Evanjelios, retirándose sucesivamente, luego que practicaban dicha dilijencia.

» Acabada la misa, salió el congreso á la plaza mayor, en donde fué saludado con salva real de artillería, y dirijiéndose á la sala que antes habia servido al tribunal de la Real Audiencia tomaron asientos y posesion de ella, prestando atencion á los diputados don Juan Antonio Ovalle y Juan Rosas, que pronunciaron, cada uno, un discurso de apertura. » (1)

En el suyo, Juan Rosas trató de demostrar la triste situacion de España, entregada á un guerrero poderoso y feliz por desleales Españoles sobornados por él, y empleados en favorecer sus miras ambiciosas.

(1) Historia mss. de la revolucion de Chile, por el padre Martinez.

Pero no sucederá lo mismo en Chile, añadió él :

« Aquí, los vivientes protestan que no obedecerán sino á Fernando; que están resueltos á sustraerse, á toda costa, á la posibilidad de ser dominados por cualquier otro, y á reservarle estos dominios, aun cuando los pierda todos. »

El orador se veia así obligado á proseguir la política astuciosa que en aquella época convenia al país y á las costumbres de sus habitantes; pero por una habilidad no menos injeniosa procuraba probar que ellos solos debian llenar aquel santo deber, no pudiendo fiarse, de ningun modo, á todos aquellos empleados enviados, muchas veces, por juntas no reconocidas, por jefes insurreccionados, y, tal vez, por los emisarios de Napoleon, que, segun el parte del embajador de España á los Estados Unidos, se habian estendido ya por una gran parte de la América.

De este modo, justificaba la instalacion de la junta, y reservaba al congreso un derecho de veto absoluto, ó simplemente de suspension de todos los actos y decretos que pudiesen llegarle de España.

Sobretodo, añadia él, « ¿qué cosa mas natural ni mas lójica que un pueblo tan lejano de la madre patria, y tan aislado, se encargue de su propia defensa? Ademas, ¿no es este un ejemplo que nos da la misma España? ¿Formándonos en junta, y dándonos una constitucion, no obramos nosotros segun estas mismas inspiraciones?»

Y entonces, llenando de confianza los corazones tímidos de la mayor parte de los diputados, procuraba despertar sus sentimientos de gloria, haciéndoles comprender los méritos que iban á recojer para sí y para sus descendientes por « haber fabricado la fuente de las

virtudes, el asilo de la inocencia, el destierro de la tiranía, en suma, el honor y la seguridad de la patria. »

« Borrad, añadia, de vuestros diccionarios las voces escepcion, y olvidad hasta las ideas de estos anzuelos del despotismo, que ni las provincias, ni los cuerpos ni las personas pueden tener privilejios que los separen de la igualdad de derecho. Por eso echo de menos entre vosotros á los representantes de los cuatro Butalmapus. »

Así los exortaba á trabajar con justicia y conciencia á aquella grande obra, y no cesó de decirles que esta virtud es la primera cualidad de una nacion, concluyendo su discurso con estas palabras :

« Haced el bien y limitad vuestras miras á la dulce satisfaccion de haber obrado bien. Inmolaos gustosamente á vuestra patria y ocultad con destreza los servicios que le haceis. Estas son las cualidades de un ilustre ciudadano, señores, y estas son las vuestras(1). »

Este discurso produjo una grande sensacion en la asamblea. Durante un largo rato, hubo una poderosa manifestacion de entusiasmo de parte, especialmente, de los radicales; y si los demas no fueron persuadidos, á lo menos se sintieron conmovidos.

Restablecido el equilibrio de la tranquilidad, los miembros de la junta y sus dos secretarios se dimitieron de sus títulos y poderes, y los depositaron entre las manos del soberano congreso, que, en la misma sesion, se ocupó en nombrar su presidente, título al cual se reunia el de capitan jeneral de la República. El venerable Juan Ovalle fué el que obtuvo la mayoría de los sufrajios, y se le asoció, como vice-presidente, el diputado Manuel Calvo de Encalada, y, por secretario, Francisco

(1) Discurso de Rosas, segun una copia escrita de la mano de Manuel Salas.

Tagle Torquemada. En cuanto á este, no habiendo sido nombrado mas que provisionalmente, fué reemplazado, pocos dias despues, por el doctor don Francisco de Echaurren, cura de Colina, y el doctor don Domingo Ant. Elizondo, cura de San Fernando.

Bien que estos nombramientos no fuesen mas que por quince dias, lo cual los ponia aun mas bajo la dependencia del país y de los representantes, sinembargo los amigos de Rosas no pudieron impedirse de manifestar públicamente su gran descontento. Segun ellos, hallándose aun la República en un estado débil y sin consistencia, querian un gobierno pura y simplemente representativo, y que la concentracion de todos los poderes recayese en un miembro que reuniese á las cualidades de tino, saber é intelijencia, un poco de enerjía y la firme resolucion de emplear su alto influjo en destruir para siempre el último rayo de esperanza que un principio de discordia daba al partido realista, y de marchar francamente á su fin, despojándose de la política astuta y falaz que se burlaba de la sencillez de la mayor parte de los miembros del congreso, aun tan crédulos que soñaban un gobierno constitucional, bajo la dependencia de un rey absoluto.

Tales eran los deseos de los republicanos avanzados que, en todas las circunstancias, proclamaban á Rosas como el único capaz de llenar aquella mision, y con este objeto hubieran querido revestirlo de una fuerza preponderante, y aun tal vez arbitraria, persuadidos de que en semejante posicion conseguiria libertarlos enteramente del yugo español, levantando sin temor la bandera de la independencia, y cerrando la puerta á una recaida de debilidad y de timidez.

Desgraciadamente, la cámara se resentia, como lo hemos visto ya, de la falta de homojeneidad, lo que la habia dividido en dos partidos; el del Ayuntamiento y el de Rosas. Este último, numéricamente débil, no tenia por sí mas que su entusiasmo y su accion continua de alma y cuerpo, y no podia menos de luchar con desventaja contra una grande mayoría que á un deseo ardiente de conservar su influjo reunia el de ver caido el de Rosas, elevado á la altura en que la ambicion empieza á inquietar.

« Nuestra libertad, decian los que componian aquella mayoría, está aun demasiado mal asegurada para entregar á un ambicioso una escesiva facultad de libre accion, de que podria servirse en su propio interes. »

Penetrados de la existencia de este peligro, procuraban, por cuantos medios podian, deshacer las tramas temerarias que no cesaban de urdir los fieles partidarios de Rosas. El coronel español Reyna, como comandante jeneral de las armas, habia sido encargado de esta mision, que llenaba desplegando, al menor ruido, fuerzas que comprimian todo proyecto de conspiracion, y los reducia á simples pasquines que se aparecian por la mañana en las esquinas de la ciudad.

Bien se comprende que con este esceso de desconfianza, de celos y de desórden, los dos partidos estaban siempre prontos á disputarse el poder, y hacer las sesiones de la asamblea sumamente tumultuosas y poco útiles para la nacion. Durante el primer período de su existencia, no hubo, en substancia, mas que discusiones pueriles, indiscretas, que muy luego dejeneraron en calumnias y personalidades, indignas de la representacion nacional. El partido de Rosas, que representaba el mo-

vimiento, no podia suscribir á la inmobilidad del gobierno, ni á sus inclinaciones casi retrógradas. Siempre que se presentaba una ocasion, no dejaban nunca de organizar una conspiracion armada para proclamar á su jefe presidente y capitan jeneral de la República, poniéndolo, de este modo, en posicion de dar á la revolucion toda la fuerza de que era susceptible.

En este particular, el enviado de Buenos-Aires, ayudado de sus compatriotas residentes en Santiago, favorecia, con todo su poder, sus proyectos (1), y los miembros del congreso que participaban de sus principios, aunque pocos, no cesaban de protestar contra las elecciones de la capital, considerándolas como absolutamente nulas, en cuanto habian escedido el número de diputados que le señalaba el decreto. Esta protesta la hacian con tanto mas ahinco, cuanto el cabildo de Concepcion, enteramente sometido á Rosas, les habia pasado un oficio para que pidiesen la nulidad, y exijiesen una nueva eleccion.

Este mismo cabildo, que sabia todo cuanto sucedia en el congreso, pasó otro oficio á sus diputados para exijir igualmente que en los tres miembros que se debian nombrar para el poder ejecutivo hubiese uno de Concepcion, á fin de que fuese representada una de las provincias las mas importantes de la República. Este era aun uno de los medios que empleaban Rosas y sus partidarios para llegar á sus fines y apoderarse, de una vez, de la autoridad que las exijencias de las circunstancias hacian sumamente importante. Al mismo tiempo, tenia la des-

(1) La parte activa que este enviado tomaba en la política era tan grande y tan contraria á los votos de la mayoría, que la cámara se vió forzada á pasar una súplica á su gobierno para que lo llamase ó le quitase sus credenciales.

Martinez, *Hist. mss.*

ventaja de dar oríjen á ideas de federalismo, de donde no podian menos de surjir guerras civiles.

Este nombramiento debia de hacerse el 27 del mes de julio, y los dos partidos procuraban ya servirse de su influjo para que les fuese favorable. La seccion que votaba por el Ayuntamiento estaba, en razon de la mayoría de sus votos, segura de obtener un buen resultado, y pedia un gobierno moderado. Los audaces republicanos, al contrario, querian desbaratar aquel proyecto, y, en lugar de un tribunal compuesto de tres personas, hubieran querido que Rosas entrase en él, revistiéndolo de una especie de dictadura; pero en una reunion que tuvieron la víspera, la mayor parte se opusieron á este intento, como enteramente contrario á las costumbres y á las opiniones del país, y para dar una cierta garantía de ponderacion fué propuesto el que se nombrase una junta, compuesta de Rosas, por presidente; de J. Ant. Rojas, Gregorio Argomedo y el ex-mercedario Larrain, como miembros, y con Bernardo Vera y Camillo Henriquez de secretarios.

Pero para esto necesitaban audacia y violencia, y sus actos, por ocultos que fuesen, no podian quedar ignorados con el sistema de policía secreta que tenia organizado tan hábilmente el tribunal de pública seguridad. En este tribunal era en donde se descubrian todos los complots que continuamente tramaban los inquietos republicanos, y en donde se iba á deliberar sobre los medios conducentes á burlar el que se preparaba para el dia siguiente al 27.

Así, á penas los conspiradores se presentaron en la plaza, se vieron obligados á dispersarse, sin haber conseguido mas que causar á la asamblea un momento de

ajitacion, que solo produjo el efecto de diferir aun por algunos dias el nombramiento del nuevo poder ejecutivo.

En aquella época, poco mas ó menos, es decir, el 31 de julio, fué cuando llegó á Valparaiso el navío ingles *Estandarte*, mandado por elcapitan don Carlos E lphistone Fleming, que desde Cádiz llegaba, con algunos pasajeros, de quienes tendremos ocasion de hablar, á los mares del sur, para recibir, por órden de la junta gubernativa, todos los productos de las administraciones fiscales, y llevarlas á España, que, despues de algun tiempo, se hallaba, como ya se ha dicho, en el estado mas lamentable y desastroso.

La Moneda, el consulado y demas ramos tenian entonces en depósito cantidades de bastante consideracion (1). Muchas personas eran de parecer que aquel dinero debia ser entregado, como propiedad lejítima del gobierno español. Otros, al contrario, sostenian que se debia retener; pero, verdaderamente, solo el congreso podia resolver, y el presidente don Manuel Cotapos apoyó con todo el poder de su autoridad la restitucion, justificándola por la consideracion de la infausta situacion de la Madre Patria, y, muy particularmente, por el temor de comprometerse con la Inglaterra, aliada de la España.

Un número, bastante grande, de diputados afectos á la monarquía fueron de la misma opinion; pero no sucedió lo mismo con los radicales, los cuales se exaltaron con indignacion y con violencia contra aquel falacioso proyecto.

« A pesar que estemos en minoría, esclamó Bernardo O' Higgins, sabremos suplir nuestra inferioridad numé-

(1) Cerca de 1,600,900 p. segun Bern. O'Higgins.

rica con nuestra enerjía y nuestro arrojo, y no dejaremos de tener bastantes brazos para oponernos eficazmente á la salida de este dinero, tan necesario para nuestro país, amenazado de invasion. »

Y diciendo estas palabras, se produjo con tal vehemencia y convencimiento, que la asamblea, penetrada íntimamente de la realidad del peligro, se levantó en masa declarando que no habia lugar á deliberar.

Esta negativa, trasmitida de oficio al comandante ingles, le dió gran descontento. Desde su llegada á Valparaiso, habia contraido estrecha amistad con el gobernador Makenna, que él consideraba como patriota verdadero; pero, luego que recibió el oficio del congreso, se manifestaron algunos síntomas de frialdad entre ellos, y muy pronto esto se supó en Santiago.

Los republicanos exajerados, perpetuamente ajitados por el deseo de nuevos movimientos que favoreciesen sus miras subversivas, se agarraron de este desacuerdo para hacerlo redundar en provecho de su propia causa, y lo pintaron como un acontecimiento sumamente serio y grave, que podria acarrear consecuencias desagradables á las autoridades de Valparaiso; al mismo tiempo, ensalzaban el patriotismo del pueblo, lisonjeando simultáneamente su valor y su amor propio, y de este modo dejaban creer en un rompimiento inmediato entre el comandante del Estandarte y el gobierno, esperando que, en tan triste conflicto, el pueblo nombraria por su jefe al doctor Rosas, como patriota el mas capaz por su saber, enerjía y actividad, á sacarlo de aquella embarazosa situacion.

Esta trama, tejida, como se ve, con habilidad y prudencia, habia producido cierto efecto. Muchos ciudada

nos, inducidos, sin duda alguna, por temor, eran de parecer que en aquella circunstancia se necesitaba un hombre de tino y de talento para dirijir los negocios, y no estaban lejanos de entrar en el partido de los radicales, que ellos mismos habian reforzado en cuanto habian podido. Tambien hubo no pocos militares que, por interes ó por inclinacion, adoptaron la misma opinion, como la mas favorable á la nacion, y en este punto se espresaban con la mayor franqueza, vituperando la impotencia y la inercia de la asamblea, y dejando presentir, por este hecho, que, tal vez, podrian ayudar á un movimiento violento y eficaz.

La asamblea veia todo esto con muchísima zozobra. Por mas que hacia para que todos conociesen la exajeracion con que se pintaba aquel acontecimiento, asegurando que el espíritu de partido y de interes lo presentaban tan nebuloso, pocos la creian. El pueblo, jeneralmente inclinado á creer todo lo que le causa asombro, admitia de preferencia todos los ruidos que se habian esparcido por la ciudad, y se mostraba exaltado, como si realmente estuviese amenazado del peligro. Ya en ciertos barrios la ajitacion crecia tumultuosa; ya se oian gritos contra los *Godos*, gritos que se dirijian al congreso, comprendiendo á los realistas y á los republicanos moderados, confundidos así en un mismo partido; porque habian hecho esta fusion, los unos con la esperanza de una reaccion, los otros para resistir con mas fuerza á los pensamientos subversivos y disolventes del doctor Rosas.

Para estos últimos, la ley de progresos debia de obrar pacífica y legalmente. Menos algunos republicanos estremados que, por motivos de interes y de conveniencia,

se hallaban en sus filas, todos los demas pedian el buen órden y la tranquilidad pública, y miraban con horror la violencia. En este particular, estaban tan persuadidos de que el poder entre las manos de la autoridad radical daria la señal de una conflagracion jeneral, que se creyeron obligados á combinar todos los medios posibles de precaverlo. Como hombres del poder, quisieron alcanzarlo por actos legales, y tuvieron recurso á la instalacion de un nuevo poder ejecutivo que parecia ser el motivo principal de descontento.

Esta cuestion fué presentada en la cámara el 9 de julio y levantó vivas discusiones; porque, en efecto, se manifestaba muy grave, siendo decisiva para los radicales, los cuales no dejarian de defender su causa con tanto ardor como destreza. El leve pronunciamiento de una parte del pueblo parecia animarlos aun mas en sus pretensiones á que fuese establecido un gobierno representativo con Rosas á su cabeza, y no temian pedirlo con la altanería que enjendra la fuerza de convencimiento y de voluntad.

Los republicanos moderados no pudieron oir con calma esta proposicion, espresada en tono imperioso y de amenaza; porque tambien entre ellos habia hombres de cabeza y de nervio que, bien que confundidos en la clase inmóbil, no por eso dejaban de comprender el movimiento, y no hubieran querido disminuir la ventaja que la iniciativa revolucionaria habia ganado sobre la anarquía. Animados por su propia conciencia, respondieron con firmeza á esta estraña pretension, y muy luego se levantó, entre Rosas, O'Higgins y el canónigo Fretes, por una parte, y Miguel Infante, Cotapos y Ag. Eyzaguirre, por la otra, una discusion borrascosa, soste-

nida con una pasion que influjó de un modo perentorio en el resultado del escrutinio y en favor de los moderados.

Desde entonces, los partidarios de Rosas, convencidos de su debilidad y de su impotencia, en vista de la pertinacia de la mayoría, protestaron contra el congreso, contestaron todos sus actos, tachándolos de nulidad, y se retiraron abandonando para siempre aquel centro de política misteriosa y retrógrada, resueltos á devolver á sus comitentes su mandato y sus protestas.

La Asamblea quedando entonces enteramente independiente, « y convencida no solamente de la necesidad de dividir sus poderes sino tambien de la importancia de fijar los límites de cada uno de ellos, sin comprometer ni confundir sus objetos, se vió en la crisis de acreditar á la faz de la tierra su desprendimiento sin aventurar en tan angustiada premura la obra de la meditacion mas profunda ; quiso, desde el primer momento, entregarse solo á los altos fines de su congregacion; pero no estuvo á su alcance una abdicacion tan absoluta, antes de constituir la forma sólida de gobierno en los tres poderes, cuyo deslinde es el paso prolijo y mas espinoso, en todo estado. Por tanto, resolvió delegar interinamente el conocimiento de negocios y transgresiones particulares de la ley á un cuerpo que se instaló con el título de autoridad ejecutiva provisional de Chile, » la cual tenia que conformarse á un reglamento de diez y nueve artículos, casi todos relativos á sus deberes (1).

Pero al despojarse así de sus títulos de diputados, aquellos intelijentes republicanos no pretendieron abdicar la mision que la Providencia parecia haberles con-

(1) Véanse los documentos y los archivos del gobierno.

fiado. No sintiéndose ni convencidos ni desanimados, creyeron poder aun hacer algunas tentativas, y al dia siguiente mismo se hallaban con medidas tomadas para atacar el parque de artillería y procurar tomarlo. Este proyecto tuvo su momento de ejecucion, pero no podia menos de fallar al frente de fuerzas á la devocion del partido del Ayuntamiento, inspiradas por su comandante don Francisco Reyna.

Los facciosos no tuvieron mas que una débil ventaja, que fué de revolucionar al pueblo, y obligar la asamblea á reunirse por la noche para proceder al nombramiento de un poder ejecutivo. La efervescencia de la ciudad, la permanencia de complots y la audacia progresiva de los conspiradores le imponian el deber de concentrar el poder en una sola persona bastante enérjica para hacer frente á todos estos elementos de discordia; pero esta resolucion fué muy combatida como propia á herir el amor propio provincial, que queria su parte de representacion. Al fin, se decidió la formacion de un directorio compuesto de tres miembros que debian representar las tres grandes provincias de la república « con reserva al alto congreso del pleno ejercicio de la lejislativa en toda su estension, » y el resultado del escrutinio nombró á don Martin Calvo Encalada, don Francisco Xavier Solar y Juan José Aldunate; el primero por la provincia de Santiago, el segundo por la de Concepcion y el tercero por la de Coquimbo. Habiendo este último dado su dimision, se le reemplazó con don Gaspar Marin, y hallándose el segundo ausente se le dió por suplente á don Juan Miguel Benavente.

En la misma sesion fué nombrado asesor José Ant. Astorga, y secretario Manuel Valdivieso, el mismo que

algunos dias antes habia sido nombrado auditor de guerra, empleo hasta entonces desconocido en la República.

Así quedó formado este nuevo gobierno, que las provincias de Santiago y de Coquimbo acababan de proclamar por el conducto de sus representantes, y que, por la estrañeza de su organizacion y la debilidad de su poder subordinado, en la direccion de negocios, á la iniciativa del congreso, daba lugar á cosas irregulares, y perpetuaba la discordia.

En cuanto á Rosas, abandonado y casi humillado en el abandono en que se vió, no pensó mas que en marcharse de Santiago, y se dirijió, acompañado de algunos diputados de su partido, al sur, con el objeto de predicar una especie de cruzada en favor de la libertad, como él la entendia. Bien que al marcharse tuviese el corazon lleno de amargura, no por eso se sentia el espíritu de venganza de que algunas veces ha sido tachado. Lo que él mas sentia era la ingratitud de aquellos mismos que lo aclamaban como padre de la revolucion. En efecto, él habia sido quien habia dado las primeras ideas de derecho y de libertad, haciendo de ellas un principio de necesidad, el 18 de setiembre, y quien las habia fortificado física y moralmente el 1° de abril; y justamente cuando iba á poner la última piedra á su sublime edificio, encontró con la mas fuerte y tenaz resistencia.

Algunos han creido descubrir el oríjen de esta resistencia en la especie de repugnancia que todos tienen en dejarse gobernar por un estranjero, por grandes servicios que haga al país; pero esta creencia carecia de fundamento, en atencion á que Rosas, lejos de ser estranjero, tenia un corazon eminentemente chileno. Bien que en

sus debates hubiese estado siempre sostenido por sus compatriotas Fretes, Jontes, Vera y los demas, no se puede negar que era cordialmente afecto á su nueva patria, tanto por inclinacion como por interes, y por sus relaciones de parentesco. El verdadero motivo, como ya lo hemos visto, debia mas bien hallarse en el temor que tenia el Ayuntamiento de perder su influjo concentrando el poder en un solo individuo, y tambien, tal vez, en el que tenian los diputados de enajenar alguna partícula de la libertad recientemente adquirida, y siempre inquietante al frente de los ambiciosos. A pesar de que hubiesen creado una garantía segura en el hecho de organizar, con ayuda del mismo Ayuntamiento, un instrumento de vijilancia y de defensa contra toda injusticia ó tentativa de usurpacion (como quiso hacerlo posteriormente con sus censores don Juan Egaña jeneralizándolo por toda la sociedad), y á pesar de que en la promulgacion de la constitucion se pensase establecer un elemento de ponderacion para equilibrar el influjo del poder ejecutivo, sin embargo no quisieron nunca ceder y resistieron con perseverancia á las intrigas de estos republicanos poniendo en movimiento simultáneamente al tribunal de pública seguridad y á la fuerza armada, mandada por los jefes enemigos de estas ideas radicales.

Sobretodo, no obstante el talento y la actividad de Rosas, su plan de ataque era visiblemente defectuoso. Viéndose con una grande popularidad, esperaba disolver el congreso (que, segun él decia, no estaba compuesto mas que de Godos, ó de malos patriotas y de hombres sin talento) comunicando al pueblo una parte del ardor de que él estaba animado, para atraérselo

como fuerza material, sin reflexionar que en un país tan aislado como lo era Chile el pueblo no habia vivido mas que consigo mismo, y, por esta razon, se dejaria guiar mas fácilmente por sus memorias, afectos y preocupaciones, que por la razon.

Y, en efecto, fué lo que sucedió durante todo aquel período, en las conspiraciones, que se habian hecho permanentes. Los motines y las quimeras se sucedian perpetuamente con la misma animosidad y siempre con el mismo desenlace; porque el ataque debia tener un carácter militar, y era preciso ir á buscar en los corazones de los mismos soldados la palanca de esta revolucion.

CAPITULO XV.

Llega Miguel Carrera á Chile. — Su popularidad entre los oficiales. — Se hace la mano derecha del partido de Rosas. — Combina con sus dos hermanos una conspiracion contra el poder ejecutivo. — Revolucion del 4 de setiembre. — Caida del Directorio. — Separacion de siete diputados de la cámara. — Instalacion de un nuevo poder ejecutivo. — Abolicion de la esclavitud.

Tales fueron los esfuerzos que, en mil maneras, hizo Rosas para llegar á vencer la resistencia tenaz que oponia el congreso al desarrollo del progreso. Era una verdadera lucha entre la intelijencia, de una parte, y la fatalidad, de la otra, lucha que, por la particularidad de ser parlamental, no podia menos de ser ventajosa á la superioridad numérica, pero cuyo triunfo, por otro lado, habia de ser necesariamente momentáneo, en atencion á que desde mucho tiempo el principio de independencia habia producido su efecto. Habiendo echado raices en los ánimos de las personas de distincion, tenia que completar su evolucion segun las leyes de la civilizacion.

Desembarazada de sus antagonistas, la asamblea quedó entregada á sus propias inspiraciones. La tarea que tenia que cumplir era pesada. Se trataba de constituir un estado y fijar invariablemente el órden social en bases nuevas, conformes al espíritu del movimiento, y á no ser un corto número de miembros capaces, todos los demas eran hombres sin talento, sin letras y sin esperiencia. Bien que los conocimientos de Rosas no fuesen tampoco de los mas estensos, y que todo su código se redujese al *Contrato social*, noobstante, era, tal vez, el

único capaz de dirijir aquella grande obra. Él era quien habia d sarrollado el jérmen de la revolucion, y quien la habia sostenido en sus inciertos pasos; despues de lo cual habia estudiado y meditado mucho para subvenir á sus necesidades. Al ausentarse para la Concepcion, dejaba al congreso entregado á su propia nulidad, y espuesto á la primera ambicion que se presentase armada, y la ocasion no tardó en llegar.

Entre los pocos pasajeros del buque ingles *Standard*, se hallaba un jóven á quien la naturaleza habia negado absolutamente la inclinacion á las dulzuras de la vida privada, y lo habia dotado de un jenio dominante y turbulento. Este jóven era José Miguel Carrera, sarjento mayor, en España, de un rejimiento de husares. Dotado de talento natural, y de un carácter franco y amable, belicoso y arriesgado, entusiasta y activo, gran patriota, ambicioso de gloria y buscándola á toda costa, y jeneroso hasta la prodigalidad, cautivó, desde luego, la consideracion de sus conciudadanos, y al cabo de algunos dias ya era uno de los hombres los mas populares.

Todo esto no quiere decir que estuviese esento de defectos. Al contrario, tenia muchos y muy notables, pues era inconsecuente, travieso, frívolo, estravagante, trivial y aun licencioso; pero todos estos defectos se le disimulaban por sus cualidades, y eran tan naturales al jenio militar de la época, que, lejos de dañarle, contribuian á aumentar el número de sus partidarios, sobretodo de los que podian contribuir á su fortuna.

Tan pronto como supo, en Cádiz, la situacion de su país, deseando ir á sostener su santa causa, se escapó de la ciudad y consiguió embarcarse en el buque de su amigo Elphistone. A su arribo, se halló en medio de una

familia que habia seguido, toda ella, el movimiento. Su padre habia sido uno de los primeros que habian firmado la abolicion del poder monárquico, como miembro que era de la primera junta, en la que su voz tenia mucha preponderancia. Sus dos hermanos se habian distinguido en la insurreccion del 1° de abril, y servian con buenos grados en los rejimientos acuartelados entonces en Santiago, y su hermana doña Xaviera, mujer resuelta, de mucho talento y sumamente amable, prometia ya el influjo que iba á tener en la política y en la carrera de sus hermanos.

Desde el primer dia de su llegada, nuestro jóven republicano tomó nociones de todos los resortes de la direccion de negocios públicos, y se convenció de que el gobierno no tenia ni unidad, ni consistencia, ni enerjía, y presintió al instante el papel que él mismo tenia que desempeñar. Este papel era ponerse á la cabeza del movimiento progresivo, y continuar la obra de oposicion y de violencia de Juan Rosas, y esto por medios mas eficaces, como lo eran la fuerza armada.

En aquel momento, el país se hacia militar, y en los rejimientos que se acababan de levantar se veian muchos jóvenes hijos de familia que no soñaban mas que gloria y honores. Las maravillosas campañas de Napoleon empezaban á llenarlos de entusiasmo militar, como tambien las del virtuoso Washington. Verse en presencia de un militar que habia visto de cerca las primeras era para ellos la suprema honra y la mas deseada. Así, buscaban con anhelo su sociedad, seducidos por sus narraciones tan diversas como peregrinas. Al mismo tiempo, Carrera les hablaba del estado miserable en que se hallaba España, como para que condenasen al olvido aquella

antigua dominadora. Su viveza, su entusiasmo y su agudeza, llena de donaire, cautivaban y causaban admiracion á todos aquellos jóvenes militares. Si á estas conquistas se añade la particularidad de tener á sus dos hermanos sirviendo con grados superiores en los cuerpos de la guarnicion, se verá que no le quedaba mucho que hacer para apoderarse del ascendiente militar y servirse de él en sus proyectos de ambicion.

Ademas de todo esto, la inquietud de los partidarios de Rosas que se hallaban aun en Santiago favorecia tambien estos proyectos. Todas las noches habia un conciliábulo en casa de Antonio Mendíburu, ó en la del doctor Velez, de Astorga, ó de otro de los muchos patriotas, y allí se discutian y se formaban diferentes combinaciones y planes, en atencion á que, para ellos, todo poder que nacido de una revolucion no avanzaba, reculaba, y querian oponerse á su tendencia retrógrada, sirviéndose del talento de Miguel Carrera y de la grande popularidad que habia adquirido en las tropas.

Todo esto colmaba los deseos de Carrera y halagaba su jenio ambicioso. En una de estas reuniones preguntó cual era el objeto de la revolucion que querian hacer en la asamblea, y le respondieron: « El congreso y parte de las armas están en poder de hombres ineptos y enemigos de la causa. Toda la porcion sana del pueblo clama por remediar este mal y no se puede porque no hay libertad. Es preciso acudir á la fuerza que mandan los buenos patriotas, que es la única esperanza que queda. Todos sacrificaremos nuestras vidas para salvar la patria (1). »

Carrera adoptó con viveza las miras de aquellos

(1) Diario mss. de Miguel Carrera.

grandes patriotas. Bien que no tuviese mucha confianza en Alvarez Jontes cuyo carácter ardiente y cuyas pasiones ajitaban la mayor parte de aquellas pequeñas juntas, y sin poder obtener las firmas de garantía que reclamaba, noobstante, aceptó la responsabilidad de la empresa como si viese ya lucir su estrella, tan brillante al levantarse y en su ascenso, y tan opaca al descender á su ocaso. Reuniéndose con sus dos hermanos Juan José y Luis, trataron los tres del plan de ataque, y convinieron en ejecutarlo lo mas pronto posible, porque oyeron que el presidente Calvo, probablemente por motivos de sospecha, se disponia á enviar á Valparaiso dos compañías de granaderos, soldados en quien ellos tenian la mayor confianza. Este plan necesitaba varias combinaciones que para mejor acierto fueron á debatir en presencia de Juan Henriquez Rosales, su íntimo amigo, Gaspar Marin y Carlos Correa de Zea, los cuales, en sus conciliábulos, habian sido escojidos para entrar en el poder ejecutivo que habia de suplantar al otro. Muchas personas tomaron igualmente la palabra en la discusion, de donde resultó que el plan de ataque que se habia de ejecutar el 4 de setiembre, debia tener lugar en la forma siguiente :

« A las doce del dia, debia asaltarse el cuartel de artillería por sesenta granaderos á las órdenes de los tres Carrera. Una compañía de granaderos habia de tomar la catedral y colocarse en las murallas y torres. El resto del batallon, despues de mandar una compañía de auxilio á la artillería, habiá de tomar posesion de las casas de Aduana y Consulado, y de la iglesia de la compañía. Los dragones de Chile eran destinados al Vasural. Las guardias del palacio, del congreso y de la cárcel, tenian

órden terminante para cerrar las puertas y colocar las tropas en los balcones y ventanas que caian al frente de la plaza.

» Todas estas tropas menos sesenta hombres y la compañía auxiliar, no tenian otro objeto que batir el rejimiento del Rey, si queria hacer oposicion, como justamente se temia. El rejimiento estaba acuartelado en el palacio del obispo. El congreso habia de ser detenido, y en el caso de obstinacion el oficial de la guardia debia pasar por las armas á los mas acalorados Godos (1). »

Este plan, que prueba claramente el talento militar de Miguel Carrera, no fué ejecutado porque muchos oficiales, ya fuese por temor de comprometerse, ya porque les repugnaba batirse contra hermanos, no se presentaron en los respectivos puestos que se les habian señalado, y en realidad los setenta granaderos (2) mandados por los hermanos Carrera fueron los que hicieron la revolucion.

En la mañana del 4 de setiembre, se introdujeron disfrazados en la casa de su padre, contigua al parque de artillería, y hallándose bien provistos de armas, que habian podido introducirse la víspera, se pusieron en movimiento cerca de las doce, como estaba convenido.

En aquel mismo momento, Miguel y Juan José Carrera se habian reunido, á la puerta del cuartel, con su hermano Luis capitan de aquella compañía de artillería. Tambien estaba allí el oficial Bareinga, y mientras lo distraian con futilidades, los granaderos entraron en el

(1) Diario mss. de José Miguel Carrera.

(2) El diario de Carrera no dice mas que sesenta; pero todos los demas documentos dicen setenta.

patio del cuartel con grande estrañeza de los artilleros. El sarjento Gonzalez fué el único que quiso defender su puesto; pero habiendo pagado con la vida su jenerosa lealtad, toda la compañía se rindió sin especie alguna de resistencia.

Dueño, así, de la artillería, que era el punto el mas importante para el éxito de su empresa, envió al momento á pedir otras compañías de granaderos y los dragones, que no tardaron en presentarse mandados por el buen patriota Joaquin Guzman; pero lo que mas le preocupaba era el temor de que el rejimiento del Rey se sublevase en favor de la asamblea, por la cual estaba, y para precaver este contratiempo, mandó al capitan Zorrilla fuese inmediatamente á poner al coronel Reyna de arresto en su propia casa, con algunas centinelas á las puertas, mientras que él, en persona, iba al cuartel de dicho rejimiento para aconsejar á los soldados se mantuviesen quietos, y, desde allí, pasó al congreso, presidido entonces por Juan Cerdan á quien presentó un papel que contenia los supuestos deseos del pueblo soberano, intimándole los cumpliesesi n dilacion.

Muchos diputados, irritados de tal arrogancia que ofendia directamente el honor de su representacion, desecharon desdeñosamente sus injustas pretensiones, y el presidente mismo resistió hasta que supo la llegada del batallon de granaderos á la plaza, y que Fray Joaquin Larrain, Carlos Correa, Gregorio Argomedo y otros que entraron en la sala, le hubieron anunciado que el ejército estaba enteramente por ellos, y que toda resistencia era inútil.

En vista de esto, les fué forzoso á los diputados some-

terse á las órdenes de la faccion, y en la misma sesion se decretó un nuevo poder ejecutivo compuesto de: Juan Henriquez Rosales, Juan Makenna, Gaspar Marin, Martin Calvo Encalada y Juan Martinez de Rosas. Hallándose ausente este último, se le nombró por sustituto Juan Miguel Benavente. Los secretarios fueron don Agustin Vial y don Juan Chavarria.

Igualmente se decretaron diferentes artículos, entre los cuales el del nº 2, que pedia la separacion del congreso de seis diputados como opuestos al espíritu del decreto de eleccion, y se citaron las personas que debian ser escluidas (1), y entre las cuales se hallaban ilustres patriotas tales como Tocornal, Juan Antonio Ovalle, Miguel Infante, cuya sola culpa era el haber sostenido la faccion municipal contra la de Rosas. Los dos últimos fueron aun desterrados por algun tiempo, á cierta distancia de la capital.

Los diputados de Santiago que quedaban, eran: Agustin Eyzaguirre, uno de los jefes del partido municipal, y que, en cierto momento, habia querido dar su dimision; Joaquin Echevarria, José Nicolas Cerda, Juan Agustin Alcalde y don Xavier Errazuris; pero como el número no era suficiente, Joaquin Larrain consiguió ser nombrado y aun tambien que lo fuese Carlos Correa, con lo cual hubo siete en lugar de seis.

Tal fué el resultado de esta revolucion que recibió todo su impulso del jenio de un jóven guerrero, y cuya inspiracion era enteramente debida á Juan Martinez de Rosas que, aun antes de marcharse á Concepcion, habia

(1) Estas personas fueron José Sant. Portales, Manuel Chaparro, Juan José Goycola, Miguel Infante, Juan Ant. Ovalle, Gabriel Tocornal y Diaz Muñoz, coronel del rejimiento del Rey.

preparado todos sus elementos. En efecto, en su partido se hallaba el alma de aquel gran movimiento, del que Miguel Carrera no fué mas que el brazo derecho, sin mas utilidad que la satisfaccion de haber descubierto la importancia de su talento y de su bizarría, y de haber contribuido á alejar Rosas de la presidencia absoluta, como se habia tratado de ello muchas veces. Su padre solo obtuvo el grado de brigadier, grado de que se dimitió poco tiempo despues. Pero no sucedió lo mismo con los demas jefes de la conspiracion; la familia Larrain sobretodo, que por el talento y habilidad de su ilustre jefe Fray Joaquin pudo empatronizarse en los primeros empleos, y hacerse representar en ellos por Rosas, Henriquez, Makenna y otros, todos aliados por parentesco de aquella numerosa familia. Makenna fué, ademas, nombrado coronel comandante jeneral de la artillería, en cuyo puesto se vió muy luego en la necesidad de sofocar un principio de rebelion, á favor del antiguo coronel Reyna, entonces destituido.

A la verdad, aquel partido merecia bajo todos aspectos tener en mano las riendas del gobierno, y la prueba de ello es que, pocos dias despues, el mismo Joaquin Larrain, habiendo sido nombrado presidente de la asamblea, uno de los primeros decretos presentados fué el de la prohibicion de la entrada de esclavos en el país, y la emancipacion de los que naciesen en él, acto de noble filantropia y uno de los mas honrosos para Chile, que fué el primer pueblo de la América en donde se tomó esta medida, por la cual su autor manifestó comprender el verdadero sentido de la palabra libertad, en el hecho de querer que su semejante no dependiese mas

que de Dios y de si mismo. Don Manuel Salas fué uno de los mas acérrimos promotores de esta ley (1), y ya en febrero del mismo año habia conseguido que pasase la ley de igualdad de los Indios, y la abolicion de sus tributos, levantados ya por la junta de Cádiz, á peticion de los diputados de Chile, Joaquin Fern. de Leyva, y Miguel Riesgo y Puente.

Igualmente, se trató de introducir algunas reformas en la administracion eclesiástica, y se discutió el punto de abolir derechos parroquiales para sujetar los curas á la administracion fiscal. Se remitieron doscientos quintales de pólvora á la junta de Buenos-Aires, que estaba en guerra con los Españoles y los Brasilenses establecidos en Montevideo, y se procuró sobretodo dar á la revolucion la enerjía que le faltaba. En sus proclamas usaban el lenguaje el mas firme, el mas virulento contra los realistas obstinados « Dejennos, le decian, si odian los principios que proclamamos. Desde este momento, se conceden treinta dias para suscribir en las listas jenerales de descontentos. Ninguno será inquietado por este hecho, y á todos se dispensan seis meses para realizar sus negocios y disponer libremente de sus personas, de sus familias y de sus intereses. Conozca el mundo las ideas que forman nuestro carácter; pero tiemblen en adelante los que no sean decididos por nuestra sagrada causa. Examinen detenidamente

(1) Muchas veces, este jeneroso bienhechor me ha hablado con entusiasmo de este hecho, que él consideraba como el mas meritorio de su vida. No pudiendo, con gran sentimiento suyo, mostrarme la pluma con que habia firmado dicho decreto, me mostraba sus tres dedos, como si le pareciesen reliquias. Sinembargo, como sucede siempre en tan importantes transacciones sociales, muchos esclavos, abusando de esta ley de favor, ocasionaron desórdenes en la ciudad, en términos que el gobierno se vió en la necesidad de emplear medios de rigor para restablecer el órden.

los motivos para no llorar su libre eleccion. Una vez hecha, se declara crímen de lesa patria la indiferencia, y será irremisible la pena sobre todas y cada una de las clases del estado (1). »

Tal era el lenguaje de aquellos fieros radicales que hablaban apoyándose siempre en el nombre de su amado Fernando VII.

(1) Proclama del 14 de setiembre 1811.

CAPITULO XVI.

Descontento de Carrera.— Leva de nuevas tropas.— Preparativos de defensa contra todo ataque por parte del Perú.— Don Antonio Pinto plenipotenciario en Buenos-Aires.— Revolucion del 15 de noviembre, supuesta en favor del Rey. — Engaño que padecieron los Realistas. — Eleccion de un nuevo consejo ejecutivo. — Complot contra los hermanos Carrera. — Otra revolucion del 2 de diciembre contra la asamblea, que queda disuelta.

Habiéndose elevado así al poder, la familia Larrain procuró mantenerse en él alejando del gobierno á todos cuantos por su carácter ambicioso y turbulento podian hacerle sombra (1); política que los hizo injustos con Carrera, cuyos servicios precedentemente hechos no fueron bastante apreciados.

Dos dias despues de la revolucion, el gobierno honró con felicitaciones á los oficiales Vial y Guzman, que no habian tenido mas que una parte secundaria en la accion, é igualmente á Luis y Juan José Carrera, dejando en olvido á Miguel. A lo menos, no cumplió con este deber hasta mucho tiempo despues y cuando habian llegado á sus oidos algunos rumores de queja de su parte. Esta especie de indiferencia hácia un hombre que debia ser considerado como creador del nuevo gobierno, no surjia solamente del seno de sus miembros sino tambien de ciertas sociedades. En la de Joaquin Larrain se ensalzaba con afectacion, y en presencia de Miguel,

(1) Era difícil que esta familia no tomase siempre mucha parte en los asuntos públicos, en atencion á su rango, y sobretodo á las ramificaciones de la familia, cuyos individuos eran tan numerosos que la llamaban la familia de los quinientos.

el alto mérito de Juan Rosas, que se pensaba siempre en nombrar de presidente.

Carrera era sínceramente afecto á este gran patriota; pero no participaba de su política, la cual, segun él decia, no era mas que un reflejo de la de Buenos-Aires, y como Chileno, orgulloso de este nombre, hubiera querido que su país no siguiese ciegamente las huellas de aquella república, y que al entrar en la era de su verdadera existencia, probase que tenia suficientes medios y capacidad para ello. Desgraciadamente, el influjo que tenia Rosas en su partido era inmenso, y todos estaban persuadidos de que obraba por convencimiento, y de ningun modo por predileccion de nacionalidad. Lo que hacia aun mas directa la influencia de esta vecindad era la muchedumbre de arjentinos que se hallaban en Santiago, y entre los cuales habia sujetos que reunian á vastos conocimientos mucho amor á las nuevas instituciones y mucha actividad. El antiguo poder, como los lectores recordarán, alarmado por la demasiada exaltacion del plenipotenciario Alvarez Jontes, habia solicitado de su gobierno fuese llamado, y en efecto lo habia sido y lo habia remplazado don Bernardo Vera, jenio no menos emprendedor y capaz de sostener por la fuerza de su talento las ideas del que era, á la vez, su maestro y su conciudadano.

Todo esto no podia menos de causar una fatal irritacion al alma soberbia de Miguel Carrera que habia dejado España para venir á servir su país, y que sentia en lo íntimo de su conciencia la posibilidad de rejenerarlo y elevarlo á toda su dignidad, con tal que le ayudasen algunos patriotas dotados de capacidad. Desde entonces, entrando con todos sus sentidos y potencias

en la senda de reformas y progresos, no pensó en otra cosa mas que en hacerse cabeza de partido. Su jenio fogoso y arriesgado le daba mucha ventaja sobre sus adversarios, y ademas de esto podia contar con la adesion de la mayor parte de los oficiales que entonces estaban de guarnicion en Santiago. En efecto, los frecuentaba de preferencia, se mostraba jeneroso con ellos, y los divertia con sus bromas y gracejos, pasablemente bufones y muy vulgares algunas veces; pero que agradaban mucho á aquellos jóvenes ociosos y frívolos.

El poder ejecutivo sabia todo esto y lo veia con zozobra; pero por mas que sospechaba las intenciones de Carrera, no podia aun combatirlas abiertamente porque no estaba bastante seguro de las tropas y prefirió, por prudencia, hacer nuevas levas capaces de imponer respeto á los granaderos, que eran *el batallon sagrado* de los hermanos Carrera. Entonces, renovó la idea de Rosas que, en otro tiempo, habia propuesto la formacion de un cuerpo de patriotas, los cuales bajo el pretesto de protejer las nuevas instituciones contra el espíritu de reaccion, le servirian igualmente contra todo pretendiente al poder. Se levantó, en efecto, este cuerpo y se nombró por su coronel á don Juan Martinez de Rosas, bien que residiese entonces en Concepcion; por capellan, al presidente de la asamblea don Joaquin Larrain, y de oficiales, á muchos parientes y amigos de este último. Fué creado igualmente un batallon de pardos bajo el mando de Juan de Dios Vial.

Esta medida fué mas desventajosa que favorable para el poder. Muchos no vieron en ella mas que un acto que gritaba egoismo, y lo atacaron, como de costumbre, por medio de libelos injuriosos, de donde salieron chis-

pas de descontento de que supieron aprovecharse los hermanos Carrera anticipando la ejecucion del plan de insurreccion que ya tenian preparado. Pero para asegurarse mas del buen éxito, esparcieron la voz entre los realistas de que aquella revolucion era absolutamente en favor del gobierno del Rey, y afin de dar mas peso á sus insinuaciones, pedian la presidencia para su padre don Ignacio, de ínterin llegaba el brigadier Bigodet que lo era en propiedad y residia entonces en Montevideo.

Esta artería atrajo al partido de Carrera un gran número de personas pudientes en estado de ayudarle con hombres y dinero. El fastidio de verse abandonados y el deseo de recobrar su influjo hicieron á los realistas tan ciegamente crédulos que ya se reunian en conciliábulos, persuadidos de que la revolucion iba á ser enteramente en su favor. Ellos fueron los que escitaron á Miguel Carrera á apresurar la accion en atencion á que habian recibido noticias de Lima con el anuncio de que Abascal estaba resuelto á forzar la junta de Chile á descubrirse la cara, y á gobernar francamente sin suterfujios, en nombre y en favor de su rey. Lo cierto era que el virey habia recibido pliegos de la junta suprema de España, la cual, noobstante haber reconocido los lejítimos derechos de la de Chile, y aun tambien de haber aprobado sus motivos y el acta de su instalacion, no por eso dejaba de ordenarle vijilase sus actos, y emplease la fuerza en caso que se mostrase desleal.

El presidente del congreso habia tambien recibido pliegos del virey que confirmaban los mismos inminentes ruidos en términos tan arrogantes que llenaron de irritacion al nuevo poder, tan intelijente, firme y decidido. Estos pliegos, leidos en la asamblea, fueron dis-

cutidos de un modo conveniente. Don Manuel Salas fué nombrado para responder á ellos, y lo hizo con la sagacidad y el tino que le caracterizaban, procurando no comprometer los intereses ni las opiniones de los habitantes, y salvando la conciencia en lo indeterminado de la cuestion. Pero no sucedió lo mismo en un consejo secreto en el cual la discusion puso patentes las intenciones que tenia el virey de invadir el país.

Al dia siguiente, fueron convidados á asistir á esta misma reunion todos los jefes militares formando un consejo de guerra al cual, cometiendo un nuevo yerro, no fueron convocados los hermanos Carrera. En este consejo, se discutieron y votaron las medidas mas eficaces para oponerse á toda invasion, y las costas, naturalmente, fueron consideradas como objeto principal de atencion.

El 12 de octubre, ya se ponian en marcha dos compañías del rejimiento de dragones, una para permanecer en Valparaiso, y la otra en Coquimbo. A este último punto fué destacada, ademas, una compañía de granaderos, y á Valparaiso una de artilleros. El teniente coronel Tomas O'Higgins, primo de don Bernardo, fué enviado á la Serena para tomar el mando militar de la provincia. En cuanto á la del sur, esta se hallaba bajo la salvaguardia de una junta que, como luego se verá, acababa de ser formada en Concepcion y no cesaba, por los ruidos contradictorios que le llegaban del Perú y de Buenos-Aires, de manifestar la urjencia de fortificar el país.

A estas medidas de precaucion, el poder ejecutivo añadió luego otra que, en atencion á su aislamiento total, no podia menos de ser de la mayor importancia.

Hasta entonces, Chile no habia tenido representante alguno en país estranjero; las noticias de América y de Europa le llegaban tarde, mal y algunas veces nunca. Cuando las recibia, era por Buenos-Aires, y se hacia incontestablemente útil tener allí un ajente que siguiese todos los asuntos y acontecimientos interesantes para el gobierno. Esta mision era, ademas, tanto mas necesaria cuanto la política de aquel país influia mucho en la suya, y cuanto en aquel mismo momento sostenia una guerra de la cual dependia su propia existencia. Don Antonio Pinto fué nombrado para ir á desempeñar este cargo tan importante. De edad, entonces, de veinte y seis años, reunia ya á un carácter apacible y seductor mucho juicio y escelentes conocimientos, pues habia sido destinado por sus padres á seguir la carrera de las letras.

Por aquí se ve que el nuevo gobierno procuraba por cuantos medios estaban á su alcance consolidar los principios establecidos, y darles un impulso hasta entonces desconocido. Si los hermanos Carrera, menos ambiciosos, hubiesen podido ponerse de acuerdo con él, es probable que mediante el talento militar de Miguel y su influjo sobre las tropas, Chile habria adelantado por mejores vias, y que el congreso se habria podido entregar á la revision de las instituciones que todas las personas sensatas pedian. Desgraciadamente, la política obra menos por simpatía que por interes, y su amor propio habia sido tan herido que en su resentimiento debia necesariamente procurar deshacer lo que su espada habia hecho.

En efecto, ya habia dias tenian formado el plan de derribar el poder ejecutivo. La salida de tropas para

Valparaiso y Coquimbo, la formacion de nuevos cuerpos y sobretodo las medidas de precaucion que se empezaban á tomar, los indujeron á apresurar el momento de ejecutarlo. El gobierno, aunque muchas veces prevenido, vivia tranquilo, persuadido de que por entonces solo alimentaban esperanzas, y de que el ejército del sur reprimiria la audacia de los conspiradores (1). ¿Cual no debió de ser su sorpresa cuando el 15 de noviembre por la mañana muy temprano le trajeron parte de que la brigada de artillería y el batallon de granaderos se habian sublevado y de que Luis y Juan José Carrera, que se hallaban á su cabeza, habian fortificado los cuarteles con las piezas del parque resueltos á derribar el gobierno?

En aquel mismo instante el poder ejecutivo recibia de Juan José un oficio por el cual le prevenia mandase publicar un bando cuya copia le enviaba, y el presidente del congreso recibia otro para que convocase todos los diputados afin de tratar de las reformas necesarias.

La posicion del gobierno en aquellas circunstancias era sumamente crítica. Casi todas las tropas estaban contra él, y las solas con las que habria podido contar se hallaban en la imposibilidad de obrar. En tan triste coyuntura, el secretario Ag. Vial fué despachado inmediatamente para tratar con los sublevados, procurando temporizar con ellos; pero la única respuesta que recibió fué que mandase publicar á la mayor brevedad el bando pedido.

Manuel Salas y Juan Egaña, enviados por la asamblea con el mismo objeto, recibieron una respuesta análoga.

(1) Informe de Makenna.

Vistas estas respuestas y no pudiendo resistir á la fuerza, se publicó el bando, y al instante se vió la plaza llena de Españoles y de realistas del país que, contra su costumbre, acudian para participar del movimiento.

En aquella época, el primer patio de la cárcel, llamado patio del cabildo, era público y mas de trescientos realistas se reunieron en él, en *cabildo abierto*. Tranquilizados acerca de los resultados que iban á obtener, usaban de un lenguaje tan libre que ofendieron el patriotismo de algunos chilenos, los cuales se mostraron irritados, bien que sin malas consecuencias. Como su objeto era el presentarse en la asamblea, resolvieron nombrar una diputacion (1), que salió inmediatamente, y llegó rodeada de un numeroso jentío.

Su entrada en la sala fué triunfante; pero á penas hubo espresado su demanda en favor de la monarquía española, los miembros de la asamblea se levantaron casi todos en un arranque de indignacion, y respondieron con palabras no menos arrogantes, ordenando que se fuese á buscar Juan José Carrera para saber de su propia boca si realmente pensaba imponerles el antiguo yugo.

El capitan José Santiago Muñoz, comandante de la guardia del congreso, se hallaba presente, y no pudiendo contenerse con su acendrado patriotismo á semejante proposicion, bajó corriendo á su puesto, y al ver el gran número de realistas que componian la concurrencia, levantó la voz y les dijo: « En vano pretende el Sarracenismo levantar bandera. Solo podrá conseguirlo cuando no quede un solo granadero. » Y diciendo esto,

(1) Compuesta de: Manuel Rodriguez, Juan Ant. Carrera, Manuel Araoz y José Maria Guzman. Martinez, *Hist. mss.*

formó la compañía en batalla amenazando con las armas (1). »

Bien que fuese ya bastante tarde, Juan José Carrera creyó oportuno acudir á la llamada del congreso, pero fué allá á la cabeza de su batallon. Luego que llegó á la plaza, dejó la tropa en formacion y subió á la sala en donde protestó con enerjía contra las insinuaciones de la acusacion, declarando altamente que sus fines y los de las tropas, así como tambien los del pueblo, eran el mantener en toda su pureza y sostener el gobierno que habian proclamado el 18 de setiembre. A esta declaracion se siguieron discusiones de derecho y de principios, que prolongaron la sesion hasta muy tarde sin haber podido obtener la dimision del poder ejecutivo.

La noche se pasó con mucha ajitacion. Todas las tropas estaban sobre las armas, y guardaban las principales calles con patrullas, vijilando especialmente para que el comandante Juan de Dios Vial no pudiese intentar una contrarevolucion por medio de los patriotas, los pardos y los de la asamblea, que estaban enteramente á su devocion.

El 16, por la mañana, se publicó otro bando convocando al pueblo á nuevo cabildo abierto, que tuvo lugar en el mismo sitio, es decir, en el primer patio de la cárcel, y al cual muchas personas se abstuvieron de asistir. Mientras estaban deliberando, el secretario Agustin Vial quiso arengarles desde una ventana contigua á la sala del congreso; pero no pudiendo conseguir que le oyesen, se contentó con preguntar si estaban descontentos del poder ejecutivo y cuales erán las quejas que tenian de él (2). La respuesta que recibió fué satisfacto-

(1) Historia mss. del Padre Martinez.
(2) Convers. con don Ag. Vial.

ria ; pero la multitud, unos por intereses particulares, otros por seguir el partido de los Carrera, no dejó por eso de pedir la dimision de los miembros del poder ejecutivo, y proclamó otro nuevo, con gran sentimiento de los realistas, que en un momento de credulidad habian consentido en un feliz retorno de fortuna, al paso que ahora iban á verse de nuevo proscritos (1).

Este nuevo gobierno se compuso tambien de tres personas que debian representar las tres grandes provincias, á saber : Juan Martinez de Rosas, la del sur; Miguel Carrera, la del centro, y Gaspar Marin, la del norte. Por ausencia del primero se nombró, en su lugar, á Bernardo O'Higgins, que se escusó al principio, así como tambien Marin, pero que al fin aceptaron, por las instancias que les hizo Pablo Fretes, á la sazon, presidente de la asamblea. Los secretarios fueron : Agustin Vial y José Chevarria.

Esta formacion no llenó los deseos de la familia Carrera, bien que todos hubiesen tenido ascenso, habiendo sido nombrados ; Juan José brigadier, y los otros dos tenientes coroneles; porque veian al partido de Rosas triunfante y asociado á hombres que no cesaban de trabajar por él. Este pensamiento no podia menos de hacerlos disimulados y desconfiados para con sus compañeros, y fué oríjen de un sentimiento mutuo de observacion que era muy propio á paralizar los negocios y asuntos administrativos.

(1) Segun Mackenna y otros, las intenciones de los Carrera, padre é hijos, habian sido, verdaderamente, proclamar el gobierno del Rey, y Juan José fué quien se opuso á ello, hecho que el mismo Juan José le habia contado á Mackenna, á Gaspar Marin y á Agustin Vial.

Véase el *Duende*, nº 15, p. 9.

El congreso, por su parte, no parecia tenerle mucha mas simpatía, porque presentia que el poder en manos de aquel jóven iba á tomar una tendencia esencialmente militar; que el ejército seria todo en su favor, y que por consiguiente iba el país á verse sumerjido en una espantosa anarquía. Lo que daba estas persuasiones al congreso era que en el oficio mismo en que habia pedido un cambio de gobierno, pedia tambien la construccion de tres grandes cuarteles, y órden de juntar á la mayor brevedad tres millones de pesos para subvenir á los gastos que meditaba.

Aquel pedido de fondos en el momento en que todas las tropas estaban sobre las armas, y aun mas la órden que él daba de no reparar en medio alguno para obtenerlos, produjo una sensacion penosa, y aparecia como un acto de tiranía y de espoliacion. Muy luego en efecto se esparció el ruido de que las tropas iban á saquear las casas, y fué preciso que el gobierno hiciese manifiestos desmintiendo aquel ruido; pero bien que estos manifiestos estuviesen firmados por los comandantes militares, el temor duró aun muchos dias. Unos huian de la ciudad al campo, otros ocultaban el poco dinero que tenian, alimentando así el descontento jeneral de donde surjió una contrarevolucion.

Mackenna fué el encargado de organizarla, ayudado por su cuñado Francisco Vicuña, por su tio Martin Larrain y algunas otras personas que veian en Carrera un enemigo perpetuo de la tranquilidad pública. Sinembargo, su ánimo no era asesinarlos como las piezas del proceso parecian darlo á entender, sino apoderarse de ellos, y enviarlos á paises estranjeros con empleos lucrativos y honrosos. Ya mas de una vez se les habian hecho

semejantes propuestas ; pero siempre habian sido desechadas por Miguel Carrera, que aspiraba á mas alto honor, cual era rejenerar á su país. José Domingo Huici, capitan de una compañía de granaderos, y Francisco Formas, teniente de artillería, eran los principales instrumentos que debian servir para hacer aquella revolucion, y, por un estraño capricho de la suerte, fueron ellos mismos los que la descubrieron ó mas bien que la malograron ; pues prevenidos los hermanos Carrera que el 27 de noviembre debia de tener lugar, tuvieron tiempo para tomar precauciones contra este acontecimiento, é hicieron arrestar la mayor parte de los conjurados, en el acto mismo de la tentativa (1).

Todo esto sucedia sobre las diez de la noche, y era de temer que la conjuracion, mucho mejor organizada, se realizase en lo restante de ella, antes del dia. Para evitarlo, los hermanos Carrera dieron las providencias mas rigorosas.

El batallon de granaderos se mantuvo hasta el dia siguiente sobre las armas.

Miguel Carrera, que, pocos dias antes, habia pasado revista de inspeccion jeneral á la caballería, mandó reunir los dos rejimientos de milicias montadas de la capital, y el de Melipilla, sobre el cual contaba mucho.

Mandó poner cañones delante de los cuarteles, y que

(1) Fué cojido en aquel momento un criado de Juan José Cheverria, y lo fué tambien el teniente Francisco Formas, los cuales fueron tratados un poco inquisitorialmente, lo que les obligó á declarar mal que les pesase. Tambien se conocieron, por Muñoz Bezanilla y otros, los principales autores de aquella contrarevolucion, y Miguel Carrera, de su propia autoridad, mandó arrestar á Mackenna, Francisco Bienna, Martin y Gabriel Larrain, coronel Vial y José Gregorio Argomedo. José Ant. y José Domingo Huici pudieron escaparse. Despues de haber sido juzgados, fueron desterrados por algun tiempo á diferentes puntos de la República. Diario mss. de Carrera.

se hiciesen patrullas sin cesar en todos los barrios de la ciudad.

El dia siguiente, mandó á llamar sus dos colegas, que no se habian informado en manera alguna del resultado de la conspiracion. Su entrevista se verificó á las 9 de la mañana y fué tan seria como embarazosa, porque de ambas partes habia quejas. El uno se quejaba de la indiferencia de los otros dos acerca de un acontecimiento que habia comprometido su poder y su vida; y ellos se quejaban de no haber sido prevenidos de las disposiciones tomadas. Al cabo, despues de algunas salidas de amor propio, decidieron que Miguel Carrera fuese á presentar su parte á la asamblea, á la sazon reunida en la sala de sus sesiones.

Como ya lo hemos visto, la asamblea era poco favorable á aquella familia, y en la circunstancia se mostró, en cierto modo, hostil. Lejos de manifestar temor por el acontecimiento de la víspera, pareció sorprendida de que se hubiesen reunido tres rejimientos de milicianos montados, cuando ya el peligro habia pasado. Igualmente echó en cara á Miguel Carrera el tono de autoridad que tomaba en ciertos asuntos sin contar con sus colegas, ni con el congreso, de quien dependia.

Miguel, que tenia un carácter poco sufrido, y que sabia que algunos miembros habian tenido parte en la conspiracion, no dudó en quejarse de ellos, y lo hizo en términos vehementes, casi de amenaza, dando lugar á contestaciones acaloradas, y tal vez descorteses. Habiendo sido vuelto á llamar al congreso por la tarde de aquel mismo dia, estas contestaciones se hicieron mucho mas graves con respecto á la suerte de los prisioneros. El diputado de Buenos-Aires, don Bernardo

Vera, se presentó como defensor de sus intereses, y segun asentó la cuestion, dejaba creer que Miguel Carrera habia trasgresado las leyes del país, y usurpado un poder arbitrario, condenando los prisioneros á las mayores penas ; acusacion indigna y vituperable que causó la disolucion del congreso.

En efecto, Miguel Carrera salió irritado del congreso y se fué á buscar á sus dos hermanos para concertar con ellos un plan contra sus enemigos, de los cuales sabia que tarde ó temprano podrian ser víctimas. En esta persuasion, mas valia aniquilarlos de una vez para ponerlos en la imposibilidad de oponerse á sus ambiciosos proyectos. Teniendo siempre las tropas á su devocion, la empresa no presentaba grandes dificultades; no habia mas que ir á ofrecer la batalla á la sala misma del congreso, y fué justamente lo que hizo. A la verdad, antes de llegar á este estremo, pasaron al presidente un oficio en que los comandantes (1) le anunciaban que el pueblo pedia la disolucion de la cámara. La respuesta siendo la que se habia previsto, es decir, negativa, y fundada en que para disolverse el congreso necesitaba saber cual era la voluntad de los comitentes de sus miembros, los rebeldes recurrieron á la fuerza. Las tropas formaron en la plaza. Se pusieron cañones en batería contra la sala del congreso, y sus miembros salieron de tropel y atemorizados para no volver á entrar en ella (2).

Así despedidos, los diputados se retiraron á sus res-

(1) Juan José y Luis Carrera, Pedro Prado, Joaquin Aguirre, Manuel Barros y Joaquin Guzman.

(2) « Y en fuerza de aquella ley, otorgó el congreso, como era regular, cuanto se le ordenó, protestando secretamente la violacion, lo que se comunicó á Concepcion. »

Épocas y hechos memorables de la revol. de Chile; mss.

pectivas provincias, menos los de Concepcion, que fueron forzados á permanecer en Santiago.

Tres dias despues, el vocal Marin dió su dimision y se partió para Coquimbo. O'Higgins tuvo , por fuerza , que quedarse y tomó parte en el manifiesto del nuevo poder ejecutivo , que anunciaba la disolucion de un congreso, enteramente irregular, *cuyo nombramiento fué efecto de la cabala , del resorte y del empeño* (1), y mandaba que cada provincia nombrase su procurador para residir en Santiago como representante. Pero esto no se ejecutó.

(1) Diario de Miguel Carrera.

CAPITULO XVII.

Separacion de las provincias de Concepcion y Valdivia del gobierno de Santiago.— La junta de Concepcion ofrece tropas al congreso para recobrar su autoridad.— Carrera envia á O'Higgins como plenipotenciario acerca de dicha junta.— Preparativos de guerra por ambas partes.— Reunion de tropas sobre el rio Maule.— Entrevista de Rosas con Carrera en las márjenes de este rio. — Convenio entre los dos jefes y contramarcha de las tropas. — Rosas regresa á Concepcion, y Carrera á Santiago. — Contrarevolucion en Valdivia y en Concepcion.—Instalacion de otras juntas en una y otra, y arresto de los antiguos miembros.

El acontecimiento del 2 de diciembre da un aspecto muy diferente á la política del país. La revolucion pierde su carácter municipal. El gobierno representativo se hace ilusorio, y es sustituido por el réjimen puramente militar. En adelante, vamos á ver el poder á la merced de un soldado de fortuna.

Ningun acto de malas consecuencias podia lejitimar un tal cambio. La administracion obraba con esmero y con acierto, siguiendo con lealtad la senda de reformas y progresos, y resuelta á formar una constitucion que fijase los derechos y los deberes de cada ciudadano. Por consiguiente, su disolucion fué solamente obra de la ambicion y de la audacia de un jóven cuya soberbia no le permitia contentarse con representar un papel secundario.

Sin duda, Miguel Carrera tenia las mejores intenciones, y era, ademas, activo, intelijente y laborioso. En los últimos acontecimientos, habia dado pruebas de que la inconsecuencia, imprudencia y frivolidad de su jenio, en el ocio, no le impedian de tener cabeza y

carácter cuando las circunstancias lo pedian. Pero esto no bastaba. El país necesitaba, principalmente, un administrador, un jurisconsulto, un hombre, enfin, capaz de organizarlo y administrarlo. Si aceptaba la autoridad de un soldado que le imponia una fuerza brutal, abria sus puertas á la ambicion, comprometia su libertad y corria riesgo de verse bajo el yugo del despotismo militar, el peor de los despotismos.

Mientras que el partido vencido tuvo el poder en mano, la provincia de Concepcion estuvo en perfecta armonía con la de Santiago. Habia entre las dos reciprocidad de intereses y de conveniencia; sus ideas eran las mismas y obraban de concierto para dar al movimiento un impulso propio á preservar para siempre el país de una dependencia estranjera. Pero al punto en que los hermanos Carrera hubieron derribado al gobierno, la provincia de Concepcion se sintió muy contrariada y manifestó su descontento en términos violentos y de amenaza.

Pero aquí tenemos que volver atras para tomar la historia en la época en que Rosas, desesperado de ver la inaccion del poder ejecutivo, de la mucha mezcla de realistas en el congreso y de las inútiles tentativas que hizo para disolverlo, marchó para la provincia de Concepcion con el objeto de revolucionarla.

En todos tiempos, esta provincia ha manifestado un espíritu de rivalidad contra Santiago; porque adolecia del resabio que causa verse en un rango inferior, y que dejenera en envidia. En aquella época, tenia, ademas de esto, ciertos humos de federalismo, y deseaba despojar á la capital de su centralizacion. El cabildo de Concepcion no se habia manifestado, á principios del

siglo, tan dispuesto á aceptar la oferta jenerosa que le hizo el jeneral Cruz de emprender un viaje de esploracion hasta Buenos-Aires, sino porque tenia por principal interes el quitar á su rival aquella via, y adquirir para la provincia un grande influjo estableciendo un comercio directo con aquel vireynato.

Por consiguiente, tenia ya una cierta tendencia á separarse de ella, y si á esta disposicion de ánimo se añade el mucho prestijio que tenia Rosas en el país, se verá que no le era difícil á este buen patriota el hacer que su provincia participase de sus resentimientos y rencores, el atraerla toda ella á sus intereses, sublevarla contra el gobierno de Santiago y constituirla independiente bajo la tutela de personas influyentes del país. En efecto, fué lo que hizo el 5 de setiembre, el dia siguiente mismo que otra revolucion sacaba triunfante su partido en Santiago (1).

Despues del último acontecimiento de esta capital, que armonizaba la política de las dos provincias y la sometia á una igualdad de ideas y de opiniones, Rosas hubiera debido renunciar á sus proyectos subversivos, disolviendo una junta ilegal, y volviendo á Santiago para emplearse en los asuntos públicos, como miembro del poder ejecutivo. Pero ya entonces el espíritu ambicioso de los hermanos Carrera se habia abierto paso; ya el proyecto que tenian de subyugar al país no era un misterio, y los diputados del sur que habian quedado en Santiago, lejos de llamarle, le aconsejaban al contrario se fortificase en Concepcion para imponer respeto al nuevo partido que muy pronto tendria que combatir.

(1) Se formó una junta compuesta de Pedro José Benavente, Juan Rosas, Bernardo Vergara y Luis Cruz, y cuyo secretario fué Santiago Fernandez.

Es verdad que esta provincia no fué la sola que obró por influjo de Rosas. La de Valdivia se sublevó tambien, y lo mas particular fué que los miembros del clero fueron los autores principales de la sublevacion. Para eso, aguardaron un dia de fiesta al salir de misa, momento en que los conjurados se habian de hallar naturalmente reunidos para su ejecucion, y el cura vicario Isidro Pineda, con el capellan Elipsegui, algunos otros clérigos y los conjurados, corrieron á casa del gobernador Alejandro Eagar, y lo arrestaron, así como tambien al capitan de injenieros don Miguel María de Atero, los cuales no hicieron mucha resistencia luego que supieron que las tropas apoyaban aquel movimiento.

Acto continuo, por decirlo así, fué instalada una junta semejante á la de Concepcion (1), y se embargó el buque de un comerciante, Ant. Quintanilla, que se hallaba allí de paso, para trasportar los dos presos á Talcahuano bajo la escolta del teniente Juan Manuel de Lorca con doce soldados (2).

La nueva de estas insurrecciones habia llegado brevemente á Santiago. Todos hablaban de ellas libremente, y cada cual las exajeraba ó las atenuaba segun favorecian ó perjudicaban á sus intereses. Al principio, se creyó que todo se reducia á un pronunciamiento de principios de federacion, y que sus autores se manten-

(1) Compuesta del coronel graduado Ventura Carvallo, del párroco Isidro Pineda, de don Jaime de la Guardia, don Vicente Gomez, don Juan de Dios Cuevas y de don Pedro José Elipsegui capellan del hospital de Valdivia.

(2) Apenas el buque se halló fuera del puerto, Eagar, viendo á los granaderos mareados, aprovechó de aquel instante para ofrecer á Saturnino Perez, español, 3000 p. de recompensa, y 600 á su segundo, igualmente español, si los trasportaban á Chiloe. La oferta fué aceptada, y resultó que el teniente Lorca se halló él mismo preso, y enviado, poco tiempo despues, á Lima.

Convers. con don Pedro Martinez Pinel.

drian sobre la defensiva; pero muy luego los hermanos Carrera interceptaron un oficio de la junta de Concepcion dirijido en secreto al presidente del congreso, en el que le ofrecia tropas para el recobro de su autoridad.

Dos dias despues, la misma junta, echando á un lado reparos y temores, enviaba franca y ostensiblemente un pliego lleno de reconvenciones y de amenazas al nuevo poder ejecutivo, manifestando con entereza: « Que aquella junta y toda la provincia están en ánimo de preparar un ejército que vaya á restablecer la autoridad del congreso (1). »

Al leer este oficio, Miguel Carrera tuvo mucho trabajo en contener su jenio altivo y fogoso. En toda otra circunstancia se hubiera dejado llevar de su humor belicoso, y habria ido incontinenti á batirse con su adversario; pero sabia que este podia apoyarse sobre una provincia entera y sobre un ejército bien disciplinado, al paso que él no podia contar mas que con pocas tropas, y tenia por enemigos á los realistas, que no le perdonaban el que los hubiese dejado burlados; á los conservadores, que lo tachaban de ser demasiado ambicioso y turbulento, y, enfin, á los radicales, que eran numerosos, y que no esperaban mas que por la marcha de Rosas para levantar la cabeza y entrar en el movimiento. Su posicion era, por consiguiente, muy crítica; el mas pequeño reves de la suerte podia desencadenar todos los partidos contra él y prefirió violentarse y obrar con prudente circunspeccion. Afortunadamente para él, se le presentó una ocasion bastante favorable para salir, á lo menos momentáneamente, del mal paso.

O'Higgins continuaba pidiendo con instancia su se-

(1) Épocas y hechos memorables de la revolucion de Chile. Mss.

paracion del poder y el permiso de volver á su provincia para restablecer su salud, que estaba lejos de ser buena. Carrera pensó que interesándole en su propia causa podria sacar de él muy buen partido, y le propuso sus poderes para ver de conciliar con Rosas los puntos de contestacion que tenia con él, y arreglar pacíficamente los intereses de la república. Aceptada la proposicion por O'Higgins, Carrera le pasó un oficio credencial autorizándole á hablar en nombre de la junta, y recomendándose al mismo tiempo á sus virtudes, talento y patriotismo (1).

Pero Carrera no se contentó con esto, sino que, como hombre de nervio y de prevision, destacó algunos dias despues una coluna de observacion de doscientos veteranos al mando de su padre don Ignacio, dándole por asesor y secretario á don Gabriel Tocornal, y él mismo se entregó con celo y premura al cuidado de reunir los elementos necesarios para la organizacion de un ejército. « La inspeccion de caballería recibió una buena organizacion. El batallon de granaderos se elevó á la respetable fuerza de 1200 plazas. Se reformó el cuerpo de 300 dragones por inútiles, y se levantó el de la guardia nacional de 500 plazas. Se quitó á los frailes de San Diego el convento y se hizo de él un escelente cuartel de caballería. Se fabricaron 10,000 lanzas, 1,500 tiendas de campaña, vestuarios y monturas para todos los cuerpos, municiones de todas clases, y, por último, cuanto se necesitaba para la defensa del país (2). »

Estos grandes preparativos militares, que se continuaban activa é incesantemente, fueron un justo motivo

(1) Documentos publicados en el Perú, por Juan Ascensio.
(2) Diario de Miguel Carrera.

de descontento para la provincia de Concepcion, aun penetrada de las palabras de paz que le acababa de llevar don Bernardo O'Higgins, y se reunió en aquella capital de la provincia una asamblea cantonal para deliberar acerca de los intereses del país, y obligar por medios legales á Carrera á abrir nuevas elecciones para la formacion de un congreso.

Sobre este punto todos los diputados habian estado de unánime acuerdo, y ya uno de ellos habia sido nombrado para llevar aquella decision á la junta de Santiago, cuando de repente recibieron aviso de que el brigadier don Ignacio Carrera habia avanzado con fuerzas hasta Talca con el solo objeto, segun él decia, de vijilar por la seguridad de ellos mismos.

Era esta una especie de provocacion que ponia á la junta en la necesidad de tomar tambien una actitud defensiva, y fué destacado incontinenti el teniente coronel don Manuel Serrano con cien dragones para ir á campar á la orilla meridional del Maule.

Por otro lado, se dieron órdenes para reunir las tropas, y O'Higgins, que habia sido nombrado inspector de las milicias de la Laja, marchó á disponerlas á todo evento despues de haber escrito á Carrera los motivos de cuanto sucedia, declarándole que su posicion en aquel instante era incompatible con la mision que se habia servido darle.

Por todo esto se ve que los dos partidos estaban ya casi decididos á la guerra; que habia en los jefes el mismo espíritu, la misma tendencia y las mismas pretensiones; pero, ¿ cuales eran los fines?

Sin duda, estos fines no eran el combatir un enemigo ni un principio, puesto que militaban bajo la misma

bandera, obraban bajo las mismas inspiraciones y ambos querian el bien del país, la felicidad de la patria; pero, desgraciadamente, conforme á sus diversos intereses, á su vanidad y vanagloria. Tal era la causa de una lucha que ya dejeneraba en guerra civil, pues, desde aquel instante, cortaron su correspondencia, y sus tropas marchaban unas contra otras (1).

El 9 de marzo, el brigadier Juan José Carrera salia de Santiago á la cabeza de 900 veteranos y 200 caballos. Su hermano Miguel le seguia de muy cerca con plenos poderes para terminar amicalmente aquella pueril discusion, y el otro hermano Luis, entonces convaleciente, debia ir á reunirse con ellos con su artillería. Así, por parte de Santiago, todo estaba en movimiento y los soldados iban llenos de entusiasmo y de deseos de batirse.

Por el lado de Concepcion, este entusiasmo no era menor. La provincia entera se puso en pié con las proclamas de Rosas y de Francisco Calderon. Cada villa, cada canton se apresuró á dar su continjente de milicianos. Casi todos sus soldados quedaron sobre las armas en sus respectivos cantones, y tres mil quinientos sa-

(1) En una de sus cartas á Rosas, cuya copia tenemos, Miguel Carrera alega por motivo de la disolucion del congreso su incapacidad de llenar su mision, sin pensar de ningun modo en elaborar una constitucion, objeto de los mas urjentes, malgastando un tiempo precioso en *personalidades indecentes y etiquetas ridículas*, y luego añade :

« V. se engañó fatalmente cuando provocó el congreso en un reino sin opinion, sin espíritu público, sin ilustracion, sin virtudes civiles y aun sin conocimiento de los primeros deberes del hombre. Lo ha tocado V. mismo, y suspender este congreso era el medio único decente y adaptable ; y convengamos que Chile, y acaso todo el sur, solo es compatible con un gobierno nervioso, ilustrado, que mientras provee con la mayor ejecucion á su seguridad, disponga por institutos nacionales unos pueblos insensibles para que salgan al estado de hombres. »

lieron á reunirse en Chillan, con sus jefes y oficiales. Estas tropas eran los lanceros de la frontera con sus lanzas, laquis y coletas, mandados por el valiente O'Higgins; los dragones de Linares, mandados por Benavente; el batallon de infantería de Chillan á las órdenes del capitan de granaderos don Clemente Lantaño, por estar ausente su comandante don Julian Ulmeneta; y muy luego se le juntaron el batallon de Concepcion, los dragones de la frontera y algunas piezas de artillería mandadas por Juan Zapatero.

Hallándose los jefes reunidos, se pensó en formar un consejo de guerra para tratar de las consecuencias que podria tener cierto ruido, esparcido por un Franciscano, de que Carrera proyectaba revolucionar la provincia y ponerla á fuego y á sangre. En dicho consejo, se decidió que se fuese á campar á la villa de Linares y que Rosas, con algunas tropas, marchase á las orillas del Maule para tener una entrevista con Carrera, entrevista que el mismo Carrera deseaba con anhelo.

La providencia quiso infundir prudencia á aquellos buenos corazones, que las pasiones habian enconado uno contra otro, y esta entrevista se verificó en el Fuerte viejo, al norte del Rio Maule, convertido, en aquella ocasion, en una especie de Rubicondo para los dos ambiciosos opuestos. Despues de haberse prometido, recíprocamente, sincera y franca amistad, entraron en conferencia. Hablando Rosas en nombre de la Asamblea, pidió la aceptacion del tratado que por el conducto de su delegado O'Higgins le habia sido enviado, y en el cual se estipulaba la convocacion de un congreso, el nombramiento de un nuevo poder ejecutivo y sobretodo el esablecimiento de un gobierno realmente representativo.

Carrera admitió sin dificultad la eleccion de un nuevo congreso, pero no el nombramiento de un nuevo poder ejecutivo, en el cual temia no ser comprendido, y, por el hecho, hizo toda discusion inútil. Sus palabras vagas, subversivas y aun capciosas pusieron en cuidado á Rosas, que al reunirse con su estado mayor, no pudo menos de manifestar alguna desconfianza sobre las intenciones de Carrera (1). Sinembargo, emplazaron segunda conferencia, que debia verificarse en la villa de Talca, la cual se hallaba en el centro de la posicion del ejército de Santiago. La aceptacion de esta nueva entrevista era imprudente de la parte de Rosas, que ya sospechaba algun artificio en su rival; pero sin duda no se decidió á creerle capaz de un acto de felonía. Noobstante, su estado mayor, fundándose en que en la guerra, la prudencia es una de las principales virtudes de un jefe, le manifestó una respetuosa desaprobacion. O'Higgins sobretodo se mostró desconfiado, temió la lentitud y aun tambien la imposibilidad de un tratado, y animado de un ardiente deseo de s lir de dudas, pidió los cuatrocientos dragones que habian acompañado á Rosas, y los cuatro batallones, de cien hombres cada uno, de su rejimiento de lanceros, y con estos ochocientos hombres se propuso causar una poderosa diversion en el ejército enemigo.

Su plan era ir á pasar el Rio á la parte de las Cordilleras y marchar al norte para cortarlo y apoderarse de la artillería, que se hallaba mal ordenada entre San Fernando y Curico. En esta sorpresa, esperaba tambien hacer prisioneros algunos granaderos que se hallaban

(1) Convers. con don Bern. O'Higgins.

cerca de esta última villa, é incorporándolos con sus tropas, marchar directamente sobre la capital.

Este proyecto era atrevido, grande pero no imposible, especialmente como concepcion de un militar muy capaz de llevarlo á ejecucion; pero Rosas no era militar y no podia hallarlo de su gusto. Ardiente en discusiones, valiente tambien con los ladrones y asesinos, de los cuales era, en seguida, juez, este se sentia muy intimidado al verse al frente de un batallon. Por lo mismo, prefirió continuar su negociacion por medio de la correspondencia de oficio (1).

O'Higgins se encargó de llevar, al dia siguiente 28 de abril, un oficio á Carrera induciéndole á que fuese á Linares en donde la Junta de Concepcion se reunia para terminar aquellos debates, y en caso de impedimento, á terminarlos por correspondencia:

« El oríjen, principio y fundamento único de nuestras diferencias (decia), consiste en la no ratificacion del convenio del 12 de enero. En el oficio de V. S. á la junta, de 27 del corriente, asegura trae poderes bastantes para terminar este negocio. Trátese de él, ante todas cosas: ratifíquelo V. S. desde esa y todo está acabado. Si hay reparos que oponer á algunos de sus capítulos, V. S. señale cuales son con espresion y claridad para contestarlos, y allanar los medios de que concluyamos en breve. Si hay otro medio de comunicacion, propóngalo V. S., que yo estoy llano y pronto á todo (2). »

Los mismos motivos de prudencia que habian impedido á Rosas de ir á Talca, indujeron á Carrera á no ir á Linares; pero recibió con las mayores demostraciones

(1) Conversacion con don Bern. O'Higgins.
(2) Oficio de don Juan Rosas á Miguel Carrera.

de afecto á O'Higgins, á quien prometió una respuesta categórica para el dia siguiente. Esta respuesta , que no llegó hasta tres dias despues, era muy propia á tranquilizar los espíritus. Carrera admitia , en ella, la mayor parte de los artículos del tratado (1) ; pero queria dejar á la deliberacion del nuevo congreso los que ofrecian alguna dificultad, lo cual fué aprobado por Rosas ; de suerte que al cabo de algunos dias, ya estaban de acuerdo y convenian en que hubiese suspension de armas, y en que los dos ejércitos regresasen á sus cuarteles respectivos (2).

Así se terminó esta querella que se presentaba, á primera vista, tan borrascosa y que concluyó del modo mas político dejando esperar el restablecimiento del estado normal de las cosas, cuando dos contrarevoluciones sobrevinieron para arruinar uno de los dos partidos con provecho del otro.

La primera fué la que hicieron los realistas en la junta de Valdivia. Poco satisfechos de las nuevas que llegaban de Concepcion y de Santiago, temiendo los resultados de la anarquía y no queriendo entregarse á Rosas, juzgaron oportuno operar una contrarevolucion para poner la provincia á la devocion de Miguel Carrera, que creian era el jefe del partido realista. Para llegar á su fin, ganaron primero á las tropas con promesas pecuniarias, y el 16 de marzo á las dos de la mañana, se verificó el alzamiento contra la junta, á los gritos de viva el Rey, viva la Relijion, viva el presidente Miguel Carrera.

(1) Veolo en los documentos.

(2) Este tratado fué desaprobado por muchos, y particularmente por Antonio Pinto, el cual escribia de Buenos-Aires á Man. Rodriguez que Carrera hubiera debido no tratar, y obrar con firmeza contra Rosas. (Carta particular á Man. Rodriguez.)

Muchos de los miembros fueron arrestados y enviados á Concepcion, entre ellos el capellan don Pedro José Eleyzegui, que era uno de los exaltados. Otros quedaron en Valdivia. Uno, don Jayme Guarda, pudo escaparse y atravesar la Araucania.

Esta junta así disuelta, se formó otra con el nombre de junta de guerra, y cuyo presidente fué don Ventura Carvallo coronel graduado, con José Antonio Martinez de secretario. En seguida, se pensó en poner la provincia en estado de defensa. Se restituyeron los empleos á los empleados que los habian perdido, y se remitió un parte circunstanciado al gobierno de todo lo sucedido.

En el momento mismo en que Carrera arreglaba en Talca los preliminares de paz con Rosas, recibió la noticia de la contrarevolucion de Valdivia y del entusiasmo con que lo habian proclamado presidente de la real Audiencia. Por muy lisonjero que le fuese este título, no por eso dejó de sentir el error que padecian cuando aun pensaban en el gobierno caido, y, en su respuesta, despues de manifestarse reconocido, les dice cuanto siente que « aun no les haya llegado la opinion de la patria. Discordan (añadia) nuestros pensamientos en el sistema; y Chile que á toda costa no perdonará medio que conduzca á su rejeneracion, á su libertad y á su felicidad, sufre con dolor la desgracia de no haber alcanzado con las ideas de su profesion al corazon de los patriotas de Valdivia (1). »

La respuesta del gobierno fué aun mucho mas esplícita: « No hemos podido, les decia, menos de resentirnos y cubrirnos del mayor dolor y vergüenza al llegar á la proclamacion de la rejencia de España y de un presidente

(1) La Aurora de Chile, nº 22.

del reino. Uno es la opinion de la patria, otro su órden, otro su gobierno y otras sus intenciones..... En Chile no hay presidente, ni el reino se somete á la rejencia de España. Su institucion, su órden y su poder están revestidos de las nulidades y vicios que proclama Valdivia contra su junta, y porque la destrozó y acabó (1). »

Pero á pesar de la discrecion de su lenguaje, y de haberles anunciado una remesa de dinero, los miembros de la nueva junta resolvieron desembarazarse de todas las travas revolucionarias y restablecer el antiguo gobierno, para lo cual pidieron á don Ignacio Justis, gobernador de Chiloe, un socorro de hombres, que les fueron enviados en número de doscientos soldados al mando del capitan de granaderos don Francisco Arenas, el mismo que, poco tiempo despues, fué nombrado gobernador de Valdivia, cuando esta plaza, separándose enteramente del gobierno de Santiago, se sometió al virey del Perú.

La otra contrarevolucion fué de mucha mas importancia aun para la suerte política de Carrera, puesto que se efectuó contra su poderoso rival. Su oríjen fué la penuria de dinero en que se hallaba la tesorería de la provincia de Concepcion despues que Santiago le habia rehusado todo situado, y los grandes gastos que habian sido indispensables para mantener sobre las armas el gran número de milicianos que debian marchar sobre Talca á la primera señal (2). Desde entonces, viéndose forzados á no dar á los veteranos mas que la mitad de la paga, estos manifestaron su descontento, del que los realistas y algunos patriotas opuestos á Rosas supieron

(1) La Aurora de Chile, nº 22.
(2) Conv. con don Bern. O'Higgins.

aprovecharse. En efecto, el 8 de julio, á las diez de la noche, don Juan Miguel de Benavente, sarjento mayor del cuerpo de dragones, don Ramon Ximenez, sarjento mayor del batallon de infantería, y don José Zapatero, capitan del real de artillería, reunieron sus tropas en la plaza, poniendo centinelas en todas las esquinas con órden de no dejar salir á nadie, y en el mismo momento mandaron á los dragones arrestar á todos los miembros de la junta, que mantuvieron en arresto, á la disposicion del gobierno de Santiago.

El dia siguiente, nombraron otra junta que fué enteramente militar (1), que repuso en sus empleos á todas las personas á quienes se les habian quitado, y que se aplicó á tomar las mas útiles precauciones para hacer vanas todas las tentativas posibles de reaccion. Los soldados continuaron bivaqueando en la plaza, en medio de la cual, á cielo descubierto, el capellan les decia misa como si estuviesen á la vista del enemigo, y se formó una compañía de personas las mas notables y afectas á la nueva junta para redoblar de vijilancia y aliviar la fatiga de los soldados. El conde de Marquina fué nombrado capitan de dicha compañía, y su teniente y alférez fueron don Xavier Manzano y don Martin Plaza de los Reyes, el primero teniente coronel del ejército, y el segundo coronel de milicias. Todos cuantos eran contrarios y podian perjudicar al nuevo poder fueron espulsados de la ciudad; el teniente de artillería Fer. Zorrilla fué enviado á Arauco, y José Eleyzegui arrestado, como convencido de haber ofrecido 14,000 p. á los sol-

(1) Compuesta de don Pedro José Benavente como presidente; don Juan Miguel Benavente, vice-presidente; de don Ramon Ximenez y del capitan de dragones don José Maria Artiga, como vocales. El secretario era el capitan de infantería don Luis Garreton.

dados si querian apoderarse de la artillería (1). Este Eleyzegui era cuñado del vocal Bernardo Vergara, y el mismo sacerdote que era miembro de la junta de Valdivia, y que, seis horas despues de su caida, se habia visto obligado á refujiarse á Concepcion. De un jenio inquieto y muy liberal, tenia por la independencia de su país el fervor de un apóstol y el valor de un mártir. Por eso, á pesar de los engaños que padeció, no dejó de ser uno de los primeros á conspirar contra cuantos creia enemigos de las libertades proclamadas.

(1) Relacion de las novedades ocurridas, en 1812, en Concepcion. Mss.

CAPITULO XVIII.

Los habitantes de Santiago saben con satisfaccion el tratado de paz de los dos pretendientes, y posteriormente la disolucion de la junta de Concepcion y el arresto de sus miembros. — Llegada de estos á Santiago.— Su destierro. — Rosas marcha para Mendoza, en donde fallece.— M. Carrera aumenta el número de sus tropas.— Su prodigalidad en sus gastos.— Los grados superiores en el ejército son dados á su familia.— El poder ejecutivo da su principal atencion á las administraciones civiles. — Proyecto de empadronamiento.— Decreto para la fundacion de escuelas gratúitas.— Instituto nacional. — Llega una imprenta á Chile. — Camilo Henriquez. — La Aurora, primer diario de Chile.— Su espíritu liberal y subversivo. — Su influencia en favor del movimiento.— El poder ejecutivo aprovecha todas las ocasiones para atraer el pueblo á su partido. — Recibimiento de Poinsett como consul jeneral de los Estados Unidos.— Aniversario del 18 de setiembre.— Bandera nacional y su escudo. — Grande pronunciamiento en favor de la libertad y de la independencia.

Al tiempo de la salida de Miguel Carrera para ir á disputar el poder á su poderoso adversario, y restablecer la unidad nacional bastante comprometida, el público de Santiago estaba jeneralmente desasosegado. El carácter ambicioso y resuelto de estos dos jefes era muy conocido y todos temian que la lucha fuese larga, obstinada, y que ocasionase una guerra civil, tanto mas de temer cuanto la rivalidad de las dos provincias podia contribuir á que fuese mas encarnizada. Algunas personas de influjo se habian ofrecido para ir á mediar y conseguir que se terminasen de un modo amical aquellas pueriles discusiones. Otros, probablemente con diferente objeto, habian hecho lo posible para formar una conspiracion que no tuvo consecuencias pero que, tal vez, obligó á Carrera á irse con ideas mas prudentes y mas moderadas respecto á su modo de conducirse. En todo

caso, el pueblo estaba con mucha zozobra y manifestaba sus temores con quejas y con libelos. Así se hallaba atormentado por crueles presentimientos cuando recibió el anuncio de la conclusion de la disputa.

Esta noticia, que llegó en el momento en que se acababa de saber el insignificante resultado de la primera entrevista, causó el mas vivo contento á los habitantes de Santiago; porque á todos les pareció que era de un feliz agüero para el próximo restablecimiento de la tranquilidad pública y se felicitaban de aquel acontecimiento, bien que estuviese aun lejos de su conclusion. Estaban todos tan cansados de un estado tal de incertidumbre, que muchos de los partidarios mismos de Rosas echaron á un lado sus resentimientos y salieron al encuentro del triunfador, que reunia, decian ellos, el mérito de hombre político al de militar. Su recibimiento en la ciudad fué tan brillante como síncero, y le acompañaron hasta su casa con demostraciones de afecto jeneral. Sus tropas tuvieron tambien parte en aquella ovacion y pudieron gozar del entusiasmo con que todos salieron á recibirlas.

Pero este júbilo fué aun mucho mayor cuando, el dia 12 de julio, se supo la contrarevolucion que las tropas habian operado disolviendo la junta de Concepcion y arrestando á todos sus miembros. Esta noticia, que dejaba á Carrera solo dueño del poder, fué recibida con grandes muestras de alegría, y celebrada, durante muchos dias, con funciones, iluminaciones, salvas de artillería y repique de campanas. Muchas personas firmaron y enviaron, luego despues, una acta de felicitaciones al gobierno, el cual se apresuró á reclamar los prisioneros, áfin de ponerlos en la imposibilidad de rescatarse, diciendo á la junta de guerra de Concepcion :

« Hará V. S. que el brigadier don Juan Martinez de Rosas pase inmediatamente á esta capital bajo su palabra de honor, acompañado de un oficial, remitiendo á los demas con una escolta que haga su seguridad individual sin mengua de su carácter y destinos (1). »

No eran menos los deseos que tenia la junta de Concepcion de desembarazarse de aquellos ilustres prisioneros, los cuales, por sus relaciones de parentesco, su influencia y su talento, podian fácilmente eludir su autoridad y su vijilancia, y se apresuró á dar la órden de su marcha. Entre ellos, iban : el coronel Luis de la Cruz, el capitan de milicias don Bernardo Vergara, el licenciado don Manuel Novoa, todos miembros de la junta disuelta, y don Francisco Calderon comandante de infantería.

En cuanto á Rosas, no se juzgó oportuno que entrase en Santiago, y al llegar al rio Maypu, se encontró con un oficial que tenia órden de conducirlo á San Vicente, hacienda de Carrera, en donde fué muy bien tratado y visitado por muchos de sus amigos. Dos meses despues, es decir, el 10 de octubre, recibió la noticia que lo iban á desterrar á Mendoza. La órden de su salida para dicha ciudad se redujo á un simple pasaporte que espresaba por motivo de su viaje el arreglo de asuntos de familia, y, en efecto, salió inmediatamente sin haber podido obtener algunos dias de dilacion.

Los habitantes de Mendoza le recibieron con todos los miramientos debidos á su rango y á su mérito, y en breve se vió el hombre público del país, nombrado presidente de la sociedad patriótica literaria que acababa

(1) Contestacion al oficio de la junta de guerra de Concepcion. (Aurora extraord., nº 24.)

de ser fundada. Desgraciadamente, no pudo disfrutar mucho de todos estos honores, pues profundamente conmovido de los sucesos, y aun tambien disgustado de verse ausente de su familia y de esta su segunda patria, que en su acendrado afecto consideraba como su verdadera nacion, se dejó llevar de pensamientos melancólicos, y el mal de hipocondria se lo llevó al cabo de algunos meses. Así acabó aquel grande hombre, á quien la patria debe el primer desarrollo de su fuerza y de su conciencia, y que se puede considerar como padre de la independencia chilena (1).

En cuanto á sus compañeros, estos fueron mas felices y permanecieron en su país, bien que relegados en las villas de lo interior. Don Luis de la Cruz fué confinado á Illapel; Vergara, á Melipilla; Novoa, á Quillota; y Calderon, al Huasco. Este último no era miembro de la junta, pero la sostenia con todo su poder como jefe de batallon de infantería de la frontera, empleo que habia obtenido á consecuencia de la destitucion del conde de la Marquina.

En tiempos de grandes conmociones políticas, las mayores y mas repugnantes injusticias pasan, por decirlo así, incógnitas, porque el egoismo natural junto con

(1) Hizo, ademas, grandes servicios al país, como abogado hábil, y administrador celoso. Nadie ignora con qué ardor perseguia á los ladrones cuando era asesor del intendente de Concepcion, y el mucho bien que hizo á la ciudad, ya hermoseándola y ya asanándola secando algunas lagunas. Como hombre de talento, era el oráculo de todos los habitantes de la provincia, y á pesar de sus ideas muy avanzadas, y muy atacadas por los realistas, Carrasco no habia dudado en tomarlo por su asesor particular. En suma, su renombre era tan bien merecido, que en 1798, cuando José María Luxan, fiscal de la real academia práctica forense de Santiago, le dió un certificado de sus méritos, no pudo menos de espresarse en términos los mas honrosos en favor de sus « ajigantados talentos, hasta el grado de hacerse respetar entre los mas sabios maestros, etc., etc. »

las pasiones de los partidos, y el temor de los riesgos que cada uno corre, hace que nadie piensa mas que en su propio interes, dejando con indiferencia que los demas sufran su suerte. Así sucedió que el destierro de Rosas, que en este instante inspira justa indignacion, fué mirado en aquel tiempo de turbacion con la mayor frialdad, y sin el menor sentimiento, casi todos abrazando la causa del hombre que ofrecia mas garantías contra los elementos de anarquía que amenazaban la tranquilidad pública. Hablando del jefe del estado, todos se espresaban con cierta especie de cortesía, sincera ó afectada, pero muy conveniente en aquel momento, en que se necesitaba conciliar intereses opuestos, aquietar las pasiones y recomendar á los hombres capaces aquellas instituciones que pedian tanta atencion y tantas reformas. Haciéndose, en cierto modo, jefe de la república, Miguel Carrera tomaba sobre sí una grave responsabilidad, y nadie mejor que él podia dirijir el carro del estado por la verdadera via que debia seguir. Con sus arranques que causaban tanto entusiasmo; con la actividad de sus movimientos; con el nervio patriótico que tenia y que daba tanto aliento al patriotismo y, enfin, con la aceptacion jeneral que gozaba, estaba, en el mas alto grado, obligado á llenar con honor y gloriosamente sus sagrados deberes.

Ademas, la suerte le era sumamente propicia. Gracias á sus campañas de España, Carrera era el verdadero jenio marcial de la república y tenia una grande superioridad sobre los demas jefes, sin esceptuar los que disfrutaban mayores grados que el suyo. Las tropas le amaban, y los oficiales se hicieron al instante sus afectísimos amigos y sus compañeros en pasatiempos pue-

riles, que estaban muy lejos de merecer la aprobacion de los hombres de juicio. Reflexionando sobre los riesgos á que estaba espuesto el país, ya por ambicion de los partidos, ya por la posibilidad de una invasion española, creyó oportuno dar un impulso militar á las instituciones, y aun tambien á la educacion de la juventud, sembrando, por el hecho, la carrera del defensor de la patria de los mas insignes honores (1). Tambien formó nuevos cuerpos de milicias que entregó, desde luego, á la instruccion y á la disciplina, y nuevos batallones de veteranos; y mandó que el jefe supremo tuviese una guardia de honor, bajo el nombre de gran guardia ó guardia nacional (2), compuesta de un escuadron de husares, de los cuales se nombró él mismo comandante, perfectamente equipados, lo cual ocasionó zelos en los demas cuerpos, que noobstante ocupaban igualmente su atencion; porque, por lo mismo que habia visto tropas perfectamente vestidas, deseaba poner en el mismo pié á las de Chile, no solo en cuanto al brillo esterior que realza al soldado á sus propios ojos, sino tambien en su trato interior, y este fué el motivo que tuvo para levantar una caserna á los huérfanos, bajo un plan demasiado vasto y costoso para que fuese posible ejecutarlo nunca completamente.

Esta especie de lujo de construccion y de equipo habia ocasionado grandes gastos que el país no estaba en estado de sobrellevar; porque todo cuanto se necesitaba

(1) Como despues de la revolucion, muchos que no eran militares llevaban uniformes, galones y charreteras, cosa realmente escandalosa, mandó formar una junta de jefes «para que rejistre y reconozca los títulos que documenten á cada uno su uso, privando de él á los que no los tengan.» (Oficio del 27 de febrero 1812, en la Aurora, nº 5, extraord.)

(2) Compuesta de soldados de caballería lijera que debian ejercitarse en el manejo de la tercerola, de la pistola y del sable, que eran sus armas. La fuerza efectiva del cuerpo era de 438 h.

estaba sumamente caro, y si á esto se añaden los pocos ingresos del fisco, y la pobreza del país mismo, se verá que la tesorería no podia menos de hallarse muy pronto en el mayor apuro, y, en efecto, hubo que recurrir á donativos; pero si unos se apresuraban á mostrarse jenerosos, otros, en jeneral, lo hacian con bastante repugnancia, porque el carácter económico del chileno no le permitia mirar con indiferencia la grande prodigalidad que rayaba ya en desperdicio. Sobre esto aun hubo tambien algunos clamores de descontento, y algunos se propasaron á poner en duda la probibad de Miguel Carrera; acusacion injusta, calumnia verdadera en oposicion diametral con el espíritu liberal de un hombre que, noobstante la ambicion que tenia de hacer las cosas con grandeza, manifestaba su abnegacion personal en la sencillez y modestia de su traje.

Con todo eso no nos podemos disimular que habia en esta familia un espíritu de conveniencia egoista, visto que, como ya lo hemos dicho, sus miembros tenian los primeros empleos del ejército, sin duda con el fin de aprovecharse de ellos para dominar. En el espacio solo de algunos meses, el padre y Juan José habian sido promovidos al grado de brigadier; los otros dos hijos eran ya coroneles, y todos, menos el padre, tenian el mando de algun cuerpo. Es verdad que todos estos militares improvisados, por decirlo así, tenian un carácter diferente. Luis era poco ambicioso, y, lo que es mas, tenia poca inclinacion á las armas, segun lo manifestó claramente en todas las acciones en que se halló con las débiles pruebas que dió de sus conocimientos y de su valor. Al contrario, Juan José se ha distinguido siempre por su bizarría, y tenia mucho mas juicio que Juan Miguel, el cual, aun-

que menos valiente que su hermano primero, poseia todo lo que da superioridad, como talento, actividad y sobretodo la preciosa esperiencia adquirida al frente de un enemigo que en aquella época se reputaba un modelo de táctica y de disciplina.

A pesar de estas ventajas, Juan José no podia someterse á su hermano como inferior en grado y de menor edad, porque tenia tambien la conciencia de su mérito, y la jerarquía militar le hacia olvidar los miramientos que debia á un miembro del poder ejecutivo. Así habia á menudo entre ellos discusiones y enconos que el padre procuraba apaciguar, pero se guardaban un rencor que, al cabo, no podia menos de estallar.

Afortunadamente, el estado de confusion en que se hallaba el país no les dejaba lugar para pensar en él. Todas las administraciones, como ya se ha dicho, pedian toda la atencion y todos los cuidados de las autoridades, y por mucho que el ejército le ocupase, Miguel tenia tambien que pensar en la organizacion de los despachos públicos, y en las medidas de reforma que exijia el nuevo estado de la sociedad y de la civilizacion. Pero ya se sabe que las acciones de un guerrero no tienen siempre por guia á la ciencia, y necesitaba consejos de personas que supliesen su insuficencia. Para eso, tuvo el buen tino de escojer sujetos tales como Manuel Salas, Gabriel Tocornal, Juan Egaña, Bernardo Vera y otros, los cuales eran muy capaces de conducirlo por la verdadera senda de los progresos, y por medio de estos buenos patriotas pensó en establecer el órden y la legalidad que despues de algun tiempo no se veian en los actos administrativos.

Pero lo que mas le preocupaba era el establecimiento

de un gobierno fundado en las verdaderas bases de la representacion democrática. Como esta especie de gobierno tiene su oríjen en la eleccion y es de rigorosa justicia que el número de diputados de cada provincia sea proporcionado al de sus habitantes, mandó hacer un empadronamiento jeneral, operacion que nunca se habia hecho mas que con resultados inciertos y aproximativos (1).

La instruccion de la juventud fué tambien un parto de aquellas ideas democráticas segun las cuales el pueblo debia adquirir estensamente el conocimiento de sus derechos para llegar á ejercerlos con dignidad nombrando libremente y con acierto representantes capaces de defender los intereses de la nacion, y de deliberar sobre la promulgacion de las leyes las mas conformes al bien público. Afin de conseguir este resultado, y dar al mismo tiempo al pueblo la instruccion necesaria para el manejo de sus propios y particulares intereses, dispuso que se estableciese en cada convento una escuela gratúita para niños y adultos, y tambien las habia para las jóvenes (2), las cuales, hasta entonces, habian carecido de este medio de enseñanza. Esto en favor del pueblo.

Para las clases pudientes, se pensó en fundar un establecimiento destinado á ser « una escuela central y normal para la difusion y adelantamiento de los conocimientos útiles, y cuyo instituto era dar á la patria ciudadanos que la defiendan, la dirijan, la hagan florecer y le den honor. »

(1) Está en nuestro poder este empadronamiento formado sobre grande escala, pero desgraciadamente le faltan algunas provincias.

(2) Estas iban á aprender á leer y á escribir á casas de señoras, que se interesaban por ellas y las instruian por puro afecto.

Tal fué el oríjen del instituto actual, que no debia abrirse hasta un año despues, y en donde se habian de enseñar todos los ramos de conocimientos por profesores que ademas reunidos en cuerpos científicos, habrian de compulsar los hechos históricos de la república y dar á luz memorias sobre diferentes objetos. Por donde se ve que dicho establecimiento estaba proyectado sobre un gran pié, y que no era puramente de enseñanza sino tambien de progresos, formando una verdadera sociedad académica, que habria tenido miembros honorarios y corresponsales, y en la cual se habian de discutir, perfeccionar y propagar las letras, las ciencias y las artes, en cuanto fuesen relativas á la prosperidad de la nacion.

Ya en aquel tiempo y gracias al esmero que ponian los hombres eminentes en difundir la instruccion, Chile se hallaba poseedor de la maravillosa imprenta, de la cual, con vergüenza para España, habia estado privado hasta entonces. Con este nuevo órgano de la palabra, los grandes patriotas podian hacerse oir de todas las provincias y de los mas recónditos lugares, comunicándoles, de este modo, sus ideas y sus opiniones con provecho de la nacionalidad que querian hacer fructificar. Este propagador de conocimientos humanos habia llegado por el conducto de don Mateo Arnaldo Hævel, recomendable sueco, y un ilustre Chileno, el padre Fray Camilo Henriquez, fué el primero que hizo uso de él.

Nacido en Valdivia, de honrados padres, este buen patriota fué notado, en los primeros años de su adolescencia, por la solidez de su juicio, y el desarrollo de su temprana intelijencia, y era aun muy jóven cuando fué á Lima á tomar el hábito en el convento de los padres

de la Buena Muerte. Allí, encerrado silenciosamente en su celda aprovechó de todo el tiempo en que estaba desocupado para entregarse con meditacion á estudios de que debia resultar tanta utilidad. Muy diferente de otros relijiosos que no alimentaban su espíritu mas que de las sutilezas de la filosofía monástica, el padre Henriquez, al contrario, se dedicó al estudio del derecho natural, dejándose llevar de su inclinacion á la independencia, que ya era el móbil de todas sus acciones. Pero en aquella época de preocupaciones y de sumision, se veia obligado á doblegarse á la supremacia de las máximas teolójicas de que estaba imbuida toda la sociedad, y solo se atrevia á dejar traslucir con la mayor circunspeccion algunos albores de la luz que habia de alumbrar, al fin, á sus compatriotas. Así vivió muchos años violentando su jenio; pero cuando el aire de la libertad empezó á soplar en aquellas rejiones, no pudiendo contenerse ya, rompió el silencio y se espresó de un modo tan gallardo que alarmó al virey, el cual decretó su proscripcion.

Entonces, se fué al reino de Quito, en donde se hallaba el foco de la revolucion, en la que tuvo una parte muy activa; pero obligado á abandonar la cuna de la libertad americana, pensó en traer á su propio país el fruto de sus estudios y de su esperiencia, y, en efecto, desde su llegada á Santiago, empezó á tomar ascendi nte sobre los espíritus, esparciendo sus luces en las sociedades patrióticas á que asistia, animándolas y aun tambien exaltándolas algunas veces; contribuyendo á derribar la Real Audiencia y participando, como consejero, de todos los actos de las diferentes juntas que se succedieron.

. . . .

Cuando el gobierno se halló en posesion del material necesario á las oficinas de una imprenta, no podia hallar un sujeto mas capaz que el Padre Camilo Henriquez para dirijir un periódico, y era justamente tambien lo que deseaba aquel ilustre Chileno, que anhelaba por vivificar la libertad por medio de una instruccion sólida y oportuna. Encargado, por consiguiente, de esta honrosa y peligrosa mision, dió á luz su primer número el 6 de febrero de 1812, dia para siempre memorable en la historia de la revolucion y de la literatura chilenas, por haber sido la línea de demarcacion entre la era de tinieblas y la de la luz, y lo intituló *la Aurora de Chile*, dando á entender que el diario era el precursor de la claridad del dia y de la ilustracion del país.

En el curso de su publicacion, muchas veces tuvo por colaboradores talentos del primer órden tales como Manuel Salas, Bernardo Vera, José Irrizari, Manuel Fernandez y el sueco Hævel, que al principio tradujo del ingles artículos muy interesantes. Pero en jeneral se puede asegurar que el solo Henriquez soportó todo el peso de la redaccion con tanto celo como talento. Sus fines en esta tarea eran eminentemente patrióticos. Lo que él queria era instruir al pueblo sobre sus derechos y sobre la suerte que le aguardaba; despertar en los corazones el amor de la libertad y prepararlos así, poco á poco, al advenimiento de la independencia, que era el objeto principal de sus mas profundas meditaciones. Por esta razon, casi todos sus artículos no son, en el fondo, mas que lecciones sobre cuanto es concerniente á la forma del gobierno democrático, demostrando la imposibilidad en que estaba España de dirijir los intereses y asuntos de un país tan lejano del centro de

direccion, y la necesidad que resultaba para los Chilenos de vijilar ellos mismos por su propia defensa y el buen órden de sus administraciones.

Bien que probablemente estos artículos no fuesen todos de su pluma, se traslucen claramente en ellos su talento y el arte de recopilar nociones diversas para reunirlas en un solo cuadro luminoso de versos latinos ó españoles, como lenguaje el mas propio á persuadir y conmover, ó de prosa gallarda y elocuente, animando á los lectores á mostrarse á cara descubierta dignos hijos de un país libre.

« En el momento, les decia él, en que los pueblos declaran y sostienen su independencia, gozan de la libertad nacional; su libertad civil y política son obra de la constitucion y de las leyes. ¿Y quién puede negarnos la facultad de establecer nuestra libertad interior, ó, lo que es lo mismo, el buen órden y la justicia? Aun nos resentimos de los defectos del antiguo sistema; la ignoranciade tres siglos de barbarie está sobre nosotros, etc., etc. (1). »

En otro número va aun mas lejos, y principia anunciándoles que :

« Ya es tiempo de hablar libremente, de esponer sin vetos los intereses públicos y de que, en medio de un pueblo que debe ser libre, se eleve la voz intrépida de la verdad; ¡época feliz en que se ostenta la administracion amable y honrada por la liberalidad de sus principios!... La verdad nació para reinar sobre todos los seres racionales y debe ser noble y varonil. Ella exalta el espíritu é inspira valor; pero si se necesitan almas fuertes para anunciarla, se necesitan tambien espíritus rectos y

(1) Aurora de Chile, nº 27.

fuertes para recibirla y sufrir su presencia... Tiempo es ya de que cada una de las provincias revolucionadas de América establezca de una vez lo que ha de ser para siempre ; que se declare independiente y libre, ó que proclame la justa posesion de sus eternos derechos. No me detendré en probar que debemos ser libres. Seria un insulto á la dignidad del pueblo americano, dice uno de nuestros políticos, el probar que debe ser independiente. Este es un principio sancionado por la naturaleza, y reconocido por el gran consejo de las naciones imparciales. No nos liga pacto alguno, ni hay convencion que esclavice indefinidamente á todas las jeneraciones; ni hay ceremonia relijiosa prescrita por la violencia del despotismo, que anule los derechos de la naturaleza (1). »

Otras veces, enfin, hacia presentir la grande necesidad de un congreso americano, en estos términos :

« ¿ Alguna vez, un congreso jeneral americano no hará veces de centro? Eso está muy distante, y será una de las maravillas del año 2440; pero yo no soy profeta. La América es muy vasta, y son muy diversos nuestros jenios para que toda ella reciba leyes de un solo cuerpo lejislativo, etc. (2). »

Es preciso hojear las elocuentes y juiciosas pájinas del diario de este ilustre Chileno para ver con que entusiasmo y que convencimiento preparaba el pueblo al nuevo pacto social que debia de tener por consecuencia la independencia absoluta del país. Sus principios, sus ideas, escritos con calor, y un gran talento para persuadir, poniendo alguna vez la relijion de por medio, se esparcian por toda la república, y eran el fanal con-

(1) Aurora de Chile, n° 35.
(2) Aurora de Chile, n° 28.

ductor de aquellas intelijencias débiles y tardías que fluctuaban aun en dudas é incertidumbre, y las conducia insensiblemente al puerto de salvacion. Aun hay memoria del anhelo con que todos esperaban el dia de su aparicion, y de la influencia celestial que tenia en todas las clases de la sociedad, y aun para con los Chilenos realistas, que se vanagloriaban de poseer un diario para quejarse de su violencia.

Los artículos que daban tambien Bernardo Vera y Juan Irrizari no eran ni menos gallardos ni menos apasionados. Tambien ellos escribian, como Camilo Henriquez, bajo la influencia de dos inspiraciones, que eran la del progreso intelectual y la del triunfo de la emancipacion; y para dar esta tendencia á sus escritos, el primero empleaba su númen poético, y el otro su prosa fácil, seria y alguna vez mordaz, bien que respirando siempre convencimiento.

El poder ejecutivo, por su parte, manifestaba el mismo esmero en sostener y propagar las mismas ideas como favorables á sus miras y á sus proyectos. Bien que sus actas fuesen firmadas siempre en nombre de Fernando VII, esta especie de sumision se habia hecho tan ridícula como ilusoria, y nadie guardaba la menor duda acerca de la suerte que iba á tener el país, cuya separacion absoluta de la monarquía española todos esperaban seria anunciada de un dia á otro. Siempre que se presentaban ocasiones para manifestar opiniones las mas radicales, las autoridades no dejaban nunca de aprovecharse de ellas para que obrasen en el espíritu aun indiferente del pueblo. Así, cuando Poinset fué recibido de cónsul jeneral de los Estados Unidos, y Ed. Hævel de vice-cónsul, la ceremonia fué majestuosa

é imponente; todas las autoridades asistieron á ella, y se siguieron regocijos que se repitieron aun con mas esplendor el dia aniversario de la independencia de los Estados-Unidos (1). Lo mismo sucedia siempre que llegaban felices nuevas sobre buenos sucesos de las armas revolucionarias de diferentes comarcas de la América. En estos casos, al punto habia funciones civiles y relijiosas, Te Deum, iluminaciones y salvas de artillería, procurando de esta manera animar á la multitud para atraerla á la santa causa, y sacar partido de ella en caso de necesidad.

Pero la funcion la mas solenne y demostrativa fué sin disputa la que hubo para celebrar el aniversario de la instalacion de la primera junta, funcion que fué trasladada del 18 al 30 de setiembre (2). Ya habia dos meses que la escarapela nacional era tricolor : encarnada, amarilla y azul; pero solo la llevaban algunos militares, y aquel dia se desplegó una bandera de los mismos colores con el escudo de las armas nacionales para eternizar la memoria de aquella era de renovacion. Este escudo, que se acuñó durante muchos años en la moneda del país, fué dibujado, en grande, en el frontispicio de la casa de la moneda, centro de la funcion, y representaba un grupo de montañas por encima de las cuales rayaban los albores del sol que venia á alumbrar este dichoso país. Por exergo tenia dos inscripciones latinas alusivas á la circunstancia; una en la parte su-

(1) El cónsul Poinset dió un gran baile al consulado, y á consecuencia de algunas discusiones que se levantaron entre Chilenos y Anglo Americanos, se vertió sangre y hubo algunos muertos. Esta lucha tuvo lugar en la calle cuando se llevaban presos á los quimeristas.

(2) En aquel instante Miguel Carrera estaba, por decirlo así, reñido con su hermano Juan José, motivo por el cual no asistieron á la funcion ni él ni los oficiales de su cuerpo. Miguel y Luis, que tenian algun recelo, tuvieron á sus rejimientos sobre las armas durante toda la noche. (Diario de Miguel Carrera.)

perior indicando la aurora de la libertad chilena, y la otra en la inferior esplicando que la luz de la libertad venia en pos de las sombras de la noche. Debajo de esta última inscripcion habia otras dos, tambien en latin, de las cuales una, conservada igualmente en el cuño de la moneda, declaraba que los Chilenos habian de ser libres por la razon, ó por la fuerza (1), y la otra no era mas que la repeticion de la segunda, con palabras equivalentes y mas concisamente. Ambas estas inscripciones servian de gráfila á otro escudo en el medio del cual habia un globo sostenido por una coluna y superado de una estrella adoptada por astro de la suerte de Chile.

Si á estas manifestaciones tan ruidosas como espresivas, añadimos el cuidado que se habia puesto en ocultar, en cierto modo, las armas reales grabadas en algunas partes del edificio, veremos que no carecia de fundamento la voz esparcida aquel dia de que se iba á proclamar la independencia. Sinembargo, no se trataba de eso y solo hubo mucho jubilo y muchas esperanzas. En el baile lucidísimo que siguió por la noche en la misma casa de la moneda, todos los convidados parecian poseidos de sentimientos patrióticos que mostraban en todas sus acciones y palabras. Estos mismos sentimientos aparecian algunas veces en trajes insultantes para el nombre real; otras, en conversaciones, cantatas é himnos que inflamaban los corazones y exaltaban los espíritus. Hubo damas que los llevaron á mas

(1) AURORA LIBERTATIS CHILENSIS;
UMBRÆ ET NOCTI
LUX ET LIBERTAS
SUCCEDUNT.
AUT CONSILIIS, AUT ENSE
POST TENEBRAS LUX.

alto punto renegando su oriundez española y presentándose vestidas en un brillante traje de Araucanas.

Por todo esto se ve que el entusiasmo era grande y síncero, y que el país se encaminaba á pasos largos á la independencia. El movimiento se aumentaba cada dia mas con nuevos patriotas, que orgullosos de verse en él, no podian contar ninguna de sus menores particularidades sin que su imajinacion exaltase su amor propio. Ya los partidos y las diferentes opiniones empezaban á transijir y á confundirse. Todos procuraban echarse á la parte del que era la personificacion de la revolucion; y si algunos empleados civiles se mostraban indiferentes ú opuestos al nuevo gobierno, se les obligaba á seguir el ejemplo de los demas y á ponerse la escarapela nacional como símbolo de adesion, real ó finjida. Algunos meses despues, se exijia con tal rigor que todos llevasen esta insignia, que los pagadores tuvieron órden para no pagar á los que faltasen á este deber, ya fuesen civiles ó militares.

CAPITULO XIX.

Pronunciamiento jeneral en favor de la independencia.— Desunion entre José Carrera y Miguel.— Dimision de este del poder ejecutivo.— Es remplazado por su padre.—Reconciliacion de los hermanos.— Desarreglo de las cosas y proyecto de una constitucion. Agustin Vial presenta uno que es adoptado por el gobierno. — Sus bases. — Descontento que causa en Concepcion y en el clero.— Instalacion de un senado.— Nombramiento de dos ministros y de un intendente.— Reformas en el ayuntamiento. — Establecimiento de serenos.— Formacion de una sociedad filantrópica bajo el nombre de sociedad económica de amigos del país.— Fin del año 1812.

Desde el principio de la revolucion nunca se habia visto un pronunciamiento tan jeneral y tan espresivo por la independencia; no parecia sino que una verdadera y síncera alianza de todos los partidos iba á triunfar de todas las enemistades y rivalidades que los dividian, y que en lo sucesivo todos serian responsables con sus acciones de un acontecimiento que hasta entonces habia puesto la fidelidad en hostilidad contra la desgracia. Todo esto era muy propio á inflamar el noble patriotismo de Carrera; pero desgraciadamente, sus bellas intenciones se resentian muchas veces de la inconstancia de su carácter tan móbil que le hacia ser injusto aun con aquellos que podian ayudarle mucho en la ejecucion de sus proyectos. Al adoptar el papel de reformador, ya debia de saber que iba á constituirse, en cierto modo, como fuente y oríjen de todos los acontecimientos futuros, que con razon le serian imputados, y que tendria que violentar su carácter inconstante, caprichoso y que se burlaba de la suerte de la nacion, haciendo y deshaciendo su gobierno, muchas veces por leves moti-

vos. Así vemos, en el espacio de pocos meses, entre sus asociados en el poder ejecutivo personas tales como O'Higgins, Marin, Nicolas de la Cerda, Juan José Aldunate, Manso (1) Portales, Prado, sucediéndose unos á otros sin permanecer mas que el tiempo necesario para dar pruebas de sus nobles inclinaciones á la gravedad y á la moderacion en las ideas, y de no poder, por consiguiente, simpatizar con sus humos esencialmente belicosos, ni con las puerilidades que eran tanto de su gusto. Algunos de ellos, como Manso y Nicolas de la Cerda, habian mas bien caido en el poder que entrado voluntariamente en él; porque eran hombres muy pacíficos, dotados de un verdadero espíritu de conciliacion, detestando los partidos estremados y que no habian jamas consentido en aceptar la mas leve complicidad en sus violencias y escesos.

Pero la desunion que habria podido ser mucho mas grave fué la que se declaró entre Juan Miguel Carrera y Juan José, entre los cuales habia despues de algun tiempo una especie de frialdad, que en realidad no era mas que un efecto de una rivalidad secreta de ambicion. Siendo el primojénito Juan José no queria ser subordinado de su hermano y se quejaba muchas veces de no poder obrar mas que segun este lo juzgaba conveniente. La disciplina y la ordenanza le forzaban á someterse á formalidades que le repugnaban, y no le acomodaba que su hermano diese en todo la preferencia á su gran guardia sobre los demas cuerpos. El descontento de Juan José llegó á ser tal que no quiso ir al gran baile del ani-

(1) El cual era administrador de la aduana de Santiago, y pariente del ilustre Manso, que, por mediados del siglo 18, fué presidente de Chile, y despues virey del Perú.

versario, y que dos dias despues, á las seis de la tarde, mandó retirar los soldados de su batallon que estaban de guardia en la plaza, dejando el puesto abandonado. Antes de ejecutar este acto de insubordinacion habia pasado un oficio bastante insultante á su hermano, que se vió forzado á responderle en los mismos términos, y al mismo tiempo á dar su dimision de miembro del poder ejecutivo.

Esta dimision no podia ser ventajosa á Juan José Carrera, que noobstante ser valiente y buen militar no podia compararse con el que tenia mucha esperiencia y mucho mas talento. Ademas, la posicion respectiva de cada uno de ellos era muy diferente. Juan Miguel era el propagador de la revolucion y poseia el tino y el manejo que no tendia nada menos que á reunir en su sola cabeza los grandes intereses que defendia; porque sentia en su conciencia que podia conducirlos á buen puerto; al paso que Juan José no era mas que un producto de la misma revolucion, formado por circunstancias accesorias, de modo que sus sentidos y potencias lo impelian por una corriente que iba á llevarse toda su existencia. El uno obraba á impulsos de su propio jenio; el otro obedecia á la influencia de los acontecimientos y era mas propio á correr en pos del carro de la República que á conducirlo, y tal vez su enemistad provenia de cierta tendencia que manifestaba á ideas monárquicas. Habiendo contraido matrimonio, no habia mucho tiempo, con una persona cuya familia tenia intereses esencialmente españoles, y á cuya casa iban muchas personas de la misma opinion, Juan José concluyó por seguir la misma corriente y hacer causa comun con ellos.

Por la salida de José Miguel del poder ejecutivo se ha-

cia indispensable nombrar otro miembro que lo remplazase, y no siendo verdaderamente, segun lo hemos visto, la política entonces actual mas que un reflejo que daban los intereses privados de una familia, todos sabian de antemano que dicho nombramiento recaeria necesariamente en uno de sus miembros. Los reaccionarios hubieran querido que recayese en Juan José, y para eso Manso hizo los mayores esfuerzos á fin de que consintiese en aceptarlo; pero no pudo conseguirlo, porque Juan José conocia el jenio fuerte de su hermano, y se obstinó en rehusarlo, bien que procurando fuese nombrado su propio padre, que por su edad avanzada y su debilidad seria fácil de llevar.

Este nombramiento se hizo el 3 de octubre, hallándose el venerable anciano en el campo, á donde su hijo lo fué á buscar, y desde luego fué el punto de mira de los partidarios de tiempos pasados, cuyas intenciones eran nada menos que el dar un impulso retrogrado á los espíritus hácia el antiguo réjimen. Juan José les sirvió de conducto para pedir se quitasen los nobles colores nacionales que habia dos meses eran el símbolo de la dignidad del país, y se remplazasen por los que habia antes de la revolucion. Aun se dijo que el mismo Juan José habia tenido el malhadado pensamiento de inducir al virey Abascal á enviar una espedicion contra Chile, asegurándole que tendria un completo buen éxito (1). Pero todos sus planes fueron burlados por sus dos hermanos, que no dudaron en emplear medios violentos para sostener la causa de la libertad. Mas de una vez sus rejimientos estuvieron formados para combatir el espí-

(1) Diario de Carrera é Hist. mss. de la revolucion de Chile del padre Martinez.

ritu de reaccion (1), cortando el vuelo á los designios imprudentes de su hermano, y procurando ponerlo en la imposibilidad de dañar al sistema establecido por la razon, la justicia y el celo patriótico.

Por medio de todas estas pruebas que dieron de nervio y de tino, y contraminando cuanto se trabajaba bajo de mano para que el padre inclinase hacia los realistas, estos generosos Chilenos consiguieron alejar el peligro que amenazaba á la patria, inspirar á su hermano mejores intenciones y forzarle á reconciliarse con ellos. Poco tiempo despues, manifestó en efecto tener este deseo y se lo dijo así á Poinset y á algunos amigos de la familia Larrain, los cuales hicieron cuanto estaba de su parte para reunirlos y ponerlos de acuerdo. En consecuencia, se decidió que tendrian una entrevista en casa del cónsul americano para anudar el hilo de su amistad, que la rivalidad y tal vez algunos zelos habian enfriado momentáneamente. Llenando así este santo deber, é inspirado, por otra parte, de sentimientos naturales con tan estrecho parentesco, « ya no se trató de otra cosa que de acordar los pasos que debian darse para reformar el gobierno y dar un nuevo ser á nuestra revolucion (2). »

Una de las mas urjentes necesidades que resentia el país era la de una constitucion que pusiese los ciudadanos á cubierto de la arbitrariedad del poder, preservándolo de este modo de toda tendencia al despotismo. Esta era una obra tan delicada como difícil, porque la nacion no presentaba elemento alguno, no teniendo ni

(1) « Acordamos con Luis sostener el sistema á fuerza de sangre si no podia nada la razon, y para ello tomamos todas las medidas y precauciones necesarias. Algunas veces estuvieron los cuerpos sobre las armas con bala en boca.» (Diario de Miguel Carrera.)

(2) Diario de Miguel Carrera.

sujetos, ni ideas, ni principios, y careciendo sobretodo de la esperiencia que debia ser la antorcha de dicha obra. Por lo tanto esta constitucion, como verdadera espresion de los sentimientos del país, no podia menos de presentarse en un estado de infancia y puramente como obra provisional, propia á satisfacer á los muchos que deseaban salir del estado de incertidumbre que tanto los inquietaba (1).

Porque á pesar de tener el gobierno á su cabeza hombres sensatos y enemigos de la anarquía, como todo se pasaba bajo un réjimen algo escepcional y casi militar, se seguia de aquí que muchos empleados subalternos, civiles y militares, obrando en nombre del pueblo soberano, abusaban muchas veces de la libertad en términos verdaderamente licenciosos, atacando la propiedad con escesos que se hacian insoportables (2). En vista de esto, no era pasmoso que hubiese muchos descontentos que pidiesen con instancia la constitucion que habia de definir, fijar y distribuir los poderes políticos de cada uno encerrándose en los límites establecidos por la razon y la justicia.

Esta constitucion, escrita bajo la influencia de la familia Larrain (3), y la primera que la lejislatura chilena

(1) «En cuyo deseo estaban todos acordes, aun los mismos realistas, para salir de un estado de tanta confusion y de tanta incertidumbre y arbitrariedad, sin haber un solo dia que fuese semejante á otro.» (Martinez, Hist. de la rev. de Chile.)

(2) Hist. de Chile del padre Guzman.— Id. del padre Martinez

(3) «Para el mejor acierto se reunieron don Francisco Antonio Perez, don Jaime Zudañez, don Manuel Salas, don Hipólito Villegas, don Francisco de la Lastra y el padre Henriquez, que formaron á su gusto todos los artículos, sin que por nuestra parte se hiciese el menor reparo.»

Esto se ve en el manifiesto de Luis Carrera á los pueblos, pero el 16 de octubre, don Antonio Perez escribia que él era estraño á esta constitucion, lo cual fué afirmado de nuevo por el mismo Luis. (Véanse los manifiestos de 1813 y los nº 85 y 87 del Monitor araucano.)

pueda recordar (1), fué presentada en el mes de agosto por Agustin Vial y entregada á una comision de diputados (2), « para que la examinen, discutan y rectifiquen, conciliando con la gravedad de su importante trascendencia la ejecutiva urjencia de su instalacion. » Bien que no emanase de un congreso y careciese, por esta razon, del prestijio de la legalidad, con todo eso era un gran paso en la nueva política que prometia grandeza y gloria al país, y revestia del carácter de derecho todo cuanto hasta entonces no habia sido mas que un hecho, un pensamiento. Es verdad que tambien sepresentaba, como se ve, aun tímida, disimulada, sometida á la autoridad absurda de un rey estranjero, bien que por una mezcla particular de sutileza y de contradiccion, se proclamase la soberanía popular y se prescribiese en un artículo que « ningun decreto, providencia ú órden que emane de cualquiera autoridad ó tribunales de fuera del territorio de Chile tendrá efecto alguno. » En el preámbulo habia una declaracion de derecho, que surjia de un gran motivo de necesidad, autorizando al país á gobernarse por sus representantes como responsables de su seguridad.

Adoptada por el gobierno á pesar de la repugnancia de algunos de sus miembros, esta constitucion se puso de manifiesto en el consulado para que fuese leida y fir-

(1) En 1811, don Juan Egaña escribió un proyecto de constitucion que el supremo gobierno mandó publicar en 1813. Como ningun documento hace mencion de ella, ni aparece citada en ningun decreto, manuscrito ni obra impresa, no debemos considerarla mas que como parto del año en que fué publicada, y por lo mismo tendremos ocasion de hablar de ella cuando hablemos de aquella época.

(2) Compuesta del canónigo don Pedro Vives, don Francisco Perez, don Manuel Salas, don Fernando Marquez de la Plata, don José Santiago Rodriguez, don Francisco Cisterna y el coronel don Juan de Dios Vial.

mada por el pueblo. Lo mismo se practicó en las provincias, y en todas partes se recibió sin ninguna señal de alegría ni de descontento, menos en Concepcion, en donde fué rechazada por la reaccion realista, que hacia cada dia mas progresos. Despues de la contrarevolucion que algunos militares habian hecho al gobierno de Rosas se habia establecido una junta de guerra que J. Miguel Carrera miraba con temor y que hubiera querido disolver dejando á don Pedro José Benavente de intendente de la provincia; y como habian negado obediencia á su decreto, tuvo por conveniente enviar á don Juan A. Diaz Salcedo y Muñoz como diputado del gobierno « para tratar y cortar toda desavenencia siendo su principal objeto destruirla; aunque no se portó con la dignidad que exijia su encargo y representacion, logró con el influjo de Pedro Benavente revolucionar la tropa, destruir la junta de guerra, apresarla, remitirla á Santiago con muchos de los sospechosos y dejar el mando seguro en manos de don Pedro José Benavente » (1).

Este acto de violencia, que los patriotas mismos reprobaban, aumentó el descontento y dió mas vigor al partido realista, animado debajo de mano por los jefes militares y por las dignidades eclesiásticas. Así sucedió que cuando se recibió el proyecto de constitucion, se alzó un grito de reprobacion que el espíritu de partido procuraba animar con todo su poder. El obispo sobretodo protestó contra todos los artículos y atacó principalmente el primero como contrario al dogma de nuestra santa relijion. En efecto este artículo declaraba que la relijion católica apostólica seria la relijion del estado, pero omitia la palabra *romana*, queriendo sin duda depender

(1) Diario de Miguel Carrera.

menos del Papa, y aun talvez con intencion de instituirse iglesia chilena para apropiarse en lo sucesivo la consagracion de los prelados. Es verdad que sobre este punto el cabildo y clero de Santiago no se mostraron menos escandalizados y protestaron igualmente contra dicha omision, aunque sin resultado alguno, porque la constitucion fué impresa tal como habia sido concebida, y por premio de su resistencia muchos miembros fueron desterrados y obligados á irse á Mendoza.

En aquella época, se hallaba á la cabeza del clero de Santiago el gran patriota Andres Guerrero, obispo auxiliar que antes residia en Quillota, y que, por consejo de Manuel Salas y otros, Miguel Carrera mismo habia ido á buscar para que contrarestase las tramas antipatrióticas de dicho clero.

Despues de la firma de la constitucion se pasó á la organizacion de un senado que fuese intermediario entre el pueblo y los jefes del estado, y sirviese á contrapesar su poder. Estos jefes fueron conservados tales como estaban antes (1). El senado, al contrario, fué obra del momento y compuesto de siete miembros que debian representar las tres grandes provincias, á saber : dos la de Concepcion ; dos la de Coquimbo, y tres la de Santiago. En este número estaba comprendido el presidente, que fué don Pedro de Vivar, y un secretario, el célebre padre Camilo Henriquez, los cuales debian ser renovados cada cuatro meses. El senado debia serlo cada tres años, y tenia por mision participar de los negocios del gobierno y vijilar sus actos, como tambien los intereses del

(1) Por dimision de Carrera padre, su hijo José Miguel habia vuelto como miembro al poder ejecutivo, de suerte que este poder se hallaba compuesto de Miguel Carrera, Portales y Prado.

pueblo. Por lo demas, gozaba de la mas alta consideracion, pues «sin su dictámen el gobierno no podia resolver en los grandes negocios que interesan la seguridad de la patria, y siempre que lo intente ningun ciudadano armado ó de cualquiera clase deberá auxiliarle ni obedecerle, y el que contraviniese será tratado como reo de estado » (1). Ya se ve que desde un principio los autores de esta constitucion querian poner trabas al poder supremo sometiendo sus actos á la censura, y aun limitando su autoridad con ventaja de cierta aristocracia (2). Todo ciudadano, lo que mas es, podia acusar los miembros de dicho poder culpables de traicion, soborno ú otro crímen, y en caso de prueba delatarlos al senado, que los destituia y los entregaba al rigor de las leyes, y por consiguiente á la justicia ordinaria. Este mismo senado era de derecho su juez de residencia; enviaba al tribunal de apelacion los que habian faltado á la probidad y á la justicia y aun tomaba parte en la sentencia.

Esta suprema corporacion, que era á la vez cuerpo lejislativo, consejo de estado y senado conservador, tuvo su primera sesion el 10 de noviembre de 1812. El discurso de apertura, que fué leido por su presidente el Dr don Pedro Vivar, era corto y sencillo. Despues de dar gracias á sus conciudadanos por haberle honrado con la presidencia, exortaba á sus colegas á desempeñar con celo y conciencia sus tareas, tan importantes como honrosas. « El honor, decia él, que nos confiere la patria

(1) Reglamento constitucional provisorio de 1812, artículo VII.

(2) Bien que el pensamiento de la revolucion chilena fuese puramente democrático, noobstante, se echa de ver en casi todos los actos de los gobiernos que se han sucedido una cierta tendencia á la aristocracia moderada que desde el principio ejerció su influjo en el movimiento y le aseguró para mas tarde la benéfica y gloriosa tranquilidad aun desconocida en las demas repúblicas de la América.

está unido á grandes deberes, reposando en nosotros las esperanzas de un pueblo libre y virtuoso, debiendo entender en sus asuntos mas graves y arduos. Colocados entre el gobierno y el pueblo, el primero debe hallar en nosotros los consejos de la prudencia, los pareceres de la esperiencia, de la reflexion y de la sabiduría ; y el segundo debe encontrar en nosotros proteccion, celo y vijilancia por sus intereses bien entendidos (1).

Independientemente de este senado, la constitucion establecia por la primera vez en el país un ministerio que no debia componerse mas que de dos ministros, uno para los asuntos interiores, y otro para los esteriores. Sin duda la organizacion administrativa de aquella época era demasiado sencilla para que se pudiese dar mas estension á aquella superior institucion, pero causa sentimiento no ver en ella un ministro especial de hacienda, porque era el ramo que pedia mas atencion por la importancia que tenia como ajente principal en aquella grande reforma social, que se continuaba sin interrupcion. Es verdad que el 7 de setiembre se nombró un intendente sobre dicho ramo ; pero por la naturaleza misma de sus atribuciones, que eran juzgar en primera instancia los asuntos litijiosos de la administracion, su papel era enteramente pasivo y sometido á reglamentos sin autoridad alguna de iniciativa de reforma, autoridad atribuida esclusivamente al ministro del interior, ó mas bien al poder ejecutivo ; porque los ministros de aquella época dependian en tal manera de dicho poder, que en realidad eran puros instrumentos suyos para ejecutar en cierto modo sus órdenes y legalizar sus decretos. Tampoco podian ni los unos ni los otros mezclarse en el ma-

(1) Véase la Aurora de Chile, nº 42.

nejo de los resortes de la administracion de hacienda, en atencion á la muchedumbre de sus operaciones, y porque tenia que obrar con prontitud y muchas veces de improviso.

Tambien la organizacion municipal participó de la reforma. La constitucion daba fuerza de ley á las medidas ya tomadas para que fuesen nombrados en elecciones populares los miembros de dicha corporacion, revocando así todas las antiguas órdenes que hacian de dichos nombramientos otros tantos objetos de venalidad, y tal vez de opresion, y desde luego fué preciso proceder á otras elecciones. Los nuevos miembros manifestaron prontamente las intenciones mas filantrópicas con respecto á la hermosura, la limpieza y la seguridad de la ciudad, y al bienestar de sus habitantes. Entonces fué cuando se pensó por la primera vez en el alumbrado de las calles, que hasta entonces habian estado abandonadas á una policía muy descuidada, y en formar una compañía de serenos para vijilar con cuidado y eficacia por la seguridad pública.

Igualmente se proyectó la formacion de una sociedad económica de Amigos del país, sancionada por un decreto del gobierno que prometia fomentarla con todo su poder (1). El objeto de esta sociedad era reunir todos los partidos, haciéndolos partícipes, como consejeros privados, de los negocios administrativos; inspirar ideas de jenerosa filantropia y hacer apreciables las virtudes cívicas, que en una nacion jóven y á punto de ser rejenerada, deben ser los móbiles de los actos de todo gobierno y de todo empleado. A su apertura, que tuvo lugar

(1) Esta idea filantrópica pertenece tambien á don Manuel Salas, que la hizo adoptar por el ayuntamiento, y, á consecuencia, por el gobierno.

el dia primero de febrero, su secretario Don José Antonio de Irizarri, uno de sus mas activos fundadores, y su mas firme apoyo, pronunció un discurso en el que resaltaban sus vivos deseos de que los habitantes de este feliz país gozasen en adelante de una vida de delicias, y de que se pudiesen reunir todos los elementos de prosperidad para ponerlos en correlacion unos con otros y formar con ellos la base sólida de una constitucion social. « El anciano oprimido con el peso de los años y de las desgracias (decia él) ; la viuda miserable que mendiga el alimento de sus hijos ; el huérfano que se halla aislado en medio de la naturaleza ; la doncella perseguida por la necesidad y la malicia, todos, todos hallarán en esta sociedad el remedio suspirado. El arte proporcionará los medios de adquirir todas las comodidades de la vida. La ilustracion disipará las sombras de la ignorancia, y los dias mas claros, mas deliciosos y serenos seguirán á las noches tenebrosas en que estuvieron envueltas nuestras vidas (1). »

Fué uno de los caractéres de la revolucion chilena el personificarse desde un principio en la clase la mas distinguida, la de mas probidad y la mas decidida por el bien comun. Sin duda en las grandes convulsiones políticas cuando un pueblo dominado aun por sus inclinaciones, hábitos y preocupaciones, se ve de repente impelido á adoptar nuevas ideas, obligado á defender ó mas bien á proclamar derechos por tan largo tiempo oprimidos, debe de haber en las diferentes clases de la sociedad luchas de interes, de opinion y de amor propio que tomando un carácter apasionado se hacen tenaces y se alejan de la moderacion y justicia que son los principios

(1) Véase la Aurora de Chile, nº 5 del tomo segundo.

fundamentales de una buena lejislacion. Esto es lo que ha sucedido en todos los paises que han querido elevarse á la posesion de su dignidad. En todas partes, del medio de la ajitacion popular surjieron desórdenes y abusos de poder que ha sido preciso disimular para evitar mayores males. El año de 1812, que terminamos, ofrece desgraciadamente numerosos ejemplos de estos desórdenes, y muchas veces el rumor público habia acusado á Miguel Carrera de tolerar demasiado abiertamente esta especie de abusos, sin poder comprender que un país que toma momentáneamente una actitud militar, toma igualmente una anticivil, ocasionada por la presencia de tantos soldados turbulentos por ociosidad, quimeristas y viciosos. Pero fuera de estos inconvenientes de difícil remedio, no se puede menos de reconocer al país mucho adelantamiento debido al patriotismo de sus nobles reformadores, y ciertamente tambien al nervio y al talento de Miguel Carrera, sujeto que casi resume en sí solo toda la historia del año. En el trascurso de este período vemos, á la verdad, que sus acciones se resienten tal vez demasiado de la vida tosca, altanera, pasada en campamentos de ejércitos europeos. Vemos igualmente que sin miramiento por el estado de penuria de la tesorería, y de la pobreza del país, se ha dejado llevar á gastos exorbitantes que desaprobaba el económico carácter chileno; pero al mismo tiempo debemos remontar á aquella época de desorganizacion jeneral en que la lentitud propia de las administraciones civiles eran tan funestas al éxito de un movimiento y á la multitud de reformas que dependian de él, mision que procuraba llenar sino con el acierto de un lejislador, á lo menos con la actividad y la decision de un hombre que

desea verdaderamente la prosperidad de su país. En efecto, en aquel año se ve la primera idea del instituto nacional, y la fundacion de escuelas públicas, aun para las jóvenes doncellas, así como tambien la de una sociedad filantrópica compuesta de las personas las mas sabias del país; se ven las primeras relaciones diplomáticas entabladas con naciones estranjeras; el establecimiento de la primera imprenta y del primer diario; una verdadera organizacion militar; la disciplina de las milicias provinciales; la construccion de nuevos cuarteles; la fábrica de armas; la sancion del *emblema nacional;* la de una constitucion, la primera que se haya publicado en Chile y que prometia un gobierno legal, y, por consiguiente, digno de ser respetado y defendido por todos los habitantes. Sin duda todas estas instituciones, reformas y mejoras no fueron parto del solo pensamiento de Carrera; pero se realizaron bajo su administracion, y bajo este aspecto no se puede negar que contribuyó muchísimo á su prosperidad y propagacion.

CAPITULO XX.

Nueva conspiracion contra los Carrera, y destierro de los conjurados.— Preparativos de José Miguel para ir á organizar el Sur.— Invasion de Pareja y su desembarque en el puerto de San Vicente.— Ramon Freire recibe el primer fuego de las guerras de la independencia.— Toma de Talcahuano por los realistas. El gobernador don Rafael de la Sota se repliega sobre Concepcion. — El comisario del ejército real don Tomas Vergara enviado de parlamentario, y de plenipotenciario acerca del intendente. — Consejo de guerra y cabildo abierto. — El comandante don Ramon Ximenez gana las tropas y las induce á amotinarse. — Salida de la tesorería para Santiago.— Rendicion de Concepcion despues de un tratado hecho entre el intendente y el parlamentario.— Pareja verifica su entrada y destaca algunas tropas para apoderarse de la tesorería.— Juramento de la constitucion de la monarquía española.

A pesar de la actividad con que Miguel Carrera proseguia en sus planes de reforma, y de que daba pruebas claras de hallarse animado de sentimientos de amor al órden y al cumplimiento de sus deberes, noobstante, se veia constantemente objeto de los tiros de tres partidos, que eran, el de los realistas, el de Rosas y de los antiguos municipales que se habia coligado con este último. El primero, compuesto de hombres tímidos, no trabajaba mas que clandestinamente. El otro, mucho mas inquieto y turbulento, se encaminaba con perseverancia á sus fines por medios que iban creciendo en audacia hasta la conspiracion. Ya hemos visto como este último medio, empleado por algunos, habia quedado sin resultado, lo cual no les impidió de formar una nueva conspiracion, aun mas formidable, dirijida por sujetos de distincion. Ya fuese porque querian impedir el desarrollo del poder en una sola familia, ó porque querian dar á este mismo poder una direccion civil, en

lugar de una militar que no tiene límites definidos y llega muchas veces á ser arbitraria, trataron de apoderarse de varios miembros de dicha familia para enviarlos con una mision estraordinaria á paises lejanos. Pero bien que este plan hubiese sido bien concebido y meditado, fué descubierto en el momento en que Miguel Carrera iba á ponerse en marcha para ir á conquistar la unidad chilena, comprometida aun por la sublevacion de Valdivia, y tuvo por resultado el destierro á Juan Fernandez y á otras diferentes partes de la República, de un cierto número de personas tan honradas por su patriotismo como por el rango que ocupaban en la sociedad. Así se mantuvo Carrera, por un nuevo favor de la fortuna, á la cabeza de la nacion despues de haber vencido sin violencia á sus enemigos y puéstolos en la imposibilidad de dañarle. Veamos ahora si el sistema de paz en que iba aun á entrar le permitirá ejecutar, al fin, el proyecto que meditaba despues de largo tiempo, y que circunstancias imprevistas le habian permitido realizar.

Este proyecto era ir á dar un nuevo fomento á las ideas republicanas del sur, comunicarles una fuerza activa y homojénea, y neutralizar el influjo del clero, sobretodo el de los misioneros de Chillan, defensores acérrimos de la monarquía española. La ejecucion de este proyecto era tanto mas necesaria cuanto en el mes de noviembre, una carta del virey Abascal habia llegado amenazando y fulminando al gobierno de Chile si no volvia á entrar en la antigua senda de fidelidad monárquica. Este oficio, escrito en términos tan altaneros como insultantes, habia motivado, el 17 de noviembre, una junta de las primeras autoridades para deliberar sobre la respuesta que se le habia dedar. Muchos de los miem-

bros de dicha reunion hubieran querido declararle inmediatamente guerra, animados por la que le hacia Buenos-Aires con tanta decision; pero otros demostraron que la falta de recursos del país no permitia el adoptar semejante medida de tanta trascendencia, ademas de que no habia ni buques ni verdaderas fortificaciones. En consecuencia se resolvió que era forzoso aguardar y se aguardaria una ocasion mas favorable.

Por esto se ve de cuan grande utilidad era el viaje de Miguel Carrera, pues no solo iba á organizar la resistencia á una invasion sino tambien á preparar los espíritus á la declaracion de la independencia para la reunion del primer congreso. A este efecto, Perez, Vera, y don Ant. Irizarri habian dado varias proclamas, que igualmente debian enviar á Gaspar Marin para influir al mismo tiempo en el espíritu de los habitantes del Norte. Todo esto se hacia con el mayor apresuramiento cuando de repente se presentó, el 26 de marzo, delante de la bahía de San Vicente, una espedicion enemiga que venia á quitar el nuevo gobierno, y á reponer el de la monarquía española.

El virey Abascal no se habia contentado con amenazar las autoridades revolucionarias de Chile, y habia resuelto, despues de mucho tiempo, enviar una espedicion para forzar el país á entrar de nuevo en la vereda de los intereses monárquicos. Para ejecutarlo, seguia una correspondencia tirada y secreta con muchos realistas de Santiago y Concepcion que le tenian al corriente de lo que sucedia; del espíritu de discordia que reinaba entre los patriotas; del descontento que se habia manifestado á consecuencia de la conducta inconsiderada de los hermanos Carrera, y de los escesos

cometidos por algunos de sus oficiales y soldados. Por consiguiente solo esperaba Abascal por una ocasion para llevar á ejecucion su proyecto, y esta ocasion se presentaba sumamente favorable con la llegada del brigadier Pareja, enviado por la junta suprema de Cádiz para llenar el puesto, en Chile, de intendente de Concepcion.

Pareja habia servido en la marina real, en la que se habia distinguido por su ciencia y valor, sobretodo en el combate de Trafalgar en donde mandaba el navío *Argonauta.* Bien que ya fuese de edad avanzada, aun tenia nervio y vigor, y aceptó la proposicion que le hizo Abascal de ir á someter á Chile al dominio de la monarquía española; pero á fin de no dar lugar á sospechas, le revistió el virey del título de gobernador de Chiloe, poniendo solamente á sus órdenes unos cincuenta soldados, y suministrándole una cantidad aproximada de cuarenta mil pesos (1). Tales fueron los débiles recursos con que el anciano Pareja iba á invadir un país lleno de entusiasmo, de vigor, y de sentimientos de libertad y de independencia; pero tenia confianza en su propia esperiencia y en la ciega sumision de los Chilotes; contaba con la discordia entre los jefes de los partidos, y esperaba le seria fácil ejercer ascendiente sobre las tropas para servirse de ellas como de instrumentos de odio y de venganza.

Su salida de Lima se verificó por fines de 1812. « En 18 de Enero, dice, arribé á aquellas islas, y entregado de

(1) Algunos aseguran llevaba mas de 200,000 p.; pero esta asercion es inexacta. Tengo á la vista un testimonio del espediente seguido por el gobernador de Chiloe sobre reintegro de las cantidades gastadas en la espedicion que invadió á Concepcion, y los gastos hechos por esta tesorería ascendian á 223,477 p. 72 s. El vicario de Castro don Francisco Xavier Venegas le prestó tambien 5,400 p. para gastos del ejército.

su comandancia jeneral me dediqué sin perder momento á llenar los superiores encargos de V. E., y para ello me administraron cuantos datos fueron necesarios el gobernador interino don Ignacio Justis y el ministro de la Real Audiencia don Juan Tomas de Vergara, á quienes, decidido ya á realizar la espedicion, destiné á Valdivia para que se aprontasen tropas, víveres y otros necesarios artículos capaces de sustraerse de aquella plaza; habiendo ordenado de antemano al sarjento mayor don José Ballesteros instruyese á la mayor brevedad posible un batallon de milicias (1).»

Dos meses le bastaron para activar y terminar todos estos preparativos, y el 17 de marzo, ya se embarcaba para Valdivia, de donde salió el 22 para venir á conquistar á Chile. Su pequeño ejército se componia (2) de

	hombres.
cinco compañías de su batallon veterano, al mando del capitan don Carlos Oresqui, de la fuerza de;	390
Del Batallon voluntarios de Castro, mandado por el teniente de asamblea don Juan Ballesteros;	500
De una compañía de artillería mandada por el teniente Pla;	132
De las tropas de Valdivia, que eran: un batallon de veteranos á las órdenes de Don Lucas Ambrosio de Molina,	506
Y de una compañía de artillería á las del teniente coronel José de Berganza,	44
Formando todas estas fuerzas un total de	1,572

La espedicion, como acabamos de decir, partió de

(1) Parte de Pareja al virey Abascal. (Gaceta estraordinaria del gobierno de Lima, n° 34.)

(2) Datos comunicados por el cura Berganza, que era uno de los capellanes de la espedicion.

Valdivia el 22, embarcada en tres pequeños transportes, y aun tambien en piraguas de Chiloe, especie de lanchas descubiertas y muy mal acondicionadas (1), y habria sido fácil detenerla si Miguel Carrera hubiese podido, como lo habia proyectado, ir un mes antes á dar á los preparativos de defensa de aquella parte de la costa la solidez que su esperiencia y su actividad solas podian darles, ó si el gobierno, menos sensible á las reconvenciones que se le hacian sobre gastos, hubiese pensado en armar un bastimento para recorrer la costa de descubierta; pero en aquella época la idea de invasion no era mas que un pretesto que empleaban los liberales para sus fines particulares, y, en realidad, habia muy pocas personas que creyesen seriamente en ella.

Por las disposiciones defensivas de Talcahuano, habria sido muy poco prudente Pareja en dirijirse á aquel puerto y prefirió ir á desembarcar su pequeña espedicion en el de San Vicente, situado á dos ó tres leguas mas al sur, y que por un incomprensible descuido se habia dejado desprovisto de medios de defensa. Allí llegó el dia 26 de marzo, y verificó el desembarco por la noche protejido por el teniente de asamblea Ballesteros, que habia desembarcado previamente con parte de los voluntarios de Castro. Pero durante el dia, habia llegado el alarma á Concepcion, el intendente habia mandado tocar jenerala para reunir las tropas disponibles y las milicias; en Talcahuano el gobernador Rafael de La Sota desplegó no menos actividad en preparar medios, sino de resistencia eficaz, á lo menos de obstáculos al ene-

(1) Las tropas de Chiloe vinieron en la fragata *Trinidad*, bergantines *Machetes* y *Nieves*, dos goletas y cinco piraguas, y con estas embarcaciones se juntaron al salir de Valdivia la fragata *Gaditana* y el bote de artillería. (Notas del cura Berganza.)

migo, mandando ocupar las alturas que dominan la bahía de San Vicente y separan este de Talcahuano, por algunos dragones de la frontera, una partida de ochenta hombres que le llegaron de refuerzo y cuatro cañones enviados de Concepcion. La ocupacion de dicho punto habria sido importante con fuerzas suficientes, pero con las pocas que habia contra un ataque de mil doscientos hombres con diez piezas de artillería, no se podia hacer mas de lo que se hizo : se defendieron durante algunas horas y luego se replegaron sobre Concepcion (1).

Las tropas que recibieron el primer fuego de la invasion, y, por consiguiente, de las guerras de la independencia, fueron los pocos dragones que el gobierno habia enviado de observacion, mandados por el suteniente don Ramon Freyre, jóven tan bizarro como resuelto y que vamos á ver crecer como uno de los mas ilustres guerreros y de los mas acérrimos defensores de las libertades nacionales.

Obligado á abandonar Talcahuano, que fué ocupado luego por una parte de los realistas, el gobernador La Sota se dirijió á Concepcion, en donde, á penas llegó, asistió á un consejo de guerra con el intendente del ejército de Pareja, don Juan Tomas Vergara, que ya habia visto la víspera cuando se hizo entregar los tres oficios dirijidos al gobernador, al cabildo eclesiástico y al Ayuntamiento. Vergara se hallaba allí como parlamentario para intimar la rendicion á los habitantes prometiendo, en nombre del virey Abascal, la conservacion de sus honores y empleos á todos cuantos reconociesen la soberanía absoluta de Fernando VII, y el olvido total de todo cuanto habian hecho por la independencia.

(1) Parte de Pareja al virey Abascal. (Gaceta del gobierno de Lima, nº 34.)

El coronel don Pedro Benavente, que era intendente del distrito, no podia tomar sobre sí semejante resolucion y pidió diez dias para convocar á todos los compatriotas y pedirles su parecer. Sin duda era pedir demasiado tiempo, y Vergara no le concedió ni veinte y cuatro horas, diciéndole que si al dia siguiente no recibia respuesta, la fuerza sola decidiria la cuestion, rigor que justificaba achacándola á su jeneral, que probablemente estaba impaciente por aprovecharse del estado de abandono en que se hallaba la provincia para reconquistarla y dominarla. En vista de esto, hubo que limitarse á convocar cabildo abierto para el dia siguiente por la mañana; pero entretanto, aquella noche se tomaron todas las medidas necesarias para despachar á Santiago el dinero que habia en la Tesorería y que ascendia á 36,000 p. El Tesorero interino de Concepcion, don José Ximenez Tendillo, fué el que lo condujo con una escolta de seis á ocho dragones, y acompañado de su capellan Pedro José Eleysegui.

El dia siguiente, 27 de marzo, tuvo lugar la reunion en casa del intendente, y se compuso, en parte, de personas que por su rango ó por su edad no querian esponerse á las consecuencias de una resistencia, y opinaron que mucho mas valia rendirse con buenas condiciones, en atencion á la desigualdad de fuerzas. Otros sostenian, al contrario, que podian oponerse con mucha probabilidad de éxito fuerzas suficientes, y en efecto habia en Concepcion ochocientos setenta veteranos á los cuales se podian juntar los ciento y ochenta de la guarnicion de Talcahuano y los cuatrocientos ochenta y cinco milicianos perfectamente armados que su comandante Pedro Barnachea habia ya reunido en la plaza, y en caso que

estas tropas no fuesen suficientes, se podia contar con las numerosas milicias de la provincia, en número de cinco á seis mil hombres, y ganar tiempo para poder esperar los refuerzos que necesariamente enviaria el gobierno de Santiago. Pero en medio de todo esto, no habia mucha confianza en el jefe que habia dado ya lugar á sospechar su lealtad; como la reunion era popular, puesto que habia sido convocada á cabildo abierto, algunas personas se atrevieron á declararlo en alta voz, y entonces se resolvió enviar el gobernador Soto de segundo de Xim. Navia para observarlo y contenerlo en caso de felonía. Pero ya no era tiempo de hacerlo pues todas las tropas, granaderos, dragones y artilleros habian sido ganados, y cuando llegó á la alameda, en donde acampaban, los halló en plena rebelion gritando, ¡viva el Rey! y hollando bajo los piés la escarapela patriótica.

Esta revolucion impidió de llevar á ejecucion el proyecto formado de internarse en el país para esperar allí una organizacion mejor y poder hacer frente á aquel puñado de piratas, nombre que daban á las tropas de invasion. El intendente Benavente se vió obligado á quedarse en Concepcion para protejerla contra el saqueo, y solicitado por algunos miembros del clero y otras personas de influjo y meticulosas del país, entró en negociacion con Vergara, negociacion de la cual resultó un tratado en la que se reconocia la lealtad de los habitantes de Concepcion á la causa de Fernando VII, de una parte, y de la otra, la constitucion de las cortes de España, bajo la promesa de Pareja de que nadie seria inquietado por sus opiniones pasadas, ni privado de su empleo. Ademas, fué estipulado que los oficiales, tro-

pas veteranas y de milicias no serian forzados á tomar las armas contra la provincia de Santiago.

Estas estipulaciones fueron presentadas á Pareja, que las ratificó en toda su estension, y el mismo dia entró en la ciudad á la cabeza de su pequeño ejército y en medio de las tropas que una vergonzosa defeccion acababa de entregar á su disposicion. Para consolidar el éxito que habia logrado, mandó publicar inmediatamente bandos de amnistía jeneral y para que todas las sudelegaciones se incorporasen bajo de sus órdenes. Las de la costa, si no presentaron oposicion, se mostraron indiferentes; pero en la isla de la Laja, gracias á la presencia del Obispo Villodres en los Anjeles, y del Español Masa, sujeto rico, de mucho influjo y opuesto á los patriotas, todos acojieron con entusiasmo el nuevo gobierno y se prepararon á sostenerlo. Los Franciscanos de Chillan contribuyeron tambien mucho á inclinar el pueblo de dicha ciudad al partido de Pareja y aun á llenarlo de entusiasmo por su causa. El dia que recibieron las proclamas del jefe de la espedicion trabajaron con gran esmero para que fuesen publicadas con aparato, como lo fueron por José Marin Arriagada, que acababa de ser nombrado sudelegado del canton; y al dia siguiente, el guardian salió para Concepcion á ponerse á las órdenes del jeneral, prometiéndose acompañarle en sus espediciones para servirle de guia, y al mismo tiempo para que utilizase el influjo de su ministerio sobre los alucinados y estraviados por doctrinas falsas y suversivas.

Mas adelante veremos que los relijiosos de este convento, persuadidos de que realmente la relijion corria inminentes riesgos emanados de dichas doctrinas, y con-

movidos de la situacion crítica de España y de su amado Fernando VII, abrazaron con escesivo celo el partido realista y fueron en todos tiempos enemigos jurados y tenaces del sistema de independencia.

Pero estas demostraciones no bastaban para consolidar la monarquía; se necesitaba hacer grandes gastos para mantener en pié tantas tropas, y el poco dinero que habia en la tesorería, como arriba queda dicho, habia sido enviado á Santiago. Pareja se habia apresurado á pedir al intendente de la provincia, Benavente, una órden para que regresase dicho dinero con su escolta, comision que se dió á Melchor Carbajal con treinta dragones y milicianos de Quirihue afin de que se apoderase por la fuerza del dinero si se negaban á obedecer.

Al mismo tiempo, se hacian preparativos para jurar la constitucion de las cortes de España, constitucion que iba á ser la base de la nueva organizacion administrativa, y se esperaba la llegada del Obispo Villodres para dicha ceremonia, que se proyectaba augusta é imponente. El dia 4 de abril, en que tuvo lugar, desde por la mañana, la plaza estaba guarnecida de tropas y se levantó un tablado á donde subieron el brigadier Pareja, el Obispo Villodres, el intendente don Pedro José Benavente, los miembros de los cabildos eclesiástico y secular y los demas empleados civiles y militares que se hallaban en la ciudad.

Estando ya todos reunidos, se leyó en alta voz la constitucion política de la monarquía española, á la cual todos juraron fidelidad y obediencia. En seguida, Pareja con todo su séquito fueron á la catedral, en donde se celebró misa cantada con el Te Deum acostumbrado y un sermon que predicó el obispo alusivo á la circunstancia

y á la mision que la providencia habia preparado á la leal provincia de Concepcion, socorrida por los valientes hijos de Chiloe ; su intencion era el hacer intervenir la relijion en la lucha que iba á ser empeñada en aquel país de paz y de tranquilidad.

CAPITULO XXI.

Llega á Santiago la nueva de la invasion de Pareja.— Miguel Carrera nombrado jeneral en jefe.—Medidas enérjicas que toma para hacer frente á la invasion. — Se pone en marcha sobre Talca para establecer allí su cuartel jeneral. — Encuentra con algunos fujitivos de Concepcion. — Su llegada y sus temores acerca de la verdadera disposicion de los ánimos en el pueblo.— El obispo de Santiago Andreo Guerrero va á juntarse con él. — Digresion sobre este prelado y su decision por la libertad. — O'Higgins pasa á Talca y sabe por Linares la presencia de algunos dragones de Carbajal.— Pide tropas para ir á atacarlos, y se las dan.— Hace prisioneros á veinte dragones y al suteniente Rivera.— Llegan tropas regulares á Talca. — Miguel Carrera forma el ejército en tres divisiones al mando de sus hermanos. — El partido del ayuntamiento recobra su ascendiente en Santiago.— Formacion de un nuevo gobierno elejido por el senado. — Medidas enérjicas que toma para la salvacion de la patria.— Empréstito con hipotecas.— Creacion de una decoracion civil y militar. — Celo del ayuntamiento en cooperacion con el gobierno. — Establecimiento de una junta de salud pública.— Entusiasmo por una suscripcion nacional.

Mientras que el jeneral Pareja se establecia en Concepcion y procuraba atraerse las voluntades, la nueva de su invasion se esparcia en Santiago, á donde habia llegado el 29 de marzo, habiendo andado su portador cerca de ciento y cincuenta leguas en tres dias. Tal y tan estraordinario fué el celo con que cumplió las órdenes del intendente, que lo habia despachado.

En aquel instante, el país tenia muy pocas tropas para oponerse á un militar esperimentado y dueño de la provincia la mas aguerrida, que se habia familiarizado con el estrépito del cañon durante tres siglos, y en donde habia mas hombres y armas de que poder disponer. A pesar de la actividad con que los hermanos Carrera habian querido crear algunos cuerpos, habian hallado siempre mucha resistencia en los mandatarios

y aun en el pueblo, y tuvieron mucha dificultad en organizar el de granaderos y un escuadron de la guardia nacional, que componian un total aproximativo de mil doscientos soldados bisoños, sin disciplina y sin instruccion. Hasta entonces la mayor parte de los patriotas no habian llegado á comprender que la existencia política de su gobierno no podia tener apoyo seguro mas que en la fuerza armada; que de un dia al otro cuando menos se pensase, podia ser atacado, y que por consiguiente, se necesitaba un ejército para rechazar injustas agresiones, sostener sus derechos y mantener el buen órden, siempre espuesto y comprometido en tiempos de revolucion, todo lo cual no podia obtenerse sino con fuerzas suficientes y bien organizadas. Se podia contar sin duda con algunos cuerpos de las milicias de caballería tales como los rejimientos del Príncipe y de la Princesa, que estaban mas disciplinados; pero, en jeneral, la insubordinacion de los milicianos era bastante conocida para que inspirasen confianza, y fuera de los dos cuerpos citados y algunos artilleros, no habia tropas con que hacer frente á un enemigo que se apoyaba en hombres y un material de guerra cuya fuerza eficaz le autorizaban á mostrarse audaz.

La noticia de la invasion habia pues sobrecojido á los habitantes de Santiago, sobre todo á los que teniendo un verdadero conocimiento de su debilidad estaban en estado de calcular el peligro que los amenazaba. Sabian que no se levanta de pronto un ejército, y no ignoraban la mala subordinacion de las pocas tropas que habia, y cuya desercion habia sido difícil ya precaver. Esta tendencia era de temer se comunicase á los soldados de nueva leva y comprometiese la causa del país. En tan

críticas circunstancias los habitantes de Santiago, por un movimiento unánime y espóntáneo, se ofrecieron todos á Miguel Carrera echando á un lado disensiones personales y enemistades de rivalidades que hasta entonces los tenian como divididos. Este ilustre chileno acababa, en efecto, de dar pruebas de que él solo era capaz de formar y ejecutar un plan de resistencia. La inminencia del riesgo habia aumentado en alto grado su ardor natural y le habia comunicado una fuerza moral y una actividad que sus mayores enemigos no podian contestar.

A penas hubo recibido los pliegos del intendente de Concepcion, convocó con la mayor serenidad á junta en la sala de palacio los otros dos miembros del gobierno, el senado y los principales jefes militares, los cuales, despues de algunas discusiones muy animadas, resolvieron nombrarle jeneral en jefe del ejército de la frontera, y que el senado diese al gobierno la entera facultad de obrar sin trabas y sin impedimento. Esta decision creaba una especie de dictadura momentánea en favor de Miguel Carrera, dictadura de que aprovechó para dar las disposiciones las mas vigorosas y las mas propias á tranquilizar, bien que arbitrarias y vejantes. Así, aquella misma noche á la luz del farol de la retreta (1), mandó publicar un edicto por el cual declaraba la guerra al Perú, enviaba á secuestrar todos los buques y propiedades de aquel vireynato, ordenaba al gobernador de Valparaiso pusiese aquel puerto en estado de defensa é imponia pena de muerte á cualquiere que comunicase con el enemigo, que diese el mas leve indicio de tenerle

(1) Costumbre que aun existe, y que es española, de preceder con un farol, que lleva un soldado en alto, los tambores que tocan la retreta.

adesion ó que esparciese noticias falsas y alarmantes; y afin de hacer mas terrible y mas indudable esta pena, mandó levantar una horca en medio de la plaza mayor con un aparato de terror; se doblaron los puestos y se colocaron piezas de artillería en las principales calles.

Dos horas le bastaron para tomar y hacer ejecutar estas resoluciones estremas, por manera que á las diez de la noche ya corrian por todas las cercanías de Santiago correos con órdenes para las diferentes sudelegaciones de la República de reunir las milicias y poner el país en estado de defensa, y al mismo tiempo de desplegar el mayor rigor contra los realistas. Al dia siguiente, los que habia en Santiago conocidos ya como tales, fueron, sin ninguna forma de proceso, unos desterrados, y otros alistados para pagar una contribucion forzada de 400,000 p.; pero por de pronto solo se les exijieron 260,000.

Despues de haber puesto así la capital en estado de precaverse fácilmente de enemigos internos, Miguel Carrera que tomaba sobre sí solo, por decirlo así, la responsabilidad de estas violentas y valerosas medidas, pensó en correr al enemigo para contener con su sola presencia las poblaciones en su deber, intimidar á los enemigos de la patria y entusiasmar á las milicias por una tan santa causa. Veinte y cuatro horas despues de haber recibido los pliegos, ya estaba en marcha acompañado de su íntimo amigo Poinset en cuyos consejos tenia la mayor confianza, del capitan don Diego Benavente, de algunos oficiales y de catorce soldados de la guardia nacional. Esta era la sola fuerza que llevaba, pero habia dejado órden en Santiago para que las tropas

veteranas se le incorporasen en Talca, en donde proyectaba establecer su cuartel jeneral.

Durante este viaje, desplegó toda la potencia de su prevision y de su actividad. Por el dia, corria á caballo, y por la noche, daba órdenes y despachaba correos á todas partes. En cada poblacion por donde pasaba solo permanecia el tiempo necesario para mandar reunir las milicias, alejar á los enemigos de la independencia y convocar juntas de auxilios para subvenir á las necesidades del ejército. Todas estas precauciones eran tan útiles como oportunas, porque á medida que avanzaba tenia ocasiones de venir en pleno conocimiento del poderoso enemigo que iba á arrostrar, gracias á los leales Chilenos que habian huido de Concepcion para no tener que someterse al despótico gobierno que les queria imponer el enviado de Abascal, ni jurar la constitucion de las cortes, que los mismos radicales tachaban de ser escesivamente demagójica.

El primero de estos patriotas que encontró fué el ex-asesor del intendente de Concepcion don Manuel Velazquez de Novoa, sujeto que reunia á mucho talento natural un conocimiento exacto del país destinado á ser teatro de la guerra, y que por lo mismo nombró desde luego intendente del ejército que se iba á formar. Al dia siguiente, pudo hablar con el ex-gobernador de Talcahuano, don Rafael de la Sota, y en Curico, con Ximenez Tendillo, conductor de los treinta y seis mil pesos, que como un presente de la providencia, llegaban para aliviar sus incesantes necesidades. Con Tendillo iban catorce dragones, un tambor, cuatro eclesiásticos y quince oficiales de diferentes grados que fueron despues incorporados en el ejército.

El 5 de abril llegó á Talca sobre las siete de la tarde. En el sitio llamado Camarico habia sabido la rendicion de Concepcion y el tratado que habian hecho el intendente Benavente y Vergara, ratificado el mismo dia por Pareja. Ya fuese porque esta noticia le contristó ó ya, como lo dice él mismo, que el recibimiento que le hicieron hubiese sido frio y aun poco decente, aquella misma noche conoció que le era preciso tomar medidas de precaucion, en atencion á que no se creia seguro en medio de un pueblo que se manifestaba mas inclinado al gobierno monárquico que al democrático. Por este motivo pidió al gobierno hiciese salir cuanto antes fuese posible las tropas regladas de Santiago, y por el mismo, deseaba la llegada del obispo auxiliar de Santiago don Rafael Andreo Guerrero, el cual con el influjo de su santo ministerio podria mejor que nadie inculcar á aquel pueblo mejores principios; inspirarle, segun las máximas del Evanjelio, el amor de la patria; desarraigarle su ciega sumision, que no era mas que el resultado de una incompleta y falsa educacion, y enfin escitar su fanatismo por sermones apropiados á las circunstancias.

Guerrero habia abrazado el estado eclesiástico siendo ya entrado en edad, y á penas ordenado, habia ido á visitar la sudelegacion del Paposo, situada en el centro mismo del desierto de Atakama. Penetrado del miserable estado del corto número de sus habitantes, que abandonados á la sola relijion de su propia conciencia no podian cumplir ninguno de los preceptos de la Iglesia, se prestó á quedarse á vivir con ellos y á suministrarles los auxilios de una instruccion cristiana para la salvacion de sus almas. Allí pasó muchos años llenando con fervor los deberes de su santo ministerio, bautizando á

jóvenes que en aquel destierro de toda sociedad no habian podido aun entrar en el gremio de la iglesia; despertando los corazones adormecidos y endurecidos en el vicio y sosteniendo á los que eran buenos y virtuosos en la perseverancia del bien; y no contento con todo esto, luego que los hubo encaminado por la via de la salvacion, emprendió el viaje de España para ir á pedir al Rey favor para aquellos desventurados.

Sus palabras, tan humildes como persuasivas, tuvieron el mas feliz éxito y conmovieron el corazon bondadoso de Carlos IV, que tuvo á bien protejerlos enviándoles bastantes recursos para levantar una bella iglesia con todos sus ornamentos, y nombrando á su digno y celoso pastor obispo auxiliar de las cuatro diócesis que los rodeaban. Todo esto sucedia en 1806, y en el mismo año, Guerrero se presentó á su ilustrísima Maran, obispo de Santiago, para que le consagrase segun lo mandaba la iglesia. Fiado en sus antecedentes, que le habian hecho llamar el Anjel del Paposo; en la firme intencion que tenia de continuar sirviendo aquella poblacion del desierto, y sobretodo en el favor y en la voluntad del Rey, Guerrero creyó que no habria el menor obstáculo para su consagracion. Sin embargo, ya fuese por escrúpulos de conciencia, como lo dice Martinez, ó mas bien por falta de regularidad y de forma, el obispo Maran le negó su ministerio, á pesar de la protesta de la real Audiencia, y él, afin de evitar conflictos, se marchó para Buenos-Aires (1), volvió segunda vez á España, y allí fué consagrado obispo de Epiphania.

(1) A su vuelta de España, Guerrero habia olvidado de traer la bula que le dispensaba de la consagracion por tres obispos, y este fué el motivo que tuvo Maran para negarse á ello á pesar de los esfuerzos de la real audiencia. Por evitar un conflicto, Guerrero se desistió de su demanda al obispo, y

Luego que obtuvo su consagracion, regresó á Buenos-Aires, en donde se hallaba cuando resonaron los primeros gritos de libertad que despertaron en su corazon el santo amor de la democracia, tan conforme á las máximas del Evanjelio. Desde entonces, fué un acérrimo defensor de ellos y se volvió á Chile con la esperanza, segun decian, de obtener la mitra de Santiago, vacante á la sazon; pero sus ideas avanzadas le malquistaron con los miembros del cabildo eclesiástico de la capital, siempre afectos á la monarquía. Para no ser causa de disturbios, Guerrero se volvió muy pronto á marchar de Santiago y fué á refujiarse en Quillota, en donde permaneció hasta el punto en que Miguel Carrera fué á buscarlo en persona para ponerlo á la cabeza del clero chileno, y contrapesar por medio de él el influjo que dicho clero ejercia en los negocios políticos del estado. A pesar de la prohibicion del arzobispo de Lima, Guerrero ocupó la sede episcopal, y sirvió las ideas del gobierno con provecho y utilidad de la patria, y algunas veces tambien á espensas de su propia tranquilidad con respecto á los canónigos, con los cuales los asuntos y su propio deber le ponian continuamente en contacto y comunicacion.

Por el ardiente y perseverante celo que puso en hacer conocer y amar los nuevos principios tan propios á elevar el país á su verdadera nacionalidad, era considerado como apóstol de dichos principios y no es estraño que el gobierno desease fuese á Talca para dar entusiasmo á los que iban ser árbitros de la suerte de la nacion. Su

partió de comision á Buenos-Aires para hacerse útil contra los Ingleses. De Buenos-Aires volvió á España, en donde fué consagrado, y despues de haber servido á la independencia de Chile, se fué á morir á Roma. (Conversacion con Ignacio de Arangua.)

salida de Santiago se verificó poco despues de la de Carrera, y en cada poblacion se detenia para predicar una especie de cruzada contra los enemigos que el capricho de un virey habia arrojado sobre la costa. En efecto, así consiguió despertar y alimentar sentimientos de patriotismo en los habitantes de Rancagua, San Fernando, Curico, recibiendo en todas partes las primicias del proselitismo que iba á formar verdaderos ciudadanos, defensores de las instituciones que rejian.

Pero su mision en Talca fué mucho mas importante y fructuosa. Desde que llegó á dicha ciudad, el dia 9 de abril, empezó á ejercer su santo celo, y al dia siguiente, cantó una misa solenne en honra del Dios de las batallas, con un sermon, que predicó él mismo, y el cual respiraba el mas puro amor de la patria. El objeto principal de su oracion era inspirar á sus oyentes abandono y abnegacion por la causa jeneral y darles valor para entrar en la lucha que se preparaba entre el despotismo y la libertad. Ochenta nacionales con sus fusiles (1), al mando del teniente Manuel Cuevas, lo habian acompañado y fueron luego á ponerse á la disposicion del jeneral en jefe, el cual, por su lado, no tomaba un solo momento de descanso por instruir á las milicias, procurarles armas, caballos y bienestar; recorriendo el país para reconocerlo y estudiarlo y reuniendo el mayor número de milicianos, que muchas veces tenia él mismo que contener para impedirles de desertar. En todas estas fatigas le ayudaba particular y eficazmente el entendido capitan de húsares don Diego Benavente encargado de la organizacion de dos escuadrones de ca-

(1) Estos nacionales fueron los primeros que daban alguna seguridad al cuartel jeneral establecido desde el 5. (Diario de Miguel Carrera.)

ballería, y el intrépido O'Higgins, que acudió al primer anuncio de peligro para participar de él con todo su denuedo (1).

O'Higgins se hallaba en los Anjeles cuando supo, por la circular del intendente, el desembarco de una espedicion contra Chile, y sin pararse en mas consideraciones que la de cumplir con su deber, mandó formar los rejimientos n. 1 y 2 de lanceros de la frontera, compuestos de mil hombres. Con ellos voló al socorro de Concepcion pasando por Yumbel para que se incorporase el rejimiento de Rere, mandado por Fernando Urizar. Habiendo llegado al salto de la Laja, recibió el tratado de Concepcion y la órden de despedir sus tropas á sus respectivos cuarteles, como lo ejecutó inmediatamente despues de haberlas harengado; pero no queriendo someterse al antiguo gobierno, se dirijió hácia Santiago con los hermanos Soto y cuatro criados. Al pasar por Linares, supo que los ochenta dragones de Carbajal se hallaban en las cercanías y tuvo que viajar con mas precaucion haciendo un gran rodeo para ir á pasar el Maule por el lado de las Cordilleras, de suerte que no pudo llegar hasta el 4 á Talca, en donde el dia siguiente estaba ya reunido con Miguel Carrera.

O'Higgins era bizarro, y no habiendo visto nunca el fuego ardia por hallarse en una accion. La presencia de algunos dragones en las cercanías de Linares habian inflamado su ardor guerrero, y pidió á Carrera algunos soldados para ir á atacarlos; pero el jeneral en jefe no quiso esponer por tan poca cosa un militar que le inspiraba la mayor confianza, y se los negó. Sin embargo, á instancias de Poinset, consintió al fin en ello, y al ser de

(1) Diario de Miguel Carrera.

noche, O'Higgins se puso en marcha con sesenta milicianos armados solo con lanzas, doce soldados de la guardia nacional y cuatro dragones de los que habian escoltado el dinero de la tesorería de Concepcion (1). Su objeto era sorprender á Carbajal durante la noche, pero se estravió en el camino y no pudo llegar hasta las nueve de la mañana cerca de Linares, en donde le dijeron que no habia mas que doce dragones mandados por el teniente don José María Rivera, y reunidos ya en la plaza prontos á marchar para incorporarse con Carbajal en Cauquenes.

La fuerza numérica de O'Higgins era superior á la de Rivera, pero este tenia la ventaja de las armas y esta consideracion hubiera podido arredrar á cualesquiera otro jefe mas prudente. Mas O'Higgins, impaciente por distinguirse, avanzó á la plaza enviando por delante un parlamentario, que fué el capitan Melo, para intimar á Rivera se rindiese, como lo hizo sin oponer la menor resistencia; de suerte que todo se pasó sin efusion de sangre y con gritos de viva la patria, por parte de los dragones de Rivera, entusiasmados con algun dinero que les dió el capitan de milicias don Pedro Barnachea.

Despues de este pequeño suceso, que aconteció el 6 de abril, O'Higgins pensó en marchar sobre Cauquenes para atacar las tropas de Carbajal; pero supo luego que este se habia dirijido apresuradamente sobre Chillan, que se habia pronunciado por el Rey. En vista de esto, determinó reunir el rejimiento de milicias de Linares compuesto de ochocientos hombres bien montados y armados

(1) Convers. con O'Higgins. Carrera dice en su diario : diez y siete dragones, pero es un error probado.

con lanzas y machetes, mandados por don Santiago Arriagada, el batallon de cuatrocientas sesenta plazas que mandaba el capitan Urrea, esparcido por las cercanías, y otras muchas milicias de las cuales retuvo una parte, enviando la demas fuerza á Talca á la disposicion del jeneral en jefe, justamente afanado á la sazon en juntar un pequeño ejército para ir al encuentro de Pareja, que sabia no tardaria en avanzar sobre el Maule.

En aquel momento, el cuartel jeneral de Carrera tenia un aspecto muy militar. Las tropas regladas, que necesariamente eran su principal apoyo, acababan de llegar y se componian del batallon de granaderos mandado por José Carrera, á quien acompañaba Mackenna, que habia vuelto de su destierro y habia sido ascendido al grado de cuartel maestre, y del escuadron de la guardia nacional, á las órdenes de don Juan Ant. Diaz Salcedo. El primero de estos cuerpos tenia mil hombres de fuerza, y el otro doscientos treinta, los cuales con los ochenta que habian llegado con el obispo y los catorce que habia llevado José Miguel, componian un total de 1,324 soldados disciplinados, prontos á batirse á pié ó á caballo, como infantería ó como caballería, segun las circunstancias lo exijiesen; pero que no tenian fusiles por habérselos quitado la junta para armar con ellos á los voluntarios de la patria, accion que el jeneral en jefe desaprobó en secreto, contentándose con remplazar los fusiles con lanzas, bien que no pudiesen en manera alguna serles de la misma utilidad, no estando acostumbrados al manejo de esta arma.

Algunos dias despues, llegó Luis Carrera á la cabeza de doscientos artilleros con diez y seis piezas de cam-

paña mal montadas , y trasportadas, como tambien las municiones, en setenta carros y cuatrocientos acémilas (1).

La reunion de todas estas tropas, á las cuales se juntaron luego los rejimientos de milicias del Príncipe y de la Princesa de Santiago, y el de Maypu, componiendo un total de 1500 hombres, mandados por el coronel don Estanislao Portales; las de Cauquenes, que ascendian á 1800, á las órdenes del teniente coronel don Fernando de la Vega, enviado por su coronel don Juan de Dios Puga, y otras muchas, permitieron al jeneral en jefe clasificarlas segun su plan de campaña , y dividirlas en colunas compuestas la primera de : « 200 granaderos de las milicias de Cauquenes y las partidas y piezas de campaña que tenia O'Higgins en Bobadilla. Esta se puso al mando del coronel don Luis Carrera.

La segunda la formaron el resto del batallon de granaderos, cuatro piezas de artillería y el rejimiento de Maypu, mandado por el brigadier don Juan José Carrera, y que se situó en Duao.

La tercera la formaban la gran guardia , la guardia jeneral, cuarto piezas de campaña y los rejimientos del Príncipe y Princesa á las inmediatas órdenes del jeneral en jefe, y acampó á una legua de distancia de la segunda (2). »

Así, los tres hermanos Carrera se habian repartido el mando de todo el ejército, cometiendo un yerro muy grave, cual era el dar márjen á la reconvencion de egoismo á que habian dado ya lugar mas de una vez; cosa que necesariamente habia de despertar los anti-

(1) Diario de Miguel Carrera.
(2) Diario de Miguel Carrera, y Memoria de José Miguel Benavente.

guos rencores que el peligro comun habia podido á gran pena apagar. Pero en aquel instante, todos estaban mas dispuestos á obrar que á pensar en rivalidades y zelos que podian desbaratar el plan de organizacion del ejército.

Mas no sucedió lo mismo en Santiago, en donde el espíritu de oposicion llegó á vencer la resistencia y apoderarse del gobierno.

Al marchar para el sur, Miguel Carrera habia dejado en su lugar, como miembro, á su hermano José, que tambien tuvo que dar su dimision para marchar á la cabeza de su batallon de granaderos. Por la ausencia de estos dos jefes y de sus tropas, el partido municipal, unido, como ya lo hemos dicho, al partido de Rosas, tomó cierto ascendiente en el senado y le dió á entender que en aquel crítico momento, era sumamente importante revestir el gobierno de toda la fuerza nacional, y que para eso se necesitaba lejitimarlo por medio de elecciones sino populares, que las circunstancias no permitian, á lo menos por la del senado, la cual, aunque en cierto modo fuere ilegal (pues ni aun tenia una soberanía de delegacion), podia sinembargo por la eleccion de sus miembros recibir la aprobacion universal de los buenos patriotas.

Esta eleccion tuvo lugar, en efecto, el 15 de abril, y el resultado del escrutinio fué favorable á los tres antiguos municipales Francisco Perez, Agustin Eizaguirre y José Miguel Infantes, los cuales entraron desde luego en ejercicio, remplazando los dos miembros que habian quedado, Portales y Prado, y que algunos dias despues pidieron licencia, uno por enfermedad, y otro por quehaceres urjentes.

Bien que los nuevos miembros del gobierno hubiesen sido inquietados en otro tiempo por Carrera, y que uno de ellos hubiese tenido que padecer la pena de destierro, sin embargo no se opusieron de modo alguno á esta organizacion militar, á pesar de que les pareciese muy peligrosa para la sociedad, en atencion á que ponia toda la fuerza material del estado á la disposicion de una sola familia influyente y ambiciosa. Sabian y conocian que los hombres capaces de mandar eran raros, y que las tropas bisoñas y sin disciplina exijian que hubiese en sus jefes una misma voluntad y un mismo pensamiento. Por consiguiente, se ve que estaban penetrados de los sentimientos mas patrióticos, y que pensaban mucho menos en antiguos motivos de enemistad que en emplear todos sus esfuerzos y conato en sostener á Miguel Carrera, ayudándole con todos los auxilios necesarios, y fomentando el entusiasmo y la ambicion de gloria que lo dominaban; porque veian que era el único modo de mantener el órden en un ejército tan mal disciplinado, prepararlo á batirse y alcanzar victorias y, enfin, á salvar la revolucion, que era el principal objeto de sus acciones y pensamientos. Así los vemos, desde luego que entraron en el gobierno, revestir la misma enerjía que habia mostrado el jeneral en jefe al recibir la noticia de la invasion, seguir su política violenta para la seguridad de todos, prohibir la entrada del país á todo español, espulsar de él á los que tenia por sospechosos y corroborar el decreto que castigaba con la pena de muerte á todo aquel que estuviese en correspondencia con la provincia invadida ó con el Perú. Si esta medida de rigor no emanaba de ellos, no por eso dejaban de conocer y apreciar toda su importancia y se mostraban firmemente dispuestos á

darle vigor contra los Chilenos mismos que diesen el menor indicio de felonía, ofreciendo al contrario premio á los soldados que desertasen de la bandera enemiga. Con tales pruebas de que tenian la fuerza de ánimo que pedia la situacion política, y la firmeza necesaria para obrar con decision, aquellos esforzados patriotas consiguieron comprimir todo movimiento de reaccion y aprontar los infinitos recursos de que necesitaba el país para constituirse en buen estado de defensa. Dos objetos llamaban y llenaban principalmente su atencion; el formar soldados, y el mantenerlos en buen pié. Para conseguir el primero, procuraban fomentar el ardor del espíritu nacional por todos los medios posibles, en los que comprendian la exaltacion que causa la pompa de funciones relijiosas, penetrando las conciencias y disponiendo á la abnegacion de sí propio; esto ademas de los decretos promulgados para levas de voluntarios, y si estas no bastaban, forzadas, imponiendo penas de rigor á cuantos siendo capaces de llevar armas y de entrar en la milicia, no se alistasen bajo sus banderas. Con este mismo objeto, habian pedido socorros á Buenos-Aires, ó á lo menos el regreso de las tropas que se le habian enviado como auxiliares.

Para alcanzar el segundo, tuvieron recurso á un empréstito, ya pedido por Carrera, sobre vales de Aduana, y los hipotecaron con los réditos mas seguros del fisco, entre otros, 400 regadores de la acequia de Maypu, que valian entonces 2,000 p. cada una. De este modo daban pruebas de su buena fe ofreciendo segura garantía á los prestadores. Tambien quisieron dar una de satisfaccion á los buenos patriotas que se distinguiesen por un acto de civismo ó por una accion militar, creando una deco-

racion ó medalla que llevaba por un lado una corona de laurel sobre espada y flecha cruzados, con la inscripcion : *La patria á sus defensores.* En el reverso, al rededor : *En la invasion marítima de los tiranos.* Y en el centro : *El gobierno de Chile año de* 1813.

El jenio entusiasta de Miguel Infante, que, apesar de su grande apego á la democracia, estaba muy inclinado á recompensar las acciones virtuosas civiles, habia contribuido mucho á la creacion de esta distincion, y el mismo empeño tuvieron Salas y Juan Egaña.

No era menor el ardor del Ayuntamiento por el servicio de la patria. Los miembros jóvenes de esta corporacion, con mucha actividad de cuerpo y de alma, tenian una invencible aversion á las cosas de tiempos pasados y se mantenian, por decirlo así, en sesion permanente para tocar con oportunidad todos los resortes de la resistencia ya animando la juventud á la guerra, ya oponiéndose á que los hacendados inquietasen á sus inquilinos alistados en el ejército si estaban empeñados por sus arriendos, ya intimidando á los realistas con el establecimiento de una comision de salud pública compuesta de un Juez mayor, que fué el coronel don Martin Calvo de Encalada y cuatro prefectos, uno por cada gran barrio, y los cuales eran don Juan Francisco Leon de la Barra, don Antonio Hermida, el conde de Quinta Alegre y don Francisco Xavier de Errazuris. De tiempo en tiempo, daban tambien proclamas en que respiraban los mas puros sentimientos de patriotismo, esponiendo los peligros de la patria y la necesidad de desplegar la mayor enerjía para romper el yugo de la opresion; exortando á los jefes militares á corresponder dignamente á la confianza que su valentía inspiraba al país, y á los padres

de familia á que inculcasen el amor de la libertad á sus hijos y servidores.

Pero el resultado mas brillante que obtuvo esta ilustre corporacion fué el de su jenerosa participacion en la suscripcion voluntaria á favor del estado, y en la cual el publico entró con el mas pródigo abandono. Al ojear el *Monitor araucano* de aquella época, no puede menos de sentirse uno penetrado de admiracion por aquel público que se condenaba á los mayores sacrificios por la defensa de su país y de sus instituciones. No se contentaban con dar dinero, y algunos, grandes cantidades, sino que muchos daban su vajilla y sus cubiertos de plata; otros sus evillas, y hubo quien ofreció y dió cuanto poseia. Juan Egaña, ademas de la jenerosidad de sus dones pecuniarios, envió el oro necesario para seis medallas de la patria. Muchos empleados y entre ellos los tres miembros del gobierno y el secretario de la junta Mariano Egaña, servian sin emolumentos. Los hacendados ponian á la disposicion del gobierno sus haciendas y sus rebaños. Hubo uno que ofreció una parte de sus tierras al primero que tomase un cañon enemigo. Los comerciantes igualmente, se mostraban rivales en entusiasmo de esta jenerosidad chilena. Unos suministraron botones, y otros, paños para vestuario de los soldados de que el público se prometia encargarse; porque es preciso saber que el ya citado monitor indica muchísimos patriotas que suscribieron para sustentar y mantener dos, cinco, diez y hasta veinte soldados, mientras durase la guerra. Por donde se ve que la defensa del país era un verdadero acreedor de todos los ciudadanos, y que los poco pudientes como los que podian mucho eran todos sus tributarios, sinduda

porque el espíritu democrático, al propagarse por todas las clases de la ciudad, habia establecido una solidaridad recíproca entre todos los individuos, de donde debia surjir la unidad social que derogaba las distinciones, y constituia la fuerza de la nacion.

CAPITULO XXII.

El obispo Villodres nombrado intendente de Concepcion. — Pareja marcha sobre Talca.— O'Higgins se dirije al cerro de Bobadilla, y lleva la guarnicion al cuartel jeneral.— Un pequeño destacamento sorprende en Yerbas Buenas al ejército real, que lo rechaza y le hace retirarse precipitadamente. — Los dos partidos cantan victoria. — El gobierno la celebra en Santiago. — Insurreccion en los buques *la Perla* y *el Potrillo* y entrega de dichos buques á los corsarios que bloqueaban el puerto de Valparaiso. — Pareja, muy enfermo, se decide á ir á atacar los patriotas en Talca. — Los Chilotes rehusan pasar el Maule, y resuelve regresar á Chillan.— Miguel Carrera le persigue.— Desórden en la marcha de las tropas chilenas por las lluvias y la poca disciplina de los oficiales.— Acampan en el estero de Buli, de donde se envia un parlamentario á Pareja.— Este sale de San Carlos y va á acampar cerca del rio Nuble, en donde tiene que atrincherarse.— Accion de San Carlos sin resultado alguno para los dos partidos.— El ejército real pasa el Nuble y su retaguardia es atacada por el teniente Molina, que la obliga á abandonar cuatro cañones y algunos bagajes. — Pareja llega á Chillan. — Carrera va á acampar sobre el Nuble.

Pareja acababa de proclamar la constitucion de las Cortes y de tomar juramento de obediencia y fidelidad á todas las corporaciones civiles y militares de Concepcion ; pero no satisfecho con esto, quiso anular todos los actos del gobierno intruso, dar nueva organizacion á las diferentes oficinas y no conservar mas que empleados con que podia contar en toda seguridad. Así quitó á muchos el empleo, reformó una parte del cabildo, mudó todos los gobernadores y forzó al intendente Benavente á dar su dimision, poniendo en su lugar al obispo Villodres, de jenio activo, resuelto y sobretodo apasionado por la monarquía española.

Este mismo Villodres fué encargado de verificar el estado moral de la administracion civil, y de proponer

las reformas que le pareciesen necesarias en ella, por hallarse Pareja esclusivamente ocupado en organizar el ejército para empezar á la mayor brevedad la campaña, y marchar sobre Santiago, en donde se proponia entrar con el solenne aparato de un triunfador. La desercion de las tropas de la patria que habian pasado con apresuramiento á su bandera, y el entusiasmo con que algunos realistas de Concepcion le recibieron, habian hecho creer al presuntuoso jeneral haria una fácil conquista, y tuvo la imprudencia de comunicar á sus soldados la misma estraña ilusion.

Confiando así en un completo y pronto éxito, no le pareció necesario mantenerse por mas tiempo en la capital de la provincia y resolvió marchar sobre Talca para desalojar al enemigo y establecer allí sus propios cuarteles de invierno. Su ejército acababa de recibir el refuerzo de los granaderos de la frontera y de los dragones, y en seguida, de varios rejimientos montados de milicias que habian venido incorporársele de Rere, Arauco, los Anjeles y otras partes, con el cual ascendia aproximativamente á dos mil soldados viejos, contando doscientos artilleros con veinte y cinco piezas de campaña, y á cuatro mil milicianos montados, que mediante los bien provistos almacenes de Concepcion, pudieron ser completamente armados y equipados.

De estas fuerzas, Pareja formó tres divisiones que mandó salir con intérvalo de dias; la primera, mandada por Berganza, se puso en marcha el 8 de abril; la segunda, á las órdenes de Ballesteros, el 11, y la tercera el 14, todas en la direccion de Chillan, y luego, sobre Linares, en donde hicieron su juncion el 24 del mismo mes.

Un poco antes de la llegada de estas colunas, O'Higgins se hallaba aun en las cercanías reuniendo las milicias, y en el Parral supo el movimiento de Pareja, en vista del cual juzgó oportuno retirarse haciendo diversion al enemigo para dar tiempo á Carrera de combinar sus movimientos segun sus intenciones y sus planes (1). Habiendo llegado así á Yerbas Buenas, su espíritu le sujirió el proyecto de atacar la vanguardia enemiga, compuesta de cuatrocientos hombres mandados por Elorreaga. La fuerza que él tenia era numéricamente algo superior, pero compuesta de milicianos en la mayor parte; solo tenia dos compañías de granaderos soldados viejos, que le habia enviado el jeneral en jefe, y cincuenta húsares de la gran guardia mandados por el capitan Francisco Cuevas. Su intencion era caer de repente sobre la vanguardia en el acto de pasar esta el rio Achihueno; pero prevenido por sus espías de que Elorreaga no se habia detenido en Linares, á donde habia llegado casi al mismo tiempo el ejército, O'Higgins se trasladó al Cerro de Bobadilla, que estaban fortificando para impedir el paso que lleva el mismo nombre. La fortificacion del Cerro, dirijida por el consul Poinsett, fué desaprobada por el cuartel maestre Mackenna, el cual demostró que en atencion á su distancia del paso, que era de mas de 1500 varas, y al corto alcance de las piezas que tenia, no podia llenar el objeto que se proponia. De este modo, Mackenna contribuyó á que se tomase la determinacion de hacer volver á pasar las tropas á la orilla norte del rio á fin de cubrir y defender la mayor parte de los pasos con tanta mas facilidad cuanto los muchos

(1) Convers. con O'Higgins.

árboles que habia facilitaban el poner emboscadas con segura ventaja.

Algunos dias despues, Eleorraga se dejó ver en las cercanías de Yerbas Buenas con 300 hombres, y aun avanzó hasta la orilla del rio á reconocer las posiciones de los patriotas acompañado de don Estanislao Varela, sarjento mayor del rejimiento de Rere, enviado de parlamentario por Pareja al cuartel jeneral de Carrera. Varela era portador de un oficio en el que el jeneral realista intimaba al patriota se rindiese, ofreciéndole grandes ventajas de parte del virey (1).

En aquel momento, Carrera se hallaba con las tropas de vanguardia, y mientras hablaba con el parlamentario, le fueron á decir que los soldados de Elorreaga hacian fuego contra sus centinelas, y habian muerto ya á dos soldados del rejimiento de San Fernando. Irritado de una accion tan contraria á los derechos y leyes de la guerra, resolvió tomar venganza haciendo una sorpresa por la noche al destacamento que él creia permaneceria acampado en las cercanías, y al efecto, mandó formar una coluna de 300 milicianos, 200 granaderos y 100 nacionales, al mando del coronel don Juan de Dios Puga, que marchó á la cabeza de esta espedicion con las instrucciones necesarias.

Al llegar á Bobadilla, en donde pensaba encontrar al enemigo, Puga supo que este se habia trasladado á Yerbas Buenas, y resolvió ir á atacarlo allí mismo, á pesar

(1) Segun O'Higgins, Varela se habia presentado á Pareja para que le encargase de aquella mision, con el solo objeto de dar parte á Carrera de que 300 hombres del ejército realista estaban acampados en Yerbas Buenas; y por ascrcion de Carrera mismo, le pidió á este lo recibiese á su servicio; pero el jeneral en jefe tuvo por conveniente enviarlo á Santiago. (Diario de Carrera, y Convers. con O'Higgins.)

de la distancia, que era de siete leguas. La noche estaba muy oscura y tenia guias tan fieles como prácticos que le condujeron hasta el campo enemigo, sin ser visto ni oido. A lo menos, solo cuando sus tropas estaban ya, por decirlo así, encima, algunas centinelas gritaron alarma; pero muy tarde: los patriotas penetraron por medio de los soldados entregados al sueño con imprudente confianza, y de un golpe de mano saquearon y dispersaron sin resistencia capaz de oponerse al ímpetu de su ataque. El enemigo, aterrado, no pensó mas que en salvarse; dejando armas y bagajes, que por una fea codicia los patriotas quisieron llevarse, perdiendo momentos preciosos en amontonar fusiles, despojar á los muertos y aun á los heridos, sin caer en la cuenta, sin duda, de que acababan de ahuyentar al ejército entero de Pareja, que al ser de dia le haria, tal vez, pagar muy caro aquel indigno botin.

En efecto, los realistas no tardaron en serenarse y rehacerse. Sorprendidos en la oscuridad de la noche, y en profundo sueño, y viéndose despertar por un fuego muy sostenido, habian creido desde luego que tenian sobre sí á todo el ejército de Carrera, y habian huido en la mayor confusion, sufriendo una verdadera derrota; pero cuando estuvieron ciertos y seguros de que ni la mas pequeña fuerza los perseguia, y de haber sido sorprendidos y batidos por un solo débil destacamento, hicieron alto, volvieron caras, se formaron y cargaron, á su vez, la banda indisciplinada, quitándole una parte de las armas y los cañones que habian antes dejado, y derrotándola completamente, á pesar de cuanto hicieron sus bizarros jefes, Bueras, Benavente, Rencorret y Ross, con palabras y con ejemplos de valentía, para que se mantuviesen firmes.

Tal fué el resultado de una accion que hubiera podido tener la mas feliz influencia en la suerte del país, si hubiese sido mas meditada, mejor combinada y sobretodo apoyada por una pequeña reserva. Pero una fatalidad se mezclaba en las acciones de los dos partidos. De parte y de otra habia habido falta de prevision, y á consecuencia, yerros : los realistas habian creido que todo el ejército de Carrera los atacaba ; los patriotas habian pensado no atacar mas que un débil destacamento que no merecia la pena y que bastaba ahuyentar para apoderarse de sus armas y bagajes, objeto de codicia especialmente para los milicianos, que creian tener en ellos un gran provecho (1). La codicia sola quitó la victoria de las manos á los vencedores, y salvó el ejército de Pareja, que huia con espanto y terror.

En aquella circunstancia, vituperaron la determinacion del jeneral en jefe de quitar la partida de vanguardia que estaba acampada en Bobadilla, y que, si se hubiese hallado allí, habria decidido de la suerte de la campaña ; pero era esta una crítica infundada, porque si dichas tropas hubiesen permanecido en aquella posicion, es evidente que Elorreaga no se hubiera adelantado hasta las márjenes del rio, y que, por su lado, la guarnicion habria tenido un verdadero conocimiento del movimiento de Pareja, en cuyo caso no hubiera cometido la imprudencia de ir á atacarlo, y la accion de Yerbas Buenas no hubiera tenido lugar.

Tambien fué muy criticada la ignorancia en que estaba de la marcha del enemigo, ignorancia que en cierto

(1) Habia un decreto por el cual se concedian 16 p. á cada soldado por cada fusil que presentase en buen estado, quitado al enemigo, y 12 por cada fusil descompuesto. Muchos milicianos presentaron hasta cinco.

modo era una acusacion de descuido y de impericia militar; pero lo que habia habido realmente de reprensible en la conducta del jeneral, habia sido el dejar ir aquel destacamento sin darle el apoyo de una reserva para ayudarle á aprovechar la victoria, si vencia, ó para reforzarla, si era vencido. A la verdad, su hermano Luis habia recibido órden para estar pronto á marchar con tres piezas á la primera demanda; pero hallándose acampado á la parte norte del Maule, este socorro no podia menos de llegar tarde y de ser por consiguiente infructuoso, y Luis se vió él mismo obligado á retirarse cuando quiso ir al encuentro de un enemigo que conocia la superioridad de su fuerza numérica, y animado por la exaltacion que da una ventaja conseguida y el ir en seguimiento de un enemigo vencido.

De todos modos, tal cual tuvo lugar esta accion fué favorable á la causa de Chile, y produjo efectos contrarios en el espíritu de los dos ejércitos, desmoralizando á los Chilotes, que bajo la palabra de Pareja habian creido ir á una conquista fácil y de poca duracion, y llenando de entusiasmo á los hijos de la patria orgullosos de haber causado la derrota momentánea de un ejército entero con un simple destacamento diez veces mas inferior en número. En resúmen, las pérdidas fueron con corta diferencia iguales. Los liberales perdieron unos cincuenta hombres entre muertos y heridos, y ciento y veinte y cuatro prisioneros que fueron encerrados en un buque viejo, en la bahía de Talcahuano. Los realistas tuvieron algunos mas muertos, y entre ellos el fogoso intendente del ejército Juan Tomas Vergara, « hombre de conocimientos nada comunes, de una intrepidez singular, el alma de la espedicion, y que se decia su primer

autor (1); » el capitan Buenaventura Bargas, el suteniente José Pacheco y el de artillería de Valdivia José María Martinez. Pero en cuanto á prisioneros solo perdieron treinta y uno, gracias al rejimiento de caballería de Rere que acampado á cosa de una legua de Yerbas Buenas pudo acudir, rescatar á muchos que estaban ya cojidos, y protejer la huida de los que no lo estaban. Entre los rescatados se halló el comandante de artillería José Berganza, prisionero de mucha importancia, recomendado por lo mismo con especial cuidado por el capitan María Benavente al alférez José Molina, el cual se vió á su vez prisionero de los realistas.

Tan pronto como el parte de esta accion llegó al gobierno, lo mandó publicar como un verdadero triunfo debido al heroismo de los defensores de la patria, afin de inspirar al pueblo el amor de la gloria y de la libertad. Hubo en consecuencia *Te Deum*, regocijos públicos y una proclama la mas lisonjera para la guardia cívica, proclama que produjo el efecto inmediato de ofertas espontáneas de servicio de muchas de sus compañías, una de las cuales fué destacada á Valparaiso para guardar aquellas costas. El plenipotenciario de Buenos-Aires quiso tambien pagar su tributo de entusiasmo y convidó, el 2 de mayo, á un suntuoso banquete un gran número de patriotas y los miembros del gobierno. Sentado á la estremidad de la mesa en frente á Camilo Henriquez, estos dos poetas de la libertad chilena, teniendo uno y otro en la cabeza un gorro frijio, tuvieron los mas preciosos arranques de agudeza y cantaron himnos que respiraban los mas puros sentimientos de patriotismo. Pero mientras celebraban así una supuesta victoria que no po-

(1) Informe del brigadier Mackenna, nº 15 del *Duende*.

dia tener mas que un cierto valor moral, sucedia en la Bahía de Valparaiso un acontecimiento de mucho mayor consecuencia.

Despues que Chile habia abierto sus puertos al comercio estranjero, las mares del sur se habian visto de repente surcadas por algunas naves inglesas y norte americanas que se apresuraron á gozar de aquella ventaja, de donde resultaron graves perjuicios para el comercio de Lima. El virey Abascal, en vista de esto, tomó medidas de rigor para coartar aquella libertad, y no pudiendo enviar buques de guerra para reprimirla, consiguió que los comerciantes, cuyos intereses se hallaban comprometidos, enviasen corsarios con el mismo objeto. Estos corsarios guardaban las costas, bloqueaban los puertos y apresaban los buques que querian entrar en ellos, poniendo al país en un compromiso tan odioso como inquietante.

Tan pronto como el jeneral en jefe llegó á Talca, escribió al gobierno que era necesario poner término á aquella situacion armando algunos buques no solo para ahuyentar los corsarios, sino tambien para defender los puertos contra las tropas de refuerzo que probablemente Abascal no dejaria de enviar á la division de Pareja. Pero esto no era cosa hecha; el país carecia de cuanto era necesario para llevar á cabo tamaña empresa, pues no tenia ni armas, ni bastimentos, ni marinos, y con todo eso, gracias á la firme voluntad del gobierno, y á la feliz actividad de Lastra, gobernador de Valparaiso, se pudieron armar los dos buques del comercio, la fragata *Perla* y el Bergantin *Potrillo*, con el material de guerra que se pudo hallar en otros. A fines de abril, ya estos buques estaban en estado de ir á atacar una fra-

gata corsaria que daba bordadas en la Bahía, y el 2 de mayo, habiéndose acercado hasta la punta de ella, el gobernador dió órden al comandante para que fuesen á atacarla.

Era justamente dia de fiesta. El capellan dijo misa de esperanza y de salvacion á los marinos, y despues, les leyó con entusiasmo la proclama impresa por órden del gobierno en honra de ellos. Ademas de exaltar en ella su patriotismo, le habia parecido tambien conveniente tentar su codicia prometiéndoles la presa que hiciesen, y diciéndoles : « ¿Sois laboriosos y deseais aumentar vuestros intereses y con ellos los de la patria? Pues aprovechad la oportunidad de enriquecer vuestras familias, y sacarlas del triste abatimiento. Los despojos del enemigo serán vuestros..... y á la gloria de salvadores de Chile, añadireis la fortuna de vuestras casas, elevándolas de un golpe al grado de esplendor que las haga participantes de las distinciones que la sociedad dispensa al brillo esterior (1). »

Hechos estos preparativos, levaron el áncora con grandes demostraciones de alegría á la vista de todos los habitantes de Valparaiso, que habian subido á los cerros para ver por sus propios ojos el primer ensayo de la marina chilena. Pero desgraciadamente la mayor parte de ambas tripulaciones se componia de aventureros estranjeros que daban mucha mas importancia al botin que á la gloria, y que esperaban sacar mejor partido de su bajeza que de su valentía. Ya antes de embarcarse tenian la intencion de ser traidores tan pronto como se viesen fuera del alcance de la artillería del fuerte de san Antonio. Un italiano, llamado Antonio Carlo Magi, fué

(1) Proclama del gobierno á la valerosa marina de Chile.

el que tramó la conspiracion y el primero que dió la señal de la rebelion en la fragata *Perla*. Los conjurados se aseguraron de los oficiales y los guardaron á vista.

El bergantin *Potrillo*, fiel á su pabellon, avanzaba contra la fragata *Warren*, á pesar de las balas que este le disparaba; pero viéndose abandonado por la *Perla*, que parecia querer pasar á sotavento del enemigo, viró de bordo para acercarse y fué recibido á cañonazos, que al parecer eran tambien la señal de la rebelion en el bergantin. Los dos buques traidores se pusieron en comunicacion con el corsario, que, como acabamos de decir, era la fragata *Warren*, y el dia siguiente dieron la vela para ir á ofrecer al virey Abascal el fruto de su traicion (1).

La noticia de este mal suceso, que llegó á Santiago el 5, contristó profundamente al gobierno, que se acordaba de cuanto habia costado armar aquellos buques, y reflexionaba en la imposibilidad de armar otros; pero quien mas se contristó fué Miguel Carrera, que mejor que nadie sabia que el país no podia quedarse sin ellos, y que la suerte de la provincia de Concepcion dependia, en gran parte, de los obstáculos que pudiese oponer al arribo de socorros de Lima, y que no podian oponerse sino era bloqueando el puerto de Talcahuano. Sinembargo, lejos de desmayar, Carrera formó la firme resolucion de vengar en el ejército real la iniquidad de aquella traicion.

El dia siguiente de la accion de Yerbas Buenas, Pareja habia mandado avanzar sus tropas sobre el Maule con designio de pasar este rio para perseguir á los pa-

(1) **Gaceta del gobierno de Lima, nº 349.**

triotas, y apoderarse de Talca, pensando que mas valia ir á tentar fortuna en el terreno ocupado por el enemigo que esperarlo en la frontera. Aquella misma noche fué á campar al sitio llamado Queri, distante de una legua del paso Andarivel, en donde fué constantemente observado por una partida de treinta dragones y húsares mandada por el teniente Francisco Molina, que Luis Carrera habia enviado con el objeto de inquietarlo. Esta partida pertenecia á la vanguardia que el jeneral en jefe habia mandado marchar por delante, siguiéndola él mismo á la cabeza del ejército, con el designio de atacar á Pareja el dia siguiente; pero al momento de pasar el rio, los granaderos que marchaban á la cabeza se sublevaron contra su jefe, que se vió obligado á retrogradar en el mayor desórden para ir á acampar en campo-rayado. Esta insubordinacion de un cuerpo, reputado con razon hasta entonces como tropa escojida del ejército, llenó de pesadumbre al jeneral en jefe, que no sabia á qué ni á quien atribuirla. Sin embargo, tuvo bastante presencia de ánimo para contenerse y disimular por de pronto (1); luego mandó cubrir los diferentes pasos del rio con piquetes de reten, y mandó formar la primera division para marchar é ir á tomar posicion en Fuerte viejo.

Mientras que todo esto pasaba en el ejército patriota, el realista cometia igualmente un acto de insubordinacion ocasionado por la persuasion en que estaban las tropas que habia habido traicion en Yerbas Buenas, y de que Juan Urrutia, su guia, era el autor de dicha trai-

(1) Este hecho me lo ha contado O'Higgins, bien que Miguel Carrera no hable de él, limitándose á decir en su diario : « Es necesario olvidar esta noche, porque el desórden con que se retiraron las tropas, por la mala disposicion y abandono de muchos jefes, nos espuso á ser víctimas del enemigo. »

cion. Los que levantaron la primera voz fueron los batallones de Valdivia o de Chiloe, y cuando Pareja dió la órden de pasar el rio, estos cuerpos se negaron á ello, alegando que al alistarse en la espedicion, solo se habian obligado á someter la provincia de Concepcion al dominio del monarca, sin pensar de ningun modo ir mas allá. Esta pretension la sostuvieron con tal obstinacion, que Pareja se vió obligado á suspender la marcha y á retroceder para ir á tomar cuarteles de invierno á Chillan, como se lo aconsejaban los relijiosos franciscanos que le acompañaban (1).

Sinembargo, antes de abandonar sus posiciones, resolvió enviar segundo parlamentario á Carrera pidiéndole una entrevista para entrar en composicion, si fuese posible. Para llenar este encargo, nombró al coronel José Hurtado, el cual se trasladó al cuartel jeneral y se presentó á Carrera, que lo recibió con bondad porque le interesaba ganar tiempo para poder esperar el batallon de voluntarios que iba de Santiago á incorporarse en su ejército, y atacar en seguida al enemigo, que él sabia desmoralizado, mal pagado y descontento. En consecuencia, despues de haber hablado con el parlamentario, lo despidió con esperanzas lisonjeras; pero habiendo vuelto este con la exijencia, de parte de Pareja, de que le enviase á su hermano Luis en rehenes, esta pretension le irritó en términos que se negó á toda composicion, y se

(1) En su parte al virey Abascal, Pareja no hablaba de esta insurreccion, y le decia que no habia pasado el rio, « porque en el caso de crecer este, como lo hace temer lo avanzado de la estacion, me hallaré de la otra banda con el enemigo á la vista, cortada la retirada, y sin los recursos necesarios para la subsistencia del ejército, puesto á la inclemencia del tiempo.» (Véase la Gaceta del gobierno de Lima, nº 14.)

decidió á continuar la guerra. Es verdad que entretanto, se le acababa de incorporar el batallon de infantería de la Patria, cuya fuerza no era mas que de doscientos cincuenta hombres, pero bien disciplinados, y mandados por Muñoz Bezanilla (1), y por otro lado, habia recibido aviso de que los habitantes de Bilbao, sostenidos por Pareja, se habian sublevado contra don José Cruz Villalobos, capitan del rejimiento de Lautaro, y lo habian arrestado, así como tambien á los veinte y cinco soldados que guardaban el puerto; accion tanto mas indigna á los ojos de un militar de honor, cuanto habia tenido lugar mientras se negociaba un tratado.

Pareja tenia un carácter muy humano y hubiera deseado mucho evitar efusion de sangre firmando una paz honrosa para los dos partidos. La dificultad que encontraban sus intenciones de conciliacion, reunida con el movimiento de insubordinacion que se habia producido en los Chilotes, le causó tanto sentimiento que su salud se alteró gravemente con una calentura maligna, inflamatoria, de las mas alarmantes. Obligado á irse á Chillan á establecer allí sus cuarteles de invierno, no pudo soportar la fatiga del viaje, y tuvo que dejarse llevar en una litera por cuatro soldados, alejándose precipitadamente de las posiciones del Maule, en donde habia esperado llegar al fin de la conquista, firmando un tratado de paz, y dejando el mando de sus tropas á Juan Francisco Sanchez, capitan de un batallon de

(1) Este batallon era el que habia sido formado en 1812 con el nombre de batallon de Pardos. Para quitar distinciones en un país que se batia por la libertad y la igualdad, el gobierno, por un decreto del 25 de abril, habia sustituido á este nombre el de batallon de infantes de la Patria.

veteranos y acérrimo partidario de la causa real.

Tan luego como Carrera supo la insubordinacion de los Chilotes y su marcha para el sur, convocó un consejo de guerra en el cual se resolvió fuese perseguido con ardor el enemigo para aprovechar de su desórden. El ejército patriota habia sido reorganizado; las milicias, muy disminuidas por las deserciones y por licencias dadas á hombres inútiles, fueron reunidas en dos brigadas, una mandada por O'Higgins, y otra por Luis Cruz. Las tropas regladas, aumentadas con el batallon de voluntarios de la Patria, al mando de don José Antonio Cotapos, que acababa de llegar de Santiago, quedaron al mando de sus hermanos. Bien que se resintiese aun de todo lo sucedido y de la pérdida de los dos buques, en los que tenia fundadas tantas esperanzas, nada se le notaba en el semblante, y con la misma serenidad de ánimo que siempre, aquella misma noche dió órden para empezar el movimiento é ir á campar á las márjenes del Maule.

El 12 de mayo la vanguardia llegó á Longavi y el capitan Diego Benavente recibió órden de avanzar y de picar la retaguardia de los enemigos, que alcanzó al siguiente dia, y á la cual tomaron dos mil vacas, veinte soldados que las escoltaban y una infinidad de milicianos atrasados.

El cuerpo del ejército seguia corriendo, por decirlo así, á la vanguardia, pero en el mayor desórden por causa de los grandes aguaceros que caian y que le incomodaban mucho, poniendo intransitables los caminos y los rios, que crecian estraordinariamente. Al llegar al Estero de Buli, la vanguardia quitó al enemigo un carro de equipajes, le hizo doscientos prisioneros y se detuvo para

a guardar al ejército y reunir los dispersos. En este intérvalo de tiempo, don Manuel Vega, edecan de Carrera, habia sido enviado por su jeneral á Pareja, que ocupaba San Carlos, dos leguas distante de Buli, con un oficio intimándole se rindiese á discrecion, bajo la promesa de tratarlo con miramientos y de dejarle irse á Lima.

Vega fué recibido con la mayor cortesía. El intendente militar Matias de la Fuente le dió á entender que su negociacion podria tener buen éxito; pero esta respuesta no satisfizo al jeneral patriota, que, temiendo hubiese en ella algun doblez, prefirió ir á atacar los realistas con todas las fuerzas que habia podido reunir por la noche.

Al dia siguiente por la mañana, dió órden para formar una vanguardia compuesta de una compañía de infantería, del escuadron de húsares, del de la guardia jeneral y de dos cañones para marchar sobre el rio Nuble y cortar la retirada á los realistas. Esta coluna llegó á San Carlos justamente cuando el enemigo acababa de evacuarlo, le siguió al alcance, y habiéndosele dado, le picó la retaguardia, que precipitó su marcha para juntarse al cuerpo del ejército. Entonces, creyendo los realistas que iban á ser atacados por todas las fuerzas patriotas, corrieron á una loma en donde se atrincheraron con las carretas que llevaban los víveres y los bagajes, y pusieron en batería veinte y cinco piezas de campaña que tenian. A pesar del mal estado de su salud y de los agudos dolores que le aflijian, Pareja tuvo la fuerza, no de montar sino de dejar que lo montasen á caballo para vijilar por sí mismo las disposiciones de la defensa, y permaneció así dos horas sostenido por sus propios ánimos; pero sintiéndose al fin desfallecer,

tuvo por fuerza que dejarse transportar á la litera para esperar allí lo que decidiese la suerte de la guerra.

Contra el parecer del jeneral en jefe, don José Carrera quiso tener la honra de dar principio al ataque, y creyendo que para arrollar tropas desmoralizadas, segun decian, le bastaba presentarse, no permitió á la vanguardia, ya empeñada en una escaramuza, tuviese parte en sus glorias, y mandó á los granaderos cargar á la carrera, olvidando sus recientes fatigas, y la imposibilidad de emplear todo su brio para cargar con suficiente arrojo. Apenas se acercaron lo bastante, cuando las primeras descargas de las piezas de á 4 y de á 8 enemigas los rechazaron y desordenaron completamente, como tambien al batallon de infantes de la Patria que los seguia de cerca. La artillería de la 2ª division, mandada por el capitan Gamero y el teniente García, tuvo dos cañones desmontados. Si en aquel momento, Sanchez hubiese hecho una salida de sus trincheras, es probable, y los patriotas mismos lo confesaban, que habria puesto en completa derrota al ejército de Carrera; pero no teniendo la mayor confianza en sus propias fuerzas, se mantuvo en la defensiva, con lo cual Mackenna, que mandaba la reserva formada de las milicias de O'Higgins y de unos cien voluntarios, pudo avanzar y entrar en accion.

Por otra parte O'Higgins tuvo órden para atacar la caballería enemiga, que desordenó completamente, forzándola á pasar precipitadamente el Nuble y á huir con terror á Chillan, motivo por el cual los habitantes, atemorizados, no enviaron municiones al ejército, que carecia de ellas. Los voluntarios, conducidos por Mackenna, acu-

dieron á apoyar la artillería maltratada por la de los enemigos, y gracias á su firmeza y á la caballería mandada por el bizarro O'Higgins, se consiguió contener al ejército de Pareja y entretenerlo hasta que á favor de la noche las tropas de Carrera pudiesen retirarse á San Carlos.

Entre los prisioneros que se hicieron hubo muchos que fueron inmolados, y esta accion indigna de militares de honor echó un feo borron sobre todos cuantos tuvieron parte en ella.

Estos fueron los diferentes episodios de la batalla de San Carlos, tan diversamente comentada por los dos partidos, que cantaron victoria cada uno por su lado, sin mas resultado que el haber dado uno y otro pruebas de decision y de valor. Los realistas tenian contra sí la desmoralizacion que sigue á una derrota, y la enfermedad sumamente grave de su jeneral, que, como se ha dicho, postrado en su litera habia abandonado enteramente el mando á Sanchez, militar esperimentado sin duda, pero que no podia inspirar la misma confianza. Lo que mas sostuvo el espíritu de sus tropas fué el entusiasmo relijioso que les infundian los franciscanos de Chillan, que seguian el ejército. Uno de estos relijiosos era el nombrado Banciella, hombre de elocuencia y de accion, el cual en un rapto de santa inspiracion tomó un crucifijo en la mano, y corriendo por entre filas, exaltaba con sus jestos y con la vehemencia de sus palabras el fanatismo de aquellos buenos soldados de Chiloe, que creian batirse contra herejes, y merecer la palma del martirio, si morian, ó la recompensa debida, si vivian (1).

La situacion de los patriotas era aun mucho mas crí-

(1) Conversacion con Bernardo O'Higgins.

tica. En primer lugar, habia poca union en los jefes, causa grande, en jeneral, de malos sucesos militares. En segundo, casi todos los soldados estaban mal armados, veian el fuego por la primera vez y entraban en accion despues de una marcha forzada de cuarenta leguas en tres dias por malísimos caminos, y molestados por una continua lluvia que les aflojaba la fibra y abatia sus ánimos. Si á estas desventajas se añade la de su inferioridad numérica (1), y la no menor de tener que atacar un enemigo bien atrincherado y con suficiente y buena artillería para mantener á distancia todo ataque, se comprenderá sin dificultad que estos patriotas podian, en cierto modo, creerse victoriosos en hecho de haber derrotado completamente su caballería, haber dado muerte á muchos soldados y hecho un número bastante crecido de prisioneros.

Es verdad que aquel mismo dia, uno y otro ejército habian hecho lo posible para ser derrotados Los realistas, si hubiese habido mas unidad entre los patriotas, y estos si los hubiesen perseguido al pasar el rio Nuble, ó, aun mejor, si en lugar de la desgraciada carga de José Carrera, se hubiesen limitado á cortarles la retirada á Chillan y los hubiesen arrojado sobre Concepcion, á donde nunca hubieran podido llegar sin grandes dificultades y grandes pérdidas, por los montes y rios, crecidos por las lluvias, que tenian que atravesar, ciertamente la campaña era perdida para ellos.

(1) Torrente exajera mucho el número de las tropas patriotas. Segun Miguel Carrera no pasaban de 1109 infantes, 1567 milicianos de á caballo, y 153 artilleros con 11 cañones; así todos reunidos subian solo á 2829 soldados. Los realistas al contrario contaban 6000 hombres, á saber 2600 infantes, 3000 milicianos montados y 100 artilleros con 22 piezas de cañon. (Véase el manifiesto de Miguel Carrera á los pueblos de Chile.)

Por su parte, los patriotas hubieran tambien podido ser batidos, si aprovechando el momento de la dispersion de los granaderos y de los infantes de la Patria, hubiesen los realistas hecho una salida repentina y arrojada para impedirles de rehacerse, operacion tanto mas fácil cuanto, á pesar de los esfuerzos de Miguel Carrera, no se consiguió sino á duras penas. Esta division una vez derrotada, las otras dos no hubieran podido oponer mucha resistencia, por hallarse compuestas, en gran parte, de milicianos sin táctica ni disciplina y que al menor choque habrian cedido el terreno prontamente. Pero el jenio infernal de la anarquía no quiso que se terminase tan presto aquella lucha fratricida, y mientras dejaba alejarse á unos, por un lado, del campo de batalla, permitia que los otros continuasen su retirada á Chillan, que los realistas de allí habian puesto ya en estado de defensa.

Esta retirada se verificó por la noche mientras los patriotas limpiaban sus fusiles, ó dejaban descansar sus caballos, que habian quedado casi fuera de servicio. La víspera, habia habido en San Carlos una reunion de jefes, pero sin mas resultado que la determinacion de enviar al ser de dia una partida de cuarenta hombres mandados por el teniente Francisco Xavier Molina al sitio mismo en donde habian acampado los realistas. Molina fué allá, y hallándolo abandonado, continuó su marcha hácia el paso del Nuble, á donde llegó en el momento que la retaguardia lo atravesaba. Bien que se hallase con muy pocas fuerzas, la atacó con ímpetu y la obligó á huir con precipitacion dejando cuatro cañones en el rio, y á la orilla, algunos bagajes y municiones. Los realistas, unos corrieron á Chillan, y otros, mas resueltos, se

hicieron fuertes en algunas casas para oponerse al paso de sus perseguidores; pero en aquel instante, le llegó á Molina un refuerzo, que era la partida del teniente García con dos cañones, y consiguió desalojarlos. Aquella misma noche, todo el ejército de Carrera vino á acampar á la proximidad del rio.

CAPITULO XXIII.

Sanchez se fortifica en Chillan.— Miguel Carrera marcha sobre Concepcion, y se apodera de esta ciudad. — Ataque y toma de Talcahuano.— El obispo Villodres se salva en *la Bretaña*, acompañado de muchos realistas.— Toma de la fragata *la Tomasa.* — Importancia de esta presa. — Casi toda la provincia en poder de los liberales.— Sanchez continua las fortificaciones de Chillan. — Miguel Carrera se propone el ir á atacarlo.— Ordenes que da á cada division.— Noticia falsa de una invasion en el norte.— Preparativos á que da lugar.— Salida de Carrera para Chillan.

Luego que el ejército realista llegó á Chillan, Francisco Sanchez dió disposiciones para fortificar esta ciudad, en donde la naturaleza nada habia hecho por su defensa; hizo levantar trincheras en la plaza mayor y en las principales calles, abrir algunos fosos y construir dos fortines, uno al norte y el otro á tres cuadra al poniente de la plaza, determinado á pasar allí sus cuarteles de invierno y aguardar los socorros que debian llegarle del Perú para entrar de nuevo en campaña á la primavera. Viendo que se agravaba la enfermedad de Pareja, conocia que toda la responsabilidad de los sucesos de la espedicion iba á recaer en lo sucesivo sobre él, y que por lo mismo era de su deber combinar con prudencia y con vigor sus operaciones contra todo evento.

Carrera, por su lado, no siendo ni menos activo ni menos hábil en sus planes de agresion, percibió de un vistazo el yerro que su adversario habia cometido en dejar á descubierto el camino de la Concepcion, abandonando el mando de esta ciudad y la direccion de los negocios públicos á un prelado escesivamente prudente

por carácter, y que no podia disponer mas que de un corto número de soldados. En consecuencia, determinó ir á atacarlo para poder apoderarse en seguida del puerto de Talcahuano, justamente considerado como llave de la provincia, é impedir así que el enemigo recibiese socorros de Lima.

Mackenna se mostraba muy opuesto á este proyecto, en atencion al estado precario del ejército y á la ignorancia en que todos estaban sobre las verdaderas intenciones de los habitantes. O'Higgins, por el contrario, sostuvo con todo su teson que el designio del jeneral en jefe era muy plausible, y contribuyó á que se pusiese en ejecucion aquel mismo dia para aprovechar de la confusion que reinaba aun en el ejército real.

Luis Carrera, comandante de la primera division, se puso en marcha, á la cabeza de la vanguardia, el 17, con cuatro piezas de campaña , y fué á pernoctar en Changaral, distante cinco leguas del campamento del ejército. Al dia siguiente, salió el capitan Prieto con un destacamento de cien hombres, que componian su partida y la de Molina, para ir á causar una diversion á los realistas de Chillan é inquietarlos por aquella parte. Algunos dias despues, se enviaron otros destacamentos á diferentes puntos de la provincia ; el coronel Vega fué á ocupar Cauquenes ; Francisco Barrio, Quirihue ; y Bernardo O'Higgins se dirijió sobre la isla de la Laja para apoderarse de los Anjeles. Bien que no llevase mas que treinta hombres, en cuyo número se comprendian algunos oficiales, contaba sobre el influjo de sus allegados y sobre sus muchos partidarios.

Tomando todas estas medidas , Miguel Carrera se aseguraba de una gran parte de la provincia, conservaba

sus comunicaciones libres con la capital y dejaba completamente aislado al ejército de Pareja, bloqueado, por decirlo así, en Chillan, y bastante considerable para que fuese sumamente importante observar sus movimientos é impedirle de tomar, á su vez, la ofensiva. Con este objeto, quedó en el canton de Nuble una coluna de observacion compuesta de noventa voluntarios de Santiago y reclutas de Talca; de quince infantes de la Patria y de las milicias á caballo de Linares, Parral, San Carlos y Quirihue, que debian incorporarse allí (1), mandada por el coronel don Luis de la Cruz, cuyas órdenes terminantes eran no empeñar accion alguna, y replegarse, en caso de necesidad, sobre el coronel Juan de Dios Vial, que se hallaba en Talca prevenido para auxiliarle.

El 20 de mayo, el ejército dejó su campamento de las orillas del Itata y se puso en movimiento para Concepcion. El jeneral en jefe se adelantó para ir á reunirse con la vanguardia, despues de haber enviado á don Diego Benavente de parlamentario para persuadir á Pareja se rindiese. Fué Benavente y llenó su mision, pero sin éxito; Pareja no se rindió.

Juan Estevan Manzano, enviado igualmente de parlamentario á Concepcion por su hermano Luis, lo tuvo mejor. Sobrecojido el obispo Villodres de los peligros que creia le amenazaban, corrió á refujiarse á bordo de *la Bretaña*, y dejó el gobierno de la ciudad al cabildo que habia antes de la invasion. Tan pronto como Miguel Carrera tuvo noticia de esto, despachó á su edecan don Antonio Mendiburu y el capitan Prieto con algunas tropas para que se apoderasen de la ciudad, y al dia

(1) Relacion de los servicios del jeneral Cruz.

siguiente, llegó el mismo en persona á ella con grande satisfaccion de los patriotas, que hasta entonces habian estado oprimidos por las medidas vigorosas del obispo gobernador. La víspera, justamente, las casas de algunos de estos habian sido saqueadas por soldados que habian ido á buscar cuatro cañones y municiones, y muchos realistas, temiendo les sucediese lo mismo á su vez, salieron de la ciudad para ir á refujiarse á Talcahuano. Este puerto estaba en efecto bastante bien fortificado. Habiéndole rodeado por todas partes de montañas bastante escarpadas, la naturaleza misma lo habia dotado de una fuerte defensa que aumentaba la resistencia de las fortificaciones militares. Desgraciadamente, habia pocas tropas para poder cubrir todos los puntos atacables; pero noobstante, el gobernador, que lo era el coronel Texeiro, se mostró altanero en su entrevista con el plenipotenciario María Benavente, que iba á imponerle una capitulacion. « No capitularé, le respondió, hasta que vea las tropas sobre Talcahuano. »

La respuesta del obispo, á quien Carrera habia escrito volviese á ponerse á la cabeza del gobierno eclesiástico, fué muy humilde, pero en ella se negaba á volver á dicho gobierno, noobstante la proteccion especial que le prometia; porque el buen prelado, á fuerza de hablar de la crueldad de los insurjentes, estaba tan persuadido de ella, que ya se hubiera guardado bien de fiarse á la supuesta jenerosidad de su jefe.

El 27 de mayo, llegó la vanguardia á Concepcion, y el mismo dia, mandó Miguel Carrera enarbolar la bandera nacional en medio de la plaza, y hubo una misa en accion de gracias, celebrada por el digno patriota don Salvador Andrade. Lo restante del dia se empleó en pre-

parativos de guerra, pues el jeneral estaba resuelto á ir á atacar Talcahuano, sin siquiera esperar la llegada de la division que mandaba su hermano José. Las tropas de que podia disponer eran la vanguardia, y muchos desertores del partido real, que se le habian pasado, ya fuese por patriotismo, ó por el atractivo del premio que les habia prometido.

El 28, fué el jeneral á reconocer y estudiar el terreno que pensaba ocupar, en compañía de su amigo Poinset. En San Vicente, un sarjento de artillería, Tadeo Villagran, prisionero de guerra fugado de los pontones, le enteró perfectamente de la situacion de los realistas en Talcahuano, con lo cual resolvió ponerse en marcha aquella misma tarde con sus setecientos infantes, trescientos caballos y cuatro piezas. Al dia siguiente, renovó su intimacion, y mientras tanto, tomaba disposiciones militares, y disponia partidas de reconocimiento á las órdenes de los dos bizarros oficiales, el capitan Prieto y el teniente don Ramon Freire, que luego despues fueron la honra y la gloria de su país.

El nuevo parlamentario tuvo tan poco ó tan mal éxito como el primero, ó, lo que es lo mismo, le pidieron el término de cuatro horas para decidir en consejo de guerra lo que se habia de hacer, lo cual no era mas que un pretesto para ganar tiempo. En vista de esto, el jeneral en jefe « mandó que las guerrillas cargasen y que por el camino de la izquierda subiesen á tomar las alturas, que estaban defendidas por 150 hombres y un cañon. El teniente coronel Muñoz Bezanilla con 200 fusileros, el capitan Gamero con una carronada, y el alférez don Pedro Nolasco Vidal con un cañon de á 4. En poco tiempo obligaron á retirarse al enemigo, que se replegó

á la plaza. Doscientos de nuestros fusileros ocuparon la altura de la derecha, y se colocó en ella un cañon mandado por el capitan Morla. La guardia nacional y la caballería formaban el cuerpo de reserva. El enemigo hacia un fuego vivísimo y estaba sostenido por las lanchas cañoneras. Nuestra artillería correspondia con ventaja. El capitan Morla echó á pique un bote armado, y el capitan Gamero hizo bastante estrago en una de las lanchas. Despues de cuatro horas de fuego, mandé atacar el pueblo, en el que estaba atrincherado el enemigo con bastante artillería, y fué tomado en el momento por nuestros bravos.

Se distinguió en el ataque el padre Fray Manuel Benavides con algunos granaderos que, en aquel momento, capitaneaba. Se colgó de la bandera real, y no viéndose libres aun del peligro, emplearon un rato en despedazarla. Siguieron sobre el enemigo, que ya se embarcaba en botes; pero se metieron los nuestros al mar con el agua al pescuezo y sacaron á todos los que huian, menos los botes, que pudieron escapar con varios oficiales y jefes de la plaza, que se embarcaron á bordo de *la Bretaña* (1). »

La toma de Talcahuano fué considerada en aquel momento como un hecho de armas de la mayor importancia, porque aislaba al enemigo completamente de la patria, y la reducia á sus propias fuerzas. Miguel Carrera lo celebró con mucho júbilo en medio de sus valientes soldados, que acababan de darle nuevas pruebas de su arrojo; é impelido, sin reflexion, por un movimiento de loca satisfaccion, les concedió el saqueo de Talcahuano, durante muchas horas. Bien que la irrita-

(1) Diario de Miguel Carrera.

cion de las tropas solo fuese contra los realistas, promotores de la guerra, y que despreciasen el botin, repartiéndole, á medida que lo cojian, entre los indijentes del pueblo; noobstante, no se puede negar que esta accion de Carrera fué indigna de un jefe militar, muy perjudicial á los resultados que acababa de obtener y de la que, tarde ó temprano, no podrian menos de servirse sus enemigos como de un arma de vituperio y de reprobacion contra él y contra sus fines.

Entre las personas que habian conseguido salvarse á bordo de *la Bretaña*, se hallaban el mayor jeneral don Ignacio Justis, Monreal, todos los oficiales y el traidor Ximenez Navia, que era el que mas hubiera deseado Carrera cojer. Para eso, mandó preparar dos lanchas cañoneras, que al mando del teniente don Nicolas García, salieron para atacar *la Bretaña*, contrariada por un viento norte sumamente recio, que la obligó á permanecer anclada durante muchos dias en la isla de la Quiriquina, en donde habria sufrido mucho de los tiros de la artillería del fuerte, si el enemigo no hubiese tenido la buena inspiracion de inutilizar los cañones antes de abandonarlos. Por consiguiente habia alguna esperanza de éxito para las lanchas cañoneras; pero desgraciadamente, el mismo inconveniente que esperimentaba *la Bretaña*, las impedia tambien de adelantar y acercarse; de suerte que cuando saltó el viento favorable, el buque tuvo tiempo para salvarse.

A pesar de este mal éxito, los resultados de esta accion eran sumamente ventajosos para los patriotas. Ademas de haber ocupado Talcahuano, se habian tomado tres bastimentos enemigos, se habian libertado de los pontones sesenta granaderos, treinta húsares y otros tantos

milicianos que habian caido prisioneros en la accion de Yerbas Buenas, y que tuvieron la felicidad de incorpo-rarse bajo sus banderas. Los almacenes se hallaron bien provistos de vestuario, armas, víveres y salpetre. El ene-migo tuvo muchos muertos, y se le cojieron ciento y cincuenta prisioneros, contando siete oficiales, los cuales fueron todos tratados con la mas jenerosa humanidad, sin que ningun individuo del ejército se propasase á ha-cerles el menor insulto.

Luego que *la Bretaña* dió la vela, Miguel Carrera resolvió contramarchar con sus tropas á Concepcion para combinar allí un plan de ataque contra Chillan. Dejó al teniente coronel don Santiago Muñoz Bezanilla de gobernador en Talcahuano con órden de disponer que la bandera española tremolase en los diferentes puntos de la costa, á fin de atraer los buques peruanos. Así lo ejecutó dicho gobernador, y con esta treta consiguió, al cabo de siete dias, apresar el bastimento *la Thomas*, que venia ricamente cargado de toda especie de socorros para el ejército invasor de Chile. El capitan de dicho basti-mento, aunque con mucho recelo, habia tenido que de-cidirse á enviar en un bote al puertecito de Tumbe al oficial de marina don Felipe Villavicencio, á informarse del estado de la guerra, pero en aquel momento, ya por órden del gobernador de Talcahuano se habian puesto por toda la costa emboscadas para interceptar á dicho buque toda comunicacion con tierra; por manera que á penas el citádo oficial saltó en ella, fué cojido con to-dos los marineros que llevaba. Al dia siguiente, la fra-gata tuvo la misma suerte, porque hallándose fondeada en el puerto mismo, fué sorprendida por la noche por dos lanchas cañoneras mandadas, una por don Nicolas

García y la otra por Ramon Freire, y que la forzaron á rendirse sin resistencia.

En esta fragata iban treinta y siete oficiales destinados á los cuadros de algunos cuerpos de nueva creacion, y entre ellos habia sujetos de mucho mérito, tales como el brigadier Rábago, el coronel Olaguer Féliu, el hábil oficial de marina real Colmenares, el cirujano Grajales y otros. En su cargamento se contaban cincuenta mil pesos de mercancías, una cantidad igual en efectivo; armas, municiones y otros pertrechos, con todo lo cual el ejército real se habria puesto sobre un pié respetable y en estado de tomar la ofensiva; pero la providencia dispuso las cosas de otro modo para la salvacion de la República, haciéndose el regulador de los acontecimientos y poniéndoles en armonía con las necesidades de la época para que los patriotas pudiesen aprovecharse de ellos.

Mientras que por un lado se conseguian todas estas ventajas, O'Higgins, que despues de la accion de San Carlos, se habia dirijido con algunos pocos soldados á la frontera para animar al pueblo, y atraerlo á su partido, habia conseguido apoderarse del fuerte de los Anjeles, haciendo prisionero á su comandante, que era el coronel don Fermin Zorondo, y á ciento y diez soldados, entre dragones y artilleros, que lo ocupaban. En seguida, ayudado de los milicianos, que sus amigos le habian llevado, y de algunos veteranos que, por patriotismo ó por alcanzar el premio prometido, habian desertado del ejército español, empezó á recorrer toda la frontera, atacando todos los fuertes, que sucesivamente tomó, esceptuando solo los de Talcamavida y Santa Juana.

En consecuencia, ya Miguel Carrera se hallaba dueño de casi toda la provincia invadida. En menos de dos

meses de tiempo, su ojeada militar, su tino y su actividad consiguieron arrinconar al enemigo en un solo punto, quitándole todas las posiciones que ocupaba, y poniéndolo en un aislamiento tal que ya no podia procurarse víveres sino por la fuerza. En semejante estado de cosas, un jefe circunspecto y maduro no podia ni debia obstinarse contra la suerte de la guerra, y por el interes mismo de la causa que defendia, lo que tenia que hacer era someterse ó resignarse á lo que las circunstancias pedian, procurando sacar de ellas el mejor partido posible. Con las ideas que ya habian echado raices en el país, y con los progresos de aquel partido, ya no era posible dudar del triunfo de la revolucion, y todo cuanto se podia pretender y esperar era reconquistar el país diplomáticamente y comercialmente.

Pero habia poca posibilidad de conseguirlo en aquel instante en que el gobierno español ya no se hallaba representado mas que por un jefe militar, y como ya se sabe, los jefes militares en jeneral, no conocen mas que su espada, y las instrucciones que tienen, de las cuales son esclavos, y las mas veces sin poder hacer mas que sustituir la fuerza al derecho, la terquedad á la razon. Sobretodo, Pareja, que, por la naturaleza de su mision, hubiera podido usar de esta política, acababa de fallecer, y Sanchez habia recibido demasiada poca educacion para entenderla. Por eso, dejándose llevar de su propio interes y de su ambicion, procuró conservar ó ganar por acciones el grado eminente que la casualidad le acababa de dar.

La ciudad de Chillan, situada en un llano, era poco propia á servir de retirada, porque no tenia defensa alguna natural, y, en este particular, Sanchez se mos-

tró poco hábil en el hecho de preferir esta ciudad á la de Talcahuano, la cual reunia á la facilidad de la defensa la grande ventaja de hacerlo dueño del mar; pero por otra parte no se puede disimular que suplió á la falta de talento desplegando una actividad estraordinaria. Bien que fuese naturalmente muy poco ájil, se le veia continuamente en las obras de fortificacion animando á los trabajadores, alentándolos y causando temor á los descontentos con el aspecto imponente que la naturaleza le habia dado.

Los soldados que le quedaban no eran muchos, y no pocos estaban muy enfermos; pero gracias á algunos realistas, y principalmente á los hermanos de la órden de San Francisco, habia conseguido reunir á su pequeña fuerza una bastante grande de milicianos, que oficiales de instruccion y de habilidad estaban encargados de ejercitar y disciplinar. Estos soldados le eran sumamente útiles, porque eran prácticos conocedores de todas las localidades del país, conocian perfectamente todos sus desfiladeros y accidentes de terreno, y podian mandar partidas de guerrilla tanto para inquietar la division acampada á las márjenes del Itata, como para abastecer de las muchas provisiones que un largo sitio iba á hacer muy necesarias, pues habia tenido conocimiento por sus espías de las intenciones de Carrera, y ya sabia los preparativos que estaba haciendo para ir á atacarlo.

Sinembargo, la estacion era poco favorable para este ataque, en atencion á que estábamos en el corazon del invierno, época de eternas lluvias, en la cual el mal estado de los caminos y las crecidas de los rios hacen á unos y á otros sino enteramente intransitables, á lo me-

nos, de difícil y fatigoso tránsito. Por eso, muchos jefes opinaban se aguardase por el buen tiempo para empezar esta nueva campaña, fundándose especialmente en que el sitio que iban á poner á Chillan exijia mucha artillería; pero Carrera calculaba de otra manera, y pensaba que la toma de Concepcion, y su éxito en Talcahuano, debian haber desmoralizado al ejército enemigo, de cuyo temor seria muy útil aprovechar para darle una batalla decisiva y esterminarlo. Tal era la confianza que tenia en el mal estado de los soldados de Sanchez, que ya empezaban á abandonar sus banderas, y la que le daba el prestijio de la conversacion de la ofensiva, que en todos sus partes al gobierno, no pedia mas que ocho dias para acabar con el ejército enemigo.

El plan que tenia que seguir era muy sencillo: hallándose el enemigo reunido y encerrado en una sola ciudad, solo se trataba de sitiarlo en ella, y con este fin, escribió á los diferentes cuerpos dispersos por la provinciase reuniesen en las imediaciones de Chillan.

O'Higgins recibió órden de reunirse sobre el Diguillin con los mil cuatrocientos soldados de milicias que habia podido reunir, y algunos granaderos y artilleros que habia sabido ganar, ó que Carrera le habia enviado bajo el mando de Campino.

El coronel Vial, acuartelado en Talca, fué encargado de ir á reforzar la coluna de observacion del comandante Cruz, cuya posicion se hacia cada dia mas crítica.

Luis Carrera, acompañado del consul Poinset, partió el 22 de junio, para la division del centro, precedido de la artillería de campaña y de los dos cañones de á 24, que habian salido la antevíspera, y cuyo transporte habia de costar tanto trabajo y tantas dificultades á su

conductor, que era el bizarro teniente Bernardo Barrueta. En seguida, volviendo sus previsiones hácia Concepcion, que consideraba, con mucha razon, de mucha importancia, mandó que fuesen sacados de allí los reos de estado y confinados en la Florida, bajo la salvaguardia del subdelegado José María Victoriano; instaló una junta provisionar para vijilar la seguridad de la provincia, y las necesidades del ejército, y el 23 de junio, salia de Concepcion y se dirijia sobre Talca para acelerar la salida de Vial, cuya tardanza empezaba á parecerle sospechosa.

Se ha supuesto que el gobierno no veia de buen ojo esta campaña y que la habia desaprobado; pero esto no es exacto, pues, por los documentos que tenemos á la vista, vemos, al contrario, que la queria y la apresuraba, porque ya le tardaba el que se concluyese aquella guerra entre hermanos para entregarse con reposo y tranquilidad á las mejoras que el país reclamaba. Ademas, sucedió en medio de todo esto un acontecimiento que parecia propio á activar la espulsion pronta y completa de los realistas de la provincia de Concepcion.

Al tiempo de la toma de Talcahuano, la mayor parte de los realistas habia podido embarcarse en buques que se hallaban anclados en la bahía, y gracias al viento, que se les hizo favorable, muchos de estos buques pudieron largarse y ponerse fuera de alcance. Entre ellos se encontraba *la Bretaña*, fragata armada en corso y mandada por Pargas, la cual, luego que tuvo la mayor parte de los jefes á su bordo, tomó la direccion de Lima, y al pasar delante del Huasco, tuvieron la presencia de ánimo de esparcer allí el ruido de la próxima llegada de una poderosa espedicion realista, esperando atraer, por

este medio, la atencion del gobierno sobre aquel punto, distraer, tal vez, una parte de las tropas de su verdadero objeto, y dar así á Sanchez lugar para hacer frente al enemigo y fortificarse. Habiendo tomado esta resolucion, se dirijieron en derechura al citado puerto, y desde allí, el comandante, que tomó el nombre de Mariano Osorio, jefe de la tercia division espedicionaria, pasó un oficio al subdelegado de Ballenar, don Manuel Hodar, anunciándole la supuesta espedicion, compuesta de tres mil hombres, á las órdenes de Joaquin de la Pezuela; y previniéndole que, antes de pasar á Valparaiso, debia venir á apoderarse de la provincia; que en consecuencia, reuniese á los milicianos y tuviese prontos para el dia siguiente doscientos caballos, trescientas mulas y los víveres necesarios para ochocientos hombres, todo lo cual le seria exactamente pagado.

Bien que la falsedad de esta noticia no hubiese tardado en ser sabida, con todo, tuvo tiempo para alarmar bastante al gobierno. Don Tomas O'Higgins, que mandaba las fuerzas del norte, se habia visto tan alarmado por el subdelegado del Huasco, que no pudo menos de escribir en el mismo sentido al poder ejecutivo; y Gregorio Cordoves, que se encargó de llevar esta comunicacion, estaba demasiado penetrado del peligro que corria la provincia, para no exajerarla involuntariamente.

En aquel estado de cosas, el gobierno debió tomar las medidas mas eficaces y las mas prontas, y procuró, en primer lugar, tranquilizar al pueblo con palabras propias á inspirar confianza, y á serenar los ánimos; y en seguida, ofició á todos los comandantes de la milicia del norte y del centro para que se estuviesen prontos á

ir á reunirse en los dos cuerpos de ejército, uno, mandado por don Tomas O'Higgins, gobernador de Coquimbo, y el otro á las órdenes de Lastra, gobernador de Valparaiso. A este último, el gobierno le envió, ademas, una partida de trescientos hombres, que estaban de vuelta de Buenos-Aires, y que salieron conducidos por su denodado comandante y gran patriota Andres de Alcazar.

Miguel Carrera acababa de dejar Concepcion cuando recibió el oficio del gobierno, que le anunciaba aquella repentiva invasion, y le inducia á que atacase á Sanchez lo mas pronto posible para arrojarlo de la provincia, en donde su presencia era muy peligrosa. Bien que Carrera no diese mucho crédito á la noticia, como él mismo lo decia en su respuesta, noobstante, se dispuso á obrar aun con mas actividad, porque realmente tales eran sus planes.

De Quirihue, en donde se hallaba, pasó órdenes á los diferentes cuerpos para que cada uno obrase en el sentido de sus combinaciones. A Cruz, le escribia se mantuviese vijilante, prometiéndole que dentro de pocos dias seria reforzado; al coronel Merino, que era de Quirihue mismo, le mandó preparase cuanto pudiese necesitar la division de Talca; y en seguida, escribió al gobierno indicándole las nuevas medidas que debia de tomar, y asegurándole de nuevo que pocos dias bastarian para aniquilar completamente los restos del ejército realista; ilusion lamentable que tal vez contribuyó al mal éxito de aquella campaña, y, en seguida, á la pérdida del país.

CAPITULO XXIV.

Sanchez continua sus trincheras. — Socorros que recibe de los misioneros franciscanos.— Una parte de sus tropas es dispersada en guerrillas.— La de Urrejola hace prisionero al coronel Cruz y á su coluna. — Miguel Carrera va á incorporar en el campamento de Chillan las tropas acantonadas en Talca.— Disposiciones que da para el ataque — Envia á Calderon de parlamentario á Sanchez, pero sin resultado.—Principio del ataque. – El Rollo cortado por el medio, del primer cañonazo.— Sucesos diversos de los dos partidos en ataque y defensa.— Incendio de las municiones de la batería patriota, y desgracias que ocasiona.— Presa de municiones que iban de Concepcion.— Viendo que no obtenia resultado alguno, envia un parlamentario á Sanchez.

Sanchez continuaba con celo y teson las obras de fortificacion, y ya habia establecido algunas baterías. Se abrieron algunos fosos, y se armaron los fortines de modo que pudiesen resistir largo tiempo y con vigor. El de San Bartolomé, especialmente, habia empeñado toda su atencion, y don José Berganza, que era un hábil oficial de artillería, habia dirijido la construccion de dicho fortin. Pero en medio de todo esto, no perdia de vista al ejército enemigo, y habia enviado espías por todos lados que le tenian siempre sobre aviso de todos los movimientos de Carrera, y le informaron del proyecto que tenia de concentrar sus tropas en las cercanías de Chillan.

Bien que no pudiese impedirle de operar dicha concentracion, podia á lo menos seguir y cansar á los diferentes destacamentos, obligándolos á mantenerse siempre alerta, é impidiéndoles, tal vez, de fortificar sus posiciones. Para ejecutar este proyecto se le ofrecieron sujetos capaces y prácticos en el país, á los cuales confió el mando de guerrillas. Con todo, la fidelidad de sus

tropas habia empezado á decaer, minada ya por la política de los jefes patrióticos, sobretodo por la de O'Higgins; salvo los Chilotes y las tropas de Valdivia, que confundiendo siempre el rey con la relijion, se mantenian sumisos y obedientes, las demas, ya por temor ya por codicia, desertaban sus banderas y se pasaban al ejército de los patriotas. Esta desercion se estendia ya á los oficiales, circunstancia que empezaba á causar zozobras á Sanchez, y habria desmoralizado completamente á todas sus tropas, si eminentes realistas no hubiesen hecho todos sus esfuerzos para mantenerlas en su deber.

Entre estos realistas se distinguieron por su celo y perseverancia los Franciscanos, los cuales, animados de sentimientos de la mas acendrada lealtad al rey, y temiendo que aquella revolucion fuese contraria á la relijion y ocasionase el olvido de todos los deberes que impone, se habian presentado desde el principio como auxiliares los mas seguros y jenerosos, tomando todos una parte activa en el bienestar del ejército.

« El padre presidente Fray Antonio Banciella pertenecia al ejército en calidad de capellan, suministrando de paso los conocimientos mas útiles respecto del terreno, y de los sujetos adictos ó contrarios á la justa causa. (1) » Otros servian en las enfermerías, ó en otros ramos administrativos, y pusieron sus caballos, trigos, bueyes y carneros á la disposicion del comisario de víveres, que se aprovechó mucho de ellos, y aun destruyeron muchos libros y manuscritos, unos de la comunidad y otros particulares de los padres, para fabricar cartuchos. Su convento, asilo de santa paz, fué fortificado y convertido

(1) Relacion sobre la conducta de los relijiosos del colejio de Chillan, por el reverendo padre Fray Juan Ramon Guardian. Mss.

en cárcel de estado, en donde los reos, la guardia de estos, que constaba de cuarenta hombres con sus oficiales, y muchas personas de las provincias, que habian venido á refujiarse en él, vivian á espensas de la comunidad. Una casa grande que tenia esta en los Guindos, con sus dependencias y capilla, que podia servir de punto de reunion y de defensa á los patriotas, mandaron los relijiosos demolerla é incendiarla, y en razon de la penuria y escasez de dinero, que ocasionaba la interrupcion de comunicacion con el Perú, por la pérdida de Talcahuano, mandó el padre provincial á Fray Gregorio Equiluz pasase inmediatamente á Valdivia, atravesando por medio de los Indios araucanos, ya conmovidos por las facciones enemigas. Enfin, « exortaban pública y privadamente con enerjía apostólica al valor y á la constancia las tropas, suministrando asimismo á los respectivos jefes aquellos conocimientos que consideraban útiles y necesarios á la subsistencia, y prosecucion del feliz éxito de la ardua empresa que teníamos entre manos. » (1)

Así daban estos celosos misioneros patentes muestras de su doble influjo, á saber, el que nacia del amor estremado que tenian á su rey, y el que les daba su mision, esencialmente evanjélica, teniendo constantemente alerta, sin pararse en fatigas ni en peligros, la conciencia de los soldados y de los habitantes del campo, y no se pasaba, por decirlo así, dia alguno sin que hiciesen funciones relijiosas para dar mas prestijio á sus palabras. Así sucedia que los milicianos, animados de un cristiano entusiasmo, y escitados, ademas, por el ardor de algunos valientes oficiales, estaban siempre dispuestos á ba-

(1) Relacion sobre la conducta de los relijiosos del colejio de Chillan, por el reverendo padre Fray Juan Ramon, Guardian. Mss.

tirse, y se formaban en guerrillas mandadas por comandantes bizarros, tales como los dos Eleorriaga, Urrejola, Quintanilla, Lantaño, Chaves y otros, cuya audacia rayaba en temeridad, y fatigaban continuamente con ataques parciales las diferentes divisiones de los patriotas, que se defendian con no menos vigor y teson.

Despues de la pérdida de Talcahuano, estos oficiales, enteramente aislados, sin poder recibir especie alguna de socorro, se hallaban en una posicion enteramente particular, y su mision mudó totalmente de aspecto, pues obligados á hallar todos sus recursos por sí mismos y en ellos mismos, tenian que obrar mas bien como cabezas de partido que como jefes militares, usando alternativamente y sin descanso, de audacia y de astucia para atraerse partidarios y defenderse contra tantos enemigos. Tal era el carácter que parecia deber tomar la resistencia, y que la lentitud del ataque hacia necesario.

Sin duda, todas las salidas que hacian aquellos infatigables milicianos no obtenian siempre felices resultados, y aun hubo una, la de San Xavier, que fué completamente destruida por el bizarro teniente Molina, enviado por O'Higgins contra ella ; pero otras, en cambio, les surtieron muy favorables, y entre estas se puede citar la que fué dirijida contra la division de Cruz.

Este coronel, que, como lo hemos visto ya, habia quedado en San Carlos con algunos pocos soldados para observar los movimientos de Sanchez, se hallaba en la imposibilidad de hacer frente al mas indiferente ataque, en primer lugar, por tener poca fuerza numérica, compuesta casi toda de milicianos; y en segundo, por las deserciones que esperimentaba, principalmente de parte de los voluntarios. Mas de una vez habia dado parte de

su posicion embarazosa á Carrera, que alfin, habia dado órden á Vial para que fuese inmediatamente á socorrerle con las tropas acantonadas en Talca; pero á pesar de esta órden, Vial se quedó, quizá con intencion, en Talca, y dió lugar al infatigable Urrejola á marchar sobre San Carlos con doscientos hombres, que mandaba el valiente Elorriaga. Esta espedicion no tuvo mucho éxito, y solo sirvió á incomodar la division de Cruz, que se retiró mas al norte, y á hacerle algunos prisioneros que fueron llevados como trofeo á Chillan; porque el fin principal de los realistas era entusiasmar las tropas y el populacho con grandes demostraciones en favor de cuantos hubiesen participado de la mas pequeña escaramuza, á fin de que conociesen las ventajas que habian de sacar de la victoria.

Urrejola gustaba demasiado de batirse para darse por satisfecho con tan pequeño resultado, y desistirse de una empresa de la cual algunos Chilenos, por una tendencia criminal á ser desleales, le aseguraban el buen éxito. Resuelto á volver segunda vez á atacar aquella pequeña division, incorporó en su destacamento las guerrillas de Quintanilla y de Chaves, y pocos dias despues de haber llegado, ya se volvia á poner en marcha con direccion al sur para mejor engañar á las espías del enemigo. Aquella marcha, que duró toda la noche, fué tan penosa como cansada, por la oscuridad y la lluvia continua que hizo crecer mucho al Nuble, cuyo paso, necesariamente, habia de ser muy difícil y peligroso. Sin embargo, ningun obstáculo pudo enfriar el ardor de aquellos Chilotes, armados por el fanatismo contra sus propios hermanos, y soportaron sin quejarse la fatiga de la espedicion, atravesaron el rio, muy cre-

cido, como acabamos de decir, y llegaron antes de ser de dia, á la hacienda de Juan Manuel Arriagada, en donde Cruz habia formado sus cantones. Por aviso que Urrejola habia tenido de personas que conocian sus posiciones, sabia que la division enemiga se hallaba alojada en dos puntos poco lejanos uno de otro, motivo por el cual, tambien él dividió su coluna en dos, reservándose la mas fuerte y enviando la otra, al mando del bizarro Quintanilla, á atacar al coronel Cruz, que la traicion acababa de entregar, por decirlo así, á su enemigo; pues completamente sorprendido, le fué imposible hacer mucha resistencia, y tuvo alfin que rendirse.

Pero no sucedió lo mismo con el capitan Victoriano, encargado de la defensa del otro punto. Este capitan, habiéndose despertado al ruido que hacian los caballos, tuvo lugar bastante para formar los pocos soldados que tenia, los situó ventajosamente y recibió con un buen fuego graneado á la compañía que le iba en cima, mandada por Chaves. Los fuegos fueron tan bien dirijidos, que ocho hombres de Chaves, contando á Chaves mismo, cayeron en el primer ataque, y los demas se replegaron sobre Elorriaga, que sin titubear, llevó con nuevo ardor sus soldados á la carga. Pero en primer lugar, los puso á cubierto de las balas con el muro del recinto, penetraron luego en lo interior, y una vez se hallaron debajo del corredor esterior, pudieron escalar la casa y ponerle fuego.

En vista de esto, el valiente Victoriano no pudo defenderse y hubo de rendirse, bien que obteniendo una honrosa capitulacion, la cual fué posteriormente violada. Así, de toda la division de Cruz no hubo mas que algunos heridos, y treinta hombres con su comandante José

Ignacio Quesada, que se hallaban en las cercanías, fueron salvados; todos los demas fueron llevados como trofeo á Chillan, sufriendo en el tránsito las incomodidades de la lluvia continua, malos caminos y rigores del invierno.

Por su parte, los realistas tuvieron que padecer estas mismas incomodidades, pero hallaron la recompensa de ellas, y muy luego las olvidaron con el brillante recibimiento que se les hizo. Durante todo el dia, se tocaron las campanas á vuelo, hubo iluminacion por la noche, y mientras que toda la ciudad rebosaba de júbilo y alegría, los grandes patriotas Cruz, Victoriano y sus compañeros jemian en un calabozo.

Miguel Carrera acababa de salir de Talca para dirijirse con las tropas de Vial al campamento jeneral, cuando recibió esta fatal nueva. Su primer pensamiento, entonces, fué enviar á su edecan Juan Felipe Cárdenas á asegurarse de la verdad del hecho, que, desgraciadamente, era demasiado cierto. Habiendo llegado á Quella, halló allí á los doce heridos que los realistas no habian querido llevarse, y en Huillipatagua, á los treinta hombres de Quesada, que habian podido ir á refujiarse á Quirihue.

Bien que sintiese amargamente este acontecimiento, lo disimuló, achacándolo á la tardanza de Vial en ir al socorro de aquella division, y se quejó al gobierno, sin acritud, aunque lo creyese cómplice de dicha tardanza, pidiéndole con instancia las tropas recientemente llegadas de Buenos-Aires. Tambien se quejó por la misma via, de la indiferencia con que se dejaba sin castigo á los desertores que se iban á Santiago. En cuanto á él, temiendo con razon que esta relajacion de la disciplina

fuese un fatal ejemplo para el ejército, habia castigado con rigor á algunos desertores, y aun habia cumplido con la ley mandando afusilar á un soldado de la division de Cruz, que habia fomentado un motin contra los oficiales, medida ciertamente de sentir, pero necesaria en un momento en que se debia emplear todo rigor de la disciplina para mantener el moral del ejército, numéricamente débil, y habituar al soldado á una obediencia ciega en todos los asuntos y actos del servicio.

Durante su marcha, Carrera continuó dando sus órdenes al campamento de Chillan, pidiendo que se hiciesen reconocimientos con el mayor cuidado, y que se levantase un plano de las cercanías, que no podria menos de ser de la mayor utilidad para los campamentos ulteriores y las combinaciones estratéjicas. Al mismo tiempo, destacaba en diversas direcciones partidas de descubierta para la seguridad de la marcha; pues á medida que se acercaba del centro de la accion, era su principal deber, como jefe, el obrar con vijilancia y prudencia para no caer en una de las emboscadas que la actividad y la astucia de los enemigos hacian probables. Todo esto, reunido á la dificultad que ofrecia el transporte de la artillería, por caminos mas que difíciles y casi impracticables, habia retardado considerablemente su marcha, en términos que la division empleó quince dias en ir de Talca á las orillas del Nuble. El dia siguiente, 12 de junio, operó su juncion con el grueso del ejército, que estaba acampado sobre el pequeño Cerro de Cayanco, á una legua de la plaza, y con grande satisfaccion de las tropas y de los oficiales.

Miguel Carrera habia ido por delante protejido por el capitan Prieto, que habia marchado á su encuentro con

una partida de dragones, y por una division de O'Higgins, acampada al norte de la ciudad con el objeto de observar los movimientos del enemigo, y cubrir, en caso necesario, la division que se avanzaba.

Hallándose, en fin, todas las tropas reunidas, el jeneral en jefe ya no pensó mas que en ejecutar su plan de ataque. Así como lo hemos dicho, en su tránsito de Talca á Chillan, habia pedido un plano del terreno que debia ocupar el ejército, y Mackenna se habia apresurado á enviárselo; pero ya sea que la mala intelijencia que existia entre ellos le diese poca confianza en su habilidad, ó que dicho plan fuese realmente defectuoso, Carrera no quiso servirse de él y prefirió ir á observar por sí mismo, en compañía de su amigo Poinsett, el cual, mas que Mackenna, ejercia para el jeneral funciones de injeniero y aun de cuartel maestre.

Juntos, pues, recorrieron todas las cercanías de la plaza, y aun se acercaron algunas veces á una pequeña distancia de ella para poder observar la posicion de enemigo, y determinar en qué puntos se podrian construir algunas baterías á distancia de metralla, á fin de que protejiesen su punto de ataque.

Las piezas que habia enviado desde Talca acababan de llegar; pero los dos cañones de á 24, que habian salido, habia ya mas de un mes de Talcahuano, aun estaban en camino, y era preciso demasiada premura en venir á las manos para que fuese posible esperar que llegasen. Por lo mismo, á consecuencia de un consejo de guerra, en donde se combinó y arregló el movimiento, el jeneral mandó levantar las tiendas del campo de Callanco y trasladarlas á un cuarto de legua corto de la ciudad, al lado del molino de Gonzalez, situado al borde del esterillo de

Maypu, entre dos pantanos, y no lejos de una lomilla á donde Mackenna fué á construir la primera batería por órden del jeneral en jefe.

Esta posicion, por ventajosa que fuese para acampar, era sumamente desagradable para los tropas que se hallaban como en una especie de cenagal, tanto mas insoportable cuanto se estaba en el rigor del invierno. Las lluvias casi encesantes habian desleido el terreno por donde ya las carretas casi no podian adelantar un paso, circunstancia que multiplicaba las fatigas del servicio, y acababa de debilitar el cuerpo del soldado y las pocas fuerzas que le quedaban. Sinembargo, su moral se mantenia en buen estado, porque acostumbrado á las fatigas inseparables del oficio, y con la esperanza de arrojar al enemigo de las últimas trincheras que le quedaban, soportaba sin quejarse las mayores incomodidades, y solo anhelaba por los progresos del sitio para que se concluyese una guerra tan larga.

Sinembargo, á pesar de su buena voluntad, se notaba que ya nos habiamos alejado de la época de la invasion, época en la cual el entusiasmo se propagaba con maravillosa facilidad, y pocos ejemplares bastaban para inflamar corazones jenerosos, y llenarlos de patriotismo; al paso que ya en el dia solo habia calma y conformidad; la mayor parte de los milicianos solo se animaban por acaso, y se mantenian fieles mas bien por deber que por convencimiento.

Mientras que los patriotas procuraban así asegurarse una posicion ventajosa, los realistas no cesaban de molestarlos con sus infatigables guerrillas, y los forzaban á mantenerse constantemente alerta, lo que les causaba grande fatiga. Estas guerrillas no se contentaban con

atacar las partidas de descubierta y tenian la audacia de alejarse tan pronto para procurarse lo necesario, de que carecian, tan pronto para hacerse con reclutas que aumentasen el número de los defensores de la bandera real. Una de ellas, bastante fuerte numéricamente, ya se dirijia sobre los Anjeles con el objeto de apoderarse de esta plaza; pero O'Higgins hizo un movimiento rápido sobre el rio de la Lazuela y la obligó á retirarse.

Otra, aun mas audaz, tuvo la osadía de tomar la espalda del ejército contrario para emboscarse y apoderarse, al paso, de las dos piezas que se aguardaban de Concepcion; pero quedó frustrada de su intento por una coluna bastante fuerte que mandaba Luis Carrera, el cual, por su actividad, acertó á conservar al ejército dichas dos piezas, material indispensable para el sitio, y contribuyó, al mismo tiempo, á que llegasen á su destino antes de la que se esperaba.

El mismo dia que las fuerzas patriotas se habian puesto en movimiento, el jeneral en jefe habia enviado á Francisco Calderon de parlamentario á Chillan para tratar de composicion con el ayuntamiento, y terminar la guerra fratricida que iba á encenderse de nuevo y con nuevo encarnecimiento.

La respuesta no llegó hasta dos dias despues, es decir, el 28 de julio, y era tan disimulada y evasiva, que Carrera juzgó inútil insistir, renovando sus propuestas, y dió inmediatamente la órden de atacar. Así se ejecutó por la batería avanzada, que tuvo la iniciativa, y tiró dos cañonazos, de los cuales el uno se llevó la mano de un infeliz carretero, que trabajaba por el servicio; y el otro cortó por el medio el rollo levantado desde el principio de la conquista en medio de la plaza mayor.

En las demas ciudades, el espíritu republicano habia hecho desaparecer estos instrumentos permanentes de vergüenza y de infamia; pero aquí, la Providencia fué la que tomó á su cargo la destruccion del que aun existia, como enemiga de todas estas leyes humillantes que degradaban al jénero humano, y le privaban enteramente de toda especie de sentimientos.

Al dia siguiente, el fuego empezó de nuevo y con mucha mas viveza, pero sin grandes resultados por falta de instruccion en los soldados, la mayor parte de los cuales entraban en accion por la primera vez. Sinembargo, José Miguel Carrera, notando que el fuerte de San Bartolomé habia sufrido en ciertas partes, pensó en tomarlo por asalto, resolucion tal vez oportuna, pero arriesgada por falta de tropas capaces de ejecutarla eficazmente. Por lo mismo se apresuró á detener el movimiento, y se limitó á estrechar la ciudad con ataques simultáneos por los frentes del norte y del sur.

La primera coluna, que constaba solo de ochenta infantes, estaba mandada por el capitan José María Benavente; la otra, que era de trescientos, y tenia dos piezas de campaña, la mandaba el coronel O'Higgins. Su intento no era otro mas que el ejecutar las amenazas que el jeneral habia hecho á la municipalidad, de incendiar la ciudad, en caso que hiciese resistencia. En efecto, los cumplieron incendiando las casas que estaban á la entrada; pero O'Higgins, poco satisfecho de un acto que no le parecia propio de su franca valentía, prefirió combatir al enemigo frente á frente, y se avanzó á atacarlo en sus mismas trincheras, de cuyo ataque se siguió un empeño bastante tenaz, pero que no tuvo mas resultado que el de demostrar claramente al jeneral en jefe

las dificultades que tendria el apoderarse de la plaza. Pocos dias antes, habia anunciado al gobierno una pronta conclusion de la guerra; pero, en vista de la resistencia que esperimentaba, ya se sentia menos confiado y descubria temores por las consecuencias de una campaña que empezaba con malos é inquietantes agüeros. La estacion se ponia cada dia mas mala con lluvias incesantes, acompañadas algunas veces de tempestádes que se llevaban las tiendas, y dejaban los soldados en campo raso y á las intemperies. Los víveres empezaban á disminuir, y ya habia habido que disminuir las raciones. Los caballos carecian casi enteramente de forraje; estaban ya en huesos, sin fuerzas, y morian muchos. En las espediciones que era forzoso emprender, habia que servirse, muchas veces, de los que pertenecian á los oficiales, bien que empezasen ya á resentirse tambien de la imprevision de los proveedores. Con todo eso, el moral del soldado se mantenia, y aun tambien habia algunos arranques de entusiasmo en su corazon á pesar de las duras pruebas á las que el tiempo y la necesidad lo sometian. En efecto, los soldados soportaban sin quejarse el rigor de los elementos desencadenados del cielo contra ellos; hacian con paciencia admirable el penoso servicio á que estaban sujetos y anhelaban por el momento de atacar el fuerte de San Bartolomé, al que habian puesto el sobrenombre de Brujo, por causa de su situacion oculta.

Estas buenas disposiciones del ejército tranquilizaban algun tanto al jeneral en jefe y dispertaban en él aquella actividad, de que habia dado tantas pruebas, y el espíritu resuelto que le decidió á atacar con el mayor vigor la plaza, despues de haberla estrechado al estremo.

Para este fin, mandó á Mackenna ir á establecer otra batería sobre una alturita distante solo dos cuadras de la plaza, órden que Mackenna ejecutó en la noche del 2 al 3 de agosto, compuesta de seis piezas, y sostenida por quinientos hombres mandados por O'Higgins, Spano y Oller.

Sanchez no tuvo hasta por la mañana el mas mínimo conocimiento ni del movimiento operado por los patriotas, ni del establecimiento de la nueva batería, que acababan de construir casi á la entrada de la ciudad, en una posicion que podia causarle mucho daño. En vista de esto, pensó que era de su deber el tomarla, y dió órden para que así lo ejecutase al intrépido Elorriaga, poniendo á su mando dos escelentes batallones, que fueron el de Valdivia, mandado por Lucas Molina, y el de Chiloe, á las órdenes de Pinuel, con muchos tiradores que avanzaron con el fusil á la espalda y gritando viva la patria, esperando, con esta treta, apoderarse mas fácilmente de la posicion; pero se les conoció la intencion que llevaban, y los patriotas respondieron á sus gritos astutos con una buena descarga que tuvo una pronta y vigorosa riposta, con lo cual se halló la accion empeñada de una parte y de otra, batiéndose unos y otros con el mayor denuedo, unos para tomar la batería, y otros para defenderla á todo trance.

Duraba la accion ya habia mas de una hora, cuando el jeneral en jefe destacó un trozo de caballería sobre el Tejar, para cojer al enemigo por la espalda, mientras que Luis Carrera y Mackenna lo atacaban de flanco, el primero por la izquierda, y el segundo por la derecha. Con esta maniobra, tan bien combinada como perfectamente ejecutada, el enemigo habria sido envuelto y hu-

biera sido infaliblemente batido, si no se hubiese replegado con prontitud sobre la plaza, á donde fué perseguido hasta sus trincheras. En esta operacion, O'Higgins se mostró digno de mandar á los valientes que estaban á sus órdenes. Habiendo hallado el rio Maypue crecido con las incesantes lluvias que habian caido, lo mandó, noobstante, vadear, y llegó casi al mismo tiempo que el enemigo á la trinchera principal de la calle de Santo Domingo, que intentó tomar por asalto. Ya muchos soldados que habian subido á las casas vecinas facilitaban esta empresa molestando escesivamente á los sitiados, cuando llegó el edecan Miguel Serrano con órden del jeneral en jefe para que aquel destacamento se replegase.

O'Higgins halló un pretesto para no obedecer á dicha órden, y resuelto á apoderarse de aquella batería que dominaba muy ventajosamente á la plaza, y cuya toma era de suma importancia, continuó el ataque, estrechando mas y mas al enemigo, cuando llegó segunda órden perentoria para que se retirase. De suerte que se vió obligado á obedecer abandonando aquel campo de batalla, en donde esperaba cojer nuevos laureles, y, tal vez, decidir la suerte de la campaña. Al retirarse, se encontró con el escuadron de Fernando Urizar, el cual tambien habia recibido órden de replegarse, y este encuentro le sujirió á O'Higgins la idea de ir á intimar la rendicion al comandante del fuerte San Bartolomé; pero al acercarse fué recibido con un cañonazo que sin tocarle le dejó momentáneamente un brazo paralizado, y resultó de la amenaza otro empeño que no sirvió mas que para aumentar las pérdidas que la patria habia tenido en aquella jornada. El número de muertos era ya conside-

rable y, entre ellos, se contaban algunos bizarros oficiales, tales como el comandante de artillería don Hipólito Oller, el valiente capitan Joaquin Alonso Gomero, el de igual clase en las milicias Juan José Urreta y otros. Por parte de los realistas, la perdida fué, probablemente, aun mayor, puesto que estaban en la necesidad de batirse á cuerpo descubierto y casi á quema ropa.

Tal fué el resultado de aquella jornada, totalmente insignificante, y que hubiera podido, sinembargo, ser muy favorable á las armas de los patriotas, si el ataque de la plaza se hubiese ejecutado con mas union y mas firmeza, y si el jeneral, menos aprensivo por la bisoñería de sus soldados, hubiese seguido el impulso de su ardor y de su audacia, pues, á pesar de su poca disciplina, iban como hombres determinados, con ánimo de vencer, y parecia no necesitar mas para conseguirlo que el concurso de un jefe atrevido y resuelto.

Al dia siguiente, el ataque tuvo aun lugar por parte de los sitiados, y fué dirijido, al principio, contra la reserva, situada sobre el Maypue, entre el tejar y la batería. Sanchez destacó allí una buena coluna de infantería y de caballería que obligó á los patriotas á refujiarse bajo el reducto, abandonando una porcion de bagajes, y las cuatro piezas que estaban destinadas á su defensa. Ya dichas piezas estaban en poder del enemigo, cuando O'Higgins tuvo conocimiento de que se habian perdido, en el momento en que se hallaba á la cabeza de los pocos soldados que guardaban la batería. Tan pronto como lo supo, su primer pensamiento fué dejarla al cuidado y defensa del consul Poinset, y de correr á rehacer los que huian, bien que no tuviese mas que veinte dragones; pero habiéndose visto luego reforzado con los lanceros

de Bergara; con los milicianos de Lautaro, mandados por Vega, y, finalmente, con muchos granaderos, que andaban desbandados por falta de jefes, formó todas estas tropas, se puso á su frente y cargó al enemigo con tanto ímpetu que rescató los cuatro cañones, que se llevaba como trofeo, y lo arrojó á la plaza matándole muchos soldados.

Desgraciadamente, á esta bella accion se siguió un fatal accidente que influyó muchísimo en la suerte de la campaña, y hubiera podido tener consecuencias aun peores que las que tuvo. Entre las muchas balas de cañon que la plaza, y sobretodo el fuerte San Bartolomé vomitaban sobre los patriotas, la casualidad hizo que una de ellas puso fuego al repuesto de pólvora de batería avanzada, y produjo una esplosion espantosa que derribó á todos aquellos defensores intrépidos, matando á unos, dejando á otros fuera de combate, en el mas lamentable estado, y causando una confusion jeneral de que el enemigo supo aprovecharse, renovando con nuevo vigor sus ataques en medio de aquella escena de desolacion. Por fortuna, algunos soldados, que habian tenido bastante serenidad para echarse á tierra en los fosos quedaron enteramente ilesos, y estos, mandados por los intrépidos Morla, Millan, Laforest, Cabrera, Vazquez y otros que la Providencia habia protejido y salvado de aquel peligro, pudieron hacer frente á este nuevo ataque y contenerlo. El teniente Antonio Millan, sobretodo, se distinguió en aquel lance, tanto por su sangre fria como por el arrojo que solo la desesperacion inspira algunas veces. Viendo que no habia salvacion posible mas que dando un golpe arriesgado, á todo trance, hizo cargar uno de sus cañones á metralla hasta la boca, y lo mandó

disparar en un momento tan oportuno, que aterró á la coluna que avanzaba y la obligó á volver las espaldas. Es verdad que á la sazon, ya O'Higgins, que siempre se hallaba en todas las partes en donde habia mucho peligro, llegaba con su refuerzo de hombres, y ademas, de cartuchos, reanimando con su presencia el valor de aquellos infelices, que por milagro habian evitado la muerte.

Mientras que la presencia del enemigo obligó á los patriotas á mantenerse en la defensiva, rodeados de toda especie de riesgos, se mostraron indiferentes á este fatal reves de fortuna, y no pensaban absolutamente mas que en la defensa del puesto que estaba á su cargo. El sentimiento de su conservacion habia apagado en ellos el de la caridad y se mostraban impasibles á la vista de todas aquellas víctimas, haciendo solo atencion al ruido de las armas y á los movimientos del enemigo.

Pero ya no sucedió lo mismo cuando este, habiendo sido rechazado. y arrojado á sus trincheras, dió lugar á que la reflexion se ejercitase sin alarmas ni distraccion en medio de aquella escena de desconsuelo y de desastres. Entonces, ya los que quedaban pudieron contemplar lo horroroso de aquel espectáculo, que por todas partes ofrecia hermanos, amigos, compañeros yaciendo por el suelo, unos muertos, otros solo heridos, pero tan desfigurados por el fuego que ni tenian figura humana. La manera en que se hallaban amontonados, los dolores que los atormentaban y sus tristes quejidos, todo esto acabó de enternecer y ablandar los corazones de aquellos valientes, tan impasibles pocos momentos antes, y que ya entonces prorrumpian en imprecaciones contra los causantes de aquel desastre, que unos atribuian á un

culpable descuido, y otros á la traicion. Sinembargo, muchos de ellos, bien que se hallasen quebrantados de tantas fatigas, procuraron dar algun alivio á los infelices con quienes en la mañana de aquel dia se habian hallado viviendo y obrando como hermanos; pero hubo otros que, con sentimientos menos notables, desertaron sus banderas, y se alejaron en busca de otra especie de consuelos, y aun los hubo que tuvieron la bajeza de sembrar discordia, sujiriendo pensamientos de insubordinacion, circunstancia tanto mas dañosa cuanto, independientemente de las fatigas y de los peligros continuos, se padecia, ya habia muchos dias, escasez de víveres en el campo. La administracion de víveres habia estado tan mal organizada, ó los encargados de ella habian sido tan descuidados, ó tal vez tan malvados, que los almacenes estaban enteramente agotados, y solo quedaban raciones de pan y algunas de aguardiente, que se distribuia con mucha parcimonia, por temor de sus efectos. Mas en aquel momento de abatimiento jeneral, O'Higgins no dudó en distribuir dicha bebida á discrecion, esperando que por este medio los soldados olvidarian su dolorosa posicion y cobrarian nuevos ánimos. Desgraciadamente, el remedio era violento y les causó tanta exaltacion, que salieron de los límites de la disciplina para caer en actos de imprudencia, porque se hallaron mucho mas enternecidos por la suerte dolorosa de sus compañeros, y sobretodo por la de sus oficiales, entre los cuales se hallaban el coronel Spano, el teniente Rencoret, y los alfereces Curriel, Zorrilla y otros, quisieron vengarlos pidiendo con instancia que los llevasen á atacar el fuerte San Bartolomé, que prometian tomar de un modo ó de otro.

Semejante suplica, hecha por hombres que se hallaban privados de razon, no fué oida de O'Higgins; pero se hizo luego tan importuna y, al fin, tan imperiosa, que se vió obligado á engañarlos, prometiéndoles que iba á hablar sobre ello al jeneral en jefe, y á pedirle, al mismo tiempo, las escalas necesarias para subir al asaltado de dicho fuerte. En efecto, envió un propio á Carrera con esta demanda ostensible, pero, al mismo tiempo, envió otro en secreto instruyéndole de lo que pasaba para que burlase aquella pretension con dilaciones plausibles (1).

La desgracia que sucedió en la batería no fué la sola que los patriotas tuvieron que deplorar en aquella jornada, pues tambien se vieron privados de muchas cargas de víveres y de municiones que les llegaban de Concepcion, y que las infatigables y audaces guerrillas de Sanchez consiguieron sorprender y tomar justamente en el momento en que pasaban el rio Itata. Fué esta una pérdida tanto mas sensible para el ejército, cuanto, como lo acabamos de decir, empezaba á carecer de todo lo necesario. Una revista de municiones de guerra puso, en efecto, de manifiesto que no quedaban mas que once mil cartuchos, y algunos pocos de cañon, con la circunstancia de ser, estos últimos, de calibre mayor. Tambien uno de los cañones de á 24 acababa de reventar; otros habian quedado casi abandonados, y si á dicha penuria de pertrechos de primera y absoluta necesidad añadimos intemperies, y deserciones ocasionadas por tantos males y fatigas sin la menor gloria, veremos que Carrera ya no podia mantenerse por mas tiempo delante de aquella plaza, y que por fuerza tenia que

(1) Conversacion con don Bern. O'Higgins.

de alejarlo é ir á esperar, en otra posicion mas ventajosa, ocasion oportuna para cumplir la promesa de destruir aquellas pocas tropas circunvaladas en una plaza casi sin defensa. Este proyecto desesperanzado, y aun tambien humillante, no podia sin embargo ser del gusto de su carácter altivo, y algunas veces presumido; bien que el ejército se hallase bastante desmoralizado, Carrera aun podia intentar operar una nueva sorpresa, y ya pensaba seriamente en ello, cuando recibió el aviso por sus espías, de la marcha de una division enemiga bastante fuerte que se avanzaba para atacar al dia siguiente sus trincheras.

En efecto, no menos impaciente por terminar una guerra que se prolongaba sin mas resultado que el de disminuir cada dia mas el número de sus combatientes, y persuadido, por otra parte, de que los patriotas, ya desanimados, no podrian resistir á un buen ataque, Sanchez habia hecho sus preparativos, y el dia 5, don Luis Molina, uno de los mejores jefes que tenia á sus órdenes, avanzaba con 400 hombres contra la batería que mandaba Juan José Carrera, y que, gracias al aviso de las espías, pudo poner en buen estado de defensa. Por esta razon, los realistas fueron rechazados y perseguidos casi hasta en lo interior de Chillan, en donde se empeñó una accion muy sostenida, en la cual tomaron parte los habitantes y aun las mujeres, indignadas de los escesos cometidos por los patriotas, cuya indisciplina era intolerable. En aquella ocasion, se dijo que Sanchez solo habia hecho un amago para atraer al enemigo á la ciudad, en cuyas calles le hubiera sido fácil encerrarlo y rendirlo; pero si fuese cierto, el número de muertos ó prisioneros habria sido mucho mayor, y por la boca misma de algunos

realistas, se supo que ellos habian padecido mas, y habian tenido muchos muertos, entre los cuales contaban al hábil y audaz coronel Molina, uno de los mas acérrimos defensores de los pretendidos derechos reales.

Los liberales no tuvieron mas pérdidas que las de algunos pocos soldados, y un solo oficial, que fué el valiente y desgraciado Laforêt; pero, por otra parte, hubo muchos prisioneros, uno de los cuales fué el comandante Vega, que cayó en su poder con su escuadron de milicianos montados, en un arranque de imprudente ardor que le hizo internarse al este de la ciudad, punto opuesto al campo de los suyos.

Esta fué la última accion que Sanchez tuvo que sostener delante de Chillan, porque Carrera, convencido de lo inútil que seria el atacar á un enemigo superior en número, y mejor situado y aprovisionado, pensó en apelar á la política y á las negociaciones, último recurso de todo jefe militar imposibilitado de obrar. Noobstante esto, y bien que se hallase vencido, á la verdad, mas por la intemperie de la estacion que por las armas, no temió mostrarse arrogante en sus pretensiones, imponiendo condiciones á su favor, como se ve por las instrucciones que dió á don Reimundo Sessé, su enviado, las cuales manifiestan la altivez de su espíritu, alimentada por las ilusiones que se hacia de que al fin tendria resultados ventajosos. Esperaba, en efecto, y tal vez con fundamento, que el gobierno se resolveria á tomar parte en la guerra mas activamente, y le enviaria los trescientos hombres que acababan de regresar de Buenos-Aires, y que ya él le habia pedido con urgencia; pero no podia ignorar, por otro lado, que Sanchez conocia sus pocos recursos y su penuria, y rechazaria todo tratado que no

le ofreciese ventajas incontestables á la causa que defendia. Bien que este jeneral ocupase poco terreno, y no pudiese contar, en caso necesario, con una retirada fácil, con todo tenia la mayor confianza en el valor y en la disciplina de sus soldados, y razones para prometerse que el virey del Perú, tan interesado en la conservacion de Chile, no tardaria en enviarle socorros suficientes para tomar con ellos la ofensiva, y conquistar una porcion del territorio de la provincia; resultados que le asegurarian personalmente la propiedad del mando que la casualidad sola habia puesto en sus manos.

Animado con estos risueños pensamientos, Sanchez recibió desdeñosamente las proposiciones de su adversario, como contrarias al honor de sus armas y al suyo propio, y se limitó á despacharle una persona de confianza para que tratase, si era posible, sobre bases mas conformes á sus derechos y á sus esperanzas. Este enviado fué el misionero fray Juan Almirall que Pareja habia tomado por secretario en Chiloé, y que en la actualidad desempeñaba el mismo cargo con Sanchez. Era este misionero sumamente agudo y persuasivo, y tenia bastante política para penetrar el pensamiento mejor disimulado, sin dejar sospechar el suyo, por la inalterable serenidad de su semblante, y nadie como él hubiera podido llenar su mision. Es verdad que lo que iba á pedir no salia de los límites de la razon, pues se reducia á establecer por base de un tratado provisional la evacuacion de la provincia de Concepcion y la translacion del campo de los patriotas á la otra parte del Maule, cuyo rio seria considerado como línea divisoria de los dos ejércitos, dejando libre la comunicacion entre las dos provincias. Era una especie de armisticio que habia de durar seis meses, tiempo calculado necesario

para que el virey pudiese tratar directamente con el gobierno de Santiago.

Carrera respondió á las proposiciones del misionero con el mismo desden con que Sanchez habia rechazado las suyas, y confiado en su buena suerte, declaró que no cederia una sola pulgada del terreno conquistado, con cuya respuesta hizo imposible toda composicion.

CAPITULO XXV.

Carrera se decide á levantar el campo.— Sanchez envia al mayor jeneral para que le ataque. — Este se limita á intimarle la rendicion. — Respuesta animosa de Carrera, la cual obliga á Pinuel á retrogíadar.— Pasan los patriotas el Itata. — Rescate de los prisioneros de la Florida. — El ejército dividido en varios trozos.— Guerra de detal operada por este medio. — Movimiento de reaccion en Concepcion.— Llegada de Carrera á esta ciudad.— O'Higgins marcha contra el cura Gregorio Valle y le ahuyenta.— Insurreccion en la provincia de Arauco.— Carrera envia sin éxito una espedicion contra esta plaza.

Habiendo renunciado, como se ha visto, á toda composicion, Carrera resolvió dejar su campamento, el cual, por su escesiva humedad, era cada dia mas pernicioso á la salud de sus soldados. Por otra parte, á pesar del entusiasmo de los oficiales, y de los esfuerzos que estos hacian para comunicarlo á la tropa, la escasez de víveres y el mal estado del vestuario aumentaba sus fatigas en términos que ya se empezaba á oir quejas precursoras de insubordinacion, tanto mas de temer cuanto el ejército se componia de elementos diversos, y contaba pocos veteranos y muchos milicianos. Sabido es que estas tropas, cuyos servicios no son permanentes, no pueden tener humanamente ni la valentía, ni la constancia ni, aun menos, la disciplina de los primeros, y en este particular, las milicias que mandaba Carrera eran muy inferiores á las que Pareja habia traido de Valdivia y de Chiloé, compuestas, par la mayor parte, de tropas permanentes, penetradas del espíritu de cuerpo, y perfectamente instruidas, á cuyas ventajas se reunian la de la abundancia de víveres, y la de hallarse bion

acuarteladas en una ciudad defendida por la construccion de buenos fuertes, y con las calles barreadas con fajinas, palizadas y trincheras, sin contar el fomento que daban á su moral las exortaciones de los misioneros franciscanos, que se esmeraban en darles á entender que aquella guerra era una guerra de relijion.

Una vez resuelto á levantar el sitio, Carrera reunió, en la noche del 6, el consejo de guerra para tomar pareceres y ejecutar lo que fuese mas conveniente. O'Higgins no pudo asistir á dicho consejo porque á la sazon se hallaba encargado de las baterías avanzadas, espuestas á ser atacadas de un momento á otro; Mackenna le fué á decir lo que habia pasado, y á preguntarle si no podria replegarse aquel mismo dia con sus tropas al cuartel jeneral (1). O'Higgins desaprobó esta resolucion, fundándose en que sus soldados, estenuados por tantas fatigas, no se hallaban en estado de resistir á un ataque inevitable del enemigo. En consecuencia, esperaron que la oscuridad de la noche los favoreciese para retirar los puestos avanzados, protejiéndolos por algunas compañías que Carrera destacó con este objeto, y la marcha se ejecutó sin obstáculo y con órden, y á las ocho de la mañana, toda la division se halló replegada al cuartel jeneral con todas sus armas y bagajes, sin haber perdido mas que un cañoncito de hierro que habian arrojado al Maypon por inútil.

Por la tarde del mismo dia, el ejército reunido se dirijió hacia el oeste y se fué á acampar en el cerrillo de Collanco, posicion ventajosa y de fácil defensa; pero habia tan pocos caballos y en tan mal estado, que los artilleros tuvieron que llevar ellos mismos los cañones,

(1) Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

á pesar del mal camino, que las lluvias y el paso de tropas habian puesto casi intransitable.

La noticia de este movimiento de los patriotas llegó muy pronto á Chillan, en donde fué interpretado de diversos modos, pero en jeneral como una verdadera huida á que se habian visto obligados por la impotencia en que estaban de mantenerse. Sanchez exajeró la importancia moral que tenia para fomentar el buen espíritu de sus soldados, y convencerlos de que ya podian tomar la ofensiva y esterminar los trozos dispersos de un ejército desbandado; pero con todo eso, aun no se atrevió á atacarlo aquel mismo dia, y se contentó con destacar algunas guerrillas para inquietarlo, desconcertar sus movimientos, y ocupar las posiciones que habia abandonado.

El 10, mandó formar una division, á la cabeza de la cual se halló, por derecho de antigüedad, el mayor jeneral don Julian Pinuel, jefe de un carácter irresoluto. Una espesa niebla que habia aquella mañana favorecia maravillosamente el movimiento, ocultando su marcha y permitiéndole de caer sobre el enemigo sin ser visto, como hubiera podido ejecutarlo si hubiese tenido un poco de resolucion; pero por falta de ella, prefirió y creyó conseguir una victoria mas fácil intimándole la rendicion por medio del teniente coronel Hurtado, á quien encargó una carta escrita por Sanchez en un momento sin duda de inesplicable ceguedad.

Le era imposible á Carrera el mantenerse serio siempre que le herian su amor propio, y en aquella ocasion, prorrumpió en irónicas alabanzas á Sanchez, que en su carta no habia dudado manifestarle la persuasion en que estaba de que le seria fácil aniquilar las

reliquias que le quedaban de su ejército, y de que ya no tenia mas que rendirse á discrecion, si no queria esponerse á todo el rigor de la guerra. Y esto (añadia Sanchez) «dentro de tan pocos momentos como son los que necesito para vencer la corta distancia que nos separa (1).»

De aquí surjió una larga conferencia entre Sanchez y Hurtado, conferencia que duró tanto tiempo, que el coronel Pinuel se decidió á despachar otro emisario, que fué el capitan Bites Pasquel, con órden de alcanzar al primero y mandarle regresar, afin de poder empezar el ataque ántes que tuviesen tiempo para ponerse en salvo. Pero muy luego mudó de parecer cuando los dos enviados, ya de vuelta, le enteraron de la escelente posicion que ocupaba el enemigo, situado sobre un cerro perfectamente defendido por diez y ocho bocas de fuego de diferentes calibres en el frente de la linea. Ademas de esto, la respuesta de Carrera inspiró á Sanchez cierta saludable prudencia, haciéndole ver que no solo Carrera aceptaba, sino que tambien le provocaba á una guerra á muerte, intimándole se abstuviese en lo sucesivo de enviarle parlamentarios que solo serian considerados y tratados como espías. Tales fueron las palabras arrogantes que sin duda alguna intimidaron á Pinuel, y le obligaron á retirarse.

En esta retirada, una guerrilla enemiga de cuarenta hombres mandados por buenos oficiales le picaron la retaguardia y le perseguieron hasta las puertas de la ciudad, disparando, para mayor mofa y desprecio, cohetes voladores.

Este fin tuvo el arranque de valentía que habia mani-

(1) Benavente, *Memoria*, p. 87.

festado Sanchez cuando habia sabido que los patriotas se alejaban. Es verdad que Pinuel no era propio para semejante golpe de mano, y que se hubiera necesitado de un jefe mas arrojado y mas capaz sobretodo de concertar una sorpresa, la cual habria sido muy posible á favor de la densa niebla de aquella mañana, y del poco órden que el cambio de posicion le permetia guardar al enemigo; pero Sanchez, como ya se ha visto, no habia querido despojar á Pinuel del derecho que le daba su antigüedad, y tal vez habia creido tambien, bastante lijeramente, que le bastaria á su division presentarse para que el enemigo se rindiese, fundándose en lo que padecia por falta de subsistencias, y la falta de municiones de guerra que no le permitiria hacer especie alguna de resistencia á un ataque vivo y bien dirijido. Todo esto, Hurtado habia tenido el poco tino de decírselo á Carrera, el cual, para que se desengañase, le dejó recorrer libremente todo su campamento, y al despedirlo, mandó hacer una salva de veinte y un cañonazos en honra de la guerra á muerte que por decirlo así habia ido á declararle.

Despues de haber respondido así á todas estas farfantonerías, Carrera pensó en retirar sus tropas de Callanco dirijiéndolas sobre un vado del rio Cauten, que habia reconocido con su amigo Poinset, y en la noche del 10, puso el ejército en movimiento llevando los bagajes en mulas y carretas, de las cuales tenian tan pocas que el transporte necesitó muchos viajes por un camino malísimo y una continua lluvia. En una de aquellas idas y venidas, la sola pieza de 24 que les quedaba, tuvieron que dejarla en un barranco, despues de haberla hecho reventar, y quemado la cureña para que no pudie-

se servir al enemigo, operacion que se ejecutó igualmente, y por la misma razon, con todo lo que no pudieron trasportar.

El paso del rio Itata presentaba aun mucha mas dificultad por su anchura, por lo rápido de su corriente, aumentada por una crecida de tantos dias de incesante lluvia, y sobretodo por la desaparicion de los vados por donde pensaban poder pasar. El ejército llegó allí hácia el 15, exaustas sus fuerzas por la fatiga y la falta de víveres, habiendo tenido que conducir muchas veces á fuerza de brazos los bagajes y la artillería, y que rechazar continuamente ataques de guerrillas que les habian picado sin cesar la retaguardia dia y noche, en uno de cuyos ataques los enemigos les quitaron mas de cien carpas, y otros muchos objetos conducidos por arrieros inespertos, sin que O'Higgins, á pesar de su actividad y denuedo, hubiese podido rescatar ninguno. Todo esto no podia menos de desmoralizar las tropas, ya desmayadas por tanto padecer; pero aun se mantenian en bastante buen órden, y rechazaban con espíritu y serenidad cuantos ataques le dió el enemigo, numéricamente mas fuerte.

En medio de todos estos contratiempos, Carrera recibió el parte de haber sido libertados los prisioneros, que, por una reprensible imprudencia, se habian dejado bajo la custodia de solo treinta soldados en la Florida, villa que no dista mas que unas quince leguas de Chillan. Este acontecimiento habia tenido lugar el 10, en el tiempo que Sanchez enviaba la carta de intimacion al campamento de Collanco, y habia sido ejecutado por el capitan Manzano Cañizares, el mismo que en el dia 4, se habia apoderado con tanta destreza, á las

orillas del Itata, de un gran número de cargas de municiones destinadas al ejército de Carrera. Fué la pérdida de los prisioneros muy sensible para los patriotas; porque entre ellos, siendo su número algo crecido, se hallaban jefes de mucho mérito, tales como el capitan de navío Colmenares, el brigadier Ravago, el teniente coronel de artillería Bernardo Montuel, y otros muchos jefes cojidos á bordo del buque la Tomasa con muchos sacerdotes, siempre fieles por convencimiento á la causa real, y dispuestos á emplear su santo ministerio para fomentar la superstición y cortar los progresos de la independendencia. Tambien habian tenido otro gran sentimiento, cual fué la equivocacion de Calderon, que engañado acerca del número de tropas que mandaba Cañizares, se habia apresurado á retrogradar y á llevar á Concepcion los doscientos hombres de socorro que la Junta enviaba al ejército de los patriotas.

Pero á pesar de todas estas ventajas y de la superioridad numérica de el ejército realista, Sanchez no se atrevia á perseguir á Carrera, bien que afectase siempre creer que se hallaba en completa derrota, y se contentaba con destacarle algunas cortas guerrillas, sin mas objeto que el de molestar su retaguardia, ó cojerle algunos dispersos por cansancio, ó desertores de la mas mala nota. Sin embargo, si hubiese querido, ya tenia una ocasion oportuna de empeñar una accion decisiva, con presajios de que debia de serle favorable, en vista de la grande crecida del Itata, cuyo rio, como ya lo hemos dicho, presentaba los mayores obstáculos al paso de un ejército tan desprovisto de todo como lo estaba el de los patriotas. Un jeneral hábil y emprendedor hubiera podido sacar grandes ventajas de esta grave circuns-

tancia, atacándolo con vigor por la espalda al paso, cortándolo por consiguiente, y arrinconándolo sobre el rio. Para esto, ciertamente no le faltaban á Sanchez transportes y cuanto podia desear para entrar ventajosamente en accion, pues tenia bastantes piezas de campaña servidas por buenos artilleros; tropas aguerridas y sobretodo, por mas que Martinez diga lo contrario, caballería bien organizada y alimentada.

Es verdad que por otra parte, Sanchez hallaba una gran ventaja en dejar que se alejase el enemigo, porque de este modo se estendian sus movimientos, y daban lugar á los padres Franciscanos para propagar la especie de guerra que hacian con su sutil y seductora política. En efecto, muy conocidos por toda aquella tierra, cuyos habitantes, tímidos y apocados, tenian en ellos una ilimitada confianza, les era muy fácil cambiar en guerra de relijion una guerra de libertad; consiguiendo, de este modo, el atraerse desertores de la causa opuesta y ganar con el tiempo la mayor parte de la provincia. Tales debian de ser los motivos que tenia Sanchez para abstenerse de empeñar acciones, y dejar que los patriotas pasasen el rio muy pacíficamente, con el ayuda solo de cuatro malas balsas, sin haber esperimentado mas que una pequeña alarma ocasionada por una falsa noticia del coronel Spano, noticia que obligó las tropas de retaguardia á permanecer toda la noche sobre las armas, y las guerrillas de O'Higgins y María Benavente á montar á caballo para reconocer las cercanías.

El motivo que tenia Carrera para alejarse de Chillan no era solo el dar descanso y mejores cuarteles á los soldados que le quedaban, y á los enfermos maltratados por

tantas fatigas y privaciones, sino que tambien queria fomentar el patriotismo de los milicianos; organizar un nuevo ejército, ponerlo en estado de vencer instruyéndolo en la táctica y disciplina, que son las dispensadoras de la victoria, y volver luego como un torrente sobre el enemigo, que por entonces le bastaba dejar en sus estrechos límites.

Con este proyecto, formó dos divisiones de su corto ejército, dando el mando de la primera al brigadier don José Carrera, con órden de ir á acantonarse en Quirihue para cubrir toda la parte del norte y protejer los convoyes y correos; y el de la segunda al bizarro O'Higgins para que se dirijiese al sur con el objeto de mantener la frontera y los fuertes que la coronaban.

Al mismo tiempo, despachó á Santiago á su hermano Luis y al coronel Poinset para que defendiesen allí su reputacion y conservasen el prestijio de su nombre, cuya determinacion tomó á consecuencia de una conversacion que habia tenido con Bartolo Araoz, enviado por el gobierno para recojer informes sobre sus operaciones; de donde colijió ó sospechó algun sentimiento hostil hacia él.

Ademas de las dos divisiones arriba dichas, entresacó parte del resto del ejército, y en parte de estas mismas divisiones, algunas compañías libres para mantener el órden en la provincia y cubrir algunos puestos importantes. Una de estas compañías fué destacada al socorro de Prieto, que conducia caudales, y que, segun el aviso dado por Araoz, habia de ser probablemente atacado. José María Benavente fué enviado á Pichaco para perseguir algunos infames desertores. El teniente don Juan Felipe Cárdenas se estableció á las inmediaciones de Collan-

co para observar los movimientos del enemigo, reunir los milicianos y protejer los correos. El capitan Calderon quedó encargado de la defensa de la barca del Itata. Enfin, se formaron algunos otros destacamentos, que se dispersaron por diferentes puntos de la provincia, con lo cual quedó muy reducido el cuerpo del ejército, y la guerra, por consiguiente, no podia ser mas que de detal, cuyas consecuencias inevitables eran enervar la disciplina y arruinar el país.

Desde aquel instante, se formaron, en efecto, numerosas guerrillas en ambos campos, las cuales fueron el desconsuelo y la ruina de los lugares y tierras vecinos. Al norte, el capitan Prieto fué atacado por Olate, antes que le llegase el socorro de los cien hombres mencionados, y tuvo la satisfaccion de hacer huir, con los pocos soldados que tenia, al enemigo, que le era numéricamente muy superior. Ocho dias despues, este mismo Olate se acampaba sobre un cerro próximo á Cauquenes, y desde allí, intimaba la rendicion á la ciudad, en donde mandaba el coronel don Juan de Dios Vial, con muy pocos soldados, los mas enfermos, pero afortunadamente, el capitan Prieto habia tenido la prudencia de retirarse sobre Cauquenes, de suerte que con su tropa, la guarnicion se halló compuesta de ciento y cincuenta hombres con los cuales tuvieron los patriotas que hacer frente, en una plaza sin defensa, á los cuatrocientos que mandaba Olate. A pesar de esta inferioridad, atrincherados en la plaza unos, y otros de lo alto de la torre de la iglesia, no quisieron rendirse y se defendieron con la mayor valentía contra enemigos tan determinados y arrojados, que muchos avanzaron hasta media cuadra de la trinchera. En esta accion, un jóven, llamado Diego Eduardc, hizo los

mayores servicios por un medio el mas arriesgado. Sin haber recibido especie alguna de instruccion, pero dotado de una activa capacidad, este jòven se hallaba por la mañana en el campo de los patriotas, y por la tarde en el de los realistas, cautivando la confianza de estos, sin causarles la menor sospecha, en provecho de los otros. Y es de advertir que este jénero de hombres intrépidos mas allá de toda ponderacion, no ha sido raro en la conquista de la independencia de Chile.

Por la parte del sur, la guerra se estendió mucho mas, por la importancia que tenia la frontera, y sobretodo por las muchas vejaciones que ejercian la mayor parte de los empleados, nombrados por ocasion ó casualidad, y que Carrera habia enviado, sin mas informes, á los diferentes cantones. Para tales hombres desprovistos de mérito y de delicadeza, el nombre de la patria era un pretesto para pedir, exijir y aun arrebatar todo cuanto podian, y escudados con este santo nombre, cometian las mas repugnantes injusticias contra los particulares, despojándolos vilmente por su propia y personal utilidad. Estos fueron los motivos sin duda, por los que muchos patriotas, de un patriotismo tal vez poco arraigado, y ajados y vejados en sus personas é intereses, pasaron al partido realista y contribuyeron en gran manera á sublevar la provincia contra Carrera. La ciudad de Concepcion estaba destinada en cierto modo á dar el ejemplo de esta sublevacion, segun se verá.

En efecto, se trataba de formar allí una conspiracion que tenia ramificaciones en el ejército de Sanchez, y probablemente en Santiago, y ya se habia conseguido alterar notablemente la fidelidad de las tropas. Instruida la junta de la ciudad de este complot, por el vocal Uribe, tomó

inmediatamente medidas eficaces para desconcertarlo, para lo cual se mandó que las tropas campasen en la plaza, al rededor de la cual se habian hecho trincheras y se habian puesto cañones en batería. Se hicieron ademas cortaduras en las bocas calles, y el gran patriota don Pedro Nolasco Vidal organizó una vijilante policía para observar á los numerosos realistas que vivian en la ciudad.

En aquella sazon, Carrera se hallaba á las orillas del Itata ocupado en establecer el campamento de sus tropas, y los diferentes puestos y puntos que habian de cubrir. Luego que recibió parte de lo que pasaba en Concepcion, montó á caballo, partió apresuradamente, llegó á dicha ciudad por la noche del 18, y, gracias al buen tino de Uribe y á la actividad del comandante Vidal, la tranquilidad no habia sido turbada ni un solo instante; pero se supo por espresos que el antiguo cura de Hualqui don Gregorio Valle, habia entrado en esta villa á la cabeza de una fuerte guerrilla, con designio de marchar sobre Concepcion, y protejer el tramado alzamiento, empresa que no era sumamente difícil, pues podia contar con muchos partidarios, y tal vez con la guarnicion, ya bastante desmoralizada. Ademas, no habia casi ningunas armas en la ciudad, y en cuanto á municiones, se carecia de ellas absolutamente, por manera que la ocasion no podia ser mas propicia y favorable.

Carrera conoció que efectivamente la cosa habia corrido mucho peligro, y él mismo lo confiesa en su diario; pero lejos de desanimarse, dió pruebas de mucha presencia de ánimo, procurando engañar al enemigo dandole una idea exajerada de sus fuerzas y de su posicion.

Para conseguirlo, manifestó tener tanta confianza, que mandó demoler las trincheras de la plaza, y cegar los fosos de las calles adyacentes, y aun tuvo la arrogancia de mandar que todo esto se hiciese por las manos y brazos de los prisioneros políticos que se hallaban entonces en la ciudad. Y mientras esto mandaba y disponia, daba por otro lado parte de sus temores á O'Higgins, mandándole que viniese inmediatamente, y sin pérdida de momento á Concepcion.

El correo que llevó este aviso, llegó aquella misma tarde á la Florida. El tiempo era malo y la noche muy oscura; pero no por eso O'Higgins perdió un solo instante. Dió sus órdenes al comandante de la gran-guardia, Diaz Muñoz, que dejaba para mandar la division en su ausencia, y al punto se puso en marcha.

Llegó por la mañana, y acto continuo, Carrera y él concertaron un plan de ataque contra Hualqui, para precaver de este modo los malos resultados que eran de temer de una empresa tramada por un hombre del influjo de Valle. Desgraciadamente, se encontraban pocos caballos, y los pocos que habia estaban tan cansados, que los habian dejado sueltos y á la ventura en la isla de la Quiriquina, y para suplir esta falta, Carrera ofreció sus propios caballos y los de su hermano don José, y con otros que se pudieron reclutar entre los patriotas, se pudieron montar sesenta hombres (1), que bastaron para perseguir al enemigo, darle alcance cerca de Yumbel y arrojarlo á la parte de allá del Itata.

De vuelta de esta espedicion, en la que hizo quince prisioneros, O'Higgins vino á establecerse precisamente

(1) Diario de Carrera. — Segun O'Higgins, eran noventa y tres.

á Yumbel, con el objeto de observar al enemigo y de dar algun descanso á sus soldados.

Mas, desafortunadamente, la conspiracion de Concepcion no era la sola que fuese de temer para ellos, pues los realistas aprovechando del descontento de los habitantes, ocasionada por las insufribles vejaciones de algunos empleados de Carrera, habian organizado un buen sistema de quitarle partidarios, sistema que poco á poco se estendió por la provincia, y muy luego por toda la frontera. Así sucedió que Tucapel, Santa Juana y Arauco tomaron parte, casi al mismo tiempo, en el movimiento, y desmintieron altamente las pruebas de espíritu liberal que habian parecido manifestar con tanto entusiasmo, cuando se oyeron los primeros gritos de independencia.

La misma noche de su entrada en Yumbel, O'Higgins habia enviado veinte hombres á las órdenes del teniente coronel don José Antonio Fernandez contra la primera de estas plazas, en la cual intrigaba muchísimo el juez Padilla; pero muy pronto tuvo que ir el mismo O'Higgins al socorro de aquel destacamento, y que protejer su retirada contra mas de doscientos milicianos que se habian reunido para rechazarlo, de lo cual resultaron algunas escaramuzas con pérdida de muertos y prisioneros. Entre estos últimos, se halló el mismo Padilla, que fué conducido á Concepcion, y colgado inmediatamente, por órden de Carrera, para que sirviese de ejemplar.

En Arauco, el movimiento insurreccional fué mucho mejor combinado, y con peores consecuencias, puesto que aquellas plazas marítimas quedaban independientes y podian los realistas ponerse, por medio de ellas, en

comunicacion con Chiloé, Valdivia, Lima y otros puntos importantes. Ya el virey del Perú, ansioso por saber los resultados de la espedicion de Pareja, de quien no habia vuelto á oir hablar, le habia despachado el buque *el Potrillo*, á borde del cual se hallaba el cura de Talcahuano don Juan de Dios Bulnes, sujeto muy partidario de la monarquía, para que le ayudase con el conocimiento que tenia de la provincia, á la sazon, teatro de la guerra. Bien que las ventajas que obtuvo al principio no fuesen muy grandes, con todo eso, habia conseguido dar esperanzas á Sanchez y á sus soldados, particularidad muy propia á sostener el moral y dar ánimos á los habitantes de ciertos cantones para prepararse á una insurreccion. En este particular, fué muy bien servido por Hermosilla, juez de Ranquil, igualmente acérrimo partidario de los realistas, y pronto para aprovechar de la primera ocasion de sublevar todos los individuos de su jurisdiccion contra la libertad del país. Esta ocasion no tardó mucho en presentarse, he aquí como.

Careciendo siempre de caballos, Carrera habia mandado pedir algunos á Ranquil, en calidad de porrata ó contribucion, por militares que emplearon medios violentos para obtenerlos. Ya entonces, cansado de tantas exijencias, el pueblo dejó escapar algunos murmullos que B. Hermosilla supo fomentar en favor de su propia opinion, escitando las pasiones, hablando de intereses lejanos, y vejaciones insufribles, hasta que enfin consiguió que se armase para negarse con justo motivo á dar los caballos que se le pedian. El comandante de la plaza cortó los progresos de este acto de verdadera rebelion, poniendo presos á los principales motores de ella; pero

desde aquel instante, todo el partido de Arauco se puso en rumor y movimiento, por manera que no bastando los Españoles solos para defender su causa, hubo que recurrir á los Indios araucanos, raza siempre llena de odio y de rencor contra los blancos, no respirando mas que sangre, destruccion y ruina, y sobretodo pronta y dispuesta á esterminar á ambos partidos, á la primera ocasion favorable. Los Araucanos auxiliares tenian á su cabeza caciques ya bastante conocidos, tales como Millacura, Lincopichun, Antinahuel y Nahuelpan. Los realistas estaban mandados por don Santiago Matamala, don Camilo Hermosilla y don Valeriano Peña.

Cuando recibió el parte del motin de Ranquil, y de la fatal política que habian tenido los realistas, haciendo partícipes de su querella á los brutales, bárbaros Araucanos, Carrera prorrumpió en imprecaciones de resentimiento y de indignacion contra ellos. Sin embargo, se contuvo y se calmó, afin de apartarlos de tan insensata resolucion, y aun tuvo la jenerosidad magnánima, á la cual esperaba tendrian algun miramiento, de devolver los prisioneros. Pero en las guerras civiles, el espíritu de partido es el solo regulador de las acciones y nunca se aplaca hasta que se halla satisfecho. En efecto, don Bernardo Hermosilla, que era uno de los prisioneros puestos en libertad jenerosamente, lejos de mostrarse reconocido, no pensaba mas que en organizar un nuevo levantamiento para salir otra vez contra los patriotas, con el intento no solo de llenar una mision sino tambien de satisfacer venganzas.

Ademas de esto, en el mismo momento, recibia una carta de Sanchez, en la que este jefe le instaba á que continuase las hostilidades, prometiéndole socorro de

fuerzas y municiones, todo lo cual era mas que suficiente para escitar el espíritu de rebelion que los escesos cometidos por los comisionados patriotas habian despertado entre aquellos campesinos, é impelerlos á marchar sobre Arauco.

Esta plaza, que no tenia mas que algunos pocos soldados para su defensa, y lo que es mas, desarmados por la mayor parte, no podia resistir mucho tiempo, y tanto menos cuanto los habitantes realistas que habia en ella intrigaban para que se rindiese. Por consiguiente, tuvo que entregarse, y su comandante don Joaquin Huerta, que acababa de llegar habia algunas horas, quedó prisionero con otras personas, entre las cuales se hallaban don Jaime Guarda, y su compañero Rengifo, que solo habian ido allí para constituirse mediadores de la paz entre los dos partidos, y calmar las pasiones. Pero los realistas no tuvieron por conveniente el dejar escapar dos hombres de tanta importancia, sobretodo el primero que era de Valdivia, y que, segun decian, estaba encargado de ir á revolucionar dicha ciudad, motivo por el cual no tuvieron el menor escrúpulo en mantenerle prisionero.

Carrera sintió mucho la pérdida de la plaza de Arauc , y resolvió volver á tomarla, porque sabia las muchas ventajas que el enemigo sacaria de ella. Bien que justamente en aquel instante tuviese recelos de verse atacado por todas las fuerzas de Sanchez, noobstante, destacó inmediatamente al teniente coronel de milicias don Hernando Urizar con solo veinte y cinco soldados, persuadido de que este corto número bastaria para apoderarse de una plaza que no tenia ni tropas ni armas; pero Carrera, obrando así, ignoraba

el mucho terreno que habia ganado ya la insurreccion, y Urizar tuvo muy luego que darle parte de esta grave circunstancia, pidiéndole un buen refuerzo.

Carrera se lo envió, pero solo de cuarenta hombres, fuerza muy inferior á la que Urizar juzgaba necesaria, y por cuyo motivo insistió mandando á pedir se le aumentase.

Impacientado Carrera al ver esta insistencia, y sin reparar en los grandes inconvenientes que acarrea el despertar zelos en semejantes circunstancias, resolvió quitar el mando de la espedicion á Urizar, y se lo dió al capitan don Juan Luna, el cual se puso en marcha con segundo refuerzo, compuesto de cuarenta granaderos mandados por el alférez Pablo Bargas. Al mismo tiempo, mandó salir por mar á don Rafael Freire con dos lanchones, el bote del resguardo y un cañon para ir á la embocadura del Carampangue y protejer el paso.

Luna se reunió á Urizar el 30 de julio en el fuerte de Colcura, y se hallaron los dos á la cabeza de ciento y catorce hombres, con dos pedreros y el cañon que les llevaba Freire. Siendo esta fuerza mas que suficiente para volver á apoderarse de la plaza, se pusieron en marcha con la mayor confianza, sin la menor contestacion de superioridad, y unidos por sentimientos de mutua estimacion. Llegaron bajo estos favorables auspicios á las orillas del Carampangue, que les parecieron mal defendidas, y resolvieron atravesar este rio, bien que fuese bastante profundo para necesitar balsas. Ya la mayor parte de los soldados habian pasado á una isla, cuando de repente vieron aparecerse un gran número de habitantes del campo, y de Araucanos armados con sables y lanzas, y protejidos por dos cañones.

Esta circunstancia, á la cual se juntaba la desercion de los milicianos de San Pedro de Colcura, que los acababan de abandonar, dió lugar y motivo á Luna y á Urizar para reflexionar que seria muy imprudente el ejecutar el proyectado ataque. Por otro lado, ya estaban lejos de los tiempos en que el solo grito de libertad bastaba para despertar las pasiones, y entusiasmar los ánimos; la disciplina estaba bastante relajada, no habia en los soldados espíritu de cuerpo, y lejos de eso, se sentian desmoralizados, desconfiados de sí mismos y poco propios para forzar un paso, ya difícil naturalmente, y defendido por un enemigo numéricamente superior.

Despues de haber deliberado, los dos jefes renunciaron á su empresa contra Arauco, y marcharon sobre Santa Juana, que tomaron sin esperimentar la menor resistencia; pero desgraciadamente, los soldados se abandonaron al saqueo y al pillaje, y semejante conducta era muy propia á acrecentar el número de los enemigos de los patriotas, convirtiéndolos á la causa real.

Carrera aguardaba con impaciencia por el parte sobre los resultados de la espedicion de Arauco; pero en lugar de este parte, recibió el de la retirada sobre Santa Juana, y de la toma de esta plaza, que estaba ocupada por Matamala. Bien que esta accion fuese meritoria, y ventajosa para la causa que defendia, no podia con todo eso ser puesta en balanza con la falta que los jefes de la espedicion habian cometido en no llevar adelante el ataque de Arauco, y Carrera manifestó su desagrado por uno de aquellos arrebatos que tenia tan amenudo. Muy ciertamente hubiera mandado formar consejo de guerra á Luna y á Urizar, si su posicion,

que era bastante crítica, no hubiese templado su irritacion é inspiradole un poco de prudencia (1); porque en aquel momento, creyó, y aun mucho despues mostró tener la misma persuasion, que aquella espedicion no habia tenido éxito por culpa de los jefes que la mandaban. En efecto, Urizar no tenia la esperiencia ni los conocimientos militares que dan prestijio al que manda, y entusiasman al soldado, llenándole de una confianza que lo hace invencible por decirlo así; pero, por otro lado, Carrera se habia engañado mucho sobre las fuerzas del enemigo, que eran mucho mas respetables de lo que él se habia figurado, y suficientes, bien que en jeneral estuviesen armados con sables y lanzas, para defender el paso del rio, máxime estando protejidos por dos cañones, y teniendo por auxiliares á los brutales Araucanos, que el gobernador de Arauco don Joaquin Martinez no habia tenido escrúpulo en llamar en su ayuda.

En este particular, el influjo que dicho gobernador Martinez tenia con los Araucanos hubiera podido ser fatal á Urizar causando un levantamiento que le habria cortadó toda retirada, y por eso sin duda prefirió ir á echarla de valiente contra una plaza muy mal guardada, que él mismo no pudo conservar por falta de hombres, y de la que tuvo que alejarse dos dias despues, dejando en poder del enemigo cañones y plóvora que nò hubiera perdido, si hubiese sido mas avisado.

(1) *Diario* de J. Miguel Carrera.

CAPITULO XXVI.

Progresos de las armas realistas. — Carrera procura reorganizar su ejército para ir á atacar á Sanchez y cortar estos progresos. — Dificultades que se oponen á la ejecucion de su intento. — Se ve rodeado de facciones. — Rigores que ejerce contra el partido realista. — Envia socorros á O'Higgins para que arroje las guerrillas enemigas sobre Chillan. — Encuentro entre O'Higgins y Elorreaga. — Accion de Quilacoya y de Gomero.

Despues que Carrera se habia retirado de Chillan, los realistas habian ganado mucho terreno, animados por la situacion de los espíritus, que les era muy favorable, y por la actividad de los clérigos y relijiosos en propagar la santidad de su causa, infundiendo amor y respeto por ella en los corazones, y adquiriendo cada dia una superioridad incontestable, que los llenaba de confianza. Sanchez contribuia, por su parte, á este feliz resultado, manteniendo con celo y vijilancia la buena disciplina de sus tropas. Sin embargo, se hallaba aun aislado, sin comunicacion con sus superiores, y por consiguiente sin contar con socorros. Esta circunstancia lo constituia por decirlo así, mas bien que jeneral del ejército, un jefe de partido, papel que desempeñaba con tanta resolucion como habilidad, y le hacia merecedor del título de comandante en jefe, título que, como ya se ha dicho, debia á la casualidad.

Los oficiales jenerales que tenia á sus órdenes, se mostraban, á ejemplo suyo, igualmente activos y celosos por la causa que defendian. En las continuas escursiones ó espediciones que emprendian, no solo sabian sacar provecho de sus conocimientos militares, sino

que tambien empleaban las arterias de la política y las máximas de la relijion para atraerse los descontentos, fomentando la desercion en el ejército de los patriotas, y reclutando partidarios entre los habitantes del campo, los cuales se alistaban como voluntarios bajo la bandera real. De esta manera, resarcian las pérdidas que habian tenido desde su desembarco, y organizaban, gracias á sus cuadros, que eran muy superiores á los del enemigo, compañías de milicianos, las cuales ofrecian la doble ventaja de conocer perfectamente la topografía del país, y los habitantes mas útiles como defensores de su partido, en atencion á que los escojidos eran hombres aguerridos, hechos al fuego desde su niñez, y para los cuales la guerra era una especie de verdadera profesion.

Con el auxilio de estas compañías, pudo Sanchez dar mucho ensanche á sus operaciones, aumentando el número de sus guerrillas, igualmente útiles para causar deserciones al enemigo, sorprender sus destacamentos y aun tambien sus plazas. Por la parte del norte, las que mandaban Olate, Clemente Lantano y Oriega se avanzaban á insultar al partido contrario hasta las márjenes del Maule, y por medio de movimientos bien combinados, conseguian detener los correos y partes militares. Así tenian como estancados en Talca los cortos socorros que el gobierno enviaba á Carrera.

Por el sur, las guerrillas estaban aun mejor organizadas, gracias al tino táctico del coronel don Ildefonso Elorreaga, el cual acampado en Rere con una coluna de observacion, destacaba partidas en diferentes direcciones para inquietar á los patriotas. Estas guerrillas, que tenian por principal objeto el arrojar al enemigo sobre Concep-

cion, lograron al fin, quitarle todas las plazas fuertes que poseia á la orilla del rio Biobio, frontera de los Indios araucanos. La ocupacion de estas plazas, y el alzamiento casi jeneral del partido de Arauco, abrieron paso fácil y seguro para Valdivia y todos los puntos ocupados por los Españoles, y fueron considerados por Sanchez como una interesantísima conquista. Por eso tuvo la prevision, propia de un jeneral hábil, de poner en ellas guarniciones bien mandadas por oficiales de instruccion y de confianza, capaces de defenderlas á todo trance. Sin embargo, las guarniciones no podian ménos de ser numéricamente débiles; pero la reaccion entre los habitantes habia sido tan espontánea, tan franca, y por otro lado, fundada en tales motivos de interés, que Sanchez no dudó en contar sobre su fidelidad á la causa real.

En la plaza de San Pedro puso una guarnicion mas respetable, en atencion á su proximidad del cuartel jeneral de Carrera, del que solo se hallaba separada por el rio Biobio, guarnicion compuesta de cincuenta hombres y algunos milicianos mandados por el intrépido Quintanilla, cuyo carácter, ademas, daba entera confianza de que seria bien defendida la plaza.

Tal era la situacion de la provincia de Concepcion á fines de setiembre, y á penas se habia pasado un mes despues que Carrera habia levantado el sitio de Chillan, cuando ya habia perdido una gran parte del concepto en que estaba ántes, y del prestijio que habia tenido su nombre. No solo habia perdido terreno, sino tambien casi todas las plazas, y él mismo se hallaba tan estrechado, que no le quedaban mas que algunas leguas de costa para conservar sus comunicaciones con el gobierno, y recibir los cortos socorros que este podia enviarle; y

con todo eso, no se puede negar que este jeneral ha mostrado en las mas críticas circunstancias espíritu, teson y voluntad firme de salvar el país de la invasion que lo aflijia.

Desde su llegada á Concepcion, su primer cuidado habia sido reponer en buen estado las armas; pues los fusiles, por un largo servicio, y tal vez por poca limpieza, estaban inutilizados, y los cañones igualmente faltaban de cureñas y no estaban en estado de servir, no solo los que habia llevado de su malhadada espedicion por caminos imposibles, por los cuales jamas habia pasado ni una carreta, sino tambien las piezas mismas de Concepcion, que por haber sido tan mal repuestas, se hallaban aun inservibles. A todo esto se juntaba la desgracia de haber pocos armeros intelijentes en el país, por la razon de que los buenos eran españoles de oríjen, habian estado empleados en los rejimientos del éjercito real y todos eran realistas. Los pocos que se pudieron hallar se les redujo á trabajar por fuerza; y solo por amenazas se obtuvieron de un Maltes algunos moldes de barro para balas; pero despues de hechos los moldes, se vió que no habia materiales para utilizarlos, en atencion que ni una sola barra de plomo se encontraba en el depósito; y como tampoco habia mercaderes de este metal, fué preciso recurrir á los particulares, y despojarlos con violencia del que tenian en sus casas. Tambien se echó mano de las bombas, escandallos y otros objetos pertenecientes á los buques fondeados en el puerto, así como tambien de la pólvora que habia en ellos.

Despues de haber puesto el remedio posible á estas faltas, Carrera dió su principal atencion al estado de la tropa. Desde que habia salido de Concepcion para el

sitio de Chillan, no habia podido dar á los soldados ninguna prenda de vestuario, ó á lo menos habian sido tan pocas, que se veian algunas compañías casi enteramente desnudas. Despues de haber mandado hacer un cierto número de casacas y pantalones, encargó nuevecientos mas de estos, con un surtido proporcionado de camisas y de zapatos; y luego se remontaron las tiendas de campaña, indispensables en aquel tiempo en que las tropas no tenian el habito de campar en campo raso. Los enfermos y heridos eran trasladados á Talca; pero aun quedaron muchos en diferentes puntos, en virtud de lo cual mandó construir tres hospitales militares, que se establecieron en Coyanco, Concepcion y Mercedes, y en cada uno de los cuales se puso una buena guarnicion para su defensa, en caso necesario, afin de observar los movimientos del enemigo, y de contener la desercion, fomentada por los emisarios realistas.

Pero lo que le ponia en mayor cuidado era la organizacion de mayores fuerzas que necesitaba para volver á tomar la ofensiva, como habia prometido hacerlo, á la entrada de los buenos dias, que se acercaban ya. En este particular, su posicion era sumamente embarazosa, por hallarse, como se ha dicho, desprovisto de elementos y de dinero, y rodeado de oficiales que por la mayor parte eran procedentes de las milicias, es decir, sin la instruccion necesaria para que tuviese en ellos una entera confianza. Por otro lado, los cuadros que tenia, y que deben ser, como se sabe, la base fundamental de la organizacion de los cuerpos, si no eran absolutamente malos, no eran tan buenos que pudiese prometerse de ellos los prontos servicios de que hubiera necesitado, y se lamentaba continuamente de que el ayuntamiento de Santiago

hubiese persistido con tanta tenacidad en tener mas confianza en las milicias que en las tropas de línea, sin duda por la sola razon de que estas eran casi siempre dudosas para el partido democrático. A pesar de todas estas grandes dificultades, consiguió por su invencible teson el alistar un bastante crecido numero de paisanos, reclutados por sus emisarios y por las guerrillas diseminadas en lo interior del país, y cuya instruccion y disciplina dirijia por decirlo así él mismo en persona.

Justamente, en aquel mismo tiempo, otros emisarios del partido contrario, enviados por Sanchez, recorrian mas ó menos ocultamente el terreno ocupado por las tropas de Carrera, con el objeto principal de desanimar á los suyos, é inducirlos á que desertasen; y en efecto se habia manifestado ya la desercion en algunas compañías de veteranos, especialmente en la de dragones, conservada en Concepcion, y que se hacia muy sospechosa al partido liberal. Esta compañía, que conservaba la tradicion del servicio para el cual los dragones han sido instituidos, á saber, para batirse á pié como á caballo, trasportarse rápidamente á un punto amenazado, ú otro que se necesita atacar, y á donde la infantería no podria nunca llegar á tiempo, estaba compuesta de hombres aguerridos é instruidos perfectamente á la española. Claro estaba que semejantes soldados en tales penosas circunstancias, no podian menos de ser tan útiles como necesarios, en vista sobretodo de las dificultades que ofrecian las comunicaciones, y la especie de guerra que se hacian los dos partidos contrarios; pero noobstante todas las ventajas que podia sacar de esta compañía, Carrera resolvió reformarla por su tendencia á la insubordinacion, siempre precursora, en semejantes casos,

de algun acto de rebelion, y crear un cuerpo de husares destinados al servicio de caballería lijera para descubrir, flanquear y protejer las colunas en marcha. Este cuerpo fué puesto sobre el mismo pié, y compuesto de la misma fuerza que el de la guardia nacional, y Carrera, afin de darle un gran prestijio, lo mandó nombrar *Husares de la victoria.*

Ademas de todos estos embarazos materiales, muy suficientes ya para hacer desmayar el carácter mas enérjico, Carrera tenia que luchar interiormente con los tristes presentimientos que le acongojaban acerca de su suerte futura. Las intenciones de la junta con respecto á él se le habian hecho sospechosas, y mas de una vez se pasó por la cabeza el trasladarse de su campamento á Santiago para pedir satisfaccion á la junta de la indiferencia con que miraba á su ejército, y arrojarla por la fuerza del salon de sesiones, si sobre la marcha no le daba todo cuanto necesitaban sus tropas.

Por otra parte, no podia Carrera disimularse que se hallaba rodeado de facciosos, que tenian la osadía, sino de desobedecer abiertamente á sus órdenes, á lo menos, de ejecutarlas mal é imperfectamente; y para mayor desconsuelo suyo, su hermano don José era en gran parte causa de ello, bien que involuntariamente, y solo por el hecho de desaprobar sus planes con desden, y aun de interceptar los cortos socorros que le enviaban en dinero, amenazándole aun tambien algunas veces de retirarse con su coluna á Chillan por no servir bajo sus órdenes. Esta triste correspondencia de un hermano la debia el jeneral Carrera á una susceptibilidad rencorosa del amor propio de don José, siempre que este tenia que ejecutar las órdenes de su hermano menor en edad, en

graduacion y tal vez en arrojo, y sí solo superior en conocimientos militares y tino táctico; fatalidad tanto mayor cuanto era un pernicioso ejemplo que comprometia el poco espíritu de cuerpo que quedaba ya entre las diferentes tropas.

A pesar de todos sus trabajos y sufrimientos físicos y morales, Carrera mostraba semblante sereno á cuantos le eran sospechosos, sin manifestarse nunca descontento á no ser hablando de los realistas, respecto á los cuales no dejaba escapar ocasion alguna de inspirar miedo y aun terror, poniendo por delante las penas infamantes que tenia preparadas para los traidores y espías, y de las cuales no eximiria á las mujeres mismas. En efecto, mas de una vez mandó arrestar á señoras convencidas de delitos políticos.

Así trabajaba en dominar los muchos temores que tenia por todos lados, esforzándose en dar toda su atencion á los preparativos necesarios para volver á atacar segunda vez el campo de Sanchez delante de Chillan, para cuyo proyecto tenia la mayor confianza en la cooperacion de O'Higgins. Sinembargo, este jefe con quien contaba principalmente Carrera, habia ya manifestado estar poseido de cierto espíritu de rivalidad; pero Carrera no podia menos de hacer justicia á su carácter resuelto, y aun mas que resuelto audaz, y tal vez el único capaz de ayudarle eficazmente á ejecutar el plan de campaña que meditaba. Por esta razon, tenia mucho cuidado en atender á las necesidades de su coluna, enviándole refuerzos y socorros, é instándole á no perder ninguna ocasion de molestar á las guerrillas enemigas hasta arrojarlas sobre Chillan, en donde se proponia encerrarlas muy pronto.

O'Higgins no necesitaba recibir órdenes de Carrera

para entregarse con cuerpo y alma á su pasion por la guerra; lejos de eso, no habia para él felicidad mayor que los lauros de la victoria para sí mismo y para los valientes que mandaba, y gloria para su país. Gracias á esta noble pasion, habia podido mantener la guerra con bastantes ventajas para que le fuese permitido esperar conservar todas sus posiciones hasta el momento en que Carrera emprendiese su segunda campaña. La sublevacion de la jurisdiccion de Arauco, la pérdida de esta plaza, y todas las demas pérdidas que habian emanado del primero de estos acontecimientos, habian alterado algun tanto su confianza en atencion á los peligros que corria su familia fujitiva de la plaza de los Angeles, en donde se hallaba cuando el comandante de la frontera don Gaspar Ruiz se vió obligado á abandonarla; pero luego que O'Higgins hubo dado disposiciones para protejerla eficazmente, ya no pensó mas que en volver á tomar las plazas perdidas, las cuales consideraba ser de la mayor importancia para el enemigo, si permanecian en su poder.

La primera que proyectó tomar fué la de Santa Juana como mas inmediata á su campamento, y por estar situada en el camino de Arauco. Habiendo dirijido sobre dicha plaza algunas colunas con este designio, al llegar á Talcamavida, separada solo por el rio Biobio de Santa Juana, recibió parte de que Elorreaga marchaba á su frente para atacarlo con fuerzas superiores, y naturalmente tuvo que diferir el ataque de la plaza, que muy ciertamente no le hubiera resistido, para ir al encuentro del enemigo, y ahorrarle camino. Bien que en aquella circunstancia no tuviese mas que pocos hombres que oponer á Elorreaga, el cual disponia de fuerzas

triplicadas, no obstante su inferioridad numérica, O'Higgins, lleno de confianza en sus pocos valientes, no dudó en avanzar y descubrió luego la vanguardia enemiga mandada por el cura Valle. A penas la vió, mandó á Freire cargarla con algunos caballos, y Freire ejecutó esta orden con tanto arranque, que en un instante dicha vanguardia fué dispersada, y su comandante obligado á salvarse á pié en una quebrada.

Este feliz suceso entusiasmó de tal manera la coluna de O'Higgins, que sus soldados mismos pidieron el ir á atacar el cuerpo que mandaba Elorreaga. O'Higgins sabia que no era dable el contrarrestar fuerzas tan superiores; pero afin de ganar tiempo y dar á su familia el suficiente para ponerse en salvo, se resolvió á seguir el impulso de su tropa, tan conforme con el suyo propio, y atacó por el flanco derecho al enemigo con tanto ímpetu, que le forzó á replegarse detras de la coluna de infantería. Esta se hizo firme, caló la bayoneta contra los caballos de O'Higgins, los contuvo y los abrasó con un fuego graneado perfectamente sostenido. De suerte que su temeridad le costó á O'Higgins siete muertos y algunos heridos.

Obligados á retirarse, los patriotas se dirijieron hácia Quilacoya, perseguidos con viveza por Quintanilla; pero habiendo llegado á Gomero, se hallaron apoyados por una emboscada de Freire, el cual causó tal sorpresa al enemigo, que le hizo volver las espaldas, y salvó la coluna de O'Higgins, y á este mismo, que estuvo á punto de ser prisionero habiendo caido al suelo por habérsele roto las cinchas de la silla de su caballo. En aquel momento crítico, un soldado llamado Gabino Gonzalez corrió á ofrecerle el suyo, y tal vez fué esta jenerosidad

la que conservó á la patria uno de sus mas valientes defensores.

De regreso á Quilacoya, temiendo, y con razon, alguna empresa audaz de Elorreaga, cuyo ardor no ignoraba, pensó en fortificarse en dicho punto; y en efecto, muy luego le llegó un parte de que Elorreaga avanzaba. En aquel entonces, ya las fuerzas de los patriotas se habian aumentado de dos refuerzos mandados por don José María y don Diego Benavente, y O'Higgins tenia, ademas, algunos cañones de campaña, de suerte que perdió todo cuidado, y en lugar de esperar al enemigo, salió de sus trincheras á su encuentro.

Habiéndolo alcanzado en Gomero, bien que la fuerza numérica de Elorreaga fuese de un batallon de infantería y de doscientos caballo, y la de O'Higgins solo de ciento y cincuenta hombres montados, resolvió este atacar á su adversario, por úno de aquellos arranques temerarios que tenia, y en efecto se arrojó contra la caballería enemiga, que no solo resistió al choque con firmeza, sino que á su vez tomó la ofensiva y rechazó con ventaja á la caballería de O'Higgins. Obligado á replegarse, O'Higgins simuló una verdadera huida para atraer Elorreaga hasta la proximidad de su campamento, y, una vez incorporado con las fuerzas que habia dejado en él, empeñar una accion decisiva; pero no pudo conseguirlo, porque el enemigo conoció sin duda su intento, y entonces lo cargó segunda vez y lo forzó á retirarse.

En todos estos encuentros, que duraron con cierto teson una gran parte de aquel dia, el capitan don Francisco Cueva se distinguió brillantemente.

CAPITULO XXVII.

Recibe Carrera algunos socorros del gobierno.— Resuelve ejecutar su plan de ataque y manda á su hermano José marchar con su coluna sobre Bulluquin. — La demora con que ejecuta esta órden le ocasiona el ser detenido por el enemigo en Membrillar, en donde tiene que atrincherarse. — Alcazar le niega los socorros que le pide. — Miguel Carrera le envia 300 hombres. — Salida del jeneral para el teatro de la guerra. — O'Higgins ataca á Elorreaga, le obliga á pasar el Itata, y se reune en Bulluquin con Miguel Carrera. — Accion del Roble. - Guerrilla de Valenzuela atacada en Tracoyan, y muerte de su comandante.

Mientras que O'Higgins trabajaba por mantener el ardor de sus soldados, aguirriéndolos é inspirándoles la pasion de la gloria, principio del verdadero valor militar, y de amor á la patria, Carrera continuaba pidiendo y recibiendo cada dia reclutas, que eran instruidos y organizados como por encanto. Hasta entonces, bien que conociese la importancia que tenia la posesion de la plaza de Arauco, se habia visto obligado á temporizar sin pensar en ir á atacarla; pero no por eso dejó de enviar fuerzas á castigar la insolencia de algunos Indios araucanos, los cuales se habian establecido en San Pedro, y no cesaban de hacer, desde allí, demostraciones de forfantería, que al fin le apuraron la paciencia. De suerte que envió un destacamento contra ellos, con órden de replegarse, una vez hubiese desempeñado su comision, en atencion á que se acercaba el momento de concentrar sus fuerzas en las inmediaciones de Chillan.

En efecto, llegaron el 5 de octubre los socorros tan esperados de Talca, conducidos por el coronel Sotta, y escoltados por cuarenta guardias nacionales al mando del

capitan Prieto. Clemente Lontaño los habia seguido con el intento de apoderarse de ellos y de acampar en las vegas de Itata con toda su guerrilla reunida á la de Olate; pero la proximidad del destacamento de don José María Benavente, establecido en Dihueño desde la toma de la Florida, le contuvo, y el convoy pudo llegar sin accidente á su destino. Con él venia el obispo Andrew y Guerrero, hombre ardoroso, entusiasta y capaz de contrapesar el influjo de los misioneros españoles por el prestijio de su dignidad y de su ministerio.

Desde aquel momento, ya Carrera no pensó mas que en llevar á ejecucion el plan de ataque que habia meditado y preparado desde su llegada á Concepcion. En consecuencia, ya algunos dias ántes, despues de la marcha de Benavente para ir á desalojar el enemigo de la Florida, habia mandado á su hermano José, que permanecia en Quirihue, se pusiese en movimiento para ir á reunirse al ejército en Bulluquin; pero, como siempre, José descuidó de ejecutar aquella órden, y no la ejecutó hasta algunos dias despues, de suerte que advertido del movimiento, el enemigo lo siguió y lo bloqueó en Membrillar, de donde no le fué posible salir. En tal situacion, pidió socorro á Alcazar, que acababa de llegar á Talca con la espedicion chilena de Buenos-Aires; pero este oficial alegó para no enviarle el socorro pedido, que no tenia órdenes del gobierno para ello. Esta respuesta irritó sumamente á José, y aun mucho mas al jeneral en jefe, el cual no podia comprender que fuese sacrificada una division entera á una mera interpretacion de puro capricho, por lo menos, sino de malas intenciones. Sea lo que fuese acerca de esto, Carrera se apresuró á enviarle un refuerzo de trescientos hombres, entre los cuales habia

cien dragones y ciento y cincuenta fusileros de la guardia jeneral acampada en Dihueño.

Al mismo tiempo, envió otro refuerzo á O'Higgins, bajo el mando de Muñoz, para que atacase á Elorreaga, que estaba acampado en Rere, y el 8 por la mañana, se puso personalmente en marcha en la direccion de Membrillar para ir á tomar el mando de todas sus fuerzas reunidas, dejando el gobierno de Concepcion y de Talcahuano al coronel Spano con instrucciones reservadas.

Antes de cuarenta y ocho horas, despues de la órden de ponerse en marcha con su division, ya Benavente se hallaba sobre el Itata y forzaba Lantaño, al cabo de un corto tiroteo, á desalojar y á replegarse á Urejola, que estaba acampado en Quinchamali. Justamente en aquel instante, llegaba Carrera cerca de las alturas del Quilo, en donde supo que la division del centro habia sido desbloqueada, y resolvió marchar á la Florida con la mayor parte de sus fuerzas á reunirse á O'Higgins. El ataque que este habia ejecutado contra Elorreaga no habia tenido mas resultado que el de cojer algunos realistas, y 400 vacas encerradas en un corral; pero en el hecho de seguir la retirada al enemigo hasta las márjenes del Itata, retardaba su llegada al punto de reunion jeneral, con gran sentimiento de Carrera, que temia se viese comprometida la division Benavente, acampada en la Florida, por su inferioridad numérica, si la otra no llegaba para sostenerla en caso que fuese atacada.

Otro motivo de grande impaciencia para él era el retardo de los caballos, cañones y municiones que habia mandado enviar de Concepcion á la division Benavente, retardo que llegó á inquietarle en términos de resolverse á retrogradar á Concepcion, á donde llegó el 10.

Cuatro dias despues, todos los objetos arriba dichos habian sido espedidos, y Carrera se ponia de nuevo en camino para la Florida y operar su juncion con O'Higgins.

Una vez reunidas las dos divisiones, emprendieron la marcha, y fueron á campar á las inmediaciones de Pantanillos; solo quedó en la Florida una guerrilla mandada por el teniente Cárdenas, encargado de protejer el transporte de los cañones y demas objetos que habian salido de Concepcion el 14.

El 16, las dos divisiones, cuya fuerza total era de ochocientos hombres, se pusieron en movimiento, y llegaron á las 4 al paso del Itata, llamado *el Roble.* Las descubiertas solas tiraron algunos tiros á la proximidad del vado de las piedras, situado un poco mas arriba.

Miguel Carrera mandó acampar sus tropas en una posicion cubierta de árboles y rodeada de barrancos que no fué sin embargo del gusto de O'Higgins, el cual propusó ir á ocupar una colina que habia sobre el lago Avendaño, distante solo de ocho cuadras del punto escojido por Miguel Carrera. Confiado este en la poca probabilidad de que el enemigo pudiese pasar el rio, desechó el parecer de O'Higgins, y mandó plantar sus tiendas en las pequeñas eminencias que dominan el paso que tenian á la vista.

« Un cañon de á 4 con 40 fusileros guardaba el paso y era sostenido por un reten de 150 granaderos y voluntarios. La guardia nacional, que habia servido de infantería, ocupaba la izquierda de la línea de infantería y era sostenida por la caballería del capitan Benavente, que se campó en la arboleda que está al pié de la altura. La artillería se colocó en el centro de la infantería. Todo el

campo se cercó de centinelas y se colocaron grandes guardias desde la hacienda de los Mardones hasta el vado del peñasco, que distaba una legua, al sur, del campamento (1).»

Sanchez, que tenia conocimiento del movimiento simultáneo de las tres divisiones, habia mandado á Urrejola atacarlas en detal ántes que operasen su juncion. En aquel instante, Elorreaga llegaba bastante malo á San Xavier, dejando la tropa al mando de Don Pedro Ascenjo para dirijirse sobre Chillan. Deseando sacar partido de aquella division, Urrejola proyectó una sorpresa á favor de la noche y dió órdenes al valiente Lantaño para que la ejecutase con Ascenjo, militar no menos decidido y arrojado. Al mismo tiempo, afin de no dar sospechas al enemigo, y de desorientarlo, mandó á Olate, que quedaba en el campamento al frente de Carrera, encendiese muchas hogueras, multiplicase las centinelas para aumentar los gritos de alerta á los oidos del enemigo, y mandase que todas las bandas de tambores tocasen la Diana.

En cuanto á él mismo personalmente, se quedó de observacion á poca distancia para defender el paso, y protejer, en caso necesario, la retirada (2).

El 17 octubre tuvo lugar la espedicion. Los realistas, haciendo un gran rodeo, pasaron el rio en el lugar llamado el Carrizal, junto al cerro negro, y desde allí, por una marcha muy forzada, se dirijieron hácia el campamento de Carrera, á donde llegaron ántes del amanecer.

La primera guardia que encontraron fué la del teniente don Manuel Valenzuela, compuesta de cincuenta hombres, todos durmiendo, así como tambien su jefe, tan

(1) Diario de José Miguel Carrera.

(2) Conversacion con don Clemente Lantaño.

lejanos de temer una sorpresa, que hasta se habian quitado los uniformes. Por consiguiente el enemigo pudo degollarlos muy á su salvo, y todos, menos el teniente y muy pocos soldados, pagaron con la vida el increible descuido de las precauciones militares, que habia tenido su jefe.

Entusiasmados con este fácil éxito, los realistas aceleraron el paso para continuar la sorpresa contra el cuerpo reunido del ejército, al cual los pocos que se habian salvado de la primera guardia no podian haber llegado; pero aquí, las centinelas estaban vijilantes, dieron el alarma descargando sus fusiles, y uno de ellos, Miguel Bravo, prefirió dejarse inmolar ántes que ceder el paso al enemigo. De suerte que las tropas tuvieron lugar para formar, hacerse firmes y recibir la carga de los realistas, sin desconcertarse.

Se siguió desde luego una accion jeneral, en la cual todos se hallaron empeñados. El primero que se mostró á la cabeza de sus tropas fué O'Higgins, siendo tambien el primero que sacó su espada para rechazar la sorpresa. Se le vió mientras duró la accion siempre en los puestos los mas peligrosos, dando ejemplo de denuedo y de serenidad, y animando á sus soldados con palabras y hechos, á rechazar al enemigo, el cual, á pesar de su superioridad moral y numérica, se vio obligado á replegarse sobre una eminencia que se hallaba á poca distancia. O'Higgins siguió este movimiento y fué á ocupar con su coluna otra lomita en frente de la del enemigo, y distante de ella cuadra y media; y así situados, los dos partidos abrieron un fuego graneado, sostenido por algunas piezas de campaña, que dirijian con el mayor acierto el capitan de artillería Morales y su teniente Don Nicolas García, bajo

la proteccion de un piquete de milicianos de Concepcion, mandados por el sarjento Nicolas Maruré.

En esta accion, que fué muy reñida, se distinguieron igualmente los capitanes Benavente y Prieto, los cuales tambien habian sido de los primeros á ponerse á la cabeza de sus compañías para rechazar al enemigo.

Desesperando de vencer la resistencia de los patriotas, los realistas cargaron á la bayoneta; pero no solo fueron bien recibidos, sino que tambien los primeros, despues de haberlos rechazado, los cargaron, á su vez, del mismo modo. O'Higgins fué quien, justamente en el momento en que acababa de ser herido, los cargó, forzándolos á plegar, hasta que alfin fueron puestos en derrota, con pérdida de 80 muertos, 17 prisioneros, dos cañones, 130 fusiles y algunos cajones de municiones.

La victoria de los patriotas habria sido mas completa, si desde el principio de la accion no hubiesen estado privados de caballos, y si la caballería de Freire, que habia salido la víspera en persecucion de una guerrilla enemiga, se hubiese hallado allí. Por mas que hizo don José María Benavente improvisando una con los caballos de los oficiales, y algunos otros, no bastaba esto para sacar todo el fruto posible, y que era de esperar de tan completa derrota.

Estos fueron los resultados de la batalla *del Roble*, batalla que sin la valentía y serenidad de ánimo de O'Higgins, habria sido tal vez fatal para los patriotas, los cuales, durante las tres horas que fué sostenida la accion, no solo resistieron con un fuego vivísimo á la superioridad de los fuegos de la espedicion y de los realistas acampados al norte del Itata, bajo el mando de Olate, sino que tuvieron que rechazar repetidas cargas

de una escelente caballería. Por consiguiente, no podian menos de mostrarse ufanos de la victoria, felicitándose reciprocamente de ella; pero á pesar de eso, aun les quedaba algun motivo de zozobra por no saber cual habia sido la suerte del jeneral en jefe.

En efecto, Miguel Carrera, acampado á cinco ó seis cuadras del centro del ejército, no se habia mostrado por ningun lado durante la accion, y no podian comprender este misterio. He aquí pues lo que habia sucedido. Al punto en que despertó á los primeros tiros, salió de su tienda y encontró á don Diego Benavente en el momento en que una descarga del enemigo mató el caballo de dicho capitan. Al ver esto, quiso seguir á Benavente y algunos dragones desmontados, que se dirijian hácia una colina; pero Barnachea le detuvo rogándole esperase le ensillasen un caballo, como en efecto le trajeron el suyo, lo montó y se fué al cerro arriba dicho. Una vez allí, dió algunas órdenes al capitan Morla, que ametrallaba en aquel instante á la caballería enemiga, y luego bajó del cerro con Calderon y Barnachea, y se fué hácia el oeste para reconocer por sí mismo las posiciones del enemigo. En esta esploracion fué descubierto y perseguido por una guerrilla enemiga que le obligó á huir; pero viendo que le iban á dar alcance, se detuvo de repente, hizo frente y descargó en el rostro del oficial que mandaba la guerrilla una pistola que por casualidad no tenia bala. En aquel instante llegan los lanceros y le hieren de una lanzada en el costado; pero noobstante la gravedad de la herida, y gracias á la velocidad de su caballo, aun pudo salvarse arrojándose al Itata, y atravesando este rio, aunque muy caudaloso. Por desgracia, cuando se vió al otro lado, Carrera se

halló en tierra enemiga, cubierta por las guerrillas del bizarro Olate (1), y tuvo que seguir la orilla por medio de barrancos para no ser visto. Habiendo andado así hasta cierta distancia, volvió á pasar el rio y se encontró en la division suya del centro mandada por su hermano, á quien dijo, por la ignorancia en que estaba de cuanto habia sucedido, se apresurase á ir á socorrer la otra division que creia derrotada. Pero José pudo tranquilizarlo, pues ya habia destacado doscientos hombres, pedidos por O'Higgins, bajo las ordenes del capitan Valenzuela, que, hubiese podido cortar la retirada al enemigo, si hubiera tenido conocimiento del resultado de la accion, marchando sobre el rio en lugar de dirijirse al campo de batalla.

Miguel Carrera, que habia llegado á pié y estenuado, no quiso, con todo eso, detenerse mas que el tiempo necesario para mudarse y curar la herida que habia recibido. Hecho esto, montó á caballo, enviando por delante un correo con la noticia de su próxima llegada, noticia que llenó de alegría á todos en el campamento, en donde al oir los peligros que habia corrido, todos se sintieron conmovidos. Cuando le vieron llegar con su amigo Barnachea, que le habia salido al encuentro para participarle la victoria conseguida sobre el enemigo, todos se esmeraban en ofrecerle parabienes y felicitaciones, muy sínceras en aquel momento, y exentas de todo finjimiento de envidiosa política.

En la embriaguez del gozo que esperimentaba, y que duró algunos dias, Carrera escribió al gobierno sobre

(1) Segun Carrera este Olate era el que lo habia perseguido, pero documentos que tenemos á la vista prueban que este oficial se habia quedado en el campo enemigo.

aquellos acontecimientos un parte que, mucho despues, las vicisitudes, los contratiempos y resentimientos que tuvo le hicieron negar. Hablando de O'Higgins en dicho parte, decia « que S. E. debe contarlo por un soldado capaz en sí solo de reconcentrar y unir heróicamente el mérito de las glorias y triunfos del estado Chileno (1). »

Tal vez este parte le habia sido dictado por el entusiasmo de que estuvo poseido durante algunos dias, y tal vez tambien lo escribió por no ponerse en contradiccion con la opinion jeneral del ejército que exaltaba altamente á O'Higgins; pues testigos oculares decian, que la defensa que este habia hecho habia causado una admiracion estremada por la firmeza y sangre fria inauditas que habia manifestado; concluyendo su elojio con asegurar que todos los honores y lauros de la victoria le pertenecian.

En efecto, O'Higgins, por la ausencia del jeneral en jefe, no habia podido disimularse desde el principio de la accion, que la salvacion del ejército quedaba bajo su responsabilidad, y desde luego desarrolló todos los recursos que poseia en su tino táctico y en su arrojo, sin pararse en la herida que recibió, ni en la muerte de su caballo que le obligó á batirse á pié.

Es verdad que en este particular muchos de sus oficiales se hallaron en el mismo caso, y siguieron su bello ejemplo. Tales fueron don Diego Benavente, capitan de la gran guardia nacional, y comandante interino de la jeneral; el capitan de milicias don Martin Prais; el alférez Don Alfonso Benites, el capitan Morla y otros, los cuales se mostraron igualmente denodados, especialmente el primero, que á pesar de la herida que recibió en medio

(1) Parte del jeneral don Miguel Carrera.

del pecho, permaneció firme en la accion; por donde se ve cuanto poder tienen en corazones nobles el amor de la patria y el deseo de salvarla.

En vista de lo que acababa de suceder, Miguel Carrera resolvió no continuar su marcha y regresar á Concepcion, despues de haber señalado las posiciones que debia ocupar su ejército, dividido en dos cuerpos de observacion. El primero de estos dos cuerpos, al mando de O'Higgins, tuvo órden para ir á acampar á la punta del Diguillin; y el otro, bajo las órdenes de Juan José, se retiró á Bulluquin. Pocos dias despues, salió un destacamento de este segundo cuerpo para ir al norte del Nuble á cubrir San Carlos, y el Parral, y protejer convoyes de víveres que se aguardaban de Talca.

Este destacamento, compuesto de cien granaderos, tuvo muy luego, en efecto, que escoltar uno de dichos convoyes, y se dirijia sobre Bulluquin, cuando al llegar á Tracoyan, el capitan don Pedro Valenzuela, que lo mandaba, acordó con su teniente Valverde el acampar allí. Sin embargo, lejos de acercarse la noche, aun tenian dia bastante para continuar la marcha; pero se hallaron con unas damas muy bien parecidas y buenas cantarinas, y no pudiendo resistir al atractivo que esperimentaron, dieron órden de hacer los ranchos.

Mientras esto hacian, se hallaba no lejos de allí una partida enemiga, cuyo comandante recibió muy luego aviso, por sus espías, así de la posicion que ocupaba Valenzuela como del descuido con que se divertia, y resolvió ir á sorprenderlo. En consecuencia, formó una coluna de 400 hombres, la puso al mando de don Luis Urrejola, y este se echó á favor de la noche sobre las tropas de Valenzuela, el cual acababa justamente de entrar en su

campamento, y á pesar de la sorpresa y de la oscuridad, resolvió defenderse á toda costa.

Dicho y hecho, con prontitud maravillosa el bizarro Valenzuela se formó una trinchera con cajas de galleta y con fardos de charqui ó carne seca, y así en posicion, animaba á sus soldados con palabras y buen ejemplo á defenderse con valor y firmeza. En efecto, hacian una brillante defensa, cuando recibió una mortal herida que le dejó aun bastante vida para continuar mandando hasta que Valverde llegó á ocupar su lugar, pero tan desgraciadamente, que al punto se sintió herido como lo habia sido su capitan.

En este crítico trance, tuvo que tomar el mando el alférez Monterilla, el cual continuó la resistencia con no menos valor que sus dos jefes, rechazando durante cuatro horas ataques continuos de un enemigo superior y furioso, en términos que de los cien granaderos que componian el destacamento, ya no le quedaban mas que diez y ocho; tal era la mortandaz y la sangre de aquella ardorosa lucha. Pero aun la crisis no habia llegado á su estremo, y muy luego les faltaron municiones á aquellos valientes. Lo cual visto por Monterilla, resolvió abrirse calle á la bayoneta con los pocos soldados que le quedaban por medio del enemigo, y en efecto lo ejecutó, llegó sano y salvo con ellos á Quirihue, en donde quedaron los heridos al cuidado del virtuoso Merino.

Sin duda el enemigo habia esperimentado muchas pérdidas; pero los pobres patriotas dejaron en aquel campo de batalla 82 muertos, sin contar los dos bizarros oficiales, cuya pérdida fué sumamente sentida en el ejercito, y sobretodo por Carrera, que habia puesto las mayores esperanzas en ellos.

CAPITULO XXVIII.

Instruccion pública. — Nombramiento de una junta de educacion — Escuelas de primeras letras. — Apertura del instituto nacional.— Profesores que tenia.— Formacion de una biblioteca pública.— Libertad de imprenta.

Mientras que por el sur, el ejército sostenia con mas ó menos buen éxito el honor de las armas chilenas, la junta gobernadora trabajaba en Santiago no solo por el buen órden y la buena armonía de la sociedad, sino tambien en fomentar los sentimientos patrióticos que podian salvarla y darle lustre. Los soldados de la patria arrastraban los peligros y males de la guerra, y peleaban por su libertad é independencia ; sus lejisladores establecian los cimientos de su civilizacion y de sus progresos hácia el bien y la prosperidad, y unos y otros ardian de amor por ella y anhelaban por verla colocada en el rango de las naciones mas felices y mas dignas de serlo.

Uno de los primeros pensamientos que habian sujerido los primeros gritos de independencia, habia sido el de reformar radicalmente la educacion moral é intelectual de la nacion; porque si era cierto que la instruccion en jeneral habia sido hasta entonces casi enteramente descuidada, ya fuese por indiferencia ó por cálculo del gobierno, con el fin muy mal entendido de dominar con menos resistencias, tambien lo era que habia muchos sujetos capaces, y bastante instruidos para apreciar su importancia en aquel momento en que se trataba de rejenerarla á toda costa. Por consiguiente, no bastaba el emplear medios y fuerzas materiales para sacar triunfante la revolucion, sino que tambien se necesitaba alumbrar

á los entendimientos para desarrollar la razon del pueblo y ponerlo en estado de apreciar su dignidad y su independencia.

En aquella época, el atraso en la instruccion era, como acabamos de decir, el fruto del descuido lamentable con que habia sido mirada hasta entonces. A los nueve años, y algunas veces ántes de llegar á esta edad, un muchacho habia concluido el estudio de latinidades, y pasaba á filosofía y á sus silojismos, siempre especulativos, jamas prácticos ni aplicados á cosa alguna, y tan puerilmente ridículos como las cuestiones que el jenio escolástico habia imajinado para su uso. Al curso de filosofía seguia otro de teolojía, igualmente fundado en sofismas é hipótesis tan inintelijibles como inútiles (1).

Los estudios que contribuyen á la gloria de las naciones, y sirven esencialmente á labrar su felicidad material, tales como la química, las ciencias naturales, la economía política y otras, no eran conocidas allí ni de nombre, y si desde algunos años á aquella parte se insertaban en el programa de un colejio, debido á la sabia solicitud del benemérito don Manuel Salas, las matemáticas, el dibujo y la cosmografía, la enseñanza de todo esto se hacia de un modo muy superficial y defectuoso, en primer lugar, por el poco saber de los maestros, y en seguida, por la vijilancia inquisitorial que se oponia continuamente, de un modo ó de otro, á todo adelanto positivo y propio á desarrollar las facultades intelectuales de cuantos las estudiasen.

Por todas estas razones, la reforma de la enseñanza pública era de la mayor urjencia.

En el momento de ser revestido del poder, Miguel

(1) Vidaurre. *Hist. manuscrita de Chile.*

Carrera habia adoptado con el apresuramiento de un buen patriota las benéficas ideas de aquellos ilustres Chilenos, y habia dado órdenes para la fundacion de un instituto nacional que le parecia ser el establecimiento mas propio á propagar en Chile una instruccion verdaderamente nacional. Desgraciadamente, la invasion de Pareja le habia obligado á salir de la capital, y habia tenido que apartarse de esta grande empresa, delegando todo este importante cuidado á sus colegas, principalmente á aquellos que la habian imajinado y que, por consiguiente, debian necesariamente poseer los secretos mas propios á llevarla á cabo.

Pero ántes de establecer estas escuelas superiores, se reflexionó naturalmente que era indispensable el preparar el pueblo á ellas dándole lecciones de primeras letras. Para realizar este pensamiento el gobierno nombró de comisarios de la ejecucion al senador don Juan Egaña, que ha sido uno de los mas celosos promotores de la instruccion chilena; al director jeneral de estudios don Juan José Aldunate, y al rector del convictorio carolino don Francisco José de Echaurren, igualmente celosos por el bien del país. La comision así compuesta tenia por objeto :

« El formar y presentar á la mayor brevedad un plan de educacion nacional que proponga la instruccion moral y científica que debe darse á todos los Chilenos, y la clase de virtudes que especialmente puedan hacer mas feliz este país y en que el gobierno debe empeñar sus cuidados para trasformarlos en costumbre, y hacer de ellos como un carácter propio y peculiar de los habitantes. » (1).

(1) Monitor araucano, nº 29.

Por aquí se ve que la instruccion moral quedaba inseparable de toda otra instruccion, y que, lejos de eso, debia sobresalir como indispensable á un pueblo sencillo en costumbres y conocimientos, y que en medio de sus esfuerzos por conquistar su libertad, habria podido dejarse llevar de inspiraciones de odio y venganza tan frecuentes en contrarios partidos.

Al principio, se pensó en constituir esta escuela de primeras letras obligatoria en todas las clases de la sociedad; pero muy pronto se pudo conocer que la circunstancia de haber muchísimos habitantes en el campo, como los hay aun en el dia, dejaria la ley jeneral sin fuerza ni accion sobre ellos, y hubo que limitar las pretensiones en este particular á fomentar dícha enseñanza por todos los medios posibles, especialmente por el de comunicarla gratuitamente. Así, en un reglamento firmado el 18 de junio de 1813, se mandaba que en todas las ciudades, villas y pueblos de cincuenta vecinos fuese establecida una escuela de primeras letras, la cual debia hallarse situada en medio de la poblacion, y costeada por los propios del lugar, con recomendacion especial de la preferencia que se habia de dar á dichos gastos sobre cualesquiera otros. Tal fué la importancia que aquellos dignos patriotas dieron á la propagacion de los primeros elementos de instruccion jeneral. El reglamento prescribia ademas que en cada una de dichas escuelas debia :

« Haber un fondo destinado para costear libros, papel y demas utensilios de que necesitaban los educandos, de tal modo que los padres de familia, bajo ningun pretesto ni por título alguno, sean gravados con la mas pequeña contribucion (1). »

(1) Monitor araucano, nº 36.

Ya se ve que el reglamento no exijia de los padres de familia mas que su buena voluntad, y el útil concurso de sus hijos á aquella obra de rejeneracion social.

En seguida, el nombramiento de maestros aptos y capaces reclamaba naturalmente la primera atencion. En efecto, del celo y capacidad de estos maestros dependia el porvenir de la juventud que iba á ser puesta á su cuidado, y solo hallándose ellos mismos penetrados del verdadero espíritu de su mision, podian inculcar á sus discípulos principios fructíferos de virtud y de ciencia. Ciertamente habria sido pretender demasiado el querer hallar profesores de superior capacidad en una época en que Chile no poseia aun las escuelas normales en donde se forman actualmente jóvenes que, al salir de ellas, son aptos para ir á transmitir sus lecciones y demas frutos de su buena enseñanza y aplicacion á las provincias á donde el gobierno los destina con este objeto. En dicha época de ignorancia, era forzoso el darse por satisfecho con encontrar sujetos de celo, y que con algunos conocimientos, tuviesen buenos principios de moral para comunicarlos á sus alunos.

Para estas pruebas, tenian que presentar dos certificados; uno de moralidad y buena conducta, firmado por el juez del lugar, y por su cura párroco, que lo examinaba sobre los puntos de doctrina cristiana; y otro, que era una especie de diploma de capacidad, firmado por un examinador y por dos miembros del cabildo. Se exijia de él, ademas de estas pruebas, la de su patriotismo: « que ha de ser, (decia el reglamento) decidido y notorio, » pues el fin que se proponia el gobierno propagando la instruccion por todos estos medios, era no solo desarrollar las facultades intelectuales del pueblo,

sino tambien el reformar enteramente el carácter nacional, educándolo segun las ideas del siglo, é infundiendo en los corazones el amor patrio, la mas noble pasion del hombre, y el de la libertad, que enjendra dignidad y propia estimacion de sí mismo. Por todas estas razones, se habia indicado en el catálogo de libros destinados á este jénero de instruccion, el *compendio de la Historia de Chile* de Molina, propio, por los ejemplos de patriotismo que ofrece, á inspirarles aprecio y amor al país, el cual en aquel instante conquistaba el título de verdadera nacion.

Pero aun no quedaron aquí la solicitud y las previsiones del gobierno en favor del pueblo, pues para conseguir que los reglamentos fuesen exactamente seguidos, dió al dean del cabildo de cada localidad el cargo de visitar, álomenos una vez al mes, la escuela, observando, aprobando ó censurando el método, y cuanto se hiciese en ella; animando y dirijiendo á los maestros; y enfin, de hacer una visita jeneral todos los seis meses, en virtud de la cual debia dar parte al gobierno de los progresos de los alumnos, del estado de la escuela y de sus rentas y gastos.

Otro parte semejante debia ser enviado tocante á las escuelas de niñas y jóvenes, escuelas con que el gobierno habia dotado las provincias, y dirijidas por virtuosas maestras.

Resumiendo cuanto se acaba de decir sobre esta interesantísima materia, por medio de las escuelas de primeras letras, el gobierno conseguia infundir intelijencia al pueblo, ponerlo en la via de alcanzar por sí mismo á satisfacer todas sus necesidades, y difundir el sentimiento de la independencia individual tan necesario para formar

el espíritu nacional. Pero aun esto no bastaba; el gobierno llevaba sus previsiones mas allá, y proyectaba perfeccionar las facultades intelectuales de cuantos pudiesen y quisiesen dedicarse á las carreras de las ciencias, de las letras y bellas artes, fundando el grande establecimiento conocido aun en el dia bajo el nombre de instituto.

La primera idea de esta fundacion data, como ya se ha dicho, del año 1812, pero su apertura no se realizó hasta el 10 de agosto de 1813, verdadero dia de gloria para aquellos ilustres filántropos que tanto habian contribuido á ella. El gobierno, acompañado del senado, de la majistratura y escoltados de una imponente fuerza militar, honró aquella brillante funcion, que fué celebrada con la mayor pompa, y aplaudida con jeneral entusiasmo. « La capital (dice el Monitor araucano) no habia visto otra mas digna ni sentido un placer tan delicado. Un concurso brillante y numerosísimo de toda edad, sexo y condicion, bendecian al cielo y á los padres del pueblo, y se complacian en los efectos benéficos de su naciente libertad. Jamas les pareció mas preciosa ni mas dulce; por tanto rogaban al padre de los hombres por los firmes apoyos de esta libertad, el jeneral en jefe y todo el ejército restaurador. El instituto, decian unos, se encarga de inmortalizarlos : de su seno saldrán el jenio de la poesía y los talentos de la historia. Este acto, decian otros, es uno de los mas interesantes de la revolucion. Los pueblos que nos observan, y la posteridad que ha de juzgarnos, y que ha de contemplar con interés todos los sucesos de este memorable período, admirarán que hubiésemos podido concebir un designio semejante en medio del estruendo de las armas, y que hubiésemos

llegado á plantear y concluir una obra tan grandiosa (1). »

Esta funcion tuvo lugar en el museo nacional, fundado en la Universidad de San Felipe. El doctor Vera abrió la sesion por un himno que respiraba los mas puros sentimientos de patriotismo, y ensalzando los beneficios infinitos de las luces y de la civilizacion. Tras el doctor Vera, el jóven don Mariano Egaña, digno heredero de la elocuencia de su padre, pronunció en nombre del poder ejecutivo, cuyo secretario era ápesar de su tierna edad, una relacion en la cual espuso el estado de abatimiento y de ignorancia en que estaba postrado el país desde la época de la conquista, á pesar del jenio natural de los habitantes y de la fertilidad y riqueza de su territorio. En seguida, despues de haber anunciado las victorias de Yerbas-Buenas, San Carlos y Talcahuano como precursoras de la independencia futura del país, les insinuó claramente que para ser dignos y merecedores de gozar de ella, necesitaban adquirir la instruccion y educacion que solas pueden ilustrar un país, y hacer felices á sus habitantes. « Diez y nueve cátedras, continuó diciendo, de todas las ciencias; un museo que comprende todos los departamentos necesarios para sus esperiencias y progresos; una educacion pública gratuita, abierta á todos los ciudadanos del estado, y auxiliados con cuantas beneficencias son posibles; unas instituciones para cimentar las costumbres de vuestros hijos en el honor y la virtud, son el resultado de las meditaciones y fatigas del supremo gobierno. »

Al mismo tiempo, les esponia Egaña muy por menor el objeto y la importancia de estas carreras, demostrando la influencia que tendrian en la prosperidad del

(1) Monitor araucano, nº 55.

país, puesto que todas las clases de la sociedad sacarian de ellas utilidad y provecho; relijiosos, lejistas, médicos, agricultores, militares, todos, y aquellos, enfin, cuyas profesiones se ejercen por la operacion del entendimiento y por la meditacion. Dejándose llevar, en seguida, de la vehemencia de su discurso, concluye con un exorto á todos sus oyentes, en estos términos: — « Padres de familia, y majistrados que sois los padres de la sociedad; ¡ vosotros vais á responder á Dios, á vuestros hijos, á vuestros pueblos y al mundo entero de la neglijencia que tengais en la educacion de vuestras familias y conciudadanos! Comisionados para la perfeccion y conduccion de esta grande obra, mirad vuestro encargo; ved si hay otro mas sagrado sobre la tierra; ya estais en un círculo de donde no podeis salir sin el desprecio ó la gratitud pública mas grande y mas bien merecida. ¡ Funcionarios públicos, y todos los que vais á coadyuvar en este grandioso establecimiento; la humanidad, el decoro, la razon, la patria y el gobierno os encargan que no pongais trabas, dificultades capciosas ó nimios inconvenientes cuando se trata del bien mas interesante! (1) »

Este discurso, que aparece lleno de patriotismo y de convencimiento, conmovió á todo el auditorio y levantó aplausos que manifestaban claramente cuan penetrados estaban todos de los bienes infinitos que les prometia. Despues de Egaña, habló Echaurren, el cual, conformándose al antiguo uso, que aun se sigue alguna vez, bien que a razon lo desapruebe, pronunció otro discurso en latin.

Terminados todos estos discursos, el gobierno, los majistrados y demas autoridades que le habian acom-

(1) Monitor araucano, nº 56.

pañado, escoltados del mismo modo que á la entrada, por las tropas con banderas tricolores desplegadas, se dirijieron al instituto, en cuya capilla se cantó un *Te Deum*, é imploraron la proteccion del Todopoderoso en favor de la revolucion y de un establecimiento que iba á ser un santuario de sabiduría y de virtud.

En efecto, el instituto prometia ser un centro intelectual de donde debia salir y derramarse por todos los puntos de la República la luz y el espíritu de moralidad y de civismo que principalmente habian de contribuir á su ilustracion. El programa de estudios era tan estendido como variado, y se resentia tal vez del vehemente deseo que tenian aquellos hombres, esencialmente progresistas, de propagar ideas y luces, sin pararse en los mas ó menos recursos que tenian para la ejecucion de tamaña empresa. Segun dicho programa, se habia de estudiar todo lo que es concerniente á las clases inferiores, segundarias y superiores ó profesionales, gratuitamente, como queda dicho, afin de facilitar á todas las capacidades, de todos rangos y condiciones, la carrera á la cual se sintiesen inclinadas. Por consiguiente, habia cursos militares, lejislativos, medicales, humanitarios y aun tambien teolójicos; y en este particular, se habia resuelto, á consecuencia de un concordato entre el gobierno y las autoridades eclesiásticas, que el seminario seria reunido al instituto, conservando, con todo eso, todos sus derechos é inmunidades tocante á sus rentas y á su jurisdiccion.

Siendo el objeto de aquel establecimiento sobremanera nacional, las autoridades mandaron que todos los alumnos llevasen un mismo uniforme, afin de que se penetrasen desde sus primeros años del espíritu de igualdad en que se apoya principalmente un gobierno democrá-

tico; y para infundirles el amor de la patria, se les dieron sus colores emblemáticos, y cada alumno llevaba en la beca morada de su opa la escarapela tricolor sobre un fundo de diferentes colores, segun la clase de estudios que seguia. Esta era la única distincion entre todos los estudiantes del instituto, y solo el que se distinguia por algun mérito particular, podia, como benemérito de la juventud, poner sobre dicho emblema una corona cívica bordada de oro. Al mismo tiempo que lisonjeaba el amor propio, esta distincion era un estímulo para los demas condiscípulos, y daba cierto realce al establecimiento mismo.

Las diferentes escuelas anunciadas en el programa no se abrieron todas á un mismo tiempo, y sí sucesivamente á medida que los recursos lo permitian; y para profesores se nombraron sujetos que bien que no hubiesen hecho un estudio especial del mecanismo y de los diversos métodos de enseñanza, inspiraban sin embargo bastante confianza por sus luces y capacidad para dirijir los estudios, y por el esmero con que procuraban instruirse en las ciencias que habian de enseñar á sus discípulos. La mayor parte de estos profesores pertenecian al clero, porque en él se hallaba naturalmente mas instruccion: don Francisco de la Puente, considerado como el padre de las matemáticas en Chile; el cura Bejanilla tan convencido, fervoroso y entregado á los deberes de su santo ministerio, bien que la naturaleza lo hubiese hecho nacer para la mecánica por pasion y por conocimientos naturales innatos en él, por decirlo así; — don Juan Aguilar de los Olivos, — don José Antonio Urrutia, profesores, el primero de sagrada escritura, y el segundo de dogmas é historia de nuestra relijion, — todos estos

fueron nombrados, como lo fué tambien el senador don Juan Egaña, el cual era profesor de elocuencia y de panejírica. Otros muchos profesores de gran mérito fueron ademas nombrados, sobresaliendo entre ellos los presbíteros Juan de Dios Arlegui y José María Argandoña, que profesaban los derechos de jentes, de economía política, de las leyes de la nacion y todo cuanto era concerniente á los manantiales de la riqueza, al gobierno de la sociedad y á todos los conocimientos necesarios no solamente á ciertos individuos, sino tambien á todas las clases, es decir á toda la nacion, afin de gozar de la libertad bien interpretada y entendida, y defender los derechos que le pertenecen con razones fundadas en las leyes mismas de la naturaleza.

Para poder defenderlos con la fuerza, habia sido instituido en el mismo colejio un curso de ciencia militar, á la verdad, propio especialmente á los alumnos destinados á este ramo, y á algunos otros á quienes se querian dar algunas nociones de él. Porque en la situacion del país, en aquella época, no se creia que fuese conveniente el difundir una instruccion esclusivamente civil, y se queria que los jóvenes tomasen hábitos militares, en atencion á que, tarde ó temprano, habrian de contribuir á la defensa del país, ya como soldados del ejército, ya como milicianos. Tales eran los motivos plausibles que habia para dar á la juventud una inclinacion fomentada insensiblemente con ejercicios bélicos.

Independientemente del esmero y cuidado conque la junta de educacion y el gobierno escojieron escelentes profesores, tambien tomaron medidas para que estos pudiesen llenar sus deberes con fruto, proporcionándoles los libros é instrumentos necesarios; y al efecto se señaló

una cantidad de dinero suficiente para comprarlos en Europa, á pesar de la penuria de la tesorería, por las guerras que la nacion habia tenido que sostener en el Sur. Pero las cabezas chilenas tenian tanto anhelo por ilustrarse, que nadie puso reparo en someterse á los mayores sacrificios.

En consecuencia, se votó tambien la fundacion de una biblioteca en un lugar abierto á los profesores, á sus discípulos y al público, en cuyo lugar se habian de hallar reunidos los tratados mas útiles para cada ramo de estudios, sirviéndose desde luego de los que habia en la Universidad y en otros establecimientos públicos. En esta ocasion, como en todas las de esta especie, el patriotismo de los habitantes se mostró pronto y jeneroso para realizar los buenos efectos de tan noble pensamiento : don Juan Egaña, Feliciano Letelier, Mateo Arnaldo Hoevel y otros muchos sujetos de distincion, tanto de Santiago como de las provincias, particularmente de Talca, aprontaron su escote para la ereccion de dicho monumento de ciencia, destinado á alcanzar un alto grado de prosperidad, por la solicitud del gobierno, y la sabiduría de su actual director don Francisco García de Huidobro.

En medio de estos grandes esfuerzos de fomento intelectual, se presentaba naturalmente la grave cuestion de la propagacion de ideas liberales por medio de la libertad de la prensa, cuestion que no olvidaron aquellos ilustres progresistas.

Ciertamente, en atencion á las intenciones manifiestas del gobierno de fomentar el desarrollo de las luces por medio de la propagacion de la enseñanza pública, era permitido creer que á esta enseñanza debia seguir natu-

ralmente la libertad de comunicar y transmitir todos los medios que le eran propios, bajo la condicion de que no fuesen opuestos al gobierno, ni perjudiciales á nadie. Esta condicion era tanto menos difícil de cumplir en aquella época, cuanto los periódicos eran aun raros, estaban por decirlo así en pañales y tenian ya bastante que hacer en tratar cuestiones de libertad puramente civil, sin elevarse precozmente á las gravísimas de libertades políticas. Esto es tan cierto, que el solo diario que se leia entonces era costeado, en gran parte, por el gobierno mismo, y redactado por escritores que eran miembros, ó apoyos de este mismo gobierno. En sus opiniones, en sus sanas intenciones y juicio recto, estos escritores consideraban un diario como un puro instrumento de la verdad y de la razon; como una centinela avanzada contra los abusos; como una salvaguardia de todo derecho lejítimo y enfin, como la sola garantía de libertad individual, en los límites señalados por las leyes y tratados de derecho público.

Si, por otra parte, los propagadores de la civilizacion preveian que tal vez las pasiones podrian tener en la libertad de la prensa un campo abierto para calumniar, provocar y oprimir á los particulares, semejante prevision no podia aun tener por objeto los intereses de aquella época, visto el estado de ignorancia en que todos se hallaban respecto á discusiones, antagonismos, rencores y combates políticos. Cuando hubiesen adelantado bastante en la carrera para conocerlos y servirse de ellos, tambien habrian hecho los mismos progresos para preservarse de sus malos efectos.

Penetrado el gobierno de la fuerza de todas estas consideraciones, y de lo indispensable que era la liber-

tad de escribir y publicar sus opiniones para formar publicistas capaces de ilustrar al país y dirijir la opinion pública, sosteniendo los intereses del gobierno, que, en todo caso, deben de ser los mismos que los de la nacion, se decretó por el senado dicha libertad de la prensa la mas ilimitada, puesto que por este decreto (23 de junio 1813), todos podian publicar sus ideas y opiniones en asuntos públicos y privados sin previa censura, y bajo los auspicios de un senador nombrado por el senado mismo, para que mantuviese la ejecucion del decreto, precaviendo los abusos á que diese lugar en perjuicio de los altos fines á donde se dirijia.

Para alcanzar á estos con mas certeza, se ideó no una junta de censura sino una junta protectora, compuesta de siete vocales sorteados entre los sujetos de mayor distincion de la capital. Esta junta no tenia ningun derecho de iniciativa contra los que delinquiesen en materia de escritos, y solo podia recibir quejas, y decidir si realmente habia lugar á ellas. En el caso que así fuese, el asunto era del resorte de los tribunales ordinarios, los cuales, para formar su juicio y sentenciar, debian oir al senador vijilante del decreto; por manera que la ley se presentaba como un protector del delincuente, en los límites de la justicia y del buen derecho. Ya se ve cuan bien protejida se hallaba la libertad de escribir, puesto que una queja de calumnia, supuesta bien fundada, no podia comprometer á su autor hasta que dos autoridades le hubiesen juzgado con conocimiento de causa.

Pero si el publicista tenia campo ancho para criticar los actos del gobierno, y aun los de particulares, no tenia la misma libertad para tratar de cuestiones teolójicas. En un país en donde los sentimientos relijiosos

estaban en toda su pureza, sin que nadie soñase en discutir sobre puntos de fe y de creencia, no debia ser permitido aflojar este poderoso resorte de la moralidad, bien que muy seguramente no fuese de temer que ningun escritor lo hubiese intentado. Con todo eso, el gobierno tuvo por conveniente el prever este grave inconveniente de la libertad, en vista de la estension que habian tomado las máximas filosóficas del siglo 18°, y de la frecuencia de comunicaciones con Europa; y en el mismo decreto de la libertad de la prensa, declaraba, por uno de sus artículos, « que los escritos relijiosos no pueden publicarse sin previa censura del ordinario eclesiástico, y de un vocal de la junta protectora; » — « Convencido (continuaba diciendo) de que es un delirio que los hombres particulares disputen sobre materias y objetos sobrenaturales. »

Por esta restriccion en favor de la moral y de la sociedad entera, la fe guardaba todo su poder para resistir á falsas maximas filosóficas, continuar reinando en corazones bien nacidos y en entendimientos sanos, como lo eran, en jeneral, los Chilenos, y enfin, manteniéndose en su primitiva pureza, como principal apoyo de toda virtud, y consuelo sublime de desgraciados.

CAPITULO XXIX.

Formacion de un padron jeneral de los habitantes y establecimiento de un cementerio. — Alarmada de los progresos de la invasion, la junta gobernadora exorta los habitantes á que acudan al socorro de la patria.— Estímulo que da al servicio militar.— Se enarbola la bandera nacional en la plaza. — Demostraciones públicas en honra del ejército con el objeto de reanimar su moral.— El partido realista levanta la cabeza, favorecido por los escesos cometidos al sur.— Levantamiento de Santa Rosa de los Andes. — Muerte del jefe de la insurreccion.

Despues de haber puesto la enseñanza pública á cargo de sujetos que ofrecian las mejores garantías de capacidad, instruccion y filantropía, el gobierno esperaba poder dar toda su atencion y cuidado á las reformas que cada dia se hacian mas urjentes; pues la nueva política, como ya se ha dicho, era tan diferente de la que se habia seguido hasta entonces, que en todo se notaba su novedad : costumbres, opiniones, interés privado y hasta en las mismas leyes, en cuanto estas eran la espresion de hábitos nacionales, y una especie de reglamento puro y sencillo de una administracion colonial.

Desgraciadamente, por la misma razon de que la opinion pública debia apoyarse en pruebas claras y evidentes, se formaba demasiado lentamente, y por falta de luces y de hábitos de administracion republicana, los habitantes se dejaban mas bien llevar que convencer, acerca del nuevo órden de cosas. Por otra parte, era muy difícil el emplear los medios enérjicos de toda revolucion para introducir reformas que no podian menos de ser contrarias, por de pronto, á diversos intereses,

por mas que se fundasen en principios de justicia y de sabiduría. Tampoco el prestijio de los que mandaban era bastante grande para dar un fuerte impulso decisivo á dichas reformas, y dejando á parte Infante, que tenia tanta firmeza como convencimiento, todos los demas temporizaban y obraban tímidamente, muy lejanos de la firmeza necesaria en épocas de revolucion y de innovaciones, para inspirar confianza y decision á un pueblo.

Sin duda alguna la prudencia aconsejaba en aquellas circunstancias, el respetar y no violentar derechos adquiridos, fundados en leyes escritas y vijentes, y en principios de derecho que habian servido de regla hasta entonces; pero no por eso se debian desechar reformas justas, necesarias y oportunas en aquel instante sobretodo en que la notable alteracion que se veia en las transacciones legales favorecia su introduccion. Tal era la opinion de los partidarios de la revolucion; pero estos encontraban mucha resistencia por parte de los de la constitucion, los cuales consideraban esta como piedra fundamental del estado, sobre la cual habia de descansar todo el edificio social; motivo por el cual, á pesar de los buenos deseos que los animaban en punto á reformas, se mostraban débiles y tímidos.

Sinembargo, procedieron con el mayor cuidado y esmero al empadronamiento jeneral de los habitantes, operacion que no podia comprometer los intereses ni derechos de nadie. Este pensamiento habia nacido ya en el tiempo que gobernaba Miguel Carrera, y el gobierno daba tanto mayor importancia á su ejecucion cuanto facilitaria muchísimo el discernimiento de acciones y reacciones de las diferentes clases de la sociedad; el

de los hechos que hubiesen de ser analizados y discutidos, y serviria de base para determinar un sistema de elecciones provinciales con datos fijos, comparativos y equitativos. Por lo tanto, en una circular á los jueces mayores de las provincias, se avisaba muy particularmente á los comisarios del empadronamiento, que « sin conocer el nùmero de la poblacion, las profesiones y demas circunstancias de los ciudadanos, casi no se puede emprender con cálculos seguros ningun objeto de beneficencia pública, y mucho menos se puede dar á los pueblos aquella organizacion y representation política que corresponde á un sistema popular (1). »

Afin de que esta operacion produjese toda la utilidad necesaria y deseada, y se ejecutase con uniformidad en todas partes, se mandaron imprimir en gran número cuadros modelos con divisiones indicatorias del estado, de la edad, del oríjen, de la casta y profesion de cada individuo, como igualmente del número y de la naturaleza de establecimientos públicos, y de artesanos de cada profesion que hubiese en cada localidad; finalmente, con todas los nociones necesarias para que el gobierno pudiese mejorar la suerte del pueblo, vijilar sus intereses constantemente é introducir en los diferentes ramos de administracion pública las reformas que permitia el estado del país.

Para operar y llenar dichos cuadros ó estados, se nombraron juntas compuestas de sujetos los mas aptos é instruidos de cada lugar, haciendo responsable al juez mayor de la provincia de los yerros y descuidos que fuesen cometidos.

Todo cuanto se hizo, fuera de este empadronamiento,

(1) Circular al juez mayor de cada provincia del reino.

por la administracion del país, fué de poca importancia, en jeneral, considerado bajo el punto de vista de organizacion social, y se redujo á reglamentos que, por la mayor parte, eran de la competencia de los ayuntamientos. Por ejemplo, se hizo uno en Santiago contra los regatones para que no revendiesen los abastos públicos, por el perjuicio que esto causaba á los compradores. Se fijaron aranceles de médicos y boticarios. Se dieron providencias para cortar los funestos efectos de ciertas enfermedades, que se propagaban con espantosa prontitud; y para evitar nuevas contribuciones en aquellos momentos de considerables desembolsos, se tomaron medidas rigurosas acerca de las administraciones de tabacos, y papel sellado, en las cuales habia intolerables abusos.

Una verdadera y feliz innovacion fué la del establecimiento de un vasto cementerio ó Panteon, al norte de la villa, para evitar el mal influjo de los vientos del sur, que son allí los vientos siempre reinantes. Hasta entonces, se habian enterrado los muertos en las iglesias, ó al lado, con gravísimo daño de la salud de los habitantes. En el congreso de 1811, algunos miembros recordaron que dicha costumbre habia sido vituperada por los concilios de Braga, Maguncia, Nantes, Milan, etc., y que Carlos IV, en una circular de 1805, la habia prohibido; y opinaron, en consecuencia, que conformándose al tenor de dicha circular, se debia prohibir que nadie, de ningun estado ni condicion, fuese enterrado en la iglesia; proposicion que habia sido tomada en consideracion.

Todos estos decretos ó reglamentos, á veces mas bien teóricos que prácticos, no presentaban el carácter de una verdadera utilidad jeneral, puesto que casi siempre se limitaban, en su aplicacion, á las necesidades de la

capital, y se resentian ademas de la timidez que se notaba en todos los actos del gobierno de aquella época. Es verdad que la situacion del país no era propia á favorecer los proyectos é intenciones de aquellos buenos patriotas en cuanto á operaciones de organizacion administrativa, para las cuales se necesita gozar de reposo y tranquilidad de ánimo. Cuando todos, por todas partes, suspiraban por ver renacer el buen órden, la guerra encendida en el sur los llenaba de zozobra; la invasion obraba insurreccionando, y habia hecho rápidos progresos en la provincia de Concepcion, cuyos habitantes se habian declarado, la mayor parte, en su favor; casi todas las plazas habian caido en su poder, y Carrera, despues de haberse visto obligado á retirarse, tenia muchísimo trabajo en rehacer sus fuerzas para oponerse á un enemigo que habia ya tomado la ofensiva.

Todo esto no podia menos de poner en cuidado á la junta gobernadora, forzándola á dar su primera y principal atencion á los asuntos militares que, en aquel instante, eran la sola áncora de salvacion para el país. Desgraciadamente, los recursos del erario estaban lejos de bastar para levantar y armar nuevas tropas; mas sinembargo, y gracias al patriotismo de ciertas clases de la sociedad, los donativos voluntarios, hechos con una jenerosidad que recordaba los primeros momentos de entusiasmo de la revolucion, remediaron en mucha parte aquel estado de penuria. Los miembros del poder ejecutivo continuaban dando un bello ejemplo de desprendimiento, haciendo dejacion de sus sueldos, que creian mas necesarios al estado que á ellos mismos; los empleados soportaban un descuento en sus pagas, y los particulares los imitaban con donativos proporcionados á sus

facultades. Los que no tenian dinero que dar, ponian á la disposicion de la autoridad partes ó porciones de casas de mucho rédito. El coronel de milicias don Manuel Barros se ofreció á albergar en su hacienda todas las viudas de soldados del rejimiento de Melipilla, muertos en la guerra. Enfin, don Vicente Iñigues llevó su jenerosidad hasta armar á sus espensas un buque mercante anclado en el puerto de Valparaiso.

Todos estos recursos, juntos á los que el gobierno habia pedido de oficio á los negociantes y á los particulares pudientes de la República, permitian hacer frente á los gastos de mayor urjencia; pero no bastaba esto. Lo que se necesitaba era inspirar ardor marcial á la juventud, estimulándola con el ruido y el aparato de preparativos bélicos. No teniendo el país fábricas de armas, el gobierno prometió grandes recompensas á los armeros desconocidos que se presentasen con la capacidad suficiente para remediar esta grande falta, y muy pronto el nombrado José Antonio Diaz fabricó y presentó, como muestra, un fusil que mereció una completa aprobacion. A este armero, el gobierno le mandó dar cien pesos de recompensa, y el título de Alférez de milicias en el rejimiento de Aconcagua.

Igualmente fueron votados socorros á las viudas de los militares muertos en acciones de guerra, y estos socorros fueron sorteados, al aniversario de la independencia, el dia 18 de setiembre.

Fueron exentos de toda leva y servicio militar todos cuantos trabajaban en el acopio y preparacion del salpetre.

En vista de la falta de caballos, cuyo número era ya muy insuficiente para el servicio, el gobierno dispuso

suprimir los derechos que pagaban, al entrar en el territorio de la República, los que se sacaban de Mendoza y de sus cercanías.

Tomadas estas providencias temporales, el poder pensó en sostenerlas por el eficaz auxilio de actos de gobierno puramente morales y relijiosos con rogativas públicas y jenerales tanto en la capital como en las provincias; medios cuyo influjo poderoso en los ánimos conocia el gobierno, y por cuya razon los empleaba frecuentemente. Consecuente en este principio, y hallándose poséedor de la placa de la órden de Santiago, tomada en el equipaje de Pareja, dedicó dicha placa al santo de la órden, que era tambien patron de la capital y de la República, ordenando se hiciese en esta ocasion una imponente funcion relijiosa, invocándolo é implorando su proteccion para alcanzar victoria.

Para el efecto, la placa de la órden fué depositada el 5 de junio, en manos del cabildo eclesiástico, y el dia siguiente los canónigos celebraron dicha funcion con la mayor pompa y ostentacion, con asistencia de todas las personas de distincion de la ciudad y de las autoridades civiles y militares.

Algunos dias despues, se celebró otra no menos imponente con el motivo de sustituir la bandera nacional á la española, que aun se veia tremolar en los edificios públicos, y esta funcion fué tanto mas solemne, cuanto se escojió justamente el dia del corpus para celebrarla. Hasta entonces, no se habia conocido en el país sino la escarapela tricolor, y fué aquel el primer dia en que se vieron los tres colores resplandecer en la bandera, símbolo de la nacionalidad que acababa de emancipar á los Chilenos.

Tuvo entonces el gobierno una feliz coyuntura para dar pruebas de que estas funciones no eran un puro y vano ceremonial, y de que realmente estaba poseido de solicitud por el pueblo. La provincia de Concepcion se hallaba, en aquel momento, en el estado mas deplorable, á consecuencia de los escesos cometidos por una banda de forajidos, los cuales eran todos miserables desertores. No siendo posible el pagar todos los daños y perjuicios hechos por aquellos malvados, el gobierno determinó indemnizar á los mas perjudicados por ellos, y dar esperanzas á todos de que se pondria remedio eficaz á sus vejaciones tan pronto como las circunstancias lo permitiesen. En consecuencia, fué decretado que se remitiese una cantidad de 10,000 p. á la provincia de Concepcion para repartirla entre los mas necesitados. Al mismo tiempo, se mandó tambien fuesen puestas grandes restricciones en el recobro de ciertas contribuciones de que abusaban malos empleados, y aun tambien algunos simples particulares por propio interés y provecho. Ciertamente, eran estas providencias muy propias á hacer menos insoportables los males inherentes á la guerra, y á moralizar en cierto modo lo que habia de malo en la revolucion.

Era este un objeto esencial en que la junta gobernadora ponia el mayor esmero, y las tropas sobretodo que estaban á su vista se impregnaban maravillosamente de los buenos efectos de esta sana política. Tan pronto como llegaba la noticia de una victoria alcanzada por el ejército del sur, — noticias que por desgracia llegaban rara vez, — se veian al punto los militares y ciudadanos mezclados unos con otros sin distincion y como verdaderos hermanos, manifestar á una el entusiasmo de que esta-

ban poseidos, y su decision de salvar la patria. Los ciudadanos, en tales ocasiones, se deshacian en muestras de afecto y en alabanzas á los defensores de la patria, y ensalzaban los rasgos de magnanimidad y de virtud que hacian aun mas recomendable su valentía. Los militares que por cualesquier motivo ó circunstancia llegaban á la capital, despues de una batalla en que se habian hallado, estaban seguros de ser recibidos con el mas cordial afecto, y aun con demostraciones de aparato y regocijo público, si llegaban en cuerpo.

Hubo una de estas ocasiones en que la capital llevó al estremo esta especie de fiestas triunfales, y esta ocasion fué la entrada en la ciudad de una coluna de caballería que se habia batido en el combate de San Carlos, y que llegaba conduciendo los prisioneros de guerra que se habian hecho, bajo las órdenes del teniente coronel don José Antonio Valdes. Dicha colunna entró precedida en la capital, y seguida de un jentío inmenso, por medio de la tropa de la guarnicion tendida, formando calle, con música, repique de campanas y aclamaciones, pruebas tan evidentes como ruidosas del entusiasmo universal que causaba aquel acontecimiento. Las autoridades salieron á recibirla á la puerta de la ciudad, y luego desfiló por debajo de arcos triunfales en los cuales se leian inscripciones propias de la circunstancia, y que manifestaban evidentemente el reconocimiento que todos tenian á los defensores de la patria.

Pero de todos estos recibimientos el mas brillante fué el que se hizo á los trescientos valientes que, á principios del año 1811, habian sido enviados al socorro de sus hermanos de Buenos-Aires. Los patriotas, para honrarlos y festejarlos, fueron á su encuentro hasta la villa de

los Andes, y los acompañaron á Santiago, en donde, por todas partes, se les habian preparado arcos triunfales. La junta gobernadora salió en cuerpo á cumplimentar á su jefe, que era don Andres Alcazar, el cual, en respuesta á un oficio en que el gobierno le manifestaba su alta satisfaccion, decia, que á pesar de los mil contrastes de su larga espedicion, deseaban tener una pronta ocasion de arrostrar el enemigo, prontos á sacrificar su vida ántes que sufrir que el suelo sagrado de la independencia fuese pisado por aquella banda de piratas.

Noobstante el celo y el esmero que ponia el gobierno en fomentar los buenos principios y motivos de la revolucion, dándole el prestijio conveniente para alimentar la confianza de sus defensores, la reaccion hacia visibles y notables progresos, estendiéndose de un modo alarmante; fatalidad que era debida principalmente á los males que ocasionaban los desertores en la provincia de Concepcion, en donde por todas partes jemian los habitantes y vivian temblando de los funestos efectos de là anarquía. Habia insensatos que, por la mayor parte, eran los que se dejaban subyugar por falsas máximas relijiosas, y por pérfidos consejos de sacerdotes, que abandonaban sin escrúpulo la santa causa de la patria por la enemiga, cuya defensa tomaban muchos de ellos. Otros, menos débiles, aunque ultrajados por sus opiniones moderadas, y perjudicados en sus intereses, perdian toda esperanza, se desanimaban y se mostraban indiferentes, sin reflexionar que los bienes preciosos de la libertad no se adquieren sino á fuerza de sacrificios. Ya hemos visto que el gobierno no habia podido, por mas que habia hecho, recompensar mas que algunos pocos, y esto de una manera bastante poco eficaz; de

suerte que habia infinitos descontentos que daban temores en las diferentes clases de la sociedad, y este jénero de mal, siempre contajioso, se propagaba y comunicaba de provincia á provincia.

Santiago, como centro de la política y de discusiones á que daban naturalmente lugar los diferentes acontecimientos que se sucedian, no tardó en resentirse de aquel triste estado de cosas. Allí habia mucho espíritu realista, y las cabezas del partido procuraban interpretar como pronósticos favorables á su causa los raros partes que enviaba Carrera al gobierno, partes que las mas veces llegaban incompletos, truncados y cuyo sentido, lejos de ser claro, era casi siempre confuso, embrollado, y mas propio para alarmar é irritar los ánimos que para tranquilizarlos. De todo esto, los realistas sacaban ó finjian sacar consecuencias fatales para el nuevo órden de cosas, profetizándole desastres, si el país no se apresuraba á refujiarse bajo las leyes que le habian protejido hasta entonces. Tales eran los medios, siempre corroborados por las insinuaciones del clero, que los realistas empleaban para atraerse de nuevo la voluntad del pueblo é inducirlo á que abandonase los principios revolucionarios, muy paralizados en aquel instante por el triste estado de incertidumbre y de crueles temores en que estaba sumerjido el país.

Mientras que por un lado amenazaban é intimidaban con lúgubres predicciones á los espíritus, por otro, exajeraban cuanto podian la situacion ventajosísima del ejército de Sanchez, el terreno que cada dia reconquistaba y la seguridad que tenia de verse muy pronto reforzado poderosamente por nuevos socorros y tropas que le enviaba el virey del Perú.

Sinembargo, á pesar de todas estas exajeraciones en sentidos opuestos, los realistas no podian menos de reconocer su impotencia, y de ver claramente que su causa habia recibido desde el principio un golpe mortal. Los verdaderos patriotas trabajaban sin temor y sin descanso en llevar adelante la obra de la rejeneracion, porque sabian que todas aquellas osadías del partido contrario eran debidas á causas fortuitas y pasajeras; que todos sus recursos presentes y futuros no podian ser en manera alguna eficaces; que carecian de armas y municiones, y enfin, que no tenian, ni podian establecer en ninguna parte una base de operaciones. Por otra parte, habia en el partido tan pocos hombres capaces que ni uno solo se hallaba que tuviese bastantes conocimientos ni decision para tomar sobre sí solo la responsabilidad de los acontecimientos, y por eso nunca pudieron levantar la cabeza en Santiago ni en Valparaiso, en donde habia sinembargo muchos conjurados intimamente unidos por un sentimiento de desconfianza y de peligros comunes. En Concepcion, el partido realista fué felizmente sofocado ántes que pudiese tomar mucho incremento, gracias á la actividad del vocal Oribe y del comandante Vidal; pero no sucedió lo mismo en la villa de los Andes, que un hombre oscuro, llamado José Antonio Ezeyza, consiguió revolucionar.

Este jóven, poseido de una singular audacia, y engañado por la noticia falsa de que Concepcion habia caido en poder de Sanchez, creyó que ya era tiempo de obrar, y el 3 de agosto, levantó el estandarte de la insurreccion, á los gritos de viva Fernando VII! Menos algunos habitantes de la ciudad que fueron arrestados y no pudieron unirse á él, todos los demas se alzaron, y

Ezeyza pudo formar un rejimiento, nombrándose á sí mismo jeneral. La adesion de sus partidarios era tanto mas franca cuanto les habia persuadido que las ideas revolucionarias no convenian en manera alguna á la nacion, y que era preciso estirparlas á toda costa, esterminando á los patriotas que comprometian la existencia de la sociedad. Muy persuadidos sus secuaces de que así era, y que por consiguiente no tendrian grandes riesgos que correr, todos se mostraron prontos á seguirle á donde quisiese llevarlos.

Tan pronto como don José Santos Mascayano, jefe político de San Felipe, capital de la provincia de Aconcagua, recibió la noticia del alzamiento de Santa Rosa, mandó formar sin pérdida de un momento á todos los milicianos de la ciudad y de las cercanías, y dió órden á don Francisco de Paula Caldera de ponerse á su cabeza y de salir al encuentro de Ezeyza, el cual se avanzaba contra San Felipe. Los dos partidos contrarios se vieron las caras cerca de San Francisco de Curimon, y ya iban á venir á las manos, cuando el jefe patriota imajinó que aquellos enemigos no eran otra cosa mas que una banda de hombres halucinados y que le seria tal vez fácil evitar la efusion de sangre. Con este pensamiento, se adelantó á distancia de ser oido, y les persuadió con tan claras razones que se desistiesen de su temeraria empresa, y no corriesen ciegamente á su pérdida, que la mayor parte pasaron á su bando, y otros, menos convencidos ó temerosos, se desbandaron huyendo en diferentes direcciones. Entre estos últimos se hallaba el mismo caudillo Ezeyza, el cual fué muy luego alcanzado y conducido á San Felipe.

Dos dias despues de este acontecimiento, don José

Miguel Infante, miembro de la junta, acompañado del senador don Joaquin Echeverria, del secretario del gobierno don Jaime Zudañez y de dos escribanos, fueron á formarle causa y pronunciaron la pena de muerte contra Ezeyza, Lagos, el médico Zapata, Herrera, Raposo, Carmona y Novas; pero solo los dos primeros fueron al suplicio. Los demas, conducidos en primer lugar á Santiago, tuvieron la pena de muerte conmutada en destierro á las islas Maluinas, y consiguieron finalmente, al pasar por Mendoza, quedar el tiempo de su condena en dicha ciudad.

CAPITULO XXX.

Severidad del gobierno, á consecuencia de la insurreccion de Santa Rosa.— Condiciones impuestas á los Españoles que pretendiesen al título de ciudadanos. — Proyecto de hacer gratuitas las funciones del clero, señalando sueldo á los sacerdotes.— Conflicto entre el poder ejecutivo y el comandante en jefe del ejército.— La opinion jeneral, en Santiago, se manifiesta contraria al jefe militar.— El gobierno resuelve quitarle el mando, como así tambien á sus hermanos.— Con este objeto, se propone un nuevo congreso para reformar la constitucion.— Parte que tomaron los periodistas en este proyecto.

Los acontecimientos de Santa Rosa habian causado cierta inquietud en la capital, cuyos habitantes se mostraban sumamente irritados de tanta audacia. El autor del atentado era el objeto de la animadversion jeneral de todos los partidos; del de los patriotas, porque estos le consideraban como un instrumento de complot de parte de los realistas, y de estos mismos, porque habia obrado inoportunamente, con poco tino y de un modo que comprometia la causa.

En cuanto al poder ejecutivo, sus miembros vieron en dichos acontecimientos una leccion que debia servirles de regla de conducta para en adelante.

Para los hombres esperimentados, no quedaba duda de que aquella temeraria tentativa no habia sido solo parto de la cabeza del caudillo, que tan mal la habia conducido, y que muy ciertamente tenia otro oríjen y raices mas profundas (1). Sinembargo, aun no se sabia lo que se pasaba en Concepcion; pero se notaba mucha mas

(1) Miguel Carrera dice en su diario que el movimiento de Concepcion estaba combinado con el de Santa Rosa.

ajitacion entre los partidarios de la reaccion, y aun habia avisos secretos de que tarde ó temprano se mostrarian á las claras con mas atrevimiento y osadía que hasta entonces. En semejante estado de cosas, el primer deber de la autoridad superior era reducirlos á la imposibilidad de obrar.

Desgraciadamente, los miembros del gobierno se mostraban siempre débiles por esceso de miramientos y escrúpulos de hacerse culpables de la menor violencia. Mas de una vez Infante, que conocia á fondo la importancia y los anchos límites de sus deberes, habia querido alentarlos para que obrasen con la enerjía necesaria en circunstancias tan críticas; pero siempre se habia estrellado contra el temor que tenian de comprometerse, máxime en vista de lo poco satisfactorias que eran las nuevas recibidas de la parte del sur. Noobstante, en la circunstancia de que hablamos, se mostraron menos irresolutos, persuadidos alfin de que en tiempo de revolucion, no es posible gobernar sino con firmeza y decision. En consecuencia, tomaron medidas de rigor contra todos los enemigos de las instituciones que rejian al país, especialmente contra los españoles, que naturalmente eran los mas temibles.

La mayor parte de estos, con el fin de crearse derechos, y de sustraerse á la vijilancia de la policía, solicitaban el título y las prerrogativas de ciudadanos chilenos, y hasta entonces, los habian obtenido sin dificultad; pero viendo el mal uso que hacian del derecho de naturalizacion, el gobierno tuvo por conveniente el poner condiciones á su obtencion, y resolvió el senado que en lo sucesivo no seria concedido el título de ciudadano mas que á aquellos que diesen pruebas de una verdadera y síncera adhesion á las instituciones del país,

exijiéndoles juramento, en Santiago, ánte el gobierno, y en las provincias, ánte la autoridad competente, de reconocer la soberanía del pueblo chileno, la anulacion de todo derecho del rey y de las cortes de España á gobernar el país, y de someterse á los decretos de la junta gobernadora, reconociendo á esta como autoridad suprema.

Pero bien que el gobierno exijiese de los españoles nuevamente naturalizados chilenos estas fórmulas de juramento y sumision, no por eso descansaba ciegamente en ellas. Lejos de eso, los hacia vijilar por el juzgado de policía, el cual castigaba el menor delito político con todo el rigor de las leyes, bien que por no alarmar las ideas de libertad que reinaban, y que eran la bandera de la revolucion, se decretase, como se decretó el 7 de setiembre, que nadie pudiese ser arrestado por delito político ántes de haber formado sumaria sobre el hecho.

Tambien resolvió el gobierno que el mismo juzgado de policía exijiese de todo viajero que llegase á Santiago un pasaporte en regla; y de los dueños de todo albergue, una declaracion de los estranjeros recien llegados que albergaban. Era esta una providencia muy propia á impedir que ningun enemigo llegase ocultamente, y se tramasen complots contra las instituciones que rejian, ni contra las autoridades.

Otra decision de grande importancia fué la de vijilar al clero, cuyos miembros, por la mayor parte, no se hacian escrúpulo en ajitar los ánimos y escitar las pasiones del pueblo, ya desde el púlpito ya en el confesionario; predicando en aquel máximas subversivas del buen órden, y sonsacando en este y estraviando las conciencias; conducta reprobada por los mismos cánones

de la Iglesia, y condenada, lo que es mas, por máximas evanjélicas. Estos escesos del clero dieron márjen al canónigo don Pablo Pretes, examinador sinodal del obispado, provisor y vicario jeneral de los monasterios, para dar un edicto contra estos confesores, exortando á las relijiosas á denunciar á sus superiores los sacerdotes que se propasasen á inculcar, en el ejercicio de su santo ministerio, opiniones contrarias á las leyes vijentes y al gobierno; cuyo edicto, para conocimiento del clero y del público, fué puesto de pasquin hasta en el coro de las iglesias.

Esta necesidad en que se vió el gobierno de tomar medidas eficaces contra el abuso que hacia el clero de su ministerio para influir secretamente en la política, trajo á su memoria un pasado decreto del senado en que se ordenaba fuese el clero, en lo sucesivo, asalariado por el gobierno, afin de que el pueblo cesase de ser su tributario. Este decreto, cuyos benéficos efectos debian de ser infalibles, era en favor de los pobres y menesterosos, y conducia á facilitar casamientos que mas de una vez no se hacian por falta de medios, y con gravísimo perjuicio de la moral y de las costumbres, puesto que no dejaban por eso los novios de vivir conyugalmente, como sucedia con la mas desordenada frecuencia. Por otra parte esta medida minaba la autoridad del clero, y disminuia su ascendiente sobre las conciencias y sobre las opiniones. Lo que el gobierno queria y se proponia alcanzar asalariando al clero, era sujetarlo á una obediencia absoluta á las leyes, é impedirle de predicar ideas subversivas, obligándole á no mezclarse mas que en materias y asuntos de su santo ministerio. Por lo demas, el decreto de que hablamos no perjudicaba en manera alguna á sus

intereses ni le quitaba prerrogativa alguna. Una pequeña fraccion del clero chileno no poseia mas que algunos módicos beneficios. Solo los jesuitas habian sabido y podido hacer buenas adquisiciones; y si algunos conventos poseian entonces haciendas no eran mas que las suficientes para sus existencias. Fuera de estos, todos los demas sacerdotes y relijiosos vivian de obenciones, las cuales, en razon del corto número de vecinos de cada parroquia, eran tan cortas que el rey, como patron de todas las iglesias de las Indias, se veia obligado á auxiliarlas costeando su fábrica, manteniendo la lámpara del santísimo sacramento, y haciendo otros muchos suministros. Por consiguiente, en nada eran perjudicados los intereses del clero por dicho decreto.

Mas sinembargo, no por eso dejaron sus miembros de oponer mucha resistencia á su ejecucion, porque no querian ser dependientes de ninguna administracion, ni que su existencia se hallase espuesta á los azares de la política, ni á caprichos de los empleados de la tesorería. Pero lo que mas les animaba á resistir, es preciso confesarlo, era la perspectiva de un sistema de gobierno que alarmaba su conciencia, porque lo creian contrario á la relijion, y no podian prestarle juramento, sin abjurar, á su parecer, el santo carácter de que estaban revestidos. Tal era el principal motivo de su resistencia, motivo grave que se fundaba en escrúpulos de una muy remota fecha para que no tuviese mucho poderío sobre ellos.

Todos estos conflictos entre las primeras clases de la sociedad paralizaban el arranque revolucionario, enfriaban su entusiasmo y alteraban el reposo de la sociedad

con no poco perjuicio del interés jeneral; á lo cual se juntaba la fatalidad del antagonismo que existia entre los dos primeros poderes del estado. Estos, en efecto, se hallaban casi siempre encontrados, no en punto á principios fundamentales ni á ideas mas ó menos liberales, sino sobre intereses de poco momento, y muchas veces por nimias personalidades. De suerte que si el bien de la nacion, ó un peligro que les era comun, los reunia en un parecer y en actos unánimes, su acuerdo era puramente de oficio y de cortísima duracion.

Ya hemos visto, al tiempo de la salida de los hermanos Carrera para ir á oponerse á la invasion de Pareja, que el partido del ayuntamiento habia levantado la cabeza, y se habia apoderado de la autoridad suprema, despojando de ella á los dos miembros Prado y Portales, los cuales, á la verdad, solo la habian aceptado por condescender con los deseos de José Miguel. Este nombramiento, hecho en el senado mismo, se presentaba, por esta razon, con mas realce y un carácter de lejitimidad inatacable; pero por eso mismo habia disgustado en alto grado á Carrera, el cual consideraba aquella junta como una reunion de todos los elementos mas hostiles á su persona. Sinembargo, habia disimulado su pesar, y el nuevo gobierno, por su parte, habia hecho lo posible para favorecer sus proyectos militares y planes de campaña, sin pensar en otra cosa mas que el interés del país, por entonces bastante comprometido. Esta union de las dos autoridades, militar y política, era sin duda forzosa, y duró todo el tiempo que Carrera conservó la ofensiva, porque no habia motivo alguno de descontento recíproco; pero se rompió tan pronto como el jeneral en jefe levantó el sitio de Chillan, y se supo el

alzamiento de la mayor parte de la provincia de Concepcion en favor de la invasion, á consecuencia de los graves escesos, de que hemos hablado ya, cometidos por patriotas.

En vista de estos acontecimientos, el gobierno, de acuerdo con la opinion jeneral, hubiera querido quitar los mandos del ejército á una familia que comprometia su suerte y que habia sometido el poder político á la autoridad militar, y desde aquel instante, todo Santiago estaba contra los hermanos Carrera. Nadie temia criticar su conducta, ni contestar sus conocimientos militares, y jeneralmente se les atribuia la causa de los males que aflijian en aquel momento á la provincia de la Concepcion. Todo esto se decia á las claras no solo en sociedades particulares, sino que hasta los mismos miembros del gobierno atacaban abiertamente al jeneral en jefe y á sus hermanos. El 18 de setiembre en que tuvo lugar la grande funcion del aniversario de la independencia, el cura Arce predicó un sermon fulminante contra ellos, queriendo persuadir á sus oyentes que no habia salvacion para el país mientras que tuviesen un mando en el ejército nacional.

Despues de este sermon, que respiraba patriotismo, la junta gobernadora pasó á palacio con todas las autoridades para la ceremonia del Besamanos, cuya costumbre aun era guardada en el país y en el ceremonial del gobierno. Luis Carrera, que, como se ha dicho, habia venido á la capital con su amigo Poinsett para sostener el nombre y fomentar el influjo de la familia, principalmente de su hermano Miguel, se presentó tambien al Besamanos, y pidió, en el tono mas arrogante, que el cura Arce fuese castigado por el atrevimiento que

habia tenido predicando contra sus hermanos; añadiendo con amenaza, que si no se le daba esta satisfaccion, ellos mismos sabrian tomarla.

El presidente de la junta, que era Miguel Infante, le manifestó la estrañeza que no podia menos de causar semejante pretension en una solennidad patriótica, celebrada en honra de la concordia de todos los ciudadanos; é impuso aun silencio, con sorpresa jeneral, á don Luis Carrera, á pesar de que conociese el influjo de sus hermanos no solo en el ejército, sino tambien para con la jeneralidad de los patriotas. Pero una vez abiertas las hostilidades, ya se sabe que los miramientos desaparecen, y que si tal vez se observan, solo se hace mientras que dura el ceremonial del momento.

La junta gobernadora habia formado, en efecto, el proyecto de quitar los mandos á Miguel Carrera y á sus hermanos; pero para dar semejante golpe, necesitaba mucho tino, y emplear todas las precauciones que pedia, en atencion al alto rango que ocupaba aquella familia. Tal fué la reflexion que hicieron los miembros de la junta, los cuales se hallaban muy poco dispuestos á tomar bajo su responsabilidad una resolucion que les parecia, como lo era en efecto, sumamente grave.

Bien que se hubiese tratado de todo esto con mucho misterio, no obstante, llegó á oidos de don Luis Carrera, el cual ofreció la dimision en nombre de su hermano; pero no fué admitida por la junta; al paso que don Luis Carrera se habia negado á dar la que le habian pedido á él. De aquí, surjió un pensamiento en el partido de la municipalidad, pensamiento que era nada ménos que hacer disolver la junta gobernadora para nombrar otra en reunion de las corporaciones, y atacar

al mismo tiempo la constitucion, considerada en aquella circunstancia como parto de la arbitrariedad y de la violencia aunque formada por influjo de la familia Larrain.

Camilo Henriquez en *el Monitor araucano*, y Antonio Irrizarri en *el Semanario*, criticaban abiertamente dicha constitucion, considerándola como causa principal del estado precario de la revolucion y del país. Irrizari sobretodo la atacó con una valentía que causó una sorpresa jeneral en los lectores, y les inspiró una relijiosa confianza. Superior á todo sentimiento de pusilanimidad y de temeroso disimulo, y animado, por otra parte, al ver la fermentacion que reinaba en los opiniones, y la tendencia á un cambio de gobierno, Irrizari tuvo la osadía de insultar el nombre del rey, que se leia aun en la constitucion y en los decretos de la junta, y de proclamar de su propia autoridad la independencia absoluta de la República. En seguida, demostró la necesidad urjente de nombrar un congreso para revisar la constitucion y reformarla en todo su tenor, en atencion á que, en su dictámen, era no solo ilejítima sino tambien insuficiente, y lo que mas era, desnaturalizada con el nombre de Fernando VII. Por donde se ve claramente que el objeto principal del *Semanario* era impeler los ánimos, preparándolos á grandes reformas por la enerjía y la persuasion de sus razonamientos, en cuyo intento se hallaba apoyado por los sujetos mas influyentes de Santiago, y en particular por Camilo Henriquez, fervoroso apóstol de la nacionalidad chilena, y pronto, como lo estaba su cooperario, á sacrificar su vida para conducir la revolucion á los altos fines que la Providencia le habia señalado.

Gracias á los esfuerzos simultáneos de estos dos sobresalientes patriotas, la revolucion siguió muy luego un nuevo jiro, y tan pronto sosegada, tan pronto enérjica, segun las circunstancias, adelantaba á paso largo llevando tras sí al pueblo, y aun tambien á aquellos que no teniendo sistema ni partido que seguir, se mostraban moderados por temor de caer en escesos. La proposicion de los dos célebres escritores halló apoyo y fué votada por la mayoría de los habitantes. La junta de corporaciones se reunió para discutir sobre los intereses de la nacion, hácia el fin del mes de setiembre. Entre las cuestiones que se ajitaron, todas sumamente interesantes, se halló la que era concerniente á los Carreras, de la cual se trató en un sentido que les era enteramente desfavorable. En consecuencia, se decidió, á grande pluralidad de votos, fuese convocado un congreso nacional para el primero de enero, y que la junta gobernadora se trasladase á Talca. Bien que el motivo de estos dos votos no se hubiese manifestado claramente, no parecia dudoso que el objeto de la junta era acercarse del teatro de la guerra para observar la conducta de los jefes militares, y aprovechar la primera ocasion de deshacerse de los tres hermanos Carrera, reputados peligrosos para el país y para su gobierno, el cual necesitaba ser enteramente libre é independiente de travas y oposiciones imprudentes.

Pero en medio de todo esto, los miembros del poder ejecutivo, así como tambien los del senado, se vieron obligados á dar su dimision, á consecuencia de un voto que virtualmente les quitaba su carácter y autoridad. Hubo grandes debates en aquella ocasion, y para llegar á una solucion, se reunió segunda vez la junta de corporaciones, el dia 6 de octubre, y se decidió en ella que los

dos poderes continuasen ejerciendo sus altos ministerios hasta la reunion de un nuevo congreso.

Al mismo tiempo, el partido del Ayuntamiento habia alcanzado sus fines principales, que eran dar impulso á la revolucion, modificar una constitucion que se resentia de las tradiciones monárquicas y quitar el prestijio que tenian á los hermanos Carrera, los únicos que podian poner ostáculos á su ambicion. Los miembros de la junta, naturalmente, trabajaban por someter á sus adversarios, pero bajo de mano y sin declararles una guerra abierta. Don Francisco Antonio Perez sobretodo, temia malos resultados de una empresa que, á su parecer, tenia visos de resentimiento y de venganza, y por no verse mezclado en ella, dió su dimision, y fué reemplazado por el cura de Talca, don José Ignacio Cienfuegos, hombre de talento y de intriga, el cual ejercia un grande influjo en las provincias del sur, y se halló muy á tiempo en puesto y ocasion de combatir la necia credulidad de algunas cabezas que aun confundian la causa realista y la relijiosa en una sola ó idéntica.

Ya hemos visto como don Luis Carrera se habia hallado en Santiago testigo de las intrigas que se urdian contra su familia, principalmente contra su hermano don Miguel. Muy resentido de ellos, no solo se habia quejado altamente, sino que tambien habia dejado escapar ciertas espresiones de amenaza. En su resentimiento, no alcanzaba á comprender como era posible que los mismos cooperadores á la formacion de la constitucion, la hallasen en aquel instante defectuosa, y la tachasen de nulidad, solo porque les parecia ser favorable á su familia, y no habia sido promulgada con la plenitud de libertad que exijia un acto de tan suma importancia.

Acerca de esto, mas de una vez habia intentado quejarse abiertamente á la junta gobernadora; pero la filípica que el cura Arce habia lanzado contra ellos desde el púlpito, y el gran número de enemigos que tenian en la capital, le habian inducido á reflexionar que aun no era tiempo de levantar la cabeza, y resolvió volver á juntarse con su hermano afin de deliberar con él y abrazar un sistema de defensa; pero no pudo ejecutarlo y escribió á Talca, al obispo don Rafael Andreu y Guerrero, justamente de viaje á Concepcion, á donde probablemente iba por consejo de José Miguel, escoltado por una colunna mandada por don Rafael Soto, diciéndole todo lo que se habia tramado en Santiago contra su familia.

Guerrero, como ya se ha dicho, era uno de estos hombres que por su resolucion y manejo, son muy útiles para reanimar las esperanzas de un partido comprometido. Sus cualidades personales, el conocimiento que tenia de las cosas y de los hombres y sobretodo su carácter de obispo, le daban mucho ascendiente sobre los habitantes de la parte del norte; pero en Concepcion no tenia esta ventaja, porque allí, todos sabian que el arzobispo de Lima, por acuerdo de un consejo de teólogos y canonistas, le negaba el título de obispo de Santiago, y le ordenaba se restituyese, en el término de quince dias, á su iglesia del Paposo, en donde debia de residir como obispo de Epifania, bajo la pena de suspension (1). Los miembros del clero de la provincia de Concepcion, sabiendo como sabian que la sentencia del arzobispo de Lima contra Guerrero se hallaba apoyada por el concilio de Trento y por una bula de Benedicto XIV, contrarrestaban el influjo de este obispo del Paposo, y le impedian

(1) *Gaceta de Lima* : ¡ Viva Fernando VII ! nº 17.

de ejercerlo en favor del jeneral Carrera, desacreditándolo por toda la provincia. Mas á pesar de eso, no dejó Guerrero de ponerse á predicar públicamente en las calles y plazas sobre los deberes que la salvacion de la patria y la defensa de sus nuevas instituciones imponian á los patriotas, siendo el primero y mas esencial de estos deberes una entera y ciega sumision á la autoridad superior militar. Estos sermones de Guerrero se estendian y ampliaban, en seguida, en proclamas llenas de sentimientos heróicos á los habitantes de la provincia, sentimientos desarrollados con la mas sutil arteria, y que se dirijian al fin principal de atraer de nuevo la jurisdiccion de Arauco al partido de Carrera. En este particular, el obispo Guerrero se espresaba sin rebozo, exortando, en nombre de la relijion y de la patria, á una contra-revolucion, prometiéndoles su bendicion y muchísimas induljencias.

CAPITULO XXXI.

La opinion jeneral favorable al partido del ayuntamiento. — Arribo de los auxiliares de Buenos-Aires.— El gobierno se traslada á Talca, dejando en su lugar un gobernador intendente. — Oficio de intimacion á Sanchez y respuesta de este jeneral.— El gobierno resuelve quitar á los Carrera los mandos del ejército, contra el parecer de O'Higgins, el cual aconseja á Carrera dé su dimision. — Carrera resiste apoyándose, para lejitimar su resistencia, en algunas corporaciones.— Toma de la Montonera Fontalva.— Arribada del *Portillo* á Arauco, y embarco de Cruz y de sus compañeros.— Miguel Carrera da órden para que sus dos divisiones se replieguen á él.— Mackenna se va á Talca por mar, y negocia para que O'Higgins sea nombrado jeneral en jefe. — Luis Cruz renuncia, en nombre suyo y de su hermano, al mando del ejército, en favor de O'Higgins.— El gobierno depone á los tres hermanos.— O'Higgins va á Talca.— Miguel Carrera recibe el oficio de su reemplazo en el mando.

Ya el triunfo de la causa del ayuntamiento no era dudoso, puesto que la opinion jeneral se manifestaba en su favor y la revolucion contra los Carreras se hacia inevitable. La junta gobernadora, autora de esta revolucion, tenia mucho interés en aprovechar del estado de cosas, y de trasladarse con urjencia al medio dia para combinar sus planes, y trabajar en que el ejército abrazase la opinion jeneral.

En aquel momento llegaba de las cordilleras una columna de trescientos hombres mandados por Santiago Carrera, los cuales componian el socorro que el gobierno habia pedido á la república de la Plata, cuando se esparció el ruido de la invasion de Osorio en el Huasco, y llegaban llenos de ardor por la defensa de la independencia americana. El presidente de la junta Miguel In-

fante salió de la ciudad á recibirlos, con lo cual exaltó el entusiasmo de los habitantes en favor de aquellos jenerosos hermanos. Durante dos dias, hubo funciones públicas y particulares que probaban la simpatía y unanimidad de intereses y opiniones.

Este acontecimiento habia dado nuevas y mayores esperanzas al gobierno, y aun le habia inspirado un esceso de confianza verdaderamente pueril, en términos de que empezó á prever la rendicion del ejército enemigo como forzosa, en razon de su imposibilidad de hacer frente á las tropas que iban á reforzar el ejército del sur; porque, independientemente de los auxiliares venidos de la república de la Plata, se habian ya puesto en marcha las tropas de Alcazar y se habia levantado un nuevo batallon, mandado por Henrique Larenas, uno de los jefes de la espedicion de Buenos-Aires, con el nombre de *auxiliar de la patria.* Todas estas tropas, muy bien armadas y equipadas, no podian menos, en efecto, de influir poderosamente en los sucesos y el resultado de la nueva campaña. En este supuesto, ya el gobierno, reunido con el senado, habia tratado de los términos y condiciones de la paz que se le habia de conceder al enemigo, y de los diferentes destinos que se darian á las tropas, tan pronto como dicha paz fuese hecha; noble ilusion que probaba altamente que los miembros del gobierno pensaban lo que deseaban.

Esta confianza, real ó solo aparente, era muy propia á alimentar las esperanzas indefinidas, pero apasionadas, del pueblo, y en aquel instante sobretodo en que Santiago iba á quedar sin la junta gobernadora, y sin el ascendiente que ejercia sobre los turbulentos, se pensó en poner en su lugar un jefe, cuya autoridad

tuviese su accion desde Santiago hasta al norte de la república.

Este hombre, con el título de intendente gobernador, era don Joaquin Echeverria y Larrain, antiguo presidente del congreso, y enemigo de Carrera, como lo habia manifestado por su conducta respecto á los autores de los complots que habian sido tramados contra él y sus hermanos, en noviembre de 1811.

Luego que este gobernador hubo tomado posesion del mando, los miembros de la junta hicieron los preparativos necesarios de marcha y salieron para Talca el dia 14 de octubre, acompañados de los auxiliares de Buenos-Aires. En todas las ciudades y villas por donde pasaban, las autoridades salian á su encuentro para hacerles los honores que les correspondian y por los cuales se mostraban reconocidos, bien que hubiese en ellos visiblemente mucho espíritu democrático.

El 22, llegaron á una poblacion que se hallaba muy ajitada con la noticia de la accion *del Roble*, noticia que habia llegado allí tres dias ántes, y que los mismos miembros del gobierno habian recibido en el camino. Con este motivo juzgaron oportuno apresurar aun mas su marcha para llegar á tiempo de tomar las medidas que las circunstancias exijiesen; pero muy luego se tranquilizaron con una segunda noticia ampliativa de la primera, y por la cual vieron que lejos de temer por el ejército, podrian, al contrario, aprovechar de aquella coyuntura para tratar ventajosamente con Sanchez. En consecuencia, al dia siguiente de su llegada á Talca, enviaron á dicho jeneral al capitan don Francisco Bergara con pliegos en que le anunciaban el crecido número de fuerzas auxiliares que traian, y la necesidad en que él se hallaba de en-

tregarse, ofreciéndole todas las ventajas que pudiese desear con los honores de la guerra.

Pocos dias despues, enviaron otro capitan, don Patricio Letellier, á los hermanos Carrera á Concepcion, anunciándoles su arribo á Talca, con remision de copia del oficio de intimacion que habian escrito á Sanchez, oficio que no podia menos de ser irritante para el jeneral en jefe del ejército, á quien hubiera pertenecido el enviarlo, y sin conocimiento del cual lo habia mandado el gobierno.

A dicho oficio, Sanchez contestó con otro firmado de todo el cabildo, de los eclesiásticos y de todos los oficiales del ejército, diciendo que las proposiciones que se le hacian no serian nunca aceptadas por el gobierno que él representaba, y que aprovechaba de aquella ocasion para darles las quejas mas graves contra los hermanos Carrera, los cuales debian ser considerados como autores de los males que aflijian á aquella provincia, aun cuando no fuese mas que como protectores de los que ocasionaban aquellos males. En estas quejas, Sanchez se adelantó hasta poner muy en duda el patriotismo de don José Miguel Carrera, el cual, aseguraba Sanchez en su oficio, solo trabajaba por los franceses, como le seria fácil probarlo por cartas y documentos interceptados por sus espías.

En estas aserciones del comandante de los realistas, solo se ve que intentaba, como era natural, el desunir y aun tambien indisponer los dos poderes, político y militar, como lo dice el padre Martinez (1), para sacar provecho, en favor de su partido, de su desunion.

(1) « Sanchez atizaba cuanto podia la desavenencia, llevado de aquel principio : divide y vence. » *Hist. manusc. de la Revolucion de Chile.*

El poder ejecutivo, sin dejar de notar lo ridículo de semejantes acusaciones, y aun tambien asegurando á Carrera que las miraba como absurdas, noobstante se aprovechaba de ellas para arruinar el influjo de este jeneral en jefe, y hacerle sospechoso á los patriotas. En vista de estas intrigas, que descubrió muy fácilmente, Carrera se vió obligado á defenderse, pidiendo en alta voz y en público se le presentasen pruebas de la existencia de dichos documentos; pero semejante papel era ya demasiado humillante para el jefe de un ejército, y no podia menos de quitarle una gran parte de la consideracion que habia adquirido por sus sentimientos de patriotismo, y por los grandes servicios que habia hecho á la causa que defendia.

En efecto, el gobierno ya manifestaba sin rebozo sus proyectos, diciendo, sin ninguna especie de reserva, que en tiempos de revolucion no se debia poner el mando de la fuerza armada entre las manos de una sola familia, y que era absolutamente necesario quitárselo á la de Carrera. Despues de haberse atraido los espíritus y las opiniones en Santiago, el gobierno se proponia conseguir las mismas ventajas en el sur, á los ojos mismos del ejército, cuya moralidad se hallaba ya maleada por algunos intrigantes; y aun con mas certeza esperaba conseguirlas de parte de los habitantes, que todos, poco ó mucho, habian sido maltratados por la guerra.

Sinembargo, habiendo sido consultado sobre el caso, O'Higgins respondió : que noobstante fuese cierta la desmoralizacion del ejército, en el cual aumentaba la desercion de dia en dia, produciria fatales resultados el quitar el mando á Carrera, y que, por lo tanto, aconse-

jaba al gobierno renunciase á semejante proyecto (1).

Este consejo no tuvo el efecto que se proponia O'Higgins, porque habia entre los dos partidos demasiados motivos de rencor y de animosidad recíprocos, y así, bien que hubiese sido en cierto modo pedido, dicho consejo no fué escuchado. Muy al contrario, desde aquel mismo instante, los miembros del gobierno echaron una proclama propia á bien disponer el espíritu de militares, en favor de los cuales (decia la proclama) y en premio de sus brillantes servicios, se debia pensar en reformas que proporcionasen ocasion de recompensarlos dignamente.

A los habitantes de la provincia de Concepcion les hacian promesas análogas con el mismo objeto, prometiéndoles indemnizarlos de las pérdidas que habian esperimentado durante la guerra.

Algunos dias despues de haber esparcido con profusion dicha proclama, ya se atrevieron á pasar un oficio, (fecha 9 de noviembre), al mismo Miguel Carrera, exortándolo á desistirse del mando de jeneral en jefe del ejército.

Todo esto lo sabia ya de antemano Carrera por su hermano Luis, el cual por órden del gobierno permanecia en Talca, bajo diferentes pretestos. Sinembargo, indignado contra los autores de dicho oficio, el primer pensamiento de Carrera, despues de haberlo leido, fué el resistir á las insinuaciones del poder ejecutivo, y de oponer á su autoridad la de una junta compuesta de las corporaciones, de militares y del cabildo de Concepcion.

En efecto, una junta así compuesta y convocada por

(1) Este oficio fué llevado y entregado por el teniente Arce, que se disfrazó para cumplir esta comision. *Conversacion con don Bern. O'Higgins.*

solicitud de don Salvador Andrade, se reunió, el dia siguiente, en el salon del ayuntamiento, y acordó unánimemente, que en atencion á las circunstancias en que se hallaba la provincia, ni el jeneral en jefe ni sus hermanos podian desistirse del mando, abandonando el ejército, y que esta resolucion fuese llevada á conocimiento del gobierno para que se sirviese anular la providencia que habia tomado en aquel asunto, sin lo cual se veria sin duda alguna espuesto el país á grandes calamidades.

Armado de esta decision, que legalizaba á su parecer su desobediencia, y le dispensaba de escrúpulos que habria podido tener sin ella, Carrera no se tomó la molestia de responder al gobierno, y continuó mandando el ejército, sobre el cual fundaba todas sus esperanzas, porque creia poseer su afecto.

Sinembargo, despues de la accion de Tracoyan, el enemigo, animado por el buen éxito, habia hecho cuanto le habia sido posible para molestar á las tropas patrióticas, insultando con frecuencia las avanzadas, y el dia 11 de noviembre, habia atacado en el vado de Cuca la escolta de las cosechas que iban de las haciendas cercanas á Itata. Freyre, que mandaba la escolta, hace frente con resolucion, rechaza al enemigo, lo carga, pasa el Itata en pos de él, y lo persigue hasta Larqui. Esta accion fué seguida de otras muchas que no tuvieron resultados importantes, porque el jeneral Carrera no tenia entonces mas que un pensamiento fijo, que era ir á atacar y tomar la plaza de Arauco, afin de hacer toda via de socorro imposible, ó á lo menos muy difícil al enemigo.

Mientras que hacia los preparativos de esta espedicion

y llegaban caballos y pertrechos que habia pedido á Talca, dió órden al coronel Urizar de transportarse con cien fusileros que habia en Rere al otro lado del Laja, para apoderarse de los Anjeles (1); pero desgraciadamente, dicho coronel tuvo tan poco éxito en esta empresa como en la que habia sido puesta á su cargo anteriormente, en términos que sus soldados le miraban con desden y muchos le abandonaron creyendo que habia traicion en su conducta.

El teniente Juan Felipe Cardenas fué mucho mas feliz en Tarpellanca, Hualqui y otros puntos en donde batió completamente al enemigo.

El teniente de dragones don Estevan Manzano lo fué aun mucho mas. Este oficial, en una de sus correrías, tuvo el buen acierto de destruir una audaz montonera, haciendo prisioneros á sus motores Damaso Fontalba, su yerno y su sobrino, los cuales fueron afusilados inmediatamente, por órden de Carrera, así como tambien los milicianos sorteados para sufrir la misma pena.

En medio de todo esto, Carrera se vió paralizado en la ejecucion de sus proyectos contra la plaza de Arauco, por la arribada del bergantin *el Potrillo* á aquella plaza con socorros para los realistas, y órden para transportar á Lima los prisioneros de guerra que habian hecho.

Entre dichos prisioneros, se hallaba el digno coronel Cruz, que O'Higgins hubiera querido salvar á toda costa. Su division ocupaba entonces la junta del Diguillin, y por consiguiente estaba próxima al camino

(1) Miguel Carrera: *Diario manuscrito.* Segun don Diego Benavente, esta espedicion tenia por objeto ir á atacar las tropas destinadas á escoltar los prisioneros de Chillan á bordo del *Potrillo*. *Memoria*, pág. 114.

que debian seguir. Con este proyecto, pidió permiso al brigadier J. José Carrera para ir á atacar la escolta, que era de quinientos hombres, afin de rescatar á sus compañeros de armas, rogándole al mismo tiempo le enviase los caballos de que pudiese disponer. Desgraciadamente, el proyecto de O'Higgins no pudo realizarse, y los prisioneros llegaron y fueron puestos á bordo del *Potrillo*, con gran sentimiento de la junta gobernadora, que, por mas que hizo, amenazando á Sanchez con la represalia de enviar á Buenos-Aires los oficiales que le habian cojido á bordo de *la Tomasa*, no pudo impedirlo. Es verdad que esta amenaza no era propia á persuadir al jefe realista, en atencion á que dichos oficiales eran unos traidores, en su opinion.

Miguel Carrera, por su parte, esperimentó el mas vivo dolor al oir esta noticia, y se apresuró á suavizar la triste posicion de su amigo y compañero Cruz enviándole dinero; pero no por eso se sintió tranquilizado. Lejos de eso, Carrera deploraba mas que nunca el fatal descuido del gobierno en no enviarle socorros y sobretodo caballos, de que tenia tanta falta, y que le hubiesen sido tan útiles en aquella circunstancia. Este descuido le parecia ser una verdadera conspiracion contra él y contra sus operaciones militares, y con esta persuasion, visto que todas las quejas que habia dado sobre este particular habian sido desoidas (1), pensó en concentrar todas sus tropas sobre Concepcion para poder resistir, en caso necesario,

(1) Pocos dias ántes, Carrera habia enviado á José María Benavente á decir á O'Higgins los motivos de queja que tenia contra la junta, y la indiferencia con que esta miraba las necesidades mas urjentes del ejército, en términos de comprometerlo por su abandono. En vista de esto, añadia Benavente, no seria estraño que el jeneral marchase con tropas sobre Santiago para disolver dicha junta. *Conversacion con O'Higgins.*

á las malas intenciones de la junta. En consecuencia, mandó replegar las dos divisiones, una sobre la Florida, y la otra sobre Curapalihue, con el pretesto aparente de cubrir Concepcion, adonde llamó al coronel O'Higgins para conferenciar con él acerca de los procederes del poder ejecutivo.

En efecto, llegó O'Higgins á Concepcion, y Carrera abrió con él una conferencia, en presencia del gobierno de la provincia, conferencia en la cual el primero declaró, con la franqueza digna de un militar, que ya habia manifestado claramente á los miembros del gobierno, que la cesacion del mando de los Carreras seria la pérdida del ejército.

Bien que la amistad de Carrera y de O'Higgins se hubiese enfriado en cierta manera, por diferentes motivos pero sobretodo por la intimidad y el favor que el jeneral dispensaba á su amigo Poinsett, el cual parecia ser su jefe de estado mayor, y su particular asesor en todos asuntos, con mucho disgusto de los jefes que servian bajo sus órdenes; noobstante esto, O'Higgins obró en esta circunstancia con la mayor lealtad, como ya queda probado por su precedente correspondencia con la junta, y por consiguiente, no era de ninguna manera enemigo de Carrera. El que se hallaba en este caso, y que realmente podia serle hostil, por sus relaciones de parentesco con Irrizari, Echeverria y otros partidarios de la familia de los Larrains, era el cuartel-maestre Mackenna. Este fué quien tuvo la idea de quitar el mando á Carrera para dárselo á O'Higgins, y aun se atrevió á decírselo al mismo jeneral, cuando este le mostró el oficio de la junta, pidiéndole, por decirlo así, su parecer en aquella circunstancia. El mismo pensamiento de Mackenna lo tenian los

Mendiburus, el cura Isidro Pineda y otros, todos los cuales estaban prontos á ayudarle á realizar dicho proyecto, y lo propagaron por todas partes, y aun tambien en el ejército mismo, con riesgo de ocasionar oposiciones y encònos, y de dar lugar á fatales consecuencias.

Aprovechando, ademas de esto, de la facultad que tenia, como cuartel-maestre, para obrar personalmente en los diferentes puntos ocupados por las divisiones del ejército, se embarcó en una falua cubierta con el capitan Garcia, escelente marino, y bajo pretesto de pasar á la isla de la Quiriquina, se fué en la embocadura del Maule, y de allí á Talca, con intencion de trabajar en realizar el proyecto que meditaba.

La junta gobernadora le honró, bien que debiese considerarlo como un verdadero desertor, con una acojida tan favorable como opuesta y funesta á las leyes de la disciplina militar, sin duda porque llegaba con las mismas intenciones que la junta tenia, y acerca de las cuales entró desde luego con él en conferencia.

En la conversacion que habia tenido Mackenna con Miguel Carrera, este habia dicho al primero hallarse pronto y dispuesto á ceder el mando á O'Higgins, pero que en ningun caso lo pondria en manos de Porteño, como parecia pretenderlo la junta gobernadora. Segun esta respuesta del jeneral en jefe, los miembros de la junta y Mackenna mismo, dando la cosa por hecha, hablaban de ella públicamente sin la menor reserva, y aun se la comunicaron á Luis Carrera, el cual se presentó, el dia 25, anunciando que las intenciones de sus hermanos eran de entregar los mandos del ejército, uno á O'Higgins, y el otro á Spano, el cual reemplazaria á su hermano José en el de la guardia nacional.

Esta declaracion, junta con las noticias dadas por Mackenna del mal estado de las tropas, y de lo favorable que le era á O'Higgins la opinion jeneral de la provincia, persuadió al poder ejecutivo seria oportuno el ejecutar con resolucion y firmeza el proyecto de disolver la especie de triunvirato militar que formaban los tres hermanos, y el 27 de noviembre, los depuso de sus respectivos mandos, conservándoles sus honores y grados.

En virtud de esta resolucion, José Miguel Carrera debia entregar el suyo de jeneral en jefe á O'Higgins; Juan José el que tenia á Spano, y Luis el suyo al capitan de artillería don José Diego Valdes, bien que no fuese mas que interino.

El oficio que contenia estos decretos fué puesto á cargo del teniente de Asamblea don Ramon Gaona, y de don Gregorio Echague, oficial de secretaría del gobierno, los cuales salieron para Concepcion afin de que tuviese debido cumplimiento.

A su recibo, Carrera lo comunicó sin demora alguna á O'Higgins, el cual estaba alojado en la misma casa del jeneral, diciéndole que ya podia tomar posesion del mando, y que su propia resolucion era condenarse á sí mismo á voluntario destierro, emigrando á los Estados Unidos tan pronto como se terminase la guerra. Pero esto fué dicho en cierto tono que hizo temer á O'Higgins una segunda intencion, tal vez inconsiderada, de parte de Carrera, al cual respondió que lejos de aceptar el mando, le rogaba le diese licencia para pasar á Talca, afin de obtener de la junta revocase el decreto por el que se lo conferia.

En efecto, salió á principios de diciembre con este

objeto, escoltado por las guerrillas del teniente coronel Serrano, y Estevan Manzano, encargado de una carta, en la cual Carrera se limitaba á decir á la junta, que O'Higgins espondria verbalmente lo que pensaba tocante á su deposicion del mando del ejército.

CAPITULO XXXII.

Exasperacion de Juan José Carrera, al recibo de la destitucion de su mando.— Empeño que pone en que su hermano desobedezca á semejante decreto.— Conspiracion de Tirapegui, y sentencia contra sus cómplices.— Cange de las familias O'Higgins, Alcazar y otras con las que se hallaban en poder de los patriotas.— Carrera convoca una asamblea para que vote socórros. — Oposicion que hace á la órden de dejar el mando, y arresto de Fernando Urizar por su mandado.— O'Higgins se decide á aceptar el título de jeneral en jefe, y toma posesion de este puesto con grande satisfaccion de todas las autoridades.—El cura Cienfuegos, miembro de la junta, es enviado á Concepcion, y escribe, de acuerdo con Carrera, á O'Higgins para que vaya con urjencia á dicha ciudad. — Alarma falsa tramada de noche por Carrera. — O'Higgins recibe á su llegada á Penco el oficio por el cual Carrera le ha dado á reconocer por jeneral en jefe del ejército.— Al dia siguiente, entra en Concepcion.— Digresion sobre Miguel Carrera.

Juan José Carrera recibió el decreto que le despojaba del suyo con tanta menos serenidad de ánimo, cuanto sus continuos celos de la autoridad superior de su hermano habian sido, tal vez, la primera causa de todo esto, y le habian inducido á ser, sin caer en ello, cómplice de Mackenna, con el cual tenia íntimas relaciones de amistad; y de allí provenian los elojios que le daba el *Semanario* de Irizarri. Realmente, Juan José tenia la ambicion y la esperanza de substituirse á su hermano en el mando del ejército; pero al ver cuanto se habia engañado, se sintió lleno de resentimiento é hizo cuanto pudo para comunicárselo á José Miguel, induciéndole á que se pusiese en actitud de resistencia, á todo trance (1). Tales

(1) Véanse las cartas que escribia á sus hermanos, las cuales fueron interceptadas por las guerrillas de Sanchez, y publicadas en los nos 2, 3, 4 y 5 de la gaceta ministerial de Lima del año 1814.

eran ya las disposiciones de su espíritu aun ántes que recibiese el decreto que le quitaba el mando que ejercia, y de aquí se puede deducir su irritacion luego que la recibió, que fué tal, que sin dignarse leerlo, lo laceró, lo arrojó á sus piés y lo pateó, en presencia de muchas personas. No contento con esto, insultó á los dos enviados del poder ejecutivo, vituperándoles de haber tomado sobre sí el cumplimiento de semejante órden, y por fin, los mandó prender.

Esta enérjica resistencia de Juan José á la decision tomada por la junta gobernadora, y su obstinacion en no querer entregar los otros oficios á los oficiales á quienes iban destinados, exaltó la cabeza de José Miguel, el cual se resolvió á defender su honor y sus derechos, resistiendo tambien á las órdenes de la junta. Para esto no carecia de medios, bien que no pudiese apoyarse sobre todo el ejército, que constaba de 2500 soldados aguerridos; pero podia contar con un gran número de ellos, que le serian fieles y sostendrian sus pretensiones; y ademas esperaba que la junta, contando entre sus miembros á Infante y Eyzaguirre, enemigos declarados del partido Larrain, no tardaria en dividirse, circunstancia que le seria favorable.

Habiendo tomado esta resolucion, volvió toda su atencion á la disciplina del ejército, y á las operaciones de la guerra, rechazando por un lado las guerrillas de Sanchez, y vijilando por otro las intrigas de los realistas, los cuales naturalmente procuraban aprovecharse de las disensiones que habia entre las autoridades política y militar.

En efecto, Sanchez no solo hacia una guerra continua á los patriotas, al sur y al norte de Chillan, insultándolos

hasta en sus mismas trincheras, sino que tambien fomentaba, con promesas de auxilio, una conspiracion cuyo objeto era operar una sorpresa contra el jeneral Carrera, envolviendo en ella al gobierno de Concepcion, á los miembros del Cabildo, á todos los jefes del ejército y á los principales patriotas. Don Santiago Tirapegui, que habia sido capitan de dragones de la frontera, y á quien se habia permitido permanecer enfermo en su casa, despues de haber estado arrestado, por sospechoso, á bordo de un buque, se puso á la cabeza de dicha conspiracion, olvidando todo sentimiento de gratitud. Las fuerzas con que contaba eran las de San Pedro, mandadas por el bizarro Quintanilla; una colunna que le habia prometido Sanchez; una parte de la infantería miliciana y un gran número de realistas de la ciudad. Los conspiradores se reunian en juntas parciales en los diversos barrios de la ciudad, y ya estaban prontos á dar el golpe, cuando, el 21 de diciembre, el teniente coronel de milicias don Xavier Solar, envió á pedir, por conducto de don Manuel Novoa, una cita á Carrera para las dos de la mañana, detras de la iglesia de San Agustin, en cuya cita le dió muy misteriosamente el secreto de la conspiracion que se tramaba contra él y contra todos los patriotas, con toda certidumbre, en atencion que él mismo habia sido solicitado á tomar parte en ella, por su bodegonero.

La reputacion del personaje delator, su carácter sedentario y pacífico eran pruebas incontestables de la verdad, y Miguel Carrera se apresuró á mandar arrestar á todos cuantos le habian sido delatados, encargando la formacion de la causa á tres asesores, que fueron don Manuel Novoa, don Estevan Manzano y don José Vi-

cente Aguirre. De las piezas del proceso, y de las declaraciones del mulato Narciso Cigarra y del miliciano Juan Albarado resultaron las pruebas de la conspiracion; los conjurados fueron condenados á muerte, y aquel mismo dia, Tirapegui fué pasado por las armas en la plaza de Santiago. José María Reyes, Tadeo Revolledo, Mateo Carrillo, Antonio Lobato, Hilario Ballejas y otros consiguieron escaparse, unos, y tener otros su pena conmutada en perpetuo destierro. Muchas damas tuvieron que sufrir la misma pena, como conspiradoras, y otras fueron enviadas á la isla de la Quiriquina, tales como doña Catalina Sepulveda, doña Aurelia San Martin, hermana de doña Dolores Fajardo, la cual fué condenada al maximum de la pena, es decir á destierro perpetuo. Enfin, algunos pocos quedaron absueltos y libres, y otros que se creyeron sospechosos, como José Zapatero y Manuel Zañartu con algunos otros, se pusieron bajo vijilancia en un buque ponton.

Mientras se substanciaba la causa, Sanchez, prevenido por espías del peligro en que estaban los realistas, escribió á los miembros de la junta que si los prisioneros de Concepcion eran condenados á muerte, usaria de represalias y mandaria sufriesen la misma pena las familias de O'Higgins y de Alcazar, con otras que tenia en su poder.

A esta amenaza, el gobierno respondió con entereza que la ley seria ejecutada en todo su rigor, en atencion á que ningun poder podia ni debia impedir su ejecucion. Al responder así, el gobierno sabia muy bien que Sanchez no cumpliria la amenaza, puesto que su mujer y sus hijos estaban entre las manos de Carrera; de suerte que se ejecutó la sentencia sin que hubiese represalias

de parte del jefe realista, ni otro mal resultado alguno. Lejos de eso, este acto de severidad proporcionó á Carrera mas facilidad para canjear los prisioneros que tenia, y poner en libertad á sus compañeros y amigos, como se verificó poco tiempo despues en la junta del Diguillin.

En la especie de conjuracion que se habia formado para destituir del mando á Carrera, muchos que él tenia por indiferentes, y aun tambien por enemigos, se declararon en su favor; pero noobstante, ya empezaba á convencerse del mal estado de su causa, viendo el mal espíritu infundido á sus tropas por las intrigas de sus enemigos, y que sus oficiales, siguiendo el ejemplo de Mackenna, abandonaban sus cuerpos. Ademas de esto, sus mismos amigos y partidarios mostraban menos ardor en sostenerlo y parecian dispuestos á abandonarlo. El obispo Guerrero, viendo que la buena estrella de su protector se oscurecia, tuvo la ingratitud de separarse de él, yéndose en una chalupa á San Antonio, y desde allí á Quillota, con el proyecto de embarcarse luego para Inglaterra, renunciando al obispado de Santiago, que el arzobispo de Lima, fundado en los cánones de los concilios, le habia quitado.

O'Higgins, que hacia algun tiempo se hallaba en Talca, no le escribia una sola carta, que cada dia Carrera esperaba con la mayor impaciencia, y el gobierno persistia en el sistema, que parecia haber adoptado, de no enviarle víveres ni dinero, afin de que no pudiendo asistir á las necesidades de sus soldados, estos acabasen de perder el afecto que le tenian. En tan crítica situacion, Carrera no vió mas recurso que el « de hacer una junta de varias de las principales personas de Concep-

cion, para pedirles (dice Carrera mismo) que me auxiliasen con dinero y víveres, ó que tuviesen entendido que á no hacerlo, formaria mi colunna y marcharia con ella para Talca, abandonando la provincia, antes que pereciese el ejército (1). »

Se formó, en efecto, dicha junta, y para que fuese mas libre é independiente en su deliberacion, Carrera tuvo la jenerosidad de no ir á ella; pero obrando así, olvidaba que en revolucion, la audacia es la madre del éxito, el cual lejitima todas las pretensiones imajinables, y que sus enemigos podrian aprovechar de su ausencia para mostrarse contrarios á su demanda. Así sucedió; los partidarios de la junta gobernadora y sobretodo los miembros de la familia Zañartu, que tenia tantos motivos de queja y de rencor contra él, hablaron y votaron como oponentes, de suerte que tuvo contra sí una grande mayoría de votos; y aun resolvieron los miembros de la reunion llamar al jeneral en jefe para notificarle el resultado de su deliberacion. Habiéndose presentado Carrera, Miguel Zañartu tomó la palabra, y en nombre de la asamblea y del pueblo soberano, dijo :

«La voluntad del dicho pueblo es, que V. S. deponga el mando en manos de la junta de esta provincia, para alejar los recelos que tiene el gobierno supremo de que V. S. no lo entregará al nuevo jeneral nombrado, por cuya razon no remite los auxilios de que carecemos. »

Bien que estas palabras saliesen de la boca de uno de sus enemigos, patriota sospechoso, y pariente de realistas que Miguel de Carrera habia mandado castigar; y bien que otros oradores hubiesen protestado contra las palabras *temor y sospechas*, pronunciadas por Zañartu,

(1) *Diario manuscrito* de José Miguel Carrera.

noobstante, la situacion de Carrera era sumamente crítica, en atencion á que no habiendo aun obedecido á las órdenes del gobierno, podia, rehusando igualmente obedecer á los votos de una asamblea, que él mismo habia convocado, pasar por un faccioso, en cuyo caso, ya no tenia mas que seguir los consejos de su hermano Juan José, el cual era hombre de mucho mayor arrojo, y de mas resolucion que él. Pero esto no podia ser conveniente en su posicion, porque el momento no era oportuno para adoptar y tomar un partido estremo. Por otro lado, tampoco podia ni debia dejar sin respuesta la odiosa acusacion con que habia sido denostado, y así respondió en tono de indignacion que manifestaba la conciencia que aun tenia de su superioridad:

« Mi empleo y mi autoridad, como jefe que soy de un ejército reconquistador de esta provincia, no pueden someterse sino al gobierno superior del estado. La junta de esta provincia y los pueblos han de sujetarse á mis órdenes en la parte que corresponde. Yo solo soy responsable del ejército y seria un criminal si por debilidad accediese á tan locas pretenciones. Si mando aun el ejército es á solicitud del nuevo jeneral, y con la voluntad del gobierno supremo (1). »

Y en seguida, volviéndose á Zañartu, le echó en cara las intrigas de su familia contra la santa causa que él defendia, con un tono tal de convencimiento que muchos de los vocales se levantaron en su apoyo. Solo, sus enemigos particulares no se dieron por convencidos. Es verdad que estos eran, por su desgracia, numerosos, á consecuencia del espíritu de rigor conque el jeneral habia obrado siempre para protejer eficazmente el interés de

(1) *Diario manuscrito* de Miguel Carrera.

su causa, en una ciudad cuyos habitantes, jeneralmente, tenian relaciones de parentesco en los dos partidos contrarios. Muchos de estos enemigos se propasaron á maltratarle de palabra, y en particular Fernando Urizar fué, al dia siguiente, á echarle en cara que la reunion de la víspera se habia compuesto, en gran parte, de facciosos sobornados por su partido. Urizar dijo esto en tono tan insultante, que Carrera lo mandó arrestado al castillo de Penco, de donde no salió en libertad hasta el cabo de un mes, y esto por mucho empeño del coronel Alcazar.

Mientras Miguel Carrera se hallaba ser el blanco de la malevolencia de sus muchos enemigos, y que perdia de dia en dia su ascendiente sobre la opinion jeneral, O'Higgins llegaba á Talca en donde fué recibido con honor y aplauso, en atencion á que Mackenna habia trabajado eficazmente para que fuese nombrado jeneral en jefe. El gobierno mismo, en su oposicion á Carrera, estaba tan persuadido de que O'Higgins solo salvaria la República, que este nuevo jeneral tuvo que rendirse y aceptar el enorme peso del mando, tanto mas grave en aquella sazon, cuanto el ejército se habia desmoralizado, y se debia temer que llegase una nueva espedicion del Perú.

O'Higgins hizo la jura y tomó posesion del mando el 9 de diciembre con universal alegría, porque todos tenian en él las mas lisonjeras esperanzas. En las ciudades y pueblos del centro y del norte, las autoridades mandaron que hubiese regocijos públicos. En Santiago, ya el gobernador intendente habia reunido una asamblea, antes que O'Higgins hubiese llegado á Talca, dando parte de esta noticia, que á todos causó la mayor satis-

faccion. En su respuesta al oficio de anuncio del nombramiento de O'Higgins, el intendente se espresaba del modo siguiente :

« Ha sido tan jeneral, tan unánime, tan tierna y tan enérjica la espresion de la voluntad de todos los cuerpos, la tierna efusion de sus corazones y la viveza y sentimiento con que han derramado sus elojios y gracias hácia V. E., que siendo difícil esplicarlas, solo hubiera deseado el que V. E. las presenciase (1). »

El arranque entusiasta que tuvieron ó manifestaron tener en aquella circunstancia los partidarios de la junta, y aun mas los periódicos que esparcian por todos lugares, y hasta en medio del ejército las alabanzas de dicha junta, con grave detrimento de la reputacion de Carrera, no podian menos de quitarle muchísimos partidarios, especialmente todos aquellos que no tenian mas opinion que la que les inspiraba los acontecimientos y las circunstancias. Pero lo que causó mayor indignacion al jeneral en jefe fué el ver el espíritu de division, de desórden y desmoralizacion que se manifestó en el ejército en el mismo instante en que él se esmeraba en organizarlo para entregarlo á su sucesor bien disciplinado, fuerte y capaz de presentarse segunda vez, y con mas éxito, para sitiar á Chillan.

En lugar de poder contar con esta verdadera satisfaccion, Carrera recibia partes á cada instante de deserciones, hasta de los mismos oficiales, que todos se iban á Talca, como si pasasen al partido de un rival, en términos que un dia, todo un rejimiento de granaderos, llevando á la cabeza al capitan J. Miguel Cevallos,

(1) *Monitor araucano estraordinario*, 4 de diciembre 1819.

abandonó á José Carrera, su primer jefe, para ir á ponerse á la disposicion de la junta.

El motor principal de este desórden y de la desercion era notoriamente Mackenna, como ya Luis Carrera se lo habia echado en cara en Talca, en donde continuaba detenido, amenazándole de sacar venganza de sus procederes, y en efecto le desafió; pero el gobierno que lo supo, hizo cuanto pudo para que este desafío no tuviese consecuencias (1). Su partido se hallaba en una posicion demasiado ventajosa para dejar creer que se servia de intrigas y de duelos. Lo que mas le convenia era aprovecharse sin violencias de los acontecimientos, que le eran favorables, de la provincia de Concepcion, para llegar á sus fines sin dar lugar ni motivo á recriminaciones. Siguiendo este plan de conducta, la junta resolvió enviar á dicha ciudad uno de sus miembros con plenos poderes para levantar todas las dificultades que pudiesen presentarse entre ella y Carrera. El miembro encargado de cumplir con aquella mision fué el cura Cienfuegos, el cual, con sus principios ríjidos y con el espíritu evanjélico de su ministerio, era una real y verdadera personificacion del buen órden y de la justicia, que los habitantes de Concepcion, entre los cuales era muy conocido y venerado, no podian menos de apreciar altamente. La presencia de este sacerdote representante allí era necesaria ademas para proveer á las necesidades del ejército, que se hallaba en una completa desnudez y sustentado por las principales familias, las cuales se habian ofrecido á ejercer este acto de patriotismo por quince dias.

La salida del cura Cienfuegos se verificó á fines de di-

(1) Este duelo tuvo lugar mas adelante en Buenos-Aires, y Mackenna perdió la vida en él.

ciembre, en que se puso de camino en compañía de Luis Carrera, que ya muchas veces su hermano habia reclamado, y llevando un socorro de 30,000 p. Lo mas particular de este viaje fué que guerrillas enemigas infestaban el camino que tenia que seguir Cienfuegos y hacia poco tiempo habian atacado á las de Serano y de Estevan Manzano, cuando regresaban de Talca, ataque en que Manzano fué gravemente herido y prisionero con diez de sus soldados. Noobstante, el buen sacerdote, sin querer aprovecharse de una barca que habian puesto á su disposicion, hizo su viaje muy pacíficamente por tierra y llegó á su destino, endonde fué recibido con júbilo, fiestas y alegría por los enemigos de Carrera, el cual, sin embargo, le hizo su visita de bienvenida inmediatamente, con todas las demostraciones del respeto y de la veneracion que le eran debidos.

Es cierto que en el primer momento, Carrera habia titubeado en entregarle el mando; pero en el instante que Cienfuegos le mostró los plenos poderes que llevaba, Carrera no tuvo dificultad en hacerlo, bien que no supiese como el cura Cienfuegos podria ejercerlo, y en efecto este le rogó lo conservase hasta la llegada de O'Higgins. En consecuencia, escribieron á este llamándole con premura, y despacharon á Uribe con la carta.

En este intervalo de tiempo, se esperimentó en Concepcion una alarma que Carrera quiso atribuir á un nuevo movimiento revolucionario, pero que otros, que conocian su jenio emprendedor y travieso, le atribuyeron á él mismo, con el objeto de ridiculizar al cura plenipotenciario, y de causarle temor. De todos modos, lo que sucedió fué que una noche, so pretesto de que el enemigo estaba á las puertas de Concepcion, pretesto que el mismo

Carrera pone en su diario, mandó tocar la jenerala por las calles y tirar cañonazos, á cuyo estrépito todos los habitantes se pusieron en movimiento, y todos los oficiales se reunieron en la plaza, en la cual los adversarios del jeneral Carrera se vieron de repente aprendidos y encarcelados. El teniente coronel Cienfuegos, sobrino del plenipotenciario, pudo salvarse y fué á incorporarse á O'Higgins, que se hallaba en Quirihue con las tropas auxiliares que habia traido de la Vaquería, á la salida de Talca, en donde estaban acampadas bajo el mando de Balcarcel, enviado por el gobierno de Buenos-Aires en reemplazo de Santiago Carrera. Llamado con urjencia por Cienfuegos, y por el mismo Carrera, é informado de lo que habia sucedido, O'Higgins se puso incontinente en marcha escoltado por una colunna de cien hombres, que mandaba el capitan Astorga, y otra de la misma fuerza, que Carrera habia tenido la atencion de enviarle con el capitan Benavente. Habiendo llegado á Penco viejo, escribió á su desgraciado amigo, que las circunstancias y el espíritu de rivalidad iban á desunir para siempre. En respuesta, Carrera le mandó el oficio por el cual lo habia dado á reconocer como jeneral en jefe del ejército. Al dia siguiente, 2 de febrero de 1844, O'Higgins entró en Concepcion con todo el prestijio del poder que le daba su elevado ascenso. La fuerza del ejército era, á la sazon, de 2300 hombres, en jeneral mal equipados.

Sucumbiendo alfin, Miguel Carrera no sucumbió por malas cualidades, y aun ménos por falta de talento, sino que fué sacrificado á la desconfianza con que todos miraban los primeros mandos en manos de su familia. Esta desconfianza, á la verdad, podia tener el funda-

mento aparente de que en tiempos de revolucion, la fuerza armada sin el contrapeso de una autoridad que la mantenga en sus límites, puede muy fácilmente disponer de la suerte de un país, y privarlo de todas sus libertades y derechos.

Sinembargo, el gobierno no habia tenido en ninguna manera la intencion de ajar la familia Carrera. Lo que queria era exonerarla de un poder tentador y no despojarla de sus derechos ni de sus grados. Si para conseguirlo tuvo que indisponer los espíritus contra ella, esto lo hizo por la necesidad forzosa en que se vió de quitarle su ascendiente y su influencia; pero muy ciertamente, habria sido de desear que no hubiese usado, en ciertas ocasiones, de medios que no eran enteramente conformes á una escrupulosa delicadeza.

Por ejemplo, Carrera ha sido acusado de tolerar, y por decirlo así de autorizar los escesos que se cometian en la provincia. Sin duda habria podido impedir algunos sino todos; pero las circunstancias no se lo permitian; sus tropas no estaban aun bien disciplinadas, y un gobierno inesperto y celoso de su prestijio dejaba su ejército desnudo y privado de los mas indispensables socorros, en una época en que el espíritu nacional no bastaba para que sufriesen tantas privaciones con resignacion por el amor de la patria. Ademas de esto, los desórdenes que se le atribuian no eran mas que consecuencias del estado de revolucion de la provincia, y parecian tanto mas odiosos cuanto los que los cometian eran conciudadanos, y, algunas veces, amigos en otro tiempo. Obligado á disimularlos, Carrera solo los disimulaba hasta cierto punto, y los castigaba con rigor, cuando salian de ciertos límites. Su espíritu justiciero se

señaló por muchos individuos que mandó pasar por las armas, y en tales casos es preciso confesar que no perdonaba á nadie, aunque fuesen conocidos, amigos y aun tambien parientes.

Los cargos que se le han hecho de no haber sabido aprovechar de la victoria tanto en Yerba Buena como en San Carlos, no son mejor fundados, ni mas justos: la primera de estas acciones no fué mas que una sorpresa, puesto que los patriotas no pensaban empeñarla mas que con la vanguardia enemiga, y tenian pocas tropas para sacar grandes ventajas del desórden en que la pusieron por de pronto. Si el campamento de Carrera no hubiera estado tan lejos y á la otra orilla del rio Maule, muy ciertamente el ejército enemigo habria quedado roto y desmembrado en términos de no poder jamas rehacerse; pero los patriotas estaban tan ajenos de lo que iba á suceder, y de que el cuerpo del ejército realista se hallase en Yerba Buena, que la colunna de ataque no estaba apoyada por especie alguna de reserva; descuido, á la verdad, incomprensible en un militar de esperiencia, que debe conocer todas las posiciones y disposiciones del enemigo ántes de decidirse á atacarlo.

La otra reconvencion relativa á la accion de San Carlos parece, á primera vista, menos injusta. El ejército de Pareja se hallaba bajo desfavorables auspicios que tenian, y no podian menos de tener á sus tropas en un estado de desmoralizacion, puesto que se retiraban en fuga, y su jeneral, ya anciano, se hallaba gravemente enfermo. En esta retirada precipitada, la vanguardia de los patriotas las seguia y les daba alcance, en términos que, desesperando de llegar al rio Nuble, no tuvieron mas recurso que atrincherarse sobre una loma. Por

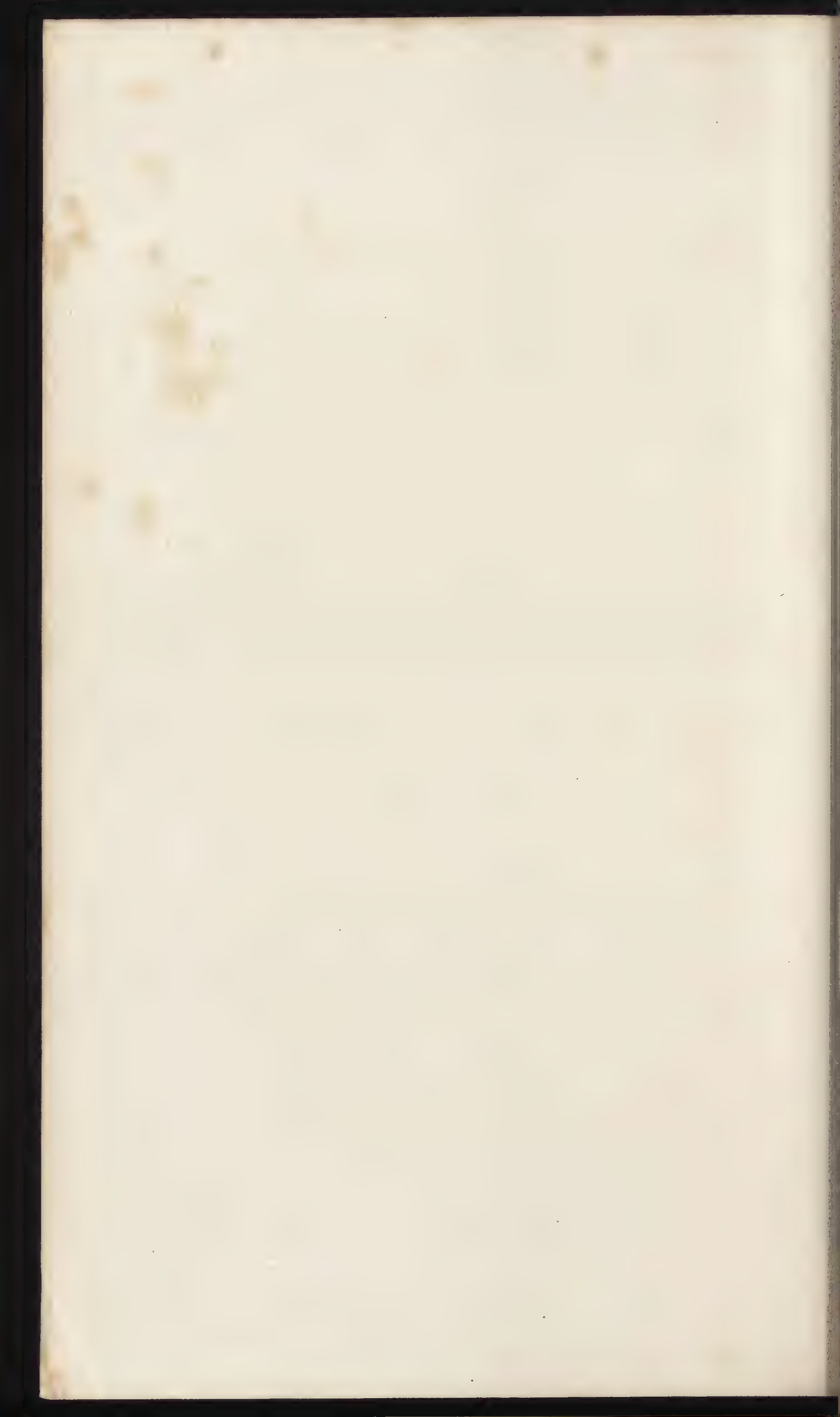
consiguiente, era esta una ocasion favorable para que el jeneral Carrera cosechase las primicias de laureles futuros verdaderos; pero sus tropas, poco acostumbradas á las fatigas de la guerra, llegaban exaustas de fuerzas, quedando atrasados y fuera de las filas muchísimos soldados, por los malos caminos y las continuas lluvias; á lo cual se juntaba la poca disciplina é instruccion de la jeneralidad del ejército, y sobretodo el inconsiderado acaloramiento conque Juan José se arrojaba al enemigo. Tales han sido las causas de las pocas ventajas que se obtuvieron en el ataque de San Carlos.

Pero la grande falta que cometió Carrera en aquella circunstancia, fué la de haberse encerrado en su campamento sin pensar en vijilar los movimientos del enemigo, el cual pudo retirarse y desaparecer impunemente á favor de la noche. Un jeneral mas avisado no habria cometido ciertamente semejante yerro, y le hubiera podido perseguir y arrojar sobre el Nuble, en donde lo hubiese desecho completamente con tanta mas facilidad, cuanto el rio, corriendo crecido y caudaloso, era infinitamente mas peligroso el atravesarlo. Por consiguiente, Carrera faltó entonces de prevision, como mas adelante en otras ocasiones, se mostró indeciso, irresoluto y, tal vez, tímido. Jamas se le vió en medio de una accion, y siempre se situaba á distancia para dirijirla, como si mandase un numeroso ejército, bien que no pudiese ignorar que en pequeños encuentros, un jefe debe dar á sus tropas el ejemplo del valor, mostrarse en donde hay mayores riesgos, mandando por su propia voz y guiándolas él mismo á la victoria. Pero, como lo acabamos de decir, obraba de un modo enteramente opuesto, y si dió pruebas de saber organizar sus colunnas, no

las dió en igual grado de saber conducirlas al enemigo, porque no tenia el denuedo, que es una de las eminentes cualidades de un jeneral en jefe.

En cuanto á sus malversaciones y poco patriotismo, esta acusacion ha podido tener eco en aquel momento; pero el tiempo, que es un infalible justiciero, le ha declarado muy luego absuelto. En efecto, no se podia racionalmente tachar de falso patriotismo á un jeneral que, como Carrera, trataba con tanto rigor á los realistas, aunque fuesen mujeres, en términos de perder el favor de la opinion jeneral, y á consecuencia sin duda alguna, el puesto que ocupaba de jeneral en jefe; en la cual se faltó al reconocimiento y á la justicia que le eran debidos por los grandes servicios que habia hecho al país, creando y organizando un ejército en medio de la mas increible penuria de medios y elementos para ello; no habiendo ademas motivos suficientes para quitarle el mando. Por lo mismo, se hace mucho menos estraño que hubiese titubeado en deponerlo, y querido, en un primer movimiento, oponerse á la ejecucion del decreto que se lo quitaba: ¿qué jeneral, en su lugar, no hubiese hecho lo mismo? Y con todo eso, al punto en que vió la opinion jeneral engañada é indispuesta contra él, cedió y se retiró sin recriminacion ni quejas; lo cual, lejos de atraerle induljencia, fué causa y motivo para que se le afease con una nueva calumnia, haciendo correr la voz de que si se habia resignado, lo habia hecho porque temia la llegada de un nuevo ejército del Perú.

FIN DEL TOMO QUINTO.



INDICE

DEL TOMO QUINTO.

FIN DEL INDICE.

PARIS.—EN LA IMPRENTA DE E. THUNOT Y Cª.
Calle Racine, nº 26, cerca del Odeon.





